



FLORENCIA CANALE

Amores prohibidos

LAS RELACIONES SECRETAS
DE MANUEL BELGRANO



Lectulandia

El primer romántico del Río de la Plata fue un incomprendido. Manuel Belgrano no era militar y debió ocupar un rol inesperado. Además de ser un intelectual de avanzada, fue responsable de cambios políticos y sociales mal vistos por lo más rancio de la sociedad porteña. Tampoco cumplía con las normas de la masculinidad de su época: no era autoritario ni arremetedor. Por el contrario, fue un hombre sensible, refinado, elegante.

Adorado por las mujeres, vivió romances tórridos con españolas, argentinas y francesas. Sin embargo, fueron tres las que marcaron su piel a fuego. Con la primera, Pepa Ezcurra, una jovencita de la sociedad porteña, mantuvo una relación clandestina que no pudo hacerse pública y de la cual nació un hijo criado por el mismísimo Juan Manuel de Rosas. En su paso por Europa fue una francesa de armas tomar la que robó su corazón: Isabel Pichegru. Ya de adulto, se deja seducir por una niña de la burguesía tucumana, Dolores Helguero. Tampoco se compromete con ella, pero viven una pasión que también trajo una hija al mundo. Manuel Belgrano murió solo y pobre. Nunca supo que el hijo de Rosas era suyo y apenas conoció a Mónica Manuela, su hija mujer.

Mucho es lo que se ha escrito sobre Manuel Belgrano, y un sinfín de versiones intentó recomponer una figura patria que poco tiene que ver con ese hombre de carne y hueso presa de sus deseos más ocultos. Hacia esa zona de luces y sombras parte Florencia Canale en esta novela. Un libro que reconstruye la vida privada del prócer y que a la vez confirma a su autora como una de las más innovadoras en el género de la novela histórica en la Argentina.

Lectulandia

Florencia Canale

Amores prohibidos

Las relaciones secretas de Manuel Belgrano

ePub r1.0

lenny 07.09.15

Florencia Canale, 2013

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Editor digital: lenny

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi padre, por nuestras expediciones literarias de los sábados...

Prólogo

La nube de polvo, apenas al ras del horizonte, anunciaba el próximo arribo de la comitiva. Había enviado a su hombre de confianza hasta la posta de Gallegos en el paraje de los Desalmados, para cumplir con el pedido de San Martín. Debía cuidar a la mujer de su gran amigo y compañero de revolución y a sus familiares. Sabía del delicado estado de salud de la joven Remedios. Todos estaban al tanto. También había oído por ahí que no solo la enfermedad la conminaba a regresar a su casa de Buenos Aires. Pero prefería no escuchar los chismes que corrían como el agua.

Él, que estaba instalado hacía unas semanas en la Candelaria, se había ofrecido para controlar de cerca a la hija y la nieta de don Antonio de Escalada, y sobre todo a Merceditas. Le parecía casi gracioso. Obligado a velar por una mujer enferma. ¿Y él? Su salud no era de las mejores. Hacía tiempo que los dolores dominaban su cuerpo.

Aguzó la mirada. A medida que se acercaba, la polvareda iba tomando la forma de una pequeña caravana. Al frente se podía intuir al comandante Paz, seguido por algunos Dragones de su partida, dos carruajes, un burro y demás pertrechos. El aire se puso más espeso por la voladura de tierra. Tuvo que entrecerrar los ojos para evitar la insistencia de algunas lágrimas. La comitiva llegó y se detuvo. Paz desmontó. Lo mismo hicieron sus subalternos y Mariano de Escalada. El varón de la familia escoltada se dirigió hacia la puerta del carruaje principal para atender el descenso de las damas. Antes de que su hermano llegara, Remedios acomodó un pie en el pescante. Bajó sola, sin ayuda.

Hacía mucho que Manuel no veía a Remedios. Ya no era aquella niña que marcaba el paso en casa de don Antonio, su compañero de tertulias y amigo político. Habían pasado nueve años. Toda una vida. «Extraño el modo como el tiempo atraviesa el cuerpo. Para algunos es una caricia; para otros, una estocada. Pensar que la conozco desde que era una cría, y ahora es una mujer. Y casi ajada por sus dolencias. Allí estamos hermanados, el físico no nos quiere. La salud nos ha dado vuelta la cara. Qué pena ha de sentir don Antonio... Su hijita querida, enferma. Pero por algo la reclama. Querrá tenerla cerca. Para los afectos siempre ha sido un hombre de bien. Y para el país también. Recuerdo nuestro primer encuentro, a poco de mi nombramiento como secretario del Consulado». Belgrano sonrió.

—Pero qué guapa se encuentra, doña Remeditos —saludó Manuel mientras tomaba la pequeña mano y se la llevaba a los labios—. Nuestro querido general me ha encomendado que permanezca usted unos días junto a nosotros para retomar los caminos con más fuerza.

Los ojos de Remedios fueron elocuentes. Estaba furiosa. Le parecía increíble que su marido la expusiera así frente a estos hombres. Abrió la boca para contestar, pero se arrepintió. Tragó despacio y mantuvo la mirada en alto. Mariano y Encarnación, que la conocían de memoria, se le acercaron, uno a cada lado.

—Vamos, querida. Sería bueno que te refrescaras un poco. Podríamos comer algo,

¿te parece? —su sobrina Encarnación la rodeó por los hombros y la obligó a girar sobre sus talones.

Manuel las siguió con la mirada. Esperó a que entraran a la posta y se dirigió hacia los barriles de agua. Allí se habían acomodado sus hombres. Los árboles ofrecían un poco de sombra, reconfortante bajo los rayos del sol. Se sirvió un jarro y se sentó sobre un tronco hachado. Los soldados lo miraban de reojo. Él intentaba disimular lo inevitable. Era más que evidente que no se encontraba nada bien. Paz estiró el brazo y le acercó la botella de aguardiente que se pasaban entre ellos. Manuel lo rechazó. No estaba de ánimo. A pesar de la voluntad que se imponía, el agotamiento y el malestar eran moneda corriente. Estaba cansado. El cuerpo le avisaba que se iba apagando. Y eso ayudaba al deterioro del espíritu, del que era víctima también.

El comandante Paz volvió la mirada hacia Belgrano. El silbido del pulmón sonaba fuerte a cada respiración. Debía proteger a su jefe, no quería que sus subalternos lo vieran en esas condiciones. Manuel cerró los ojos. El pecho le apretaba. Le dolía al respirar. Un sufrimiento más. Ya no solo la pierna derecha lo conminaba a pedir ayuda a algún soldado que tuviera cerca, cada vez que debía desmontar.

—¿Lo ayudo, mi general? —preguntó Paz y se levantó automáticamente. No quería avergonzar a Belgrano. Le ordenó a uno de los jóvenes que buscara al médico. El doctor Francisco de Paula Rivero estaba a cargo de la salud del jefe máximo. Manuel abrió los ojos y miró fijo a Paz.

—No toque a zafarrancho, Paz, que no es para tanto —sonrió Belgrano con esfuerzo—. Así asusta a mis hombres. Si me ven flaquear, flaquearán ellos. Debo dar el ejemplo. Si llaman al médico por una tos cualquiera, ¿qué nos queda cuando suceda algo serio? Mejor que pase a revisar a la dama que descansa en la posta, ella sí está mala de salud.

Paz no daba crédito a lo que escuchaba, pero la fuerza de las palabras de Belgrano lo hizo callar. Era imposible refutarlo. ¿Qué le podía responder? Tenía razón. Los soldados respetaban a su general y si lo veían derrumbarse, se desmoralizarían. Bastante desalentados estaban. Todos. Buenos Aires los tenía abandonados a la buena de Dios. Ni los pertrechos ni los abastos enviaban, a pesar de las promesas. Las arcas con el metálico siempre cambiaban de destino. Hasta el mismo Belgrano no recibía la paga adeudada. El gobierno le debía cientos de pesos. Había reclamado varias veces. Juraban enviarle las sacas. Pero estas nunca llegaban.

Manuel se incorporó con dificultad y se dirigió a su barraca. Se recostó e intentó descansar. «Cuánto traidor, cuánta ingratitud, Virgen santa. ¿Cómo haré para seguir adelante? En unos meses regresa el frío y no estamos preparados para esas inclemencias. Una vez más. Ya no sé qué excusa darles a estos muchachos. Sé que no me creen, pero insisten con aparentar confianza delante de mí. Por eso no puedo fallarles. Tengo que continuar al mando. Hasta que pueda.»

Sin embargo, Manuel Belgrano, el general, presentía que no era mucho lo que le

quedaba.

PRIMERA PARTE

Juventud

Capítulo I

Era temprano por la mañana, el alba. La hora favorita del día. Hacía mucho frío en cubierta, pero lo inhóspito del clima no lograba amedrentarlo. Se había acostumbrado a esas temperaturas filosas en Europa, el continente que dejaba atrás. Manuel cerró el capote hasta el último botón, envolvió su cuello con la bufanda de lana que le había tejido su hermana María Josefa antes de partir, y apoyó el cuerpo abrigado sobre la baranda. Le gustaba perder la mirada sobre el océano. Era la excusa ideal para volver sobre sus pensamientos, activar los recuerdos. Le gustaba aprovechar esas horas solitarias, le permitían pensar tranquilo. En un rato, la cubierta del navío se llenaría de voces y pasos. No era justo que se lo señalara como un ermitaño. La realidad era que siempre estaba rodeado de gente y estos momentos, en los que lo único que escuchaba era el vaivén del oleaje, eran la gloria.

El viaje iba a ser muy largo. Las conversaciones, los reclamos de una que otra señora y las confesiones de algún colega serían moneda corriente durante un par de meses. Nada mejor que los amaneceres en soledad con la caricia del viento helado sobre la cara descubierta.

Hacía dos meses que había recibido la noticia de su nombramiento. María Josefa había entrado como una tromba en su recámara, sin siquiera anunciarse. Traía en la mano la esquila que unos segundos antes había depositado la guardia oficial. Manuel escribía las cartas de rigor, sentado a su escritorio: una dirigida a su madre, la otra a su padre.

—No me interrumpas, mujer. Estaba escribiendo las últimas novedades para tu madre y tu padre. ¿Quieres que les anuncie algo de tu parte? —sonrió con cansancio.

La hermana mayor lo miró con fastidio. El arribo de los guardias a la puerta de su casa confirmaba algún asunto relevante. El rey y sus ministros no enviaban así como así a sus mensajeros.

—Por favor, Manuel. No crispes mis nervios. Traigo una misiva oficial, ¿no te intriga? Eres increíble, tienes sangre de pato.

—A ti nada te conmueve. Nuestra madre hace lo imposible por sostener a la familia en Buenos Aires, y a Francisco y a mí aquí en Madrid, y tú con nimiedades.

—¿Quién te dice? Tal vez sea alguna buena nueva del litigio de papá —apoyó la esquila en la mesa de arrimo que flanqueaba la puerta de la recámara que ocupaban sus hermanos, que tan gentilmente les habían ofrecido ella y su marido, don José Calderón de la Barca. Josefa había mostrado la felicidad que le daba hospedar a Francisco y a Manuel, primero, y luego a Carlos, el mayor, quien había llegado después de la partida del primero a otras ciudades europeas; los adoraba. Los veía poco y nada, ya que los estudios y otras actividades los mantenían fuera de la casa. Y ni qué hablar de la diversión que dominaba sus horas libres.

Manuel estaba muy preocupado por su madre. A partir del proceso, embargo y encarcelamiento de Domingo, su padre, la vida de doña Josefa y sus hermanos

menores se había transformado en una pesadilla. No tenían ni un peso. Ni siquiera para comer. Era increíble que sus padres, habiéndole propiciado una educación más que pudiente durante sus primeros años, hoy estuvieran casi en la indigencia. Su madre se había visto obligada a pedir prestado entre los vecinos para alimentar a los más pequeños. En algunas de las cartas Manuel le había ofrecido regresar para ayudarla. Doña Josefa se había negado categóricamente. La preparación académica de sus hijos era lo único que privilegiaba. Y si era en Valladolid y Salamanca, más.

—Todo sigue igual, Josefita. Papá sigue incomunicado. En casa, pero encerrado, como si fuera un monje de clausura. No puede salir. ¿Te imaginas lo que es eso para nuestro padre? La muerte en vida.

Josefa tenía tres años más que Manuel y ya era una mujer hecha y derecha. Con solo imaginar las desdichas que embargaban a sus padres, las entrañas se le hacían un nudo. Refregó la palma de sus manos contra el brocato ocre de su bata^[1]. No le gustaba que su familia pasara necesidades.

—¿Entonces? ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo es posible que nuestro padre esté involucrado en asuntos de ese tipo? Domingo Belgrano y Peri no es ningún malhechor. Ya mismo hablo con mi marido. Debemos enviarles dinero, Manuel. Esto no puede seguir así. ¿Qué va a decir la gente?

Manuel se incorporó y caminó hasta la puerta. Abrazó a su hermana y la besó en ambas mejillas. Tomó la esquila que le había traído la guardia oficial. Acomodó los rulos castaños que caían sobre sus ojos y se desperezó. Su cuerpo le avisó que hacía horas que estaba sentado. Los huesos le crujieron. Josefa soltó una carcajada. Él la miró fijo.

—¡Ah, mala mujer! Te burlas de mí —le respondió Manuel, cómplice. Su hermana era una santa. Él y su hermano hacían lo que les venía en gana y ella nunca tenía ni una palabra de reproche. A veces se olvidaban de que esa no era su casa y regresaban a cualquier hora luego de succulentas juergas. Si es que volvían.

—¿Crees que nuestro padre tuvo algo que ver con todo lo que ha pasado? —era la primera vez que María Josefa dejaba entrever alguna duda respecto del caso que implicaba a su progenitor en el proceso judicial que le había iniciado la Aduana de Buenos Aires.

Manuel miró fijo a su hermana. Su mirada azul brilló como el filo de un cuchillo. ¿Tenía sentido que le explicara a Josefa los negocios de su padre?

—Hice todo lo posible para evitar gastos superfluos. Intenté abandonar los estudios, no me lo permitió. Le escribí que eran un derroche inútil, pero no quiso atender mis argumentos.

Josefa se cruzó de brazos. Esperaba la respuesta a su pregunta. Percibía que su hermano daba vueltas. Pero de los negocios de su padre, nada. ¿Sería verdad lo poco que había oído las otras noches? Mientras acomodaba los platos y trastos luego de la comida, su marido y sus hermanos habían estado conversando en voz baja. Al pasar había oído el nombre de su padre. Pero cada vez que ella se acercaba con alguna

excusa, ellos cambiaban de tema. Había leído la pila de anotaciones de Manuel, pero eran incomprensibles. Se acercó y estiró su mano blanca. Manuel la tomó con la que tenía desocupada y le sonrió.

—¿Para qué insistes, Josefita? No ganas nada sabiendo qué pasa en Buenos Aires. —Prefería no contarle los motivos por los cuales su padre había caído preso. Empezar negocios poco claros con el administrador de la Aduana, Francisco Ximénez de Mesa, y hacer las veces de prestamista de algunos burócratas eran una opción certera de caminar por el abismo. Y caer. El marqués de Loreto, el virrey Nicolás del Campo, le había secuestrado todos los bienes para luego desembargarlos bajo caución, y así estaban las cosas—. A ver, ¿por qué no vemos qué necesita el rey?

Tomó el abrecartas y arrancó el sello real. Leyó una y otra vez. Josefa aguardaba. La ansiedad la estaba matando. Y Manuel continuaba con la vista fija en el papel.

—¿Y? —gritó la muchacha con los ojos desorbitados.

—Mañana debo comparecer en Hacienda. Me reclama el ministro Gardoqui. ¿Qué querrá esa gente?

* * *

Don Diego María de Gardoqui y Arríquibar y don Manuel Belgrano y González se estudiaban en silencio, cada cual desde el sitio que marcaban las jerarquías. El Consejero de Estado no había dudado un segundo al escuchar la recomendación de su subalterno don Pedro Aparici, uno de sus hombres de confianza, y creía a rajatabla todo lo que le decía. Hacía semanas que escuchaba el nombre de Manuel Belgrano para el puesto en América Meridional. En algunos meses pensaban inaugurar el Real Consulado de Buenos Aires y no quería equivocarse en la elección del hombre que se encargaría de organizarlo. Sabía que podían hacer grandes negocios en ese lugar recóndito, pero para eso necesitaba a alguien en quien confiar, un hombre con la suficiente inteligencia y preparación como para salir airoso de semejante aventura. Y que conociera al dedillo los bueyes con los que arase. Pero necesitaba verlo cara a cara. Las recomendaciones no bastaban para tal nombramiento. Su intuición pocas veces fallaba.

El Ministro Universal de Hacienda estaba sentado en su sillón favorito. El alto respaldo tapizado empujaba aún más su figura. Manuel debía moverse a un lado y al otro para poder fijar la vista en el vasco, quien cada tanto quedaba escondido detrás de la interminable pila de libros que dominaban su mesa.

—Bueno, joven. Ya sabe a qué viene a mi despacho, ¿cierto? —las cejas retintas y tupidas dominaban la cara del hombrecito. Su tamaño era inversamente proporcional al poder que detentaba. Con la mirada decía todo—. Don Pedro lo ha promocionado en grande. Supongo que usted responde a eso y mucho más.

Manuel perdía la atención de su mirada para fijarla en el respaldo de fondo marrón adornado con escenas galantes en *petit-point*. Le resultaba inevitable.

Desconocía que el tapizado colorido era una de las tretas de Gardoqui para analizar a sus interlocutores con la guardia baja.

—No sé qué le ha dicho el oficial mayor Aparici de mí, pero espero estar a la altura.

—El Director del Departamento de la Real Hacienda de la América Septentrional es merecedor de mi confianza, y de una gran ayuda a nuestros asuntos, además —agregó el Ministro mientras acariciaba los largos apoyabrazos rematados en hojas de acanto.

Don Pedro se había transformado en el favorecedor de Manuel. Gracias a las conexiones de su cuñado José Calderón de la Barca, el joven estudiante había frecuentado algunas personas encumbradas. Una de ellas había sido José Manuel Aparici, el hijo mayor del oficial de la Secretaría del Despacho de Indias e integrante de la Orden de Carlos III. Tan cercanos se habían vuelto que también compartía largas conversaciones y estadías en casa de don Pedro y su mujer, doña María García de Prado. Así fue como el cuarto en la línea del poder del rey en las Indias confió y conoció en profundidad al joven Belgrano.

—He sido muy firme al proponerle su nombre a Su Majestad —la peluca blanca contrastaba enormemente con el negro de las cejas de Gardoqui mientras guardaba un marcado silencio, como esperando algún gesto de su interlocutor.

Manuel parpadeó. Sostuvo la respiración. No sabía si sonreír para agradar al Ministro. O tan solo perpetuar la solemnidad que venía ensayando. Le parecía extraño que ni siquiera hubiera nombrado una vez al ministro Godoy. Tal vez era mejor no preguntar.

—Y nuestro Señor, Don Carlos, ha tenido en gracia considerar su designación como secretario perpetuo del Real Consulado a erigirse en Buenos Aires —completó su anuncio el Ministro.

—Quedo perpetuamente obligado a vuestra generosidad y confianza, vuestra excelencia. Creo estar más que en condiciones para ocupar el puesto. Además de conocer de memoria esas provincias, os juro que velaré fielmente por los asuntos de nuestro Soberano en ellas.

—No se espera otra cosa de su parte.

Mientras respondía con auténtico agradecimiento el nombramiento de la Corona, Manuel evaluó las posibilidades reales de gestar proyectos nuevos en su lugar de nacimiento. Tal vez ya era tiempo de volver. Las ganas de recorrer Italia seguían rondándole. Su padre había hecho todo lo posible para que postergara ese sueño.

La mirada afilada de Gardoqui atravesaba el despacho todo. Era una señal. En ese instante reconoció que los días en Europa llegaban a su fin. Una nueva vida se avecinaba. ¿Sería tan grata como la que había vivido en Madrid? Prefería no adelantarse.

Manuel se aproximó a la mesa ante un gesto del Ministro, que en señal de confianza estiró la mano, para saludarse como caballeros; el joven la estrechó, bajó la

cabeza y concluyó con la reverencia de rigor y giró. Se retiró sin volverse. El Ministro de Hacienda se apoyó en la mesa y apenas torció la boca. Sin llegar a sonreír. Estaba convencido de que la Corona debía contar con sus súbditos más capaces, así fuesen americanos.

* * *

Dominado por una extraña sensación en el cuerpo, llegó a casa de su cuñado. Cualquiera que conociera a Manuel solo en la superficie hubiera reconocido al instante que se hallaba envuelto en una euforia insistente. Sin embargo, el joven abogado era un experto en la simulación. Había aprendido a esconder sus emociones más profundas. Estaba entusiasmado, sí. Volver a su ciudad natal con semejante nombramiento era suficiente como para excitar hasta a un cadáver. Pero los últimos años en suelo español lo habían absorbido. Se sentía un hispano más, aunque muchas veces el recuerdo de su madre y sus hermanos le provocara una nostalgia inmensa. La correspondencia permanente entre María Josefa González y él no era suficiente.

¿Reconocería a Buenos Aires? No era la misma ciudad que había dejado hacía seis años. Eso con seguridad. Su familia tampoco era la misma. Su madre había tomado el toro por las astas hasta convertirse en la encargada de todo. Hasta del dinero y de los bienes que, al fin, habían sido desembargados. No sabía si tenía ganas de volver a ver a su padre. De alguna manera, lo culpaba por los males que habían arrastrado a su familia. Y tenía fundamentos. En varias oportunidades le había advertido que sus socios no parecían trigo demasiado limpio. Don Domingo había hecho oídos sordos. Y así llegaron las consecuencias. Las cosas se habían solucionado paulatinamente, pero doña Josefa no había logrado recuperar la alegría que la había caracterizado. Hacía esfuerzos, pero Manuel la conocía de memoria. Sabía que la tristeza le había marcado el alma para siempre.

—¡Josefa! —llamó su hermano mientras cerraba el portón de madera. Se quitó el sombrero de ala ancha y sacudió algunos restos de nieve. Con grandilocuencia se arrancó la capa y la colgó en el perchero.

La sala estaba de punta en blanco. En pocos días, su hermana y su cuñado recibirían a un gran número de invitados para celebrar Noche Vieja. Además de los familiares de José, se sumaban a la lista algunas amistades del matrimonio. A Josefa le gustaba que su casa no tuviera ni un detalle fuera de lugar. Era imposible ver una mesa desordenada o una olla sucia en la residencia de los Calderón de la Barca y Belgrano. Manuel se mofaba de ella. Faltaba más de una semana para las celebraciones de Navidad y Noche Vieja y la sala brillaba como si aguardaran el golpe de la aldaba de cobre sobre la puerta de calle.

—Elvira, agrega dos cobijas en cada cama, por favor. Esta casa está helada, no logramos calentarla —ordenó a la criada, mientras se retiraba del ala doméstica. El mes de diciembre del año anterior, 1792, había sido menos crudo. No quería ni pensar

lo que sería enero entonces—. Mi querido, ya estás de regreso.

Manuel abrazó a Josefa, la levantó como si no pesara y giró con ella entre sus brazos. La depositó sobre el suelo y la miró con una sonrisa que dominaba su cara. Ella lanzó unos gritos ahogados y abrió los ojos inmensos.

—¡Tenemos que festejar! Vuelvo a Buenos Aires, vuelvo a casa.

—¿Cómo es eso? ¿Qué te han dicho? Ay, Manuel, deja de intrigas y larga todo.

El joven lanzó una carcajada. Miró a su hermana, que lo desafiaba con los brazos en jarra y el ceño fruncido. Más que respeto, Josefa le provocaba una gracia inmensa.

—Se instala el Consulado en Buenos Aires y el Rey confía en mí para que me encargue. Seré su secretario perpetuo, hermanita querida —respiró hondo y creció en altura. Caminó orondo por el salón. El tranco lento y amplio hizo que lo recorriera por entero. Las calzas blancas ajustadas atravesaron la sala. Trabó sus pulgares en la bocamanga de la chupa^[2] de gros de Nápoles en seda azul oscuro—. ¿Y? ¿No me dices nada?

Josefa llevó sus manos a la boca y tomó aire como si lo hiciera por última vez. Sabía que el llamado de Palacio debía ser importante, pero nunca imaginó que fuera para tanto.

—¡Qué felicidad, Manuelito! Te lo mereces tanto, hermano querido. Siempre supe que eras el más brillante de la familia. ¿A quién iban a nombrar, si no? Eres perfecto para ese puesto. —Josefa entrecerró apenas los ojos. Escuchar semejante título le había adornado los oídos, pero para ser honesta no tenía demasiado en claro cuáles serían las funciones de su hermano en Buenos Aires.

Manuel sacó su reloj del bolsillo. Controló que no fuera demasiado tarde. En unas horas debía encontrarse con amigos. Había sido convidado a una tertulia. José Manuel le había dicho a la pasada el nombre del encumbrado personaje que los recibiría, pero en ese momento no lo recordaba. Solo sabía que debía ponerse sus mejores galas. Nada le gustaba más que pasearse por los salones de la Corte española. Disfrutar de la buena música, jugar a las cartas o conversar rodeado de esa gente tan jovial y siempre bien dispuesta para la diversión, le sentaba de maravillas. Sus compañeros españoles le habían confesado que, si su viaje de estudios se hubiera llevado a cabo diez años antes, la diversión no hubiera sido la misma. El rey Carlos IV y su coqueta esposa María Luisa de Parma gustaban de celebrar. La población joven de Madrid estaba encantada. No así la más añeja, que miraba con malos ojos el despilfarro de la realeza y su séquito. Nada podía interesarle menos a Manuel que esas críticas. En poco tiempo volvería a Buenos Aires. Quería aprovechar hasta el último día los festejos a la española. Estaba seguro de que en su ciudad natal no encontraría tantas ganas de celebrar.

—Hermanita querida, discúlpame, pero debo acicalarme para la fiesta de esta noche. Pues sí, no me mires de ese modo. Nos reunimos en la residencia de Aparici, y de ahí vamos a una tertulia.

—¿En lo de quién esta vez, si se puede saber? —preguntó Josefa con fastidio.

—Pero qué curiosa eres, mujer. He perdido la memoria, ¿sabes? —disparó Manuel con una sonrisa que iluminó sus ojos azules. Sabía que, cuando sonreía, se metía a su hermana en el bolsillo, y ni qué hablar del sexo femenino todo. Ese gesto cautivaba a las mujeres, y muchas veces abusaba de él.

Giró en redondo y regresó al vestíbulo. Subió la escalera que lo llevaba a su recámara.

* * *

Las risotadas de Manuel y sus amigos alegraban el inmenso salón del Palacio de Buenavista. Pero no eran los únicos ruidosos desperdigados por la habitación. Cantidades de damas y caballeros ocupaban los canapés blancos y azules guarnecidos en dorado, y aprovechaban para ponerse al día. Los hombres preferían la política; ellas, en cambio, sus nuevas adquisiciones, alguna desatención o el desembarco de renovados títulos nobiliarios, y las entrometidas —casi siempre las más—, los deslices amorosos, apasionadas aventuras ocultas, o el romance tormentoso del momento.

El joven Manuel pasó el dorso de la mano por su frente para secar el sudor incipiente que empezaba a molestarle. El fuego de la gran chimenea había logrado burlar el frío intenso de las calles. Los rulos que enmarcaban su cara estaban completamente desordenados. Parecía un muchachito travieso más que un abogado presto a cumplir el flamante nombramiento real. La mirada chispeante por el vino de Borgoña recorrió cada rincón del salón. Se detuvo en el retrato que ocupaba gran parte de la pared principal, iluminado por una de las tres arañas que colgaban del techo. Se preguntó quién sería ese hombre mayor que los miraba desde el lienzo. Desarrugó su casaca de terciopelo cincelado de seda marrón y se dirigió a la mesa donde abundaban las jarras de café y chocolate, además del sinfín de botellones de vino y licores. En la otra punta se habían dispuesto enormes fuentes con compota, y bandejas con turronecillos de cacao Soconusco, chocolate en pasta y vainillas. Allí se había amontonado un grupo de mujeres con ansias de algo dulce. Manuel las miró francamente desde su rincón, sin siquiera disimular. Ellas estaban en otra cosa, no repararon en la mirada del joven. El chismorreo las transportaba a un mundo propio.

—¿Se han enterado del nuevo desplante de la Reina? —señaló una de las muchachas—. Por momentos pienso que el Rey es sordo, ciego y mudo.

—Pero, María Cristina, nosotras somos las menos indicadas para juzgar nada —respondió una de las cuatro participantes del conciliábulo femenino. Y soltó una risita cómplice.

Manuel sonrió y recorrió la figura de esa mujercita de cabellera morena. La piel blanca que dejaba ver su escote lo encandiló. Al instante le recordó el cuerpo de María Eugenia, aquella muchacha que había frecuentado el año anterior, enloqueciéndolo por demás. También la había conocido en una fiesta. Su amigo

Aparici había logrado la introducción de rigor, aunque después supo que estaba todo arreglado por la muchacha. Maruja lo había marcado y hubo de hacer todo lo posible para lograr un acercamiento. Era una noche de verano y el abanico de la damita no dejaba de sacudirle aire sobre la cara. El jubón^[3] combinado en seda labrada morada y tafetán marfil dejaba al descubierto parte del cuerpo joven de la española. Manuel no podía despegar los ojos del abanico, que casi acariciaba el pecho de su futura nueva conquista.

—¿Acalorada? —había preguntado en el instante que quedaron solos.

—Entre otras cosas —respondió, presumida, con su mirada fija en el muchacho rubio.

—Tal vez encuentre la forma de refrescarla —avanzó Manuel y le ofreció el brazo para sacarla de allí.

Ante el examen feroz de sus amigas que espiaban a la distancia, María Eugenia aceptó el convite y salió junto al guapo caballero, al que todas habían estado disputando.

Manuel trajo a la memoria aquella fiesta en casa del Duque de Linares. También recordó que don Ángel María de Carvajal y Gonzaga había muerto hacía bien poco, dejando a su esposa María Soledad Fernández de Córdoba y Pimentel, hija del Duque de Medinaceli, embarazada de su primer hijo. Sin embargo, esos habían sido otros tiempos. Era el momento de celebrar, y hacia allí había partido Manuel junto a los Aparici, padre e hijo, quienes convidaban a su amigo y protegido a cuanta fiesta de la Corte hubiera. Juan Manuel le había dicho que esa noche estaría una joven que tal vez le interesara. Conocía el gusto de su amigo y sabía que sería de su agrado. Manuel dominaba de maravillas el arte de la seducción y las damitas elegantes eran su debilidad.

Apenas franquearon el portal de la calle Mayor, los había recibido la gran escalera doble. Continuaron su camino hacia el gran salón, pero en el descanso superior Manuel vio una imagen que lo desconcentró por completo. Era María Eugenia, que observaba desde esas alturas a los recién llegados, junto a su íntima amiga, la dueña de casa.

Los avances y miradas complacientes se sucedieron, hasta que Manuel y Maruja intercambiaron aquellas palabras que los arrastraron hasta los jardines del fondo. No eran los únicos en ocupar ese sector de la casa. Varias parejas habían salido en busca de algo de intimidad o tan solo un poco de aire fresco.

Maruja se acomodó en un banco de piedra e invitó con la mirada a su caballero. Con la mano izquierda quitó los rulos que cubrían su hombro. La melena sobre el pecho aumentaba el calor que ya de por sí aletargaba la noche. Con un vaivén frenético sacudió el abanico de encaje de Bruselas y marfil, sobre su cuello. Intercambiaron pocas palabras. Pero los cuerpos hablaron por sí solos. La muchachita escondía y descubría su boca, de acuerdo a la estrategia de seducción. A pesar de su corta edad, María Eugenia dominaba esas artes. Estaba más que satisfecha con el

devenir de los acontecimientos. Manuel fue acercándose de a poco a la damita de ojos negros, hasta que sus labios comenzaron a susurrarle frases bonitas al oído. Los ojos de Maruja se entornaron y sonrió levemente. *«El joven americano sí que sabe hablarle a una dama. No me equivoqué. Ahora quiero su cuerpo pegado al mío»*, pensó.

* * *

Aquella muchacha que había conocido hacía más de un año en casa del Duque de Linares no había sido su única conquista. Ni mucho menos. Una larga lista de mujeres que gustaban de merodear en la Corte era el objetivo favorito de Manuel. Cuanto más coqueta, presumida y sobre todo avasallante fuera la muchacha en cuestión, mejor. Pero no solo el deleite pasaba por la recámara. Escucharlas hablar e interiorizarse en sus mundos para descubrir sus secretos aumentaban su interés. Las reuniones con amigos eran hechos sagrados para Belgrano, pero dialogar con alguna que otra dama que le despertara aunque más no fuera un poco de curiosidad era una práctica que cultivaba con fervor. Mientras le duraba el encandilamiento, cumplía a rajatabla con todas las formalidades que obligaban a un buen cortejo: acudía a tomar chocolate por las mañanas con la dama elegida y por las tardes salían a los paseos. Cuando se le ocurría pertinente, le obsequiaba flores o cintas coloridas, siempre en tan alta estima para las muchachas, y si necesitaba precipitar alguna reacción que empezaba a tornarse dificultosa, procuraba asientos en la cazuela del Teatro de la Cruz^[4]. Nunca descuidaba los modales y eso le era siempre muy agradecido.

Las damas de la Corte española sabían reconocer al instante a un caballero educado que guardaba las formas. Era imprescindible no perderlas. Ni siquiera cuando frecuentaba los burdeles de Madrid, también de su gusto. Las dueñas de las mancebías adoraban a su Manolito. Lo mimaban como si fuera de la familia. Y él respondía de igual manera. Era generoso con las mancebas y las dueñas de casa. En muchas oportunidades agregaba una propina de reales de plata a la paga estipulada. Él y sus hermanos Francisco y Carlos en diferentes temporadas, y sus amigos José Manuel y alguno que otro, hacían sus visitas periódicas. Las mancebías favoritas eran la de la Pingarrona^[5] y la de Rosa. Lo recibían con una alegría inusitada. Y no siempre hacía uso de las jovencitas en oferta. Eso y el trato cordial que recibían del «americanillo» —así lo llamaban— eran más que suficientes para otorgarle servicios diferenciados.

Los amoríos de Manuel fueron eso. Solo vínculos, de mayor o menor monta, y ocasionales. Pero no por ello menos significativos. Sin embargo, algunas de las involucradas habían tomado bastante en serio el comportamiento galante del conquistador, esperando más de la cuenta. Al joven abogado ni se le hubiera ocurrido llegar a mayores con ninguna de sus pretendidas. Es más, sabía de antemano que todo

eso era un juego de soltero algo casanova. De placeres compartidos, por supuesto. Era evidente que no se había enamorado de las damas españolas. Pecaba de ingenuo. La juventud había colaborado para que desconociera bastante la naturaleza femenina y algún que otro desborde lo habían conducido a padecer las consecuencias. Tenía la buena fortuna de no haber sido retado a duelo, pero una golpiza sin secuelas graves hubo de cobrar. El hermano mayor de una de sus prometidas de fantasía lo había esperado en una oscura esquina para propinarle varios golpes, que luego habían recibido el cuidado amoroso de su hermana. Josefa intentaba aquietar el carácter impulsivo que Manuel tenía para con las mujeres, pero era una tarea imposible. Solo el tiempo calmaría su temperamento, transformándolo en un hombre de temple.

Capítulo II

Parecía una ciudad abandonada. Buenos Aires estaba en silencio. Solo se escuchaba el murmullo del agua sobre la orilla recalentada. Si hubiera sido noche cerrada, habría pensado que arribaba a un pueblo fantasma. Pero no. El sol del mediodía daba de lleno. Una razón más que convincente para que los habitantes de esa provincia que Manuel reencontraba luego de ocho años de ausencia, cuidaran sus coronillas. Le hubiera gustado que sus hermanos lo esperaran en el puerto, pero sabía que aquello era imposible. No les había advertido, ni a ellos ni a sus padres, la fecha aproximada de arribo. Y tampoco creía probable que Josefa le hubiera escrito a su madre anunciándole la noticia de su llegada. Faltaban algunos meses para el nombramiento. Había decidido adelantar el regreso. Y sin aviso.

El último tramo del viaje se había complicado, pero eso ya era parte del pasado. Su ciudad le daba la bienvenida. Con las botas y la cara empapadas de agua, Manuel y su equipaje permanecieron de pie y a la espera. Necesitaba reponer fuerzas. El calor le resultaba abrasador. Sobre todo para él, que ya se había acostumbrado al frío helado del invierno madrileño.

Con caminar cansino, llegó hasta el fondo de la Alameda. Como era de esperar, también allí era absoluta la deserción de los paseantes habituales. A pocos pasos y debajo de un árbol se guarecían dos caballos, un carruaje y su cochero. El horario ayudaba. Era casi imposible encontrar clientes a esa hora. Salvo que fueran Manuel Belgrano, recién llegado a la costa luego de un viaje interminable desde Europa. El futuro secretario metió la mano en el bolsillo y sacó unas monedas. Al instante, el cochero se incorporó.

—¿Adónde os llevo, vuestra merced? —con una reverencia excesiva, abrió la portezuela del carro.

—A Santo Domingo^[6] y Mayor^[7] —respondió Manuel, con una sonrisa franca a semejante pomposidad.

El cochero rajó el aire con el látigo y con un grito instigó a sus caballos a la marcha. Los cascos resonaron con fuerza contra la tierra reseca. Los percherones no abandonaron la gracia de su tranco y atravesaron las calles con el golpeteo de su caminar, de fondo.

—Alto, cochero. Aquí me bajo.

Los nervios le jugaban una mala pasada. Sintió el cuerpo tenso, como atravesado por el dolor. Le resultaba imposible concebir que volver a ver su casa lo afectaría de esa forma. Pero así era. Con las valijas haciendo equilibrio en cada mano —la izquierda con la poca ropa fresca que traía y la derecha repleta de libros— se detuvo frente a la puerta. El enrejado de los ventanales permanecía igual, salvo por algunos vestigios de óxido. Golpeó dos veces la aldaba de hierro. No sabía si entrar directamente o aguardar a que algún integrante de la familia le abriera el portón de

madera. Pero no hubo tiempo a decidirse. El chirrido de los goznes anunció que su casa, por fin, le daba la bienvenida. Del otro lado y frente a él, doña Josefa abrió la puerta inmensa. Parecía diminuta. La madre de Manuel abrió los ojos redondos y se llevó las manos a la boca para acallar el grito de sorpresa. El joven soltó las valijas y abrazó a su madre. Así permanecieron un buen rato. Las manitas de Josefa acariciaron la espalda de Manuel, una y otra vez. Había instado a su hijo a que se quedara a terminar los estudios en España y nunca había dejado entrever el sufrimiento que había sentido por su ausencia. Ahora podía liberar sus emociones. Ya lo tenía con ella otra vez.

—Déjame verte, m'hijito querido.

Pues, cómo has cambiado que casi no te conozco —lo miró de arriba abajo con la cara iluminada de orgullo—. Ven, vamos hacia adentro.

Levantó la valija más liviana y enfiló hacia el interior, a la recámara que ocupaba su cuarto hijo antes del viaje de estudios. Manuel la siguió pero no hizo dos pasos cuando sus hermanos lo abordaron sin esperar respuestas al sinfín de preguntas que le disparaban.

—¡Carlos, nos volvemos a ver y ahora en casa!

—Pues, casi como si no nos hubiéramos separado. No imaginé que llegaras tanto tiempo antes, Manuel. Tengo entendido que el nombramiento está estipulado para el mes de junio —el abrazo con el hermano mayor sonó con fuerza. Aquellos meses que habían compartido en España los había unido aún más.

Gregorio le quitó las maletas a su madre y se ocupó de llevarlas adentro.

Doña Josefa se dirigió a la cocina para preparar algo fresco para el recién llegado. Manuel se reía a carcajadas, rodeado por sus hermanos. Los mayores —Carlos y Domingo, ya que Gregorio estaba en el fondo de la casa— escuchaban a Manolo con alegría. Que su hermano, a los veintitrés años, inaugurara ese cargo era un hecho maravilloso. También pensaban en su madre, que a pesar de no emitir palabra acerca de la falta que le había hecho ese hijo casi español, ahora viviría más aliviada. Joaquín y Francisco observaban a su hermano mayor en silencio.

—Quiero verte, Paco. Es que estás irreconocible, hombre —y Manuel se fundió en un corto abrazo con quien había abandonado esa ciudad hacía ocho años—. A la noche llévame a la mejor fonda y revivamos nuestros años hispanos. Bueno, no os pongáis así los demás. Podéis acompañarnos.

Manuel estaba exultante. Su buen humor contagiaba a todos. Su madre entró en la sala con una bandeja que traía tres vasos, un plato con limones y una jarra de agua. Juana la interceptó y llenó un vaso. Tomó el plato, lo apoyó en la cómoda que adornaba la pared del fondo, tomó el cuchillo y partió el limón más grande por la mitad. Con la mano izquierda apretujó la fracción más pequeña hasta que el jugo desapareció de la pulpa. Ansiosa, se lo entregó a su querido hermano.

—Mi niña, pues ¡mírate! Ya eres una mujer, Juanita. Me fui y jugabas al aro. Y ahora ajustas tu cintura. Para mí sigues teniendo diez años —y soltó una carcajada.

—No te rías, malo. Me temo que desvarías, Manuel. Tengo dieciocho, para tu información. ¿O será que los calores te han derretido la cabeza?

Las risas de Manuel inundaron la sala. Juana hacía fuerza para no contagiarse. Intentaba continuar con su cara seria, pero le era muy difícil. Esa actitud despertó la risotada general.

—Juana, eres tan graciosa que ni te enteras —Manuel la abrazó y le dio un beso en cada mejilla—. Debes entenderme, niña. Estás irreconocible. Grande y bonita.

La muchachita tomó los costados del vestido verde con rayas grises, lo levantó levemente y se bamboleó de un lado al otro, con un gesto de coquetería.

—Estoy muy contento de haber vuelto a casa. Que la Virgen me acompañe en esta, mi nueva labor en mi querida Buenos Aires. Espero que vosotros os alegréis del mismo modo. Pero aquí falta alguien. ¿Dónde está mi padre?

* * *

Golpeó la puerta de la recámara con suavidad. Si don Domingo dormía, prefería no despertarlo. Su madre, con la discreción que la caracterizaba, solo le había adelantado que hacía unos días que su padre no se sentía bien, y que a pesar de su empecinamiento —que recordaba más que bien— había preferido descansar toda la mañana. Ya era bien pasado el mediodía y no había salido de su cuarto.

Con el mayor sigilo posible, Manuel giró la manija de hierro. Asomó la cabeza y vio a su padre sentado en la mecedora de su madre, junto a la ventana. Tenía varios papeles y un libro sobre el regazo. Buscaba la luz del sol para iluminar las hojas. Don Domingo oyó el chirrido de la puerta y levantó la vista. Vio a un joven alto, de pelambre clara bastante desordenada y unos ojos azules envueltos en un brillo franco. Ya no era aquel hijo de dieciséis años que había despedido al subir al navío rumbo a Europa.

—Disculpe, padre. No quería molestarlo.

Don Domingo se incorporó y apuró el paso hacia su hijo. Manuel le ganó de mano y lo abrazó.

—¿Para qué se levanta? Mamá me ha advertido que no se sentía bien. Vuelva a la silla, hágame el favor —y lo ayudó a sentarse nuevamente.

—M'hijo querido, qué alegría volverte a ver. Pero no le lles el apunte a tu madre. Ella exagera un poco, ya sabes cómo es. Es que anoche no pude pegar un ojo y aproveché para quedarme un rato más en cama —respondió con sonrisa cómplice.

Manuel observó con detenimiento a su padre. Todos esos años sin verlo lo habían obligado a construir una imagen a su antojo. Incluso, a veces, no sabía si la representación que se había hecho mentalmente era la verdadera o tan solo eso, una construcción. Cada vez que recibía una carta de Buenos Aires, ejercitaba la memoria cuanto podía. En muchas oportunidades, sentía que la cabeza le jugaba una mala pasada.

El paso del tiempo se había hecho evidente en el cuerpo de don Domingo. Las marcas demostraban que la vitalidad y el empeño del Belgrano originario de Oneglia, aquel pueblo de Italia, habían desaparecido, o por lo menos eran difíciles de encontrar. Había perdido mucho cabello. El poco que le quedaba había desteñido por completo y ahora era gris. La sonrisa le devolvía algo de la alegría perdida durante los últimos años. Sin embargo, se notaba que don Domingo hacía un esfuerzo delante de su hijo.

—Qué suerte que está en casa, padre. No se preocupe por nada. Ahora que estoy aquí lograremos terminar con todos los problemas legales en los que se ha visto envuelto.

—Gracias, Manuel. Tenías razón en todo, te pido disculpas por no haber tomado en cuenta tus palabras en su momento —replicó Domingo en voz baja y excusándose.

—Calle, padre, por favor. No hace falta que se disculpe. Ya pasó y está libre, ¿no es cierto? Solo nos falta cerrar el litigio.

Manuel había acomodado una banqueta al costado de la mecedora y se había sentado al lado de su padre. Le dio unas palmadas sobre la pierna, para tranquilizarlo.

—Has hecho bien en licenciarte en Leyes en vez de perseguir mi deseo de que fueras tras el Comercio. Mira lo bien que nos ha venido.

La risa de Manuel invadió la recámara. El respeto que sentía por ese hombre, su padre, estaba intacto. La complicación en la que se había envuelto por porfiado ya era parte del pasado. Le había perdonado el incidente.

—Ya que estás aquí, hijo, y con miras de quedarte, sería ideal que te reunieras con tu primo Juan José. Lo encontrarás en su casa, ya que atiende los casos desde allí. Él colaboró mucho... pero no digo nada que no sepas.

—Sí, padre. Es lo que tenía pensado. Intentaré descansar un poco y cuando caiga el sol iré a la casa de los Castelli.

Manuel miró por la ventana. Las cerámicas del patio estaban limpias. Doña Josefa hacía una recorrida todas las mañanas bien temprano y controlaba que las plantas que lo adornaban no tuvieran ni una hoja seca o una flor marchita. La sombra del aljibe había comenzado a crecer.

—¿Y en qué quedaron aquellas ansias por recorrer Italia? —don Domingo lo trajo de nuevo a la conversación.

—No eran para tanto —sonrió el joven—. En fin, me hubiera gustado conocer ese país, pero el deber me convocó nuevamente a Buenos Aires, padre. Ya habrá tiempo más adelante, ¿no le parece? Estoy muy contento de haber regresado a casa, verlos nuevamente, y ponerme al servicio de la Corona.

—Así es, Manuel. Esperemos que las cosas salgan bien —y detuvo la mirada en los ojos de su hijo. Confiaba en su integridad y perseverancia.

* * *

Una de las hojas de la puerta de madera de gruesos tableros y grandes clavos se abrió de par en par. La sonrisa inmensa de una joven esclava le dio la bienvenida. Algún que otro rulo rebelde se escapaba de la pañoleta blanca que cubría su cabeza. Pestañeó un par de veces y con un ademán grandilocuente lo invitó a pasar. No le preguntó su nombre, pero Manuel se presentó igualmente. La criada enfiló hacia adentro sin emitir palabra. Belgrano decidió seguirla a pesar del silencio.

—Aguarde aquí, señor. Ya le traigo a doña María Rosa —la muchachita hizo una reverencia.

—A ver, no sé cómo te llamas, y no es a la señora a quien vengo a visitar.

Los ojos de la criada se fijaron en la cara de Manuel y su boca se abrió, llena de mutismo otra vez.

—¿Me recibirá el señor Castelli? Aquí tengo la esquila de invitación —hurgó en el bolsillo del pantalón.

—Mi nombre es Agustina —giró sobre sus talones y desapareció por la puerta de la sala.

Unas voces lo distrajeron. Restos de una conversación callejera se filtraron dentro de la sala de su primo mayor. Se acercó a la ventana con curiosidad. A través de las rejas vio a un par de vendedoras ambulantes que seguramente se dirigirían a la Plaza Mayor para ofrecer sus productos en la Recova. Las mujeres y sus canastos ocupaban casi toda la calle de las Torres^[8]. Las risotadas atrajeron su atención. No le importó demasiado el asunto que las mantenía ocupadas. La alegría y voluptuosidad de aquellas muchachas contagió su ánimo. Ellas insistían con su ritual sin saber que a unos pasos, desde la sala de una casa, había un joven que las espiaba. Sin una razón aparente.

Solo disfrutaba de la vista de la reunión despreocupada de aquellas morenas.

—¡Manuel! Pero qué puntualidad, primo querido. Pasan los años, te mudas de país, regresas con gloria y sigues siendo el mismo. No cambias las mañas; creo que no conozco persona más exacta que tú. Ven aquí —Juan José apuró unas zancadas y abrazó a su primo. Le palmeó la espalda con fuerza y lo miró iluminado por una sonrisa—. Vayamos a mi despacho, mejor. No quiero que nos interrumpan. Tal vez, en un rato, se presenten las amigas de María Rosa.

—No pude llegar a tiempo para tu boda, pero supe todo lo vinculado a tu relación, a través de mi madre. Sabes cómo es —agregó Manuel, con ternura—. Me dijo que es una señora magnífica.

—En cualquier momento hago una presentación como corresponde. Pero no querrás quedar en el medio del parloteo femenino. Terminarás hecho añicos, primo querido. Vamos a mi despacho y una de estas tardes los convido a ti y a tus padres con unos buñuelos y mates.

Juan José escoltó a su invitado hasta su despacho. Las esclavas entraban y salían de las habitaciones con ropa sucia, cobijas bien dobladas —unas sobre otras— y demás artículos domésticos que demostraban la atareada jornada que tenían por

delante. De la mujer de su primo, ni señales.

Castelli abrió la puerta e invitó a Manuel a que pasara a su despacho. Prácticamente no quedaba pared sin libros. La biblioteca parecía interminable; los ojos de Manuel fueron de un estante a otro, como si buscaran un tesoro escondido. La gran mayoría ya los había leído. Pero había otra cantidad que desconocía. Se prometió regresar pronto a tomar nota de los nuevos, y en todo caso, a pedirlos prestado. Con Juan José era fácil intercambiar libros. Siempre volvían a su dueño en perfectas condiciones. Se sentaron uno frente al otro. Solo el gran escritorio de madera se interponía entre ambos.

—Quiero agradecerte por todo lo que has hecho por mi padre, Juan José. No sé qué habría pasado si no hubiéramos podido confiarte el litigio.

—Por favor, Manuel. Los agradecimientos están de más. Somos familia, nunca tuve dudas al respecto. Además, no fui el único en salvar la honra de tu padre. Has hecho lo tuyo desde España.

—Aún quedan algunos puntos por resolver. Se ha logrado que lo liberen, pero la causa no está cerrada, Juan. Vengo a colaborar contigo en todo lo que necesites.

—No es a eso a lo que has vuelto, Manuel.

—Tengo tiempo. El nombramiento será recién dentro de unos meses.

Castelli corrió la silla hacia atrás y cruzó el despacho hasta el flaco aparador de la esquina. Abrió una de las puertas y sacó una botella de licor y dos vasos. Levantó la mirada para pedirle aprobación a su primo y sirvió. El líquido cobrizo brilló y atrajo la atención de Manuel. Juan José lo convidó y cambió de asiento. Se acomodó en el sillón de terciopelo ocre y probó la bebida.

—No faltará oportunidad para ponernos al día, pero adelántame cómo están las cosas por aquí.

—¿Qué te puedo contar que ya no sepas? Han cambiado algunas cosas para que nada cambie. Arredondo ha logrado mantener el *statu quo* con algunas variantes, debo ser sincero. Gracias a las concesiones del Virrey, tenemos libre comercio de esclavos. En fin, no creo que esto les cause demasiada gracia a los que aglutinaban toda la venta. También ha logrado que desaparezca la matanza clandestina de ganado. No es algo que nos competa, pero debo ser honesto y sumarle otro punto.

—He llegado hace pocos días y no he podido recorrer la ciudad. Lo poco que vi, me pareció que estaba en aceptables condiciones —afirmó Manuel con un dejo de duda.

—Si esperas las obras de Vértiz, será mejor que te des por vencido. Difícil de vincular a este virrey con aquel, aunque continúa las tareas de empedrado de algunas calles.

—En breve me reúno con él. Sin embargo, preferiría prolongar la fecha lo más posible. Necesito una mayor preparación.

—Para que no peques de ingenuo, Manuel, Arredondo y los comerciantes más poderosos de Buenos Aires habían propuesto a otro hombre para tu cargo; no lo

conoces, se llama Pablo Beruti. El tráfico de influencias ha sido feroz.

—Me lo imagino. Pero hemos salido de los tiempos de Gálvez y nos hallamos en otra situación. Ahora se premia el mérito y no se consiguen las cosas tan descubiertamente con dinero como en aquellos años.

Manuel apuró la última gota de su licor y apoyó todo el cuerpo en el respaldo del sillón. Los últimos dichos de su primo giraban en su cabeza. Le quedaban solo unas semanas por delante antes del nombramiento, pero presentía que serían complicadas. Su lugar en Buenos Aires no sería nada fácil.

—Manuel, cuentas conmigo para todo. Ni siquiera hace falta que te lo advierta. Tienes mi más fiel apoyo y no permitiré que nada ni nadie atenten contra tu persona.

Capítulo III

Manuel enganchó el ojal de pasamanería al botón de pasta negro de su capote. No llovía, pero el cielo estaba nublado y el frío empezaba a apretar. Había preferido no tomar un carruaje para trasladarse. Tardaría un poco más pero las caminatas lo ayudaban a pensar. Le resultaba extraño que dos acontecimientos tan importantes sucedieran casi en simultáneo. Junio empezaba con la balanza hacia su lado. Al día siguiente cumpliría veinticuatro años. Pero las celebraciones comenzaban a partir de esa misma mañana. En una hora se daba inicio a la primera sesión del Consulado. Había llegado, al fin, el día tan ansiado y por el que había cambiado su destino. No se arrepentía, para nada. Sin embargo, los latidos de su corazón golpeaban fuerte contra el pecho. Esperaba que la estampida se quietara en el Salón Oficial. No quería que los otros miembros repararan en sus nervios.

Llegó a la calle de San Miguel^[9] y dobló a la derecha. Los ruidos del despertar de la ciudad lo acompañaron en el recorrido. Previsor como siempre, había salido temprano de su casa. Tal vez demasiado. Pero sabía que su primo estaría esperándolo. Hizo esas tres cuadras hasta Las Torres a ritmo veloz. No se detuvo ni reparó en los carruajes que dominaban la calle. De casualidad evitó que una salpicadura, tras el bamboleo de una de las ruedas sobre un charco de agua, le diera de lleno en las calzas blancas. Su madre le había preparado con dedicación las mejores ropas. Lo peor que le podía pasar era llegar con la vestimenta veteada de barro.

Llegó a la esquina. Apuró unos pasos y vio a Juan José de brazos cruzados, apoyado contra la ventana que daba a la calle. Los ojos negros estaban fijos sin mirar nada. Esas cejas tupidas, por sí solas, dibujaban preocupación en su mirada. Castelli también estaba ansioso por el flamante proyecto que intentaría llevar a cabo su primo. Desapareció del marco y a los segundos se abrió la puerta.

—Estoy listo hace rato. Buenos días, Manuel —dijo Juan José mientras cerraba el portón de su casa. Lo miró y su cara se iluminó con una sonrisa. Le palmeó la espalda y lo instó a caminar rumbo al Consulado. Los tacos de las botas de ambos pisaron fuerte contra el piso y recorrieron las pocas cuadras que faltaban. Castelli iba algo distraído; Belgrano, en cambio, reconcentrado.

—Vamos, Manuel; tranquilo, hombre. Hoy es el día más importante de tu vida, el primero. Piénsalo así.

Solo faltaban unos minutos para llegar al Consulado. En unas horas, esas calles se llenarían de transeúntes yendo y viniendo. Cumplirían sus tareas, como cada mañana. Sin embargo, Santísima Trinidad^[10] aún estaba casi desierta.

El edificio de altos se imponía ya una cuadra antes. El pórtico central con sus salas laterales, el techo aterrazado, las paredes interminables parecían las de un palacio en una ciudad tan chata. Manuel detuvo la mirada en el balcón individual de los altos y se imaginó allí parado. Desde ahí arriba podría observar la ciudad. Escapar

alguna hora de la tarde y reflexionar en soledad.

Franquearon la entrada, que ya tenía las puertas abiertas de par en par. Sentado detrás de una pequeña mesa de madera sobre el costado izquierdo, los recibió un muchacho bien vestido. Levantó la mirada ganada por la somnolencia y abandonó unos papeles garabateados. Manuel y Juan José asintieron con la cabeza a modo de saludo, a la espera de que alguien los guiara hasta el salón donde iniciaría la sesión.

—Buenos días. Soy el flamante secretario de esta casa, don Manuel Belgrano. Me acompaña mi primo y mano derecha, el abogado don Juan José Castelli. ¿Podrías indicarnos el salón donde daré inicio a mi tarea?

En un segundo, el muchacho se levantó de la silla y se acomodó el cabello, que no necesitaba ningún cuidado nuevo. Sabía que el 2 de junio estrenaban sesión y cargo, pero nunca imaginó que el hombre en cuestión llegaría tan temprano. Lo último que necesitaba era una reprimenda. Y mucho menos del jefe absoluto.

—Caballeros, por aquí, por favor. Síganme, sus señorías.

El joven los invitó con la mano, se dirigió hacia una escalinata en el fondo y dobló a la izquierda. Abrió la primera puerta que apareció en el pasillo. Los goznes chirriaron en el silencio del gran salón vacío. Aún no había llegado nadie. La inmensa mesa que dominaba la habitación donde se celebrarían las reuniones con los principales comerciantes de la ciudad tenía todos los lugares desiertos.

Manuel y Juan José entraron al recinto y observaron con detenimiento las paredes vestidas con algunos cuadros.

—¿Cuál es tu gracia, muchacho?

—Miguel, su señoría.

—No es para tanto —sonrió Manuel—, no te pongas nervioso. Hemos llegado temprano. Aunque pensé que no seríamos los primeros. Ahora ve a la puerta y hazlos pasar cuanto antes, a medida que lleguen. No quiero retrasar la sesión.

Le parecía incomprensible que los hombres que debían inaugurar junto a él la comisión del Consulado no hubieran estado ahí para darle la bienvenida. ¿Sería eso una señal? No quería ser pájaro de mal agüero y dar un mal comienzo a su flamante quehacer. Buscó a su primo con la mirada, en busca de complicidad.

Miguel miró a los señores con los ojos redondos por la atención, dio media vuelta y partió a la mesa de entrada.

—Prepárate, Manuel, para las presentaciones. Hay de todo y para todos los gustos, ya lo sabes. Espero que mis advertencias hayan sido lo suficientemente fidedignas.

El Secretario caminaba de una punta a la otra de la sala. Con las manos tomadas en la espalda y el mentón casi pegado a su pecho. Manuel repetía en su cabeza, una y otra vez, el discurso que había preparado para la jornada inaugural. De repente, el eco de unos pasos lo sacaron de su ensimismamiento. Parecía que se acababa su ensayo mental. Tres hombres entraron al recinto.

—Buenos días, caballeros; Juan José, no sabía que estarías aquí. Hago la

presentación pertinente, don Manuel, y espero tome nuestras disculpas por la demora. Soy Ventura Miguel Marcó del Pont, natural de Vigo pero radicado hace unos años en Buenos Aires —se dieron la mano y los ojos azules de Belgrano intentaron perforar los ojos castaños del español para descubrir lo insondable de su mente—. Por supuesto, soy comerciante, consignatario de buques y armador. Enhorabuena, y que este honorable cuerpo sirva para colocar a la provincia adonde pertenece.

El español estudió a Belgrano de arriba abajo. Se preguntaba a qué habría venido este muchacho, cuáles serían los planes de la Metrópoli. ¿Podrían continuar como hasta ahora, o la Corona provocaría un cambio hostil para ellos? El otro caballero, que escrutaba al novato, carraspeó para llamar su atención.

—Y yo, Secretario, le doy la bienvenida a esta provincia. Soy don Martín de Álzaga —estiró la mano para saludarlo—. Tal vez su primo Castelli le haya adelantado algo de mis ocupaciones.

El apuesto vasco sonrió sin quitarle los ojos de encima. Manuel respondió con cautela. A pesar de haber llegado con la venia del Rey, lo perseguía la rara impresión de sentirse un forastero.

El tercero que ya estiraba su mano era Antonio de Escalada, uno de los hombres más acaudalados del Río de la Plata.

Una conversación que se acercaba por el pasillo descomprimió la situación de la gran sala.

—Bueno, aquí estamos los que faltábamos. ¿Nos estaba esperando, Secretario? Miguel nos ha puesto cara de terror —lanzó una carcajada uno de los comerciantes mayores del grupo, don Gaspar de Santa Coloma.

Juan José se acercó a su primo y le susurró el nombre del caballero de pelambre clara —gracias a algunas canas y un pasado rojizo—, que se presentaba como el más poderoso de los hasta ese momento instalados. Parecía bastante más joven que los cincuenta y cuatro años que declaraba. La buena vida del hidalgo oriundo de Álava lo pintaba de cuerpo entero. Alto, fornido e inmutable. Pero, sobre todo, riquísimo, y el artífice de que don Martín de Álzaga se hubiera transformado en el hombre que era. Le había dado trabajo cuando el muchachito recién llegaba de Álava, su misma provincia de origen, con doce años en su haber y bien poca idea de la lengua castellana. El pequeño Tintxo Álzaga había aprendido bastante y rápido: al año ya se había independizado para instalar su propio negocio mercantil, en el que se destacaba la venta de armas, telas y esclavos; había sido miembro del Cabildo y había amasado una más que interesante fortuna.

—Venga, doctor Belgrano, déjeme presentarle al último pero no por eso el menos importante. ¿Sabía que Juan José de Lezica fue quien inició los trámites para el pedido al Rey de la inauguración del Consulado? Debe agradecerle. A él le debe su regreso a Buenos Aires, don Manuel —le informó Santa Coloma con una sonrisa de oreja a oreja.

—No le haga caso, por favor. La Junta de Comercio en pleno hizo todo lo que

pudo. No fui yo solo —se disculpó Lezica y le dio un fuerte apretón de manos—. Además, falta gente para dar comienzo a la sesión. No estamos todos los que somos.

—¿Y somos todos los que estamos? —replicó Álzaga, en un tono más sombrío que risueño.

Manuel miró por el rabillo del ojo a su primo Juan José, que había permanecido en silencio durante las presentaciones. La mirada fue más elocuente que mil palabras. Debía permanecer alerta y no dejarse convencer por las frases hechas de algunos de los comerciantes. De cualquier manera, no quería dejarse influenciar por los juicios de su primo. Les daba una oportunidad. Prefería no prejuzgarlos y descubrir quiénes eran a partir de sus actos.

Otros dos caballeros franquearon la puerta. Clavaron los ojos en todos los presentes y detuvieron la mirada en Manuel. Uno de ellos ya peinaba algunas canas; el otro era muy joven, tenía casi veinte años. Pero su porte destilaba seguridad y firmeza. El hombre mayor se adelantó y asintió con la cabeza frente al flamante Secretario.

—¿Cómo está usted, don Manuel?

Imagino que usted debe ser quien digo. A todos los demás los conozco, incluso a su primo, que decidió hacernos compañía en este día tan especial —el español levantó una ceja y miró con sorna a Juan José—. ¿Le habrán adelantado mi nombre, caballero?

Manuel intentó una respuesta pero don Martín de Álzaga lo paró en seco.

—No, hombre, no hemos tenido tiempo. Venga, don Manuel, son los últimos en llegar, ya no queda nadie. Le hago los honores: don José Martínez de Hoz, que ha de ser uno de los pocos grandes mercaderes naturales de Castilla La Vieja.

—Que no todos han de ser vascos y gaditanos —retrucó el aludido.

Belgrano le estrechó la mano y se sintió algo incómodo. No pudo precisar el motivo, pero una molestia le atravesó el cuerpo.

—Aguardo con ansiedad el inicio de nuestras tareas —y don José sonrió—. Habrá que ordenar algunas cuestiones, pero no se preocupe, nosotros colaboraremos en todo lo que pida.

—Escúchelo con atención, don Manuel. Don José no lo dice por pudor, pero él es uno de los caballeros que pisa más fuerte en Buenos Aires. También pertenece a la Hermandad de la Caridad y preside la Tercera Orden de San Francisco —agregó don Gaspar.

Santa Coloma y Martínez de Hoz, además de ser católicos a ultranza, dedicaban mucho de su tiempo —y dinero— a actividades eclesiásticas. El hidalgo de Álava destinaba parte de las ganancias de su negocio a las refacciones de la Recoleta, la Iglesia de la Merced, la Santa Casa de Ejercicios, la Orden de los Betlemitas, y cualquier acción religiosa que considerara adecuada. El castellano, en cambio, a través de la Hermandad se dedicaba a la beneficencia. Y siempre bien dispuesto para los quehaceres eclesiásticos, había entregado dinero para la ampliación de la Iglesia

del Socorro. Aún esperaba la ejecución.

—Me falta usted. Soy Manuel Belgrano, el secretario del Consulado —y le estrechó la mano al último del grupo.

—Buen día, soy Anselmo de Sáenz Valiente. Es un honor para mí participar de esta novel institución. Y la honraremos como corresponde —dijo mientras acariciaba su patilla renegrada.

Don Anselmo era un peso pesado dentro de la cofradía del comercio del puerto de Buenos Aires. Había llegado de pequeño desde La Rioja española y hábilmente se incorporó como dependiente del ya establecido Juan Martín de Pueyrredón. La relación con esa familia se había afianzado de tal manera que hacía cuatro años que se había casado con su hija de trece años, Juana María. A la muerte de su suegro, se había hecho cargo de los negocios familiares, otorgándoles nuevos aires y prosperidad en aumento. Las representaciones en España y Río de Janeiro alimentaban sus arcas y reafirmaban su riqueza.

—Caballeros, cumplidas todas las presencias, estamos dispuestos a dar comienzo a la sesión inaugural de este Real Consulado. Se me ha distinguido con el cargo de Secretario y espero servirlo como se merece. Cerremos la puerta —señaló Belgrano.

Miguel había permanecido afuera del salón. Asomó la cabeza, aguardó a que le dieran el visto bueno y cumplió la orden. Al chasquido del pestillo le siguió el regreso pausado hasta su mesa de entrada.

* * *

Marcelina y Juliana intentaban acallar las disputas de las cinco niñas Álzaga. Las revoltosas Narcisa, Andrea, Ángela, Ana y Paula hacían oídos sordos a los chistidos de las criadas. Los tres hermanos mayores se portaban mejor, y Félix y Tiburcia, los menores, de tan solo uno y dos años, dormían en sus cunas. El problema se presentaba con las chicas, que se incitaban una a otra y los chillidos y risitas se transformaban en una pesadilla inviable para los adultos de la casa. Y para peor, la madre guardaba cama. De un día para otro, María Magdalena de la Carrera y Álzaga sería madre por onceava vez y el cansancio la postraba más de lo que hubiera preferido.

El gran despacho de don Martín estaba ocupado. Los niños tenían terminantemente prohibido pasar ni tan siquiera cerca. Las esclavas tenían miedo de recibir una reprimenda si la orden no se cumplía a rajatabla. La sola mirada gélida del amo petrificaba a cualquiera. Y a ellas, aún más. Era imposible llevar a las niñas al patio. El frío espantaba a cualquiera y a esa hora de la tarde ya empezaba a oscurecer.

Las criadas intentaron seducir al quinteto con la propuesta de cocinar para la comida de la noche. En tropel corrieron hacia la cocina con Marcelina y Juliana detrás. La disposición se cumplía. Gracias a Dios.

El dueño de casa había recibido a cuatro de sus más cercanos compañeros de

rubro. Los mercaderes Martínez de Hoz, Santa Coloma, Sáenz Valiente y Lezica ocupaban las butacas y sillones del despacho privado de don Martín.

—Ya que estamos todos y gozamos de nuestra completa reserva, los invito a comenzar —dijo don Martín y miró uno a uno a sus convidados con ojos febriles—. Supongo que no se habrán dejado seducir por las edulcoradas palabras del Secretario. Un idealista, como para empezar a hablar.

Don José acercó su vaso de licor a los labios. Tomó un trago y lo disfrutó de a poco. Suspiró y levantó la comisura derecha a modo de sonrisa. Compartía la idea con Álzaga. Don Anselmo se incorporó de la butaca de terciopelo malva y estiró su chaqueta negra. Se acercó a la mesa y agregó unos dedos más de bebida a su vaso. Con el brazo libre en jarra, hamacó el cuerpo levemente.

—Que este muchacho haya traído ideas novedosas —Sáenz Valiente gesticuló con sorna al disparar la última palabra— no me preocupa para nada. Lo que me inquieta es que encuentre tierra fértil. ¡Que suponga que pueda interesarle a alguien! ¿Será un atrevido este Belgrano? ¿O un pobre inocente, por no decir imbécil?

Don Martín se acomodó. Cambió de postura en su sillón. Parecía que se entenderían. Jamás lo había dudado, pero las últimas semanas habían sido de mucho trabajo en el Consulado, y no habían tenido tiempo para reunirse en secreto. Sabía cómo y qué pensaban sus amigos y colegas, pero prefería intercambiar estrategias y pensamientos en persona. No confiaba en las suposiciones. Tampoco le había ido nada mal con la construcción de su imperio a partir de sus ideas devenidas en actos.

—Me parece que de imbécil no tiene un pelo. Debemos reafirmar nuestra fuerza y no permitir que este advenedizo intente minar nuestro poder. El comercio de esta provincia lo manejamos nosotros. Es nuestro monopolio. Así está construido. Yo opino que debemos ir hasta las últimas consecuencias. No nos esquilmarán nuestra riqueza —apuró Juan José Lezica con los nervios crispados—. Don Martín, le aviso que don Juan Bautista hará todo lo posible por llegar esta tarde a esta casa. Así me comentó mi Petrona, que estuvo temprano con mi prima Leocadia y se lo contó. Por lo visto, habrá tenido algún inconveniente.

Juan Bautista Elorriaga era otro de los comerciantes vascos de Buenos Aires. Estaba casado con Leocadia Segurola Lezica, prima de don Juan José. Sus negocios habían crecido ostensiblemente durante el último tiempo. Era el menor de la cofradía —tenía solo veintiséis años— pero no por eso menos respetado. Los otros miembros lo protegían bastante; además, los lazos de sangre privilegiaban cualquier relación.

—Pienso que sería mejor, ya que hemos dicho lo suficiente, observar las intenciones de Belgrano en vez de hablar tanto —murmuró don José, una de las cabezas pensantes del grupo—. En un santiamén nos enteraremos si el joven trata de tirar cuerdas a la Metrópoli. Creo que aún no entendió que los asuntos de ultramar se manejan desde aquí.

Martínez de Hoz golpeó el dedo índice contra el apoyabrazos derecho. Con una tranquilidad que daba miedo, el castellano señaló que no solo Buenos Aires era dueña

de sus negocios, sino que los hombres que ocupaban en ese momento la casa de la calle del Colegio^[11] eran quienes planeaban y dirigían el mercado.

—Este Consulado inauguró sus funciones para que el comercio crezca. Pero me parece absurdo que el Secretario quiera derribar lo establecido con el único fin de menoscabar y despilfarrar nuestras ganancias —observó Gaspar de Santa Coloma con una evidente irritación.

Alguien golpeó a la puerta. Los hombres se miraron entre sí. No esperaban a nadie más; Elorriaga había faltado con aviso. Don Martín gritó desde el butacón. No le gustaba que lo interrumpieran. Marcelina asomó la cabeza. Los ojos bien redondos pestañearon una y otra vez.

—¿A ver, y ahora qué es lo que pasa, muchacha? Más vale que este asedio tenga un motivo importante, Marcelina —bramó el dueño de casa.

—Le pido disculpas, no quería interrumpir, pero su señora esposa no se siente bien. Pidió por usted.

Álzaga se incorporó inmediatamente. Sus amigos hicieron lo mismo. Todos conocían el estado de María Magdalena. Estaba a punto de parir.

—Perdonen, caballeros. Seguro no será nada, tranquilizo a mi mujer y vuelvo. Aguárdenme —se apuró don Martín.

—De ninguna manera, mi amigo. Ocúpese de lo importante, la familia. Nosotros ya hemos conversado lo necesario. Nos vemos en la próxima sesión, como si nada —señaló Lezica y todos acordaron con sus dichos. Marcelina acompañó a los señores a la puerta de salida. Entregó los abrigos y sombreros, y se retiraron juntos. Álzaga ya se encontraba en su recámara, al lado de su mujer, con su pequeña mano entre las suyas.

* * *

Manuel y Juan José caminaban a paso lento por la Alameda. La hora y el clima ayudaban para que el paseo obligado de hombres y mujeres estuviera casi desierto. La bruma pesada que llegaba desde el río impedía ver el horizonte. La llovizna intermitente no había amedrentado a los caminantes. Habían salido sin paraguas ya que los sombreros los guarecían de las gotas.

—Estoy desesperanzado, Juan José.

Las cosas no son como las imaginé en Madrid. El largo viaje me sirvió para poner la mente en blanco y solo ocuparme del armado del cuerpo. O, para mejor decir, lo que pensé que podríamos hacer juntos.

Levantó la solapa de su capote y cubrió la poca piel que le quedaba a la intemperie. El ceño fruncido denotaba que, además, lo ganaba el enojo.

—Llegué con la seguridad de que el Consulado no tendría otro objeto que suplir a las sociedades económicas, a partir de las juntas de Agricultura, Industria y Comercio. Es más, me había hecho eco de rumores que circulaban acerca de las

quejas y disgustos de los americanos, que yo atribuía a que no se cumplieran sus pretensiones.

—Te entiendo, Manuel. Te chocas con la realidad, con la brutal realidad de la voracidad de algunos —Castelli miró a su primo. Prefería a este hombre que al joven repleto de ideales e inocencia que había desembarcado hacía unos meses.

—¿Habré querido no ver las intenciones perversas de los metropolitanos? Tampoco era tan evidente, querido Juan. Es el sistema que conservan desde el tiempo de la conquista. Tendría que haber sospechado cuando se me rehusaron ciertos medios que exigí para llenar como era debido este encargo. Gardoqui se disculpó, diciendo que lo determinarían al ver los fondos del Consulado.

—No es eso solo lo que te perturba, Manuel. España está lejos, a miles de leguas de aquí. No creo que sea el único motivo de tu furia. Te conozco, mírate.

Juan José esbozó una sonrisa débil y Manuel le palmeó el hombro. Eran dos manchas oscuras recortadas en una atmósfera gris, interrumpida por árboles pelados, niebla y humedad.

—Tienes razón, hay más. Lo peor no está allá. Algo me habías advertido, pero no sabes la sorpresa al escuchar día tras día a la junta de comerciantes elegidos por el Rey para propender a la felicidad de las provincias que componen el Virreinato de Buenos Aires.

Castelli largó una carcajada y sostuvo su sombrero. No quería perderlo en el camino. Le causaban gracia las caras que ponía su primo al describir los motivos de los males americanos.

—¡Todos son comerciantes españoles! Exceptuando uno que otro, no saben nada más que su comercio monopolista. Compran por cuatro para vender por ocho.

—¿Has visto? ¿Y qué creías? ¿Que España mantenía negocios con hombres probos? Pero, Manuel, parece mentira... —Juan José detuvo la marcha, giró y miró de lleno a su primo—. Jamás dudé de tu hombría de bien, esa no es la cuestión. Debes agregarle astucia a tu proceder. Te van a comer vivo, son unas sanguijuelas.

—No podrán conmigo. Tengo una paciencia infinita, no lograrán doblegarme. ¿Creerán que por mi juventud podrán llevarme por delante? Cuánta ignorancia la de esos hombres.

Continuaron con la caminata. Castelli miraba cada tanto con el rabillo del ojo a Belgrano. El Secretario del Consulado caminaba con su mirada azul fija en la senda de tierra, que se había convertido en barro, y las manos tomadas en la espalda. No hacía otra cosa que pensar en los destinos de su provincia. Sentía que había personas que estaban de más. No empujaban todos del mismo carro. Algunos tomaban atajos. Y esas formas no le resultaban del todo santas.

Capítulo IV

La sala de la casa de los Belgrano estaba repleta de gente. La gran mayoría de los concurrentes eran de la familia. Pero media docena de mujeres rodeaban a doña Josefa, todas sentadas con el rosario entre las manos. Don Domingo, su marido, se moría. Hacía dos días que el médico de la familia había dado la horrenda noticia. La vida del *pater familiae* se extinguía. Tres días después de iniciada la primavera, aguardaban que expirara.

En el fondo de la sala, de riguroso negro de pies a cabeza y junto a seis devotas, también hermanas terceras de la Orden de Santo Domingo, como ella y su marido, pasaban las cuentas una y otra, con el murmullo del Ave María de fondo. Era lo único que se escuchaba. El rezo de las mujeres inundaba la casa.

Con la cara ajada por el paso del tiempo y una pena infinita, Josefa no intentaba agradar ni complacer a nadie, como había sido siempre su costumbre. El deterioro de la salud de su marido había dado cuenta, también, de su buen ánimo constante. Sin olvidar, tampoco, la muerte de su querida hija María Florencia y el marido de esta, Julián Gregorio de Espinosa, hacía algunos meses. La desolación la atravesaba. El año anterior había sido un tiempo de gran felicidad para ella, pero este 1795 había comenzado dándole una estocada brutal. La muerte de una hija era un dolor irreparable. Y ahora, su marido amado, moribundo. Toda la alegría pasada quedaba aplastada por la contundente realidad.

Alguien golpeó la puerta de calle. Carlos asomó la cabeza por la ventana y mandó a su hermana a recibir a los recién llegados. Juana entró a la sala acompañada por cuatro frailes.

—Buenas tardes, fray Isidoro —doña Josefa detuvo el rezo, se incorporó de la silla con cuidado y extendió su frágil mano—. Lo aguardábamos para la extrema unción^[12].

Fray Isidoro Celestino Guerra era amigo de los Belgrano y prior del Convento de Nuestra Señora del Rosario^[13]. Había sido el artífice de la construcción del monasterio y quien recibía —dado el nivel de amistad y el cargo que ocupaba— los aportes que hacía don Domingo en su posición de tercero, de laico devoto, para el sostenimiento del convento y la iglesia, y las obras que se realizaban y las festividades del santo.

—Mi querida Josefa, estamos listos para ir a la recámara de Domingo. ¿Cómo se encuentra?

—El doctor está a su lado y lo controla de cerca. Pero ya no hay nada que hacer. Manuel no se ha movido de al lado de su cama. Juana, acompaña a fray Isidoro.

Los religiosos fueron detrás de la muchacha. Los hábitos de los cuatro rozaban el piso, escondiendo los zapatos por completo. Eran altos y de aspecto solemne, salvo el prior, que tenía cara bonachona. Con sigilo, entraron a los aposentos del enfermo.

Josefa y las devotas reanudaron la plegaria.

En la recámara, el silencio fue interrumpido por los dominicos. Manuel estaba sentado al costado de la cama de su padre; del otro lado, el médico. Parecían la guardia pretoriana, ocupados de custodiar la salud de Domingo Belgrano y Peri. Sin embargo, sabían que ya no dependía del designio humano. Las cartas estaban echadas. Manuel se paró y sin decir una palabra estrechó las manos de los sacerdotes. Se retiró del lugar que había ocupado durante horas y lo cedió para que iniciaran el viático. El prior y sus ayudantes se acercaron al cuerpo inerte de don Domingo.

—Aún respira, padre —anunció el catedrático.

El dominico tomó el cuenco de cobre, introdujo suavemente los dedos de la mano derecha y cerró los ojos. Embebidos con el óleo de los enfermos, dibujó con lentitud la señal de la cruz sobre la frente y las manos del agonizante.

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, os ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de vuestros pecados, os conceda la salvación y os conforte en tu enfermedad, amén —pronunció en un susurro.

El desfalleciente, como por arte de magia, abrió los ojos con cierta dificultad. Con la mirada brillante, casi afiebrada pero sin vida, inyectó una suerte de ansiedad en su hijo y el médico. Se acercaron a la cama, Manuel buscándole los ojos para tranquilizarlo, y el doctor O’Gorman tras los últimos respiros. Y así fue. Como si se despidiera del mundo profano que tantas ingratitudes le había proferido en los últimos años, don Domingo exhaló su aire final con un quejido sordo. Y murió.

Los dominicos continuaron con los rezos y Manuel se arrodilló junto a su padre. Contuvo las lágrimas y le tomó las manos, que ya solo parecían falanges al descubierto por la delgadez que las cubría. Allí, chiquito junto a las cobijas que tapaban el cuerpo inerte, se dio cuenta de que no podría contar más con su padre; que aquel hombre de Italia devenido americano lo había marcado más de lo que imaginaba. La tristeza le quitó las ganas de todo. Quería permanecer así para siempre. Unido a la carne de su progenitor, aunque estuviera muerto. Cerró los ojos para no ver a los demás hombres que ocupaban la recámara. Ansiaba que, al abrirlos, toda la escena se transformara en otra: que Domingo estuviera sentado en su sillón, delante de la ventana, en busca de las frecuentes conversaciones con su hijo dilecto. Pero no fue así. Su padre había muerto.

Fray Isidoro salió de la recámara y se dirigió a la sala. Doña Josefa levantó la vista de las cuentas negras de su rosario y miró a los ojos al dominico. Entendió al instante lo que había ocurrido. Como en trance, se levantó y caminó automáticamente hasta el cuarto que cobijaba el cuerpo muerto de su marido. Detrás de ella, la siguió el resto de sus hijos. Al verlo allí, gris de muerte, con Manuel a su lado, una pena infinita la sacudió. Con discreción, lloró. Su hijo mayor, Carlos, la rodeó con los brazos, amorosamente.

Así se quedaron durante un largo tiempo. Solos, Josefa y sus hijos junto al querido Domingo. El doctor Miguel O’Gorman, los cuatro sacerdotes y las seis

terceras aguardaban en la sala. Una criada entró, solícita, y ofreció algo de beber. Hacía horas que la casa se había colmado de gente.

Ya entrada la noche, la familia salió del cuarto. Manuel y Carlos no dejaron a Josefa en ningún momento. Despidieron a las visitas reclamando un poco de intimidad. Fray Isidoro abrazó a su querida feligresa y la contuvo durante unos segundos. Y se despidió hasta la siguiente mañana, para el entierro.

A pesar de la insistencia de sus hijos para que descansara algunas horas, doña Josefa se mantuvo en vela y orando en silencio. El amanecer la descubrió sentada en la misma silla de su recámara, con el rosario enroscado en la mano. No había pegado un ojo.

Ella y sus hijos cumplieron el deseo de Domingo Belgrano y Peri. En su testamento requería ser sepultado en la Iglesia de Santo Domingo. Sus deseos eran órdenes, incluso con la muerte auestas. Amortajado con el hábito de esa orden, ya que había alcanzado el cargo de prior, le dieron cristiana sepultura al fondo de la nave izquierda. Con sus hijos queridos Carlos y Manuel a cada lado, doña Josefa colocó una lápida con el nombre de su amado esposo, y donó un lavamanos de jaspe blanco. Devota, al igual que su difunto marido y sus hijos, no quiso dejar para más adelante todos los trámites de defunción y acordó con el convento que los miembros de su familia serían sepultados en el templo a la hora de sus muertes.

La vida de ninguno de ellos sería igual tras la desaparición del más viejo de los Belgrano.

* * *

No se tomó ni un día de descanso.

Transcurrieron diez meses de un trabajo feroz, sin siquiera pensar en la posibilidad de una mínima pausa. Manuel no estaba hecho para el ocio. Su cabeza trajinaba mañana, tarde y noche. Y por si esto fuera poco el calor del verano no le había sentado nada bien. Las cefaleas lo habían azotado con frecuencia, incluso habían llegado a postrarlo en la cama y lo único que lograba calmarlas un poco eran los paños fríos sobre la frente y una penumbra obligada. Sin embargo, no aguantaba demasiado el reposo, se escapaba y volvía a su puesto de trabajo. Había hecho buenas migas con Miguel, el joven que custodiaba —aunque no demasiado bien— la entrada del Consulado, y lo tenía a su vera casi permanentemente. Cualquier cosa que necesitara, Miguel cumplía con el requerimiento.

El fresco de junio le sentó mejor. La noche del 3, a pesar de sus reiteradas negativas, su madre y su hermana le organizaron un festejo pequeño por su cumpleaños. Cumplió veintiséis pero le parecía que no estaba para celebraciones. La muerte de su padre, tan próxima en el tiempo, y la de María Florencia, su hermana mayor, minaban su buen ánimo. Pero Josefa y Juana no le hicieron caso y convidaron a pocos amigos y familiares a la casa. Querían que Manuel participara más de la vida

social de Buenos Aires. Les parecía que las ocupaciones lo tenían atrapado y el divertimento, en vez, olvidado. Estaba bien que ejerciera su función con responsabilidad, el desembarco en la ciudad lo había revelado como un hombre muy serio, pero consideraban que la vida también había que vivirla. No todo era comercio, normas y fomento. Además, les parecía que era un buen candidato para las lides del amor. Confiaban en su caballerosidad y guapeza. ¿Quién no querría dejarse seducir por semejante ejemplar?

Al fin y al cabo, las mujeres habían tenido razón. La celebración resultó perfecta. Unos pocos, pero los más cercanos y queridos. Su primo había ido con María Rosa Lynch, su mujer, y sus vecinos Saturnino y Nicolás Rodríguez Peña, con la esposa del hermano mayor, María Gertrudis Amores Leiva. Juan José —luego de la sugerencia de su tía Josefa— también había convidado a otro de sus amigos íntimos, Hipólito Vieytes, que haría buenas migas con Manuel por compartir ideales. Entre los integrantes del Consulado, los únicos que participaron de la reunión fueron don Ventura Miguel Marcó del Pont —que arribó con su mujer, la encantadora doña Francisca Díaz de Vivar y Salinas Valdez, hija del otrora alcalde de Buenos Aires Pedro Díaz de Vivar y González de Buendía— y don Antonio de Escalada, tan dicharachero como siempre. Don Antonio había llegado solo, ya que su mujer, Tomasa de la Quintana Aoiz, estaba por tener familia de un momento a otro. El acaudalado comerciante había disputado el cetro del alma de la fiesta con Saturnino Rodríguez Peña.

Los días que siguieron a su cumpleaños se dedicó pura y exclusivamente a la confección de la primera Memoria. Debía tenerla preparada para la disertación que se llevaría a cabo en poco más de un mes. Solo faltaban los últimos detalles.

Y el lunes 15 de julio, bien temprano por la mañana, se instaló en el despacho del Consulado. Con el pecho cubierto por un linimento que le había facilitado su madre —un catarro incómodo por demás lo había afectado los últimos días— y un pañuelo de seda que había pertenecido a su padre, que más que por protección ante el frío de la jornada se lo había colocado como amuleto, llegó sin inconvenientes. La salud no lo había acompañado. Pero era imposible siquiera imaginar que no abriera sus funciones en ese día, con su primer escrito. Se sentía exultante con su trabajo. Sabía que era sublime y el resultado de una ardua labor. Convocó a su fiel asistente y le pidió una pava con agua caliente. Había recuperado su antigua costumbre del mate. Durante los años españoles se había visto obligado a abandonar la infusión. Sin embargo, Buenos Aires se la había devuelto.

Acomodó los papeles sobre la mesa.

Se sentó y apoyó la cabeza contra el respaldo. Cerró los ojos y suspiró. Calmó la respiración y le dio un ritmo más lento. Quería estar tranquilo hasta el arribo de los miembros del Consulado. Se preguntaba cuáles serían las reacciones frente a su lectura. Tenía algunas ideas renovadoras. Había llegado el momento de compartirlas.

Había pasado casi una hora y el ruido de unas botas contra el piso en el largo

pasillo lo sacó de su ensoñación. De a uno, los comerciantes más prestigiosos que componían el Consulado fueron tomando su lugar.

—¿Cómo dice que le va, vuestra merced? —saludó con exageración Álzaga. Y casi sin dirigirle la mirada comenzó a hurgar en sus bolsillos en busca de su cartera de tabaco.

—Buenos días, caballeros. En cuanto estemos todos en nuestros sitios, me dispondré a hacer entrega de mi primera Memoria.

Marcó del Pont y Escalada lo miraron con aprobación. Acercaron sus sillas a la gran mesa y acomodaron la cola de sus chaquetas. Parecían alumnos perfectos. No querían interrumpir al Secretario. El resto demoró más. Juan Bautista Elorriaga y Juan José Lezica optaron por mantenerse de pie.

—¿Estáis seguros, señores? Tengo varias hojas por leer, no creo que mi lectura sea corta —advirtió Manuel.

Los más jóvenes se excusaron con una sonrisa. En cambio, José Martínez de Hoz y Gaspar Santa Coloma se sentaron con displicencia.

Belgrano aclaró la garganta y dio comienzo a su discurso.

Señores:

Fomentar la agricultura, animar la industria y proteger el comercio son los tres importantes objetos que deben ocupar la atención y cuidado de Vuestras Mercedes. Nadie duda que un estado que posea con la mayor perfección el verdadero cultivo de su terreno; en el que las artes se hallan en manos de hombres industriosos con principios, y en el que el comercio se haga con frutos y géneros suyos es el verdadero país de la felicidad, pues en él se encontrará la verdadera riqueza, será bien poblado y tendrá los medios de subsistencia y aun otros que la servirán de pura comodidad.

Marcó del Pont asintió con aprobación, inyectando confianza a Manuel. El Secretario casi no levantaba la vista del papel. Continuó sin pausa. Las palabras escritas en tinta negra lo tenían hipnotizado.

Hoy, pues, me contentaré con exponer a Vuestras Mercedes las ideas generales que he adquirido sobre tan útiles materias, y con más particularidad trataré de proponer medios generales para el adelantamiento de la agricultura, como que es la madre fecunda que proporciona todas las materias que dan movimiento a las artes y al comercio...

José Martínez de Hoz contrajo los párpados. Miró a Álzaga en busca de respuestas. ¿Había escuchado bien? A ninguno de los presentes podían interesarle menos los asuntos de la tierra. Cambió de posición y se dispuso a prestar más

atención a lo que vendría. Las frases se sucedían unas a otras y lo único que escuchaba era la reiteración soporífera de su iniciativa de cultivar lino y cáñamo. La mirada renegrida de Martín de Álzaga anunciaba el poco, por no decir ningún aval que le darían.

El interés es el único móvil del corazón del hombre y bien manejado puede proporcionar infinitas utilidades. Si en los premios se le agrega al labrador una pronta y fácil venta de sus frutos con las ventajas que se ha propuesto, desde luego su aplicación es más constante en todos aquellos ramos que se la proporcionan.

Lezica hizo un chasquido con la lengua y se secó unas gotas de sudor de la sien. Abrió la boca como para interrumpir la alocución, pero don José le hizo una seña con la mano. Era mejor callarse y escucharlo hasta el final. Manuel continuó sin prestar atención al descontento de la sala. Sus ideas lo tenían captado por completo. No veía la incomodidad que iba provocando en algunos de los presentes. Martínez de Hoz, Álzaga, Lezica, Santa Coloma y Elorriaga continuaron con la displicencia. Les resultaba increíble escuchar al novato proponiendo cuidados especiales para los labradores.

Ya es preciso que despertemos de este letargo, que discutamos y meditemos en el arte más soberano del mundo, en la agricultura. Ella ha de ser la que nos ha de proporcionar todas nuestras comodidades, la población se aumentará, las riquezas se repartirán, y la patria será feliz.

Álzaga se acercó a su colega castellano y le susurró al oído:

—¿De qué reparto habla este imbécil? —Don José no se inmutó, entrecerró los ojos y sonrió—. ¿Permitimos que siga con esta farsa?

Martínez de Hoz asintió. No debía faltar tanto. Belgrano tosió un poco. Bebió unos tragos de agua para calmar la garganta y continuó.

Igualmente se deben poner escuelas gratuitas para las niñas, donde se les enseñará la doctrina cristiana, a leer, escribir, coser, bordar; y principalmente inspirarles el amor al trabajo para separarlas de la ociosidad, tan perjudicial o más en las mujeres que en los hombres, entonces las jóvenes aplicadas, usando de sus habilidades en sus casas o puestas a servicio, no vagarían ociosas, ayudarían a sus padres, o los descargarían del cuidado de su sustento...

Elorriaga no pudo esconder una incipiente carcajada. Los comerciantes lo miraron fijo y Manuel detuvo el discurso.

—¿Es una broma, no? Tal vez no entienda el humor de vuestra merced —disparó don Juan Bautista, con los ojos desahorados por la risa—. ¿Qué necesidad hay de

instruir a las mujeres? Es una brutalidad pensar en gastar fondos públicos en más escuelas. No tenemos dinero para derrochar.

—Por favor, don Juan, permítale continuar al Secretario. ¿No había terminado, no es cierto? —interrumpió con indignación Marcó del Pont.

Manuel miró a uno por uno. Las afinidades, desconfianzas y rechazos eran evidentes. Sin embargo, esto no lograría detenerlo. Continuó sin prisa y sin pausa. También habló del comercio, tan favorecido para una elite en ese recinto. Ante el reclamo oficial para formar un depósito de trigo con el fin de regular su precio, los murmullos de la incomodidad fueron casi unánimes. Y cerca del final dio la última estocada:

Estamos, pues, señores, en estado de proteger al comercio, soy muy amante de que todas las ciencias se sepan por principios y nadie pueda tener conocimiento de aquellas sin estar instruidos en estos.

Leyó las líneas restantes, hasta el punto final. Se quedó en silencio con la mirada fija en los papeles. Luego de unos segundos, los enfrentó. Las caras de los hombres más poderosos de Buenos Aires parecían de piedra.

—Bravo, vuestra merced. En nombre de mis colegas, quiero felicitarlo por su discurso —Ventura Miguel Marcó del Pont tanteó un aplauso tibio, seguido por don Antonio de Escalada. A pesar de los ojos enfurecidos del resto, los amigos de Belgrano no dudaron en demostrar solidaridad. No era nada fácil estar en su lugar.

—En fin, si la disertación ha concluido, estamos en condiciones de retirarnos. Veremos qué es lo que se puede hacer con tan bellas ideas y nobles propósitos —Martín de Álzaga, urgido, se incorporó—. Pero de más está decir que lo veo difícil.

Como si hubiera lanzado la señal de largada, los demás repitieron el gesto y acomodaron sus cosas para retirarse.

—Les agradezco la atención, caballeros. Empezaremos a trabajar en estas cuestiones. Algunas serán fáciles de concretar. Las difíciles no serán rechazadas por eso. Me gustan los desafíos y pondré todo lo que haga falta para cumplir las metas. Que tengan una buena tarde y hasta la vista.

De a uno salieron todos los miembros del Consulado y Manuel se quedó solo. La sala parecía inmensa. Se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Una fila de capotes y sombreros oscuros salió del edificio. Ninguno de sus adversarios emitió palabra. Como si hubieran olfateado que el Secretario los observaba desde adentro, ninguno giró la cabeza. Siguieron su camino, cada cual el suyo.

Sintió el alivio por la tarea cumplida.

Al fin, luego de tantas horas sentado frente al papel, de día y de noche, con algún que otro padecimiento físico, su Memoria había salido a la luz. La reacción de los otros era eso, otra cosa. Solo restaba ponerla en práctica. Fe le sobraba.

Juan José aguardaba en la sala. Manuel lo había convocado, y había hecho todo lo posible para llegar temprano. Una serie de causas complicadas lo tenían atareado, pero el reclamo de su primo bastaba para que el tiempo se detuviera y cumplir el pedido. Carlos había ido a buscarlo a su casa. Tanto apuro lo alarmaba. Sin embargo, al llegar a lo de los Belgrano, le pidieron que esperara. Una junta de médicos atendía a Manuel. Hacía algunas semanas que la fiebre iba y venía. Debía guardar cama pero, como siempre, desobedecía e iba igual al Consulado.

Luego de casi una hora de espera, Juana fue a buscarlo y le dio permiso para que fuera a la recámara. Tocó a la puerta; desde adentro se escuchaban algunas voces.

—Entra, Juan José —instó Manuel desde su cuarto.

El enfermo mentía una sonrisa, desde el enjambre de cobijas sobre la cama. Su semblante estaba atravesado por unas líneas de temperatura. Parecía engripado. Sentados frente a la cama del convaleciente se encontraban tres hombres. Los maletines al costado de sus asientos anunciaban un conciliábulo médico.

—Gracias por responder a mi pedido. Te presento a mi junta de doctores, Juan. Ya conoces al doctor Miguel O’Gorman, y los facultativos Miguel García de Rojas y José Ignacio de Arocha. Tengo que pedirte que ocupes mi lugar en el Consulado, debo solicitar una licencia.

Manuel miró a sus médicos, en busca de aprobación. Castelli intentaba entender qué pasaba realmente. Sabía que su primo había padecido algunas faringitis y de vez en cuando una febrícula, pero nada más.

—Por supuesto, Manuel. Cuenta conmigo para lo que necesites. Pero ¿qué es lo que tienes? ¿Qué mal te aqueja para tener que abandonar tus funciones?

Buscó la respuesta en el enfermo. Intrigado, continuó con la mirada a los catedráticos.

—Doctor Castelli, su primo tiene el mal de Castilla^[14]. No se preocupe, lo controlaremos con sales y yodo. Pero lo mejor será que descanse durante un tiempo.

Juan José asintió, serio.

—Me la debo haber pescado en España. Lo imaginé al descubrir que tenía una mácula pequeña. Pero me hice el distraído. Ahora, la verdad, es que me duelen las articulaciones y tengo fiebre. O’Gorman me sugiere reposo —dijo Manuel con una sonrisa—. Pero no te aflijas, que solo será una licencia breve. Cuando me recupere, regreso.

Los médicos se acercaron a la cama. Observaron con detenimiento a su enfermo. O’Gorman le tocó la frente y le preguntó si quería tomar algo.

—La semana que viene, que ya me sentiré mejor, eso espero, les comunicaré a los miembros del Consulado de tu interinato. Se verán obligados a aceptar, no toleraré ni un cuestionamiento, ninguna duda o mala cara.

—En fin, Manuel. Seguramente, malas caras habrá varias. Si algunos no tienen la

mejor predisposición para contigo, imagínate lo que dirán cuando te escuchen y me vean ahí.

—Me importa un bledo. Acá se hace lo que yo diga. Además, estamos bajo una urgencia irrevocable.

O’Gorman, García de Rojas y Arocha fueron concluyentes y asintieron. El diagnóstico los obligaba a tomar esa decisión. Castelli sonrió. Conocía a su primo. Nadie lograría impedir su propuesta, que, como veía, estaba bien pensada desde hacía días.

Juana golpeó la puerta y entró a la recámara.

—Disculpen, caballeros. Mi hermano debe descansar, ya es hora de que se retiren. Doctores, ya tenemos todas las órdenes impartidas y las cumpliremos a rajatabla —sonrió con amabilidad, pero como una fiera los instó a la retirada.

* * *

—He citado a todos los miembros de este honorable cuerpo para darles una importante noticia —Manuel ocupaba la cabecera y los comerciantes lo rodeaban—. Viene avalada con esta nota llegada desde la Corte.

El ala más ríspida del Consulado había hecho todo lo posible por desoír los pedidos y proyectos de Belgrano. Durante los últimos meses, Manuel había reclamado reposo por enfermedad y la presencia de Castelli como su suplente, pero Álzaga, Martínez de Hoz, Santa Coloma y Lezica lo habían rechazado de plano. Sin embargo, se acercaba fin de año —estaban a pocos días de comenzar el mes de diciembre— y al fin había llegado la tan ansiada encomienda desde la Metrópoli.

Manuel separó la parva de papeles que ocupaba la mesa casi por completo.

Bien protegido, apareció un sobre con el sello de la Corte. En su residencia lo había quebrado y había estudiado el contenido de la carta con minuciosidad. Contenía lo que tanto había estado esperando. Como conocía de memoria las mentes de los vocales del Consulado, desde el primer momento había informado a España todo lo acontecido. Y luego del tiempo prudencial, la respuesta arribó.

Don Martín de Álzaga elevó una ceja y su gesto displicente lo dijo todo. Desconocían por completo, él y sus socios, las novedades que traía el Secretario.

—Con el expreso pedido y resolución de la Corte, aquí traigo la designación del doctor don Juan José Castelli para que me suplante en mi cargo de Secretario del Consulado durante todas mis ausencias. De más está decir que su presencia es exactamente igual a la mía. Tomará las decisiones que yo mismo tomaría. Confío plenamente en su capacidad, así como en que ustedes lo felicitarán ante esta nueva alternativa.

Marcó del Pont y Escalada aceptaron de buen ánimo. Al resto, no les quedó otra.

—Pero, don Manuel, ¿la salud no mejora? —preguntó don Antonio con algo de preocupación.

—Ha visto cómo son los médicos. A veces, un poco alarmistas. Eso sí, siempre lo obligan a uno a seguir sus indicaciones como si fueran la verdad revelada. Qué le voy a hacer, no puedo negarme. Del todo bien, no me siento. Me voy a retirar por una temporada, veremos adónde. Aquí en Buenos Aires es bastante complicado vivir con la tranquilidad que necesito. Los facultativos me recomiendan un lugar alejado. Ya veremos.

Unos pasos firmes sonaron en el pasillo y desconcentraron a la audiencia de Belgrano. Miguel asomó la cabeza y miró a su jefe, quien solo asintió. Los comerciantes miraban perplejos la escena. El asistente corrió su cuerpo de la puerta y por detrás apareció Castelli.

—Preciso y puntual como siempre, don Juan José. Ya les he anunciado la orden y la han tomado como de quien viene. ¿No es cierto, caballeros? —preguntó Manuel clavando sus ojos azules en los comerciantes.

El poderoso cuarteto cambió de posición con incomodidad. El recién llegado les resultaba desagradable. Se conocían de hacía tiempo; a Manuel solo hacía tres años.

—Buenas tardes, señores. No es algo que yo hubiera querido, prefiero a mi primo con una salud de hierro. Pero a veces las cosas no son como uno las sueña. Sin embargo, cumpliré con las funciones que se me encomienda, con el grado de excelencia que Manuel Belgrano se merece. Y sobre todo, el que merece la ciudad de Buenos Aires.

Dos de los presentes tenían en mente casi los mismos pensamientos. No en vano Martín de Álzaga se había formado bajo el ala de Santa Coloma. No se la llevaría fácil ese novato. Lo más suave que decían del abogado era que estaban en presencia de un arribista. Y así pensaban tratarlo. Si Castelli imaginaba que su paso por el Consulado iba a ser liviano, estaba completamente equivocado.

—Les agradezco el recibimiento grato que le han dado al Secretario Interino. Piensen en mi cara y mi voluntad al mirar a don Juan José. Es lo mismo, somos lo mismo. Así que, si tienen cualquier duda o pregunta por hacer, él sabrá darles la respuesta exacta. Es lo mejor de esta provincia.

Álzaga puso su mejor cara de bondad. Le salía perfecta. «No puedo creer la de idioteces que larga este mequetrefe. ¿Este, lo mejor de Buenos Aires? Habrase visto, yo tendría que haber ocupado ese lugar, no el indigente este. No tiene ni la más remota idea de lo que son los negocios de esta ciudad. Haré hasta lo indecible para destruirlo. Ya nos encargamos del pusilánime de Manuel. Ahora te tocará a ti, Castelli.» Detrás de la máscara bonachona, don Martín tejía y destejía sin cesar.

* * *

Llegó al otro lado del río en un día. El carro lo aguardaba en el puerto de Montevideo. Manuel había organizado a la perfección su estadía de reposo en la otra banda. Maldonado parecía el sitio perfecto para curar su salud dañada.

Con la brisa de finales de noviembre sobre la cara recorrieron, él y el cochero, el camino que los llevó hasta la posada que lo albergaría. No sabía si era pura sugestión o la eficacia de esos aires, ya en ruta empezó a sentir que sus dolores se aliviaban. También la lejanía de los problemas que tanto lo habían amedrentado en Buenos Aires.

A medida que fueron alejándose de la ciudad, el olor a salitre fue dominando sus sentidos. Manuel no quitó los ojos, en ningún momento, del panorama cautivante. A su derecha, el oleaje leve del mar lo hipnotizaba. Los cascotes del caballo contra la tierra y el ruido del girar de las ruedas eran como una caricia para el hombre que escapaba de la furia de su ciudad.

Así transcurrió el otro largo tramo hasta la posada del pueblo de Maldonado, situada sobre la costa. Apenas la vio, supo que sería perfecta. El propietario lo recibió con amabilidad y lo ayudó a bajar el equipaje. Además de las ropas —no ocupaban demasiado lugar, ya que el clima ayudaba— y varios libros, Manuel traía las provisiones de yodo y sales que le habían facilitado los médicos, para tratar su mal.

Su pequeña habitación era modesta pero limpia. En una cómoda había encontrado el espacio adecuado para guardar las pocas cosas que había traído consigo. Había una mesa y una silla, delante de la ventana que miraba al arroyo. Las primeras semanas aprovechó para reponer todo el sueño que había perdido en su casa. Las noches de insomnio en Buenos Aires no solo eran por las broncas con las que llegaba a su casa luego de las sesiones en el Consulado; también se debían a los catarros y las febrículas. Ese aire de mar lo había reconciliado con la noche. Cuando las fuerzas empezaron a revivir su cuerpo, se animó a abrir las ventanas de par en par al atardecer y, sentado sobre la silla de madera, aprovechaba ese estado para escuchar el murmullo del agua. Allí se quedaba hasta que la penumbra se transformaba en oscuridad. Encendía las velas y aguardaba al posadero, que al rato golpeaba a su puerta y entraba con una bandeja con algunos alimentos.

Durante el mes de diciembre cumplió su rutina a la perfección. Se exigió poco y nada. Solo descansó. Y como si el año que comenzaba le hubiera traído bríos renovados, ya en enero empezó a sentirse mucho mejor.

—Don Faustino, esta tarde me animo y voy al arroyo. Tengo ganas de nadar. ¿Cómo lo ve? —le preguntó al posadero, con quien ya tenía una gran confianza.

—Me parece una gran idea, don Manuel. Hoy arribó de Montevideo mi querida hija Azucena. Estaba en lo de la tía, pero ya regresó al pueblo para ayudarme en estos quehaceres —le confió el padre orgulloso—. Si le parece, ella puede acompañarlo. Puede ir con una canasta y unas cobijas para cuando salga del agua. ¡Azucena!

La llamó y al instante apareció una joven morena de unos dieciséis años, repleta de vida y candor.

—Buenas tardes, niña —saludó Manuel. La muchacha sonrió de oreja a oreja y entrecerró sus inmensos ojos negros.

Hicieron los preparativos de rigor y partieron rumbo al arroyo. Manuel respiró

con placer cuando mojó los pies en el agua fresca. Atrevido, convidó a la muchacha. Azucena se quitó los zapatos, levantó un poco su falda y dejó que el suave movimiento del arroyo mojara sus pies descalzos. Se agachó, metió las manos en el agua y humedeció su cuello acalorado. Todo bajo la mirada atenta de Manuel.

Enero fue un mes delicioso para él. Cada tanto se atrevía a dar unos largos baños de arroyo —no quería exigirse de más— y sentía que el alma le volvía al cuerpo; y cuando veía la oportunidad, se animaba al juego del amor con Azucena.

Capítulo V

A miles de leguas de Buenos Aires, las cosas no estaban mucho mejor. El Viejo Continente hacía años que rodaba de guerra en guerra. Las alianzas se fabricaban y derrumbaban de acuerdo con los intereses de cada cual. Y si ayer una región era amiga de otra, al día siguiente y de acuerdo con el mal humor de algún monje negro de turno podía transformarse en su peor enemiga. Las contrincantes por excelencia, que disputaban por la supremacía europea a matar o morir, eran Francia e Inglaterra.

Así las cosas en la iracunda y maquiavélica Europa.

España transitaba los últimos estertores de la fiesta borbónica. Carlos IV se había dejado hipnotizar por el ascendente Manuel Godoy, amigo íntimo de su esposa la Reina, quien insuflaba los gastos, las celebraciones y el boato, y también las ansias por ganar territorios y poder; además de no permitirse la pérdida y arrasamiento de todo lo que habían logrado a través de los años. Y como la voracidad y la inquina eran parientes cercanos, la Metrópoli, aliada en esa temporada a Francia, en 1796 le había declarado la guerra a Inglaterra.

Si la Casa Real española imaginaba que esta mecha encendida lograría amedrentar a sus recientes contrincantes, estaba completamente equivocada. Los ingleses tenían planes. Y por algo se los conocía como los hombres más temerarios del continente. El primer ministro William Pitt se había relamido con un proyecto que había llegado a sus manos: emprender una batería de expediciones a América de lo más ambiciosas. Gran Bretaña quería agrandar las arcas y las tierras, y nada mejor que ampliar la entrada comercial con nuevos puertos. Las Indias podían ser un punto interesante. Para eso, había que volar de un plumazo a los españoles.

Aunque el gobierno inglés se vio obligado a posponer sus planes, acuciado por otros frentes de combate contra Francia, buques ingleses merodearon desde el sur del Brasil, hasta que recibieron contraórdenes.

La noticia de que por las aguas del Río de la Plata navegaba una embarcación sospechosa corrió como reguero de pólvora. En un santiamén llegó a oídos del virrey Melo de Portugal y Villena. Debía estar atento. Un posible ataque de los ingleses o sus aliados portugueses era inminente y por demás peligroso. Debía alistar todas las corbetas disponibles para ahuyentar al enemigo. Pero no solo eso. También se veía en la obligación de convocar hombres para puestos estratégicos. Siempre era necesario alardear frente a España, pero sobre todo frente a los habitantes de Buenos Aires.

No perdió ni un minuto. Convocó a una junta con los hombres de su mayor confianza en el Fuerte e impartió algunas órdenes. Debían soltar amarras de la corbeta Descubierta y de una fragata con bandera de la Casa Real, y navegar por la desembocadura del río para disuadir al enemigo. El Virrey estaba convencido de que con su sola presencia impondría poder y terror.

—Señores, espero que hayan entendido mi plan. De este modo exponemos a los enemigos que procuramos buscarlos, provocándolos al combate. Así podrá

precaerse que frecuenten estas costas dos fragatas que sabemos, extraoficialmente, tienen por esos mares —comunicó Melo de Portugal y Villena.

Sin aguardar respuesta alguna, bajó la vista y se concentró en los papeles, haciendo evidente que daba por terminada la reunión. El conciliábulo, sin esperar ni un segundo, se retiró del recinto.

El Virrey permaneció solo por unos minutos. Era una jornada de mucho trabajo y reuniones. Escuchó el movimiento de sus guardias. Les había advertido quiénes tendrían la entrada permitida y quiénes no. La hora era la correcta. La guardia abrió la puerta y entró Manuel Belgrano.

—Buenas tardes, doctor. Veo que su salud ha mejorado, se le nota en el semblante.

—Vuestra excelencia, es un honor haber sido convocado —Manuel agachó la cabeza rindiéndole tributo.

—¿Cómo se encuentran los asuntos en el Consulado, luego de su reintegro?

—Previsibles, vuestra excelencia. Trabajamos con mucho esfuerzo —era increíble que, con la mejoría de su salud, a partir del reencuentro con los miembros de la institución su ánimo hubiera caído por el piso.

Nunca había tenido problemas físicos antes. No podía negar el mal que había traído de España. Pero, más que físico, su deterioro era espiritual. Y los grandes culpables —no quería delegar responsabilidades, pero le resultaba más que evidente— eran los mercaderes del Consulado.

—Entiendo, entiendo, Belgrano. No se deje vencer por los imponderables. Tenga paciencia, que todo saldrá de maravillas. Bueno, pero no lo he llamado para que me haga una descripción de sus labores. Esas las tengo por escrito. Las urgencias son otras.

Manuel no estaba para vueltas. No tenía tiempo para perder en reuniones ridículas. Para él, la pérdida de horas junto al Virrey no tenía ningún sentido. Miró la peluca prolija del mandatario y largó el aire con fastidio. Melo de Portugal lo miró fijo.

—Estará enterado, o al menos habrá atendido los rumores que circulan por la ciudad.

—Sí, vuestra excelencia. Si se refiere al posible desembarco inglés.

—Exactamente, don Manuel. Tengo órdenes expresas de la Corona y debo cumplirlas.

A Manuel, que Inglaterra se transformara en un posible nuevo país para comerciar con libertad, no le resultaba para nada descabellado. «El comercio debe tener libertad para comprar donde más le acomode, y es natural que lo haga donde se le proporcione el género más barato para poder reportar más utilidad», caviló con la mirada perdida. Las prohibiciones impartidas por la Metrópoli empezaban a incomodarlo. Tal vez la falta de comodidad era una manera sutil de describir el sentimiento que lo embargaba.

—Voy a designarlo capitán de milicias urbanas de infantería. Y espero que no haya impedimento para ello.

—Si así lo dispone la Corona, así lo cumpliré —no entendía muy bien por qué había sido él el elegido.

* * *

Los vaivenes en el Consulado eran moneda corriente. Mientras algunos —los peninsulares— defendían sus negocios con Cádiz como si les involucrara la vida en ello, otros, como Marcó del Pont, pujaban por diferenciarse. A mediados de julio y ya transformado en síndico de la institución, preparó un memorial con todo tipo de detalles y lo envió a manos del Rey, a favor del libre comercio. Todo esto avalado, evidentemente, por Belgrano. Sin embargo, la respuesta aprobatoria se demoraba en llegar. Manuel insistía con la apertura de escuelas que preparasen como correspondiera a los futuros trabajadores de distintos oficios. Tampoco esto resultaba fácil. Los obstáculos aparecían a cada rato. Así transcurrieron los meses que restaban de 1797, para dar comienzo al nuevo año.

Los primeros tiempos de 1798 no fueron demasiado diferentes. Cuando Manuel creía que se llevaba algún premio por alguna mínima batalla interna ganada, al instante sentía el dolor de la caída. Era casi imposible respirar con tranquilidad. El camino era por demás sinuoso.

Hasta que, cerca de fin de año, conoció a un hombre que modificaría —eso supuso— la percepción de la realidad de Buenos Aires y sus aconteceres. Don Francisco Cabello y Mesa era un extremeño de ideas liberales, que se había alistado en el ejército español sin haber completado los estudios iniciados en Salamanca. El hombre creía tener talentos para las labores literarias y de traducción; sin embargo, quienes podrían haberlo encaminado en esas lides no pensaban lo mismo. Enterado de que en Lima no tenían periódico y sin nada para perder, encontró la forma de viajar como polizón en la fragata San Pedro hasta aquellas tierras alejadas de su hogar. Astuto y seductor, a los cuatro meses de instalado en la ciudad se casó con María Dolores Rodríguez Blanco, la hija del relator de la Real Audiencia. Y veloz como un rayo, se procuró un puesto allí como funcionario y «protector de naturales»^[15]. Duró poco. Sin embargo, pudo editar el primer periódico de Lima, El Diario Curioso, Erudito y Comercial. La felicidad de don Francisco no fue de tiro largo.

Ante la aparición de una nueva publicación, El Mercurio, no tuvo mejor idea que «usar» textos de otros periódicos, haciéndolos pasar como propios. Los limeños prefirieron la lectura de El Mercurio. Incansable, intentó negocios con la minería. No se supo si por problemas relacionados con las autoridades o a la busca de nuevos horizontes más atractivos, Cabello y Mesa desembarcó a fines de 1798 en Buenos Aires. El destino final era España, nuevamente. Pero, al prolongarse un poco el

cambio de barco y descubrir que este territorio le agradaba bastante para sus nuevas ideas y proyectos, decidió bajar el equipaje definitivamente. O por lo menos, mientras le conviniera.

Debía estudiar el quién es quién de Buenos Aires. Quería conocer a las personas más cultas e ilustradas de la ciudad. Se tomó su tiempo, hizo bien los deberes y pidió una audiencia en el Consulado. Y consiguió una reunión con el Secretario.

Llegó esa tarde de sol pleno y don Francisco estuvo puntual en la entrada del edificio de dos plantas. Miguel lo encaminó hasta el despacho del Secretario y volvió a sus funciones. El extremeño estiró su jubón y tocó la puerta.

—¡Adelante! —respondieron desde adentro.

—Muy buenas tardes y gracias por recibirme, señor Secretario —saludó con extremo cuidado y una sonrisa inmensa.

—Su esquila lo dice todo, ¿o casi? —dijo Manuel, con la carta desplegada frente a sí—. ¿En qué puedo servirle?

—Quería presentar mis papeles, dar a conocer quién soy y los planes, todos santos por supuesto, que traigo —arremetió Cabello y Mesa.

—Veo que tenemos algo en común —señaló el Secretario, y el español cambió el gesto al instante—. Ambos hemos recibido conocimientos en Salamanca.

Don Francisco largó una carcajada y buscó algo entre sus papeles.

—Aquí le traigo el primer ejemplar de mi diario en Lima. Seguramente, las clases en Salamanca me dieron la autoridad para editar mi propio periódico.

Manuel tomó los papeles que le entregaba su interlocutor y los leyó con interés.

—Deberíamos sacar uno en Buenos Aires. ¿Cómo es posible que una ciudad de esta envergadura no tenga su periódico? —acicateó el español.

—Sí que es emprendedor —respondió Manuel y siguió con la lectura.

Levantó la vista y observó al hombre que tenía frente a sí. Valiente, por lo menos. Así lo percibió a primera vista. Lo que notó era que desconocía por completo los dimes y diretes del desarrollo de los negocios en Buenos Aires. Pero no quiso desalentarlo.

—Veremos qué podemos hacer por usted.

—Entiendo de maravillas acerca de los tiempos para negociar, señor Secretario. Soy hombre de pocas ansiedades.

Tolero y comprendo. Mientras aguardamos que se aten todos los cabos, me gustaría ver de fundar una Sociedad Patriótica. Ando detrás de aquellos que pudieran interesarse en mejorar la economía, la cultura y la educación de esta preciosa tierra que me ha dado albergue. ¿Le parece que he llegado a buen puerto?

—Por supuesto, don Francisco. Estoy seguro de que ya se habrá reunido con varios hombres así. Yo puedo presentarlo a otros. Cuente conmigo.

Belgrano extendió su mano y la estrechó con el convidado. Lo había cautivado este hombre de sonrisa franca y estilo comprador.

SEGUNDA PARTE

Doña Josefa de Ezcurra y Arguibel

Capítulo I

Llegaba un fin de siglo al mundo y los pobladores de Buenos Aires le daban la bienvenida con mucha esperanza. No sabían explicar muy bien por qué, pero el cambio de centena los ilusionaba por demás. Las clases populares se llenaban de amuletos para convocar ánimas y demás conjuros para componer sus vidas mágicamente; las familias ricas, en cambio, encontraban la ilusión con la facilidad que les otorgaban las arcas llenas. Para ambos, el arribo del 1800 era motivo de festejo.

Pepita estaba ansiosa. Dentro de algunos meses cumpliría, al fin, los quince años. Sus padres habían decidido tirar la casa por la ventana y convidar para el festejo a varios de sus amigos y a toda la familia. No había necesitado de ningún berrinche para lograr su cometido. Era la hija mimada de su madre, doña Teodora de Arguibel, y sabía de memoria que con solo esperar y hacer abuso de la delicadeza que tanto reclamaba la matrona, se cumplían sus deseos. Y no fuera que sus sueños devinieran en imponderables. Algunas de sus amigas ya habían celebrado su aniversario con la fiesta correspondiente. ¿Por qué no habría de sucederle lo mismo a ella?

Se sentó frente al espejo del tocador y detuvo la mirada en su reflejo. No le gustaba abandonarse en los cuidados desmedidos. No se dejaba hipnotizar por aquello que quedaba reflejado en ese vidrio. Quería verse bien, cuidar algún que otro detalle, pero se aburría soberanamente cuando sus amigas se pasaban minutos interminables peinándose y acomodando sus caras y escotes. Ella no tenía tiempo para perder. Prefería ocupar sus horas en otros menesteres. Además, lo que le devolvía el espejo del tocador le gustaba. Lo justo y necesario. En quince minutos debía estar lista para salir con su madre. Irían a lo del tendero Marcelino, en busca de algunas nuevas telas traídas de Cádiz. Una de las esclavas de la casa, la de más edad, cosía de maravillas y sería la encargada de confeccionar el vestido de la fiesta de la joven.

Acomodó los tirabuzones que acariciaban sus hombros, se pellizcó las mejillas para darles color y presionó los labios, uno contra el otro. Había descubierto que de esa manera se amorataban un poco y parecían coloreados. Pepa no le daba mucha importancia a la estética, pero era una joven muy bonita. Su pelo marrón oscuro brillaba siempre y hacía juego con unos ojos grandes y vivaces. La nariz pequeña y la boca en corazón invitaban a seguir con la mirada aquel cuello largo y bien blanco, que le daba cierto aire de altivez. La belleza clásica de Pepita ya atraía algunas miradas masculinas cuando recorría —siempre acompañada— las calles de la ciudad.

—Pepa, nos vamos. ¿Estás lista? —la llamó su madre desde el vestíbulo.

—Por supuesto, mamita.

La joven salió de su recámara como una tromba, colocándose el sombrero forrado en terciopelo azul. De la mano le colgaba un mantón que había tomado a la pasada.

—Prefiero caminar, m'hijita, si no te importa. El cielo está limpio y nos sentará

de maravillas aprovechar el buen tiempo.

Pepa asintió sin problema y abrió la puerta de calle. La ciudad había despertado hacía rato y las actividades de sus pobladores se encontraban en su pico máximo. Las ventanas de las casas estaban abiertas de par en par y a medida que pasaban escuchaban a las mujeres en plena tarea de limpieza. Los fríos habían desaparecido y se hacía uso y abuso del buen clima a toda hora.

Doña Teodora era la confidente de su hija. Pepa adoraba a su madre; no le escondía pensamientos, y los secretos, cotidianos en las relaciones parentales, no existían entre ellas. Con sus hermanas mujeres también tenía una relación muy estrecha. Margarita, Encarnación y Dolores, de diez, cinco y tres años respectivamente, veían a su hermana como a un ser superior. Y ni que hablar de la recién nacida, Juanita. Pepa hacía todo tipo de diferencias, en comparación con la relación que tenía con los varones de la casa, su hermano mayor José María, de diecisiete, y Felipe, dos años menor que ella. A veces, incluso, las niñas la trataban como si fuera una madre postiza. Sobre todo la pequeña Encarnación. Y la chiquilina adoraba el tratamiento de privilegio.

Madre e hija conversaban animadamente. Se cruzaron con alguna que otra negra y su típica canasta llena de delicias, o con algunos caballeros con prisa, intentando llegar vaya uno a saber dónde. A lo lejos se escuchaba el canto de un vendedor ambulante.

Luego de caminar unas siete cuerdas, llegaron a la tienda. La muchacha hizo sonar la pequeña campana de la puerta y al instante un niño la abrió dándoles la bienvenida.

—Dominguín, saluda a las señoras. Es mi hijo menor, doña Teodora. Quién lo diría, que me llegaría un niño a la vejez.

—Pero mire qué monada, Marcelino. Se parecerá a la madre, porque lo que es a usted, nada —lanzó una carcajada Teodora.

—Y sí, señora. Luego de enviudar apareció una nueva mujer. Joven y buena, doña. Lo principal.

—Así es. Pero, bueno, vayamos a lo nuestro. ¿Tenemos algo nuevo para esta chiquilla? —y señaló a su hija.

—Por supuesto, han arribado varios barcos esta semana. Y han llegado con varias gemas que seguro encandilarán a esta bonita muchacha.

Se retiró al fondo y volvió con varias piezas. Las desplegó sobre el mostrador para que sus clientas pudieran elegir. Teodora le cedió el lugar a Pepa. Era parte del regalo de cumpleaños: que ella eligiera la tela de su vestido de fiesta.

La muchacha no tardó ni un minuto. Supo al instante cuál era su favorita y la señaló. Su madre lo había intuido. Esa seda amarilla bien clara era perfecta para el vestido. Sacó las monedas de su bolso y pagó. Marcelino envolvió con cuidado la pieza. Debía evitar que la tierra de la calle la manchara.

Salieron de la tienda y emprendieron el regreso. Pepa estaba contenta. Solo

restaba hacerse de algunas cintas y piedras para decorar el escote de su traje.

Poco antes de llegar a su casa abrazó a doña Teodora, que sonrió ante el exabrupto de su hija. Llegaron a la esquina y doblaron entre risas. Allí a la vuelta estaba el portón. Pero, como llegados del más allá, aparecieron dos caballeros con los que casi chocan de frente.

—Les pido disculpas, señoras. Espero no haberlas asustado —se disculpó Castelli al reconocer a Teodora Arguibel de Ezcurra—. Veníamos muy concentrados en lo nuestro y no nos dimos cuenta de que había dos damas ocupando la vereda.

Pepa agachó la mirada y su madre extendió la mano para saludar.

—No se preocupen, nosotras también estábamos distraídas —señaló doña Teodora.

Y se hizo un silencio de hielo.

—¿Conocen al Secretario del Consulado, don Manuel Belgrano, no es cierto? —intervino Juan José.

—He conocido a sus padres.

Aprovecho la circunstancia para darle mi pésame por ambos.

—Se lo agradezco, señora. Pues claro, usted es la esposa de don Juan Ignacio Ezcurra. Mi madre falleció hace menos de un año, pobrecita. Quedó muy mal luego de la muerte de mi padre.

La jovencita fijó la mirada en el caballero de ojos azules, con curiosidad. Sabía que ocupaba el cargo en el Consulado, pero nunca le había prestado atención. Hasta ese momento.

—Esta es mi hija mayor, Pepa —la presentó doña Teodora.

—Mi nombre es María Josefa, vuestra merced —corrigió la muchacha y estiró la mano izquierda.

—Te llamas igual que mi madre —dijo Manuel y le sonrió.

Intercambiaron miradas. Parecía que estaban solos a pesar de las otras dos presencias. La joven quedó perpleja ante la comodidad que sintió frente a ese hombre de treinta años, y el funcionario percibió una intriga diferente, como hacía mucho tiempo no le sucedía. Fueron segundos que parecieron horas.

—Vamos, m'hija, que tu padre nos espera en casa. Buenas tardes, caballeros, encantada de haberlos saludado.

Las dos mujeres continuaron su camino. Juan José arrancó para seguir, pero Manuel se había congelado en el mismo lugar con la vista fija en las espaldas femeninas. A los pocos pasos y sin que su madre se diera cuenta, Pepa giró un poco la cabeza y espío de reojo. Descubrió que el hombre de modales refinados y mirada de agua estaba parado, mirándola.

* * *

La calle de las Torres inquietaba por su silencio. Extraño a esa hora de la tarde. Era

raro que un atardecer cálido, y sobre todo de un sábado, no convocara a los asiduos caminantes en esa zona de la ciudad. Las conversaciones se desplegaban puertas adentro y, sobre todo, en la sala de la casa de Juan José Castelli. Sin el protocolo de rigor, algunos señores se habían dado cita en la residencia del abogado. Las mujeres ocupaban la otra ala, solo aparecían cuando se tornaba indispensable la renovación de alguna nueva bebida o el agregado de algún comestible.

Entre los invitados estaban Manuel Belgrano, quien introducía en parte de su círculo al extremeño Cabello y Mesa. También ocupaban la sala los amigos y vecinos de Castelli, los hermanos Rodríguez Peña, los comerciantes catalanes Domingo Matheu y Juan Larrea, y a la espera, tal vez, de alguna que otra personalidad relevante más.

—Estamos contentos, don Francisco, ante la convocatoria de la Sociedad Amigos del País. De a poco iremos aumentando su número —arrancó Manuel.

—Por supuesto, yo estoy muy feliz. Siempre es interesante escuchar a las cabezas más inteligentes y preparadas de cada provincia. Me place en demasía haber traído mi emprendimiento a esta tierra. Ustedes saben que las sociedades están logrando enormes cambios en otros lugares. Sin ir más lejos, Europa no sería aquello que es sin la ayuda inmensa de estas asociaciones —respondió Cabello y Mesa, mientras saboreaba el licor que había traído de regalo a raíz de la invitación.

Castelli levantó su vaso, también con unos dedos de esa deliciosa bebida, a modo de brindis.

—Supimos de la apertura de algunas escuelas, Manuel. Al fin te lo han permitido —señaló Nicolás—. A veces, los carcamanes se distraen.

Los hombres largaron una carcajada.

La sala, por momentos, se ponía ruidosa. Las voces masculinas ocupaban la casa toda.

—¿De cuáles me hablas? El año pasado iniciaron sus actividades las escuelas de Dibujo, Matemática y Náutica. Recién empiezan, tenemos varios alumnos inscriptos. Gracias al apoyo de algunos comerciantes innovadores y a su director, el ingeniero Pedro Cerviño, la Escuela de Náutica me da algunas alegrías. Hace unos meses hemos inaugurado una Escuela de Comercio. Queremos que enseñe con método, con personas idóneas.

Juan José levantó la ceja derecha y lanzó una risa socarrona.

—Imagino lo que debe haber costado. Algunas voces de ahí adentro son difíciles de acallar. Yo sé lo que digo. Durante los meses de mi interinato las cosas no fueron nada fáciles, primo.

—Sí, tienes razón. Pero he logrado el apoyo de otras personas, comerciantes nuevos, sangre renovada.

Manuel señaló a los catalanes Matheu y Larrea, quienes sonrieron y asintieron con las cabezas.

—Disculpen mi ignorancia, pero vengo aquí a escuchar y aprender. ¿Tienen

sustento del Virrey? —preguntó Cabello y Mesa, queriendo ampliar conocimientos para su futuro negocio periodístico.

Castelli se acomodó mejor en su sillón de terciopelo y bebió de un trago el resto de licor.

—Después de la muerte del bueno de Melo, hemos saltado de mano en mano.

—La verdad es que nunca se supo muy bien los motivos de su fallecimiento. En marzo me reuní con él por un nombramiento que me hizo y al mes siguiente se anunció su deceso. No sabemos qué pasó, pero fue fulminante —dijo Manuel con cara incrédula.

—Por eso digo. Nos metieron al mariscal de campo Antonio Olaguer y Feliú hasta marzo del año pasado en forma interina. Y después lo nombraron a Gabriel de Avilés y del Fierro, que aún está en funciones. Sin embargo, algo me dice que no durará mucho más —agregó Juan José y tironeó de los pelitos de la ceja, gesto que solía hacer cuando conversaba.

Los allí reunidos escucharon con atención las palabras de Castelli. Confiaban ciegamente en él; no sabían cómo hacía, pero casi siempre conocía de antemano los sucesos por venir y sus responsables. El abogado tenía contactos en todos los estamentos.

—Debemos ir por más, caballeros. Los hechos deben cambiar la realidad. Por lo pronto, las cosas que ya no nos gustan. Hay demasiadas injusticias en esta provincia. Y lo único que logran es impedir el crecimiento. Tenemos la inteligencia, tenemos la tierra —arengó el dueño de casa.

—Esto de la tierra está por verse, Juan José. ¿Tenemos? ¿Qué tenemos? Algunos tienen; otros, nada. Otros, lo que tienen es vergüenza de presentarse ante sus conciudadanos por su desnudez y miseria. Tal vez una forma de conseguirles dignidad a aquellos que poco y nada tienen sea bajo la obligación de la venta de los terrenos que no se cultivan, al menos en una mitad. Urge una reforma para los grandes propietarios, ¿no les parece? —agregó Manuel, con los ojos llenos de brillo. Hasta en las reuniones sociales, donde el divertimento debía primar, las ocupaciones y el trabajo lo acuciaban.

—Una gran idea pero con pocas probabilidades de concreción. Sería interesante tener todas las tierras cultivadas, en vez de ver parcelas y más parcelas anegadas de nada —dijo Domingo.

—Bueno, a ver si cambiamos de tema por un rato, señores. ¿Alguna alegría, o nos dedicaremos solo a las tristezas? —interrumpió Saturnino Rodríguez Peña, como era su costumbre. Por algo lo señalaban como el alma de las fiestas.

—Avanzamos con las negociaciones para el periódico, esa es una gran noticia, ¿o no? —anunció el empresario extremeño.

—¡Felicitaciones, don Francisco! En esta casa y esta noche, tenemos el orgullo de tener grandes plumas. Podrá hacer uso de ellas en su momento —dijo Castelli y señaló con grandilocuencia a los presentes.

Manuel batió las palmas y convocó a un brindis. De a poco, las cosas lograban modificarse. O por lo menos eso parecía.

* * *

La cabeza de Pepa trabajaba a la velocidad de la luz. Por momentos parecía una espía detrás de las pistas más complicadas. Había averiguado con una sutileza envidiable, para que nadie de su familia sospechase, los horarios en que el Secretario y sus vocales ejercían su labor. Era extraño que una muchacha de su edad preguntara a sus padres o a los amigos de ellos por estos menesteres. ¿A qué jovencita de ese círculo le podían importar las labores de los señores del comercio? Pues Pepa era un caso aparte. Prefería escuchar antes que dedicarse al parloteo constante de las muchachas de su edad, y si era ante hombres de ocupaciones relevantes, mejor. Tenía avidez por aprender.

Con un gran disimulo, le había preguntado a su hermano José María la hora de apertura del Consulado. Con el artilugio de la necesidad de unas medias de seda que solo conseguiría en una tienda cercana, llegó a su meta. Por supuesto, su hermano no podía estar menos interesado en esas lides. Pepa pataleó y tanto lo increpó que José María le respondió al voleo que, si las ocupaciones de la zona comenzaban cerca de las diez de la mañana, la tiendita de esas pavadas femeninas debería hacer lo mismo. La muchacha se retiró a su cuarto sin más. Las medias podían esperar.

Mucho antes de la hora señalada, Pepa se instaló en la ventana de la sala que daba a la calle. Teodora y dos criadas ya estaban en plena faena hogareña.

—¿Qué haces, m'hijita? Tan temprano y por aquí.

—Ay, mamita, es que aquí corre el viento. Ando aquí sentada con este libro nuevo. La luz y el aire de la calle me ayudan a la lectura —sonrió Pepa, compradora—. Pero no se preocupe, ya tendí las cobijas.

—¡Qué bien, mi querida! ¿Y ya tomaste algo, comiste algunos panes?

—No se preocupe, estoy muy bien —Pepa se apuraba. No quería que su madre y compañía le arruinaran el plan.

Las mujeres volvieron sobre sus pasos y se dirigieron hacia la cocina. Pepa se irguió y dio vuelta la cara hacia la calle. El trajín de afuera la tomó por completo.

Tal vez el caballero, ese por quien nunca había reparado pero seguramente habría visto en otras oportunidades, pasara por la puerta de su casa para dirigirse a su trabajo. Claro, ¿qué niña de once o doce años se hubiera detenido en un hombre? Ninguna. Pero ahora Pepa tenía quince. Las cosas eran bien diferentes.

El libro descansaba abierto sobre su regazo. Las conversaciones de los otros se colaban en sus oídos sin quererlo.

Dos señoras comentaban las fórmulas para que el mate fuera más rico, si con azúcar o con limón; tres caballeros discutían de qué manera combatir el olor nauseabundo de las calles; la bosta y la basura, agregadas a los calores, hacían que

respirar fuera una tarea casi imposible.

Apoyó el libro en el alféizar de la ventana y se asomó, como pudo, entre las rejas. Quería ver las esquinas de su cuadra. Apenas miró para la derecha, se topó con la presencia esperada. Manuel Belgrano estaba a cinco pasos del enrejado.

—¡Buenos días, Pepa! Qué casualidad verte. ¿No es un poco temprano para que una muchacha salga a la ventana? —se detuvo frente a la joven, separados por las rejas.

—Hola, don Manuel. La hora no es importante, es perfecta para mi lectura.

—Así que eres una muchacha lectora, qué interesante. Podemos conversar de libros cuando te plazca. Tengo una gran biblioteca, puedo recomendarte algo si te parece.

—Por supuesto. Me gusta mucho sentarme aquí por las mañanas. La claridad del día es perfecta. Además, aprovecho el silencio de mi casa —se rió la muchacha. Manuel la miró y sonrió también. Continuaron con la charla distendida acerca del tiempo, la ciudad y las actividades de la joven. Belgrano se había apoyado contra las rejas.

—¿Le pasa algo a su merced? ¿He dicho algo que lo entristezca? Tiene un ojo lleno de lágrimas —señaló Pepa con su dedito índice.

Manuel buscó un pañuelo en su bolsillo y se secó el ojo afectado con suavidad. Con una sonrisa lo negó.

—Antes que nada, no me trates con semejante ceremonial que me haces sentir un geronte. ¿Y cómo puedes pensar que tus palabras puedan ponerme triste? De ninguna manera. Tengo una incomodidad en los ojos. Me pican, me lloran. Nada más.

—¡Pepa! ¿Qué haces en la ventana? —la interrumpió una voz desde adentro. Era su padre, Juan Ignacio Ezcurra.

La muchacha rozó la mano de su nuevo amigo a modo de despedida y caminó hasta la puerta de la sala.

—Hablabas con el Secretario del Consulado, Tatita. Lo vi pasar de casualidad —mintió.

—No me gusta que pierdas el tiempo con la calle.

—Seguro, Tatita.

Ezcurra se dio media vuelta y desapareció. Pepa se quedó sola. Y desesperanzada.

* * *

El mal de Belgrano no amainó. Las supuraciones pasaron de intermitentes a intensas. La inflamación era grande y por momentos llegaba hasta el cierre de conductos. No se sentía bien, la enfermedad lo tenía bastante complicado. Sus médicos le sugirieron que volviera a tomarse una licencia. No les causaba ninguna gracia que abusara de la vista. Y Manuel no cumplía las órdenes de los facultativos. Le era muy difícil no involucrarse por completo en los asuntos laborales estando en Buenos Aires.

Debía mudarse, retirarse. Cuanto antes. Y tenía que elegir el lugar para pasar la convalecencia. Su primo le ofreció hospedarse en su quinta de San Isidro, y hacia allí se dirigió, con su hermana Juana y el doctor O’Gorman, que quería fiscalizar en persona que todo estuviera en perfectas condiciones como para que su paciente descansara.

La temporada en las afueras de la ciudad se prolongó más de la cuenta. Cuando los ojos parecían mejorar un poco y la esperanza volvía al cuerpo de Manuel, la desmoralización lo embargaba tras una nueva recaída. Juana lo cuidaba como una leona. Incluso le escribía las cartas que el Secretario le dictaba para enviar a la Corte.

Una vez por semana el médico hacía su visita. Si era necesario le dejaba la medicación suficiente para esos días. A pesar de todo, a O’Gorman le había vuelto la tranquilidad. La distancia ayudaba al paciente. Que Belgrano solo supiera de los acontecimientos urbanos a través de las visitas esporádicas o las esquelas que recibía, era ideal.

Una tarde se animó y tomó la pluma y un papel. Pensó durante varios minutos cómo empezar. Y se largó.

San Isidro, fines del 800

Querida Pepa,

Te preguntará qué me ha pasado que dejé de caminar por tu ventana. No creas que he perdido la memoria y con ella mi itinerario, es solo la urgencia que se impone a mi deseo. A veces la salud toma caminos que uno no maneja...

Tal vez, y si no te parece inadecuado, podamos continuar nuestra conversación por estos medios. Me cuentas de tus cosas por allá, yo hago lo que puedo desde aquí.

Ya me cambia el ánimo de solo pensar en tus ojos leyendo mis líneas.

Sin más y con el mayor de mis respetos,

Manuel Belgrano

Juana se encargó de enviar y recibir la correspondencia que se produjo entre su hermano y la muchachita Ezcurra. Pasaba el tiempo y de ese modo se le hacía más llevadero a Manuel. Pero los ojos no se componían. Parecía que las fístulas preferían no abandonarlo. Tal era el panorama que una tarde recibió una carta con el sello de la Casa Real. Juana la abrió y se la leyó. No les asombró su contenido.

—Tal vez debas aceptar la oferta de la Corte, Manuel. Los médicos españoles sabrán tratar tu afección.

—No sé, Juana. Un año de licencia en España me parece demasiado tiempo. Aunque, por otro lado, confío plenamente en el rigor de sus catedráticos. Sé que me haría muy bien la estancia allá.

—Te extrañaré mucho, hermano adorado. Pero tu salud es lo primero —se acercó a la silla de Manuel y se fundieron en un abrazo.

—Lo voy a pensar durante el tiempo que crea necesario. No me urgen con un embarco a las apuradas.

Pasaron unos días. Todo tipo de pensamientos colmaron su cabeza. Y como en un viaje en el tiempo, los hechos pasados regresaron. Sus años hispanos, la temporada en esta ciudad, el trabajo, sus ideales, las concreciones. San Isidro era el lugar perfecto para pensar. Ni una interrupción.

Se sentó en la galería de la casa.

Apoyó el papel de carta sobre el lomo de un libro y escribió la fecha y el lugar. Y el destinatario. Anunciaba a la Corte que rechazaba la oferta. Prefería no alejarse de Buenos Aires, la Patria lo reclamaba. Firmó la esquila y la entregó para que un chasqui la llevara al barco indicado.

No solo la Patria lo obligaba a quedarse. La sonrisa cristalina de una muchacha, también. Quería volver a ver a Pepa Ezcurra.

Capítulo II

En la casa de don Antonio de Escalada se aguardaba a todos los invitados con la hospitalidad de siempre. Las tertulias de la calle Santísima Trinidad y de la Merced^[16] eran célebres por ser las más divertidas y a las que toda la sociedad porteña quería concurrir. No era difícil. El dueño de casa gustaba de invitar a pesar de alguna mala cara de su mujer, doña Tomasa de la Quintana.

Pero él hacía oídos sordos a la voz quejosa de la señora y enviaba las esquelas de convite.

Doña Tomasa le había implorado que le dejara el mes de abril libre de festejos porque necesitaba hacer unos arreglos en la casa. Pues no. Don Antonio le había retrucado con una urgencia imposible de rechazar. Hacía pocos días se había lanzado el primer número del periódico. Al fin, Cabello y Mesa instalaba El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata. Este acontecimiento merecía una celebración y don Antonio había ofrecido su casa para hacerla.

La residencia se llenó de los amigos de siempre —las fortunas más acaudaladas de la ciudad, que no querían quedar afuera de la convocatoria—, pero la lista había incluido, sobre todo, a todo aquel que hubiera tenido algo que ver con la realización del periódico, que ya tenía algunos números —salía dos veces por semana— en la calle.

En un costado de la sala se había ubicado casi toda la plana mayor del Consulado. Martín de Álzaga, José Martínez de Hoz, Juan José Lezica, su pariente político Juan Bautista Elorriaga, Antonio Sáenz Valiente y Gaspar Santa Coloma, que había llegado junto a su sobrino Juan Antonio, cuñado de Lezica. Además de la unión comercial, los hombres se relacionaban a través de los lazos familiares. Las mujeres de los comerciantes se habían instalado en la mesa. Era la ocasión perfecta para probar las delicias que se cocinaban en lo de Escalada. Además, los asuntos de sus maridos les eran de poco interés.

Al lado de la ventana estaban, bien sentados, el artífice de la hazaña, don Francisco Cabello y Mesa, y algunos de sus colaboradores. Lleno de entusiasmo, se encontraban don Ventura Miguel Marcó del Pont, gran apoyo para la concreción del proyecto, Juan José Castelli, Julián de Leiva y Domingo de Azcuénaga, plumas apalabradas del periódico.

Y desperdigadas por distintos sectores, estaban María Eugenia, hija del dueño de casa y su esposo José Demaría, y otros integrantes de familias amigas, entre los que se encontraban Juan Ignacio Ezcurra, su mujer Teodora y sus hijos José María y Pepa. La joven se iniciaba en esas lides sociales.

—Qué extraño que Manuel no haya llegado aún —comentó Castelli al grupo.

—Es imposible que falte a esta cita —agregó Azcuénaga.

El dueño de casa se acercó con una bandeja llena de pastelitos rellenos de dulce y los obligó a probarlos.

—Don Antonio, ¿Belgrano se ha excusado por algún motivo de fuerza mayor? —preguntó Cabello y Mesa y optó por uno de los dulces.

A pocos pasos de allí se encontraba Pepa, que participaba de un diálogo entre otras dos muchachas. Parecía que escuchaba pero era una pose, porque en cuanto oyó el apellido que había creído oír se excusó y se dirigió presta a la bandeja. Las jovencitas que conversaban no notaron su salida. Se detuvo frente a los pasteles, como si le costara elegir el más rico. Mientras, estaba atenta a la conversación de los hombres. Ya se había enterado de que Manuel estaba de regreso, pero no lo había visto todavía. Días atrás y por pocos minutos se habrían cruzado en casa de los Altolaguirre, pero el destino no lo había querido. Esperaba que esta vez no sucediera lo mismo. Tenía muchas ganas de verlo.

—¡Pero ya era hora! No sabía qué responder a la infinidad de preguntas, don Manuel —saludó eufórico don Antonio al ver entrar a su invitado, que venía detrás del criado que le servía de guía.

Belgrano abrazó a su amigo, y de a uno saludó a todos los presentes. Llegó al grupo en el que su primo era la voz cantante y allí se instaló. La conversación lo retuvo. En pleno palabrerío recorrió la sala con la mirada. Y se detuvo en alguien que no imaginaba encontrar allí. Los ojos de Pepa lo miraban con ese brillo tan particular. Siguió con la discusión encendida, pero la presencia de la joven lo desconcentraba.

La música comenzó a sonar. El ritmo del minué tomó la sala por asalto. Las conversaciones dieron paso a las risotadas y varios de los invitados prefirieron el baile a las palabras. Los grupos comenzaron a desarmarse y algunos se acercaron a la gran mesa, en busca de alguna bebida para atemperar la sed.

Pepa se sentó en la punta y se sirvió un panecillo en su plato. Manuel, en la otra punta de la sala y entre los cuerpos que iban y venían al son de la música, pudo ver a la jovencita sola. Evadió a los que se interponían y llegó hasta donde quería.

—Si te traigo algo de tomar, ¿me convidas con un pastelito y un lugar a tu lado?

—¿Quién podría negarse a semejante propuesta? —sonrió la muchacha y lo invitó.

Manuel le sirvió un vaso de limonada y ocupó la silla que estaba bien cerca de la de Pepa.

—Veo que te has mejorado de salud. Tus ojos ya no lloran —dijo la joven y largó una sonrisita corta. Era la primera vez que lo tuteaba cara a cara.

—Por suerte me han tratado bien. Mis ojos ríen, Pepa. Sobre todo ahora que te ven.

El gentío que se divertía en la sala no percibió la conversación íntima y prolongada que se llevaba a cabo entre el Secretario y la muchachita de Ezcurra. La complicidad entre ambos era evidente, pero la tertulia tenía reconcentrados a los invitados. Salvo una persona. Teodora de Arguibel y Ezcurra observaba sin disimulo

a su hija y ese caballero. La atención que su Pepita le ponía a Manuel Belgrano no era la que ella acostumbraba. Había un brillo nuevo en la mirada de su hija. Creía reconocer de qué se trataba.

Las velas fueron ardiendo y la noche auguró un final de jornada más que feliz. Manuel y Pepa mantuvieron el hilo de la charla intacto. La larga conversación los había tenido unidos como si se hubieran conocido de toda la vida.

* * *

La publicación del periódico le había venido de maravillas a Manuel. Allí podía dar rienda suelta a los temas que le preocupaban y que a su entender debían divulgarse. Sus tareas consulares no le resultaban suficientes. La apertura de las escuelas, tampoco. Sin embargo, ahora, con la difusión de su pensamiento, aunque fuera leído por unos pocos, para él ya era más que importante. Sabía, de cualquier manera, que sus trabajos periodísticos provocaban bastante curiosidad. Los casi doscientos suscriptores daban cuenta de ello.

Llegaba bien temprano al Consulado, cuando a ninguno de los miembros se le ocurría comparecer, y aprovechaba el silencio absoluto para hacer uso de la pluma. A lo sumo, lo único que escuchaba era el piar de algún pájaro impertinente. Trataba de encontrarlo por la ventana, pero, como en general eso era imposible, continuaba con su ritual. Miguel le cebaba unos mates cada tanto. Y Belgrano se concentraba plenamente en sus ideas.

Dormía poco y pensaba mucho. Por eso necesitaba, a la mañana bien temprano, volcar todos sus pensamientos. Sentía una urgencia indescriptible. Uno de los asuntos que lo desvelaban era la educación. Con la mano izquierda entreverada con sus pelos claros y la pluma en un frenesí acelerado, fue escribiendo: «persuadido de que la enseñanza es una de las primeras obligaciones para prevenir la miseria y la ociosidad». Ya habían publicado su artículo «Educación moral» en un número anterior. Había advertido a don Francisco que en los ejemplares subsiguientes continuaría con «Educación político-moral».

Una de sus grandes preocupaciones eran los jóvenes. Recordaba aquellos buenos tiempos en España, dedicado a los estudios. Y qué mejor que ellos, que eran el futuro de la Patria, quienes recibieran la atención que él creía que merecían. Tomó unos tragos calientes del mate y con la caligrafía perfecta siguió letra por letra: «... una crecida población de hombres industriosos y ocupados, a los que es necesario agregársele la formación moral y cristiana de los mismos, único molde en que pueden vaciarse los hombres grandes».

Luego de una hora de soledad y concentración perfecta, puso punto final y llamó a Miguel. El joven entró con pisada sigilosa y esperó a que el Secretario le indicase qué hacer.

—No me mires con esos ojos de vaca, muchacho —largó una risotada—. Miguel,

eres el asistente perfecto. Estoy muy contento con tu labor. Me sobreproteges mucho.

El joven sonrió. Hablaba poco pero escuchaba lo esencial. Belgrano, a veces, lo usaba de confesor.

—¿Terminó, vuestra merced?

—Sí, muchacho. Lo colocamos en el sobre y lo entregas en El Telégrafo Mercantil.

Una tensión imperceptible en la mandíbula le marcaba la cara. Belgrano sabía disfrazar sus estados de ánimo como ninguno. Pero Miguel conocía esa máscara. Podía mentirle a cualquiera, pero a él no. Se quedó quieto, de pie frente a la mesa y lo miró con sus ojos bonachones. Sabía que su patrón hablaría si le venía en gana. No era necesario preguntar.

—Las cosas no están demasiado bien con el extremeño. Ya sabes que, de dos veces a la semana, hemos pasado a la publicación los domingos nada más. No estamos de acuerdo en algunas cosas. Cabello y Mesa tiene unos intereses, y yo otros.

—Sus publicaciones son más que interesantes, vuestra merced. Así se comenta por ahí.

Belgrano lo miró y sonrió.

—Gracias por tus palabras, Miguel.

Me parece primordial la salida de un periódico. Más que nunca. Sin embargo, a veces siento que desconozco las intenciones de don Francisco. No sé por qué, pero le presiento una doble faz.

Y se le vino a la mente la desmesura de Cabello y Mesa. ¿Era necesario desperdigar un sinfín de elogios —que muchas veces le resultaban empalagosos y de dudosa sinceridad— para con ellos, el Consulado, el Virrey, Buenos Aires y demás? Algo olía mal.

—Yo no olvido que el hombre es español, aunque haya pasado temporadas en Lima y aquí. Sabes que las cosas no están bien por allá.

Miguel asintió. El lugar que ocupaba en esa pequeña mesa de entrada le había servido para escuchar y aprender todo lo que sucedía allí y en el Viejo Continente. Muchas veces atendía, en silencio, las discusiones que se desarrollaban acerca del devenir de los acontecimientos europeos. Sabía que todo podía repercutir en el puerto de Buenos Aires. La Península había solicitado a Portugal que abandonara su alianza con Inglaterra y que la indemnizara. Como esto no había resultado, decidió declararle la guerra. Pero siempre que hubo luchas llegó la paz y así sucedió con esta, para desembocar en la batalla de Algeciras contra la armada inglesa. Carlos IV y su aliado Napoleón habían sido los vencedores. Sin embargo, los problemas de alcoba, como siempre, habían desembarcado en la política. El Rey sufría una enfermedad extraña y la reina María Luisa confabulaba con su protegido Godoy, para borrar de un plumazo al heredero Fernando en pos de una regencia súbita.

—El poder, Miguel, el poder. Enloquecen por conseguirlo y desvarían para mantenerlo.

—Tiene razón, vuestra merced. Como siempre.

—La tumultuosa realidad de España traerá sus coletazos, ya verás. Y Cabello y Mesa, creo, está de un solo lado. El de él. No se puede, Miguel. Hay que ser claro. Y temo que este hombre no lo sea.

Manuel le extendió sus escritos bien doblados. El joven los recibió y esperó unos segundos. Lo observó con detenimiento. Miraba por la ventana que daba a la calle. La mente de su patrón había volado hacia otros sitios. Hizo una reverencia y se retiró con la encomienda. Belgrano se incorporó y caminó hasta la ventana que lo había distraído. Se asomó y sus ojos vagaron hasta el estrecho farol de la esquina, que a esa hora tenía la vela de cebo apagada. Allí, en la punta, se había posado una torcaza. Quietecita, miraba a la lejanía, con el pecho redondo y aterciopelado.

* * *

Si existía algo digno de destacar de la personalidad de Pepa era su enorme intuición. Le era imposible entender muy bien por qué, pero había tomado la decisión de mantener su amistad con Manuel en secreto. Prefería no compartir la relación con sus amigas, y menos con sus padres y hermanos. Desconocía los motivos, pero le pareció mejor disfrutar en soledad de las conversaciones con ese caballero.

Pepa prefería escuchar. Adoraba dejarse llevar por el apasionamiento de Manuel. Y él sentía, casi por primera vez, que había encontrado una interlocutora digna de serlo. La joven era curiosa y tenía inquietudes. No hablaba frivolidades, como le había sucedido tantas otras veces. Si le confiaba algunas de sus angustias, o los problemas que surgían una y otra vez, ella, a pesar de su juventud y poca experiencia, lo ayudaba a reflexionar y como por arte de magia lo tranquilizaba.

Casi todas las mañanas le daba los buenos días a través de la ventana. Ella lo esperaba contenta y lo convidaba con algún panecillo. Con las rejas salientes a modo de escudo, conversaban unos minutos hasta que la casa empezaba a despertar. Él le besaba la mano en despedida y continuaba su camino. En una de esas tantas mañanas, Manuel la invitó a pasear por la Alameda el sábado siguiente. Le prometió que concurriría con Juana, su hermana, de chaperona. Pepa aceptó al instante. Ya vería la manera de lograrlo sin despertar susceptibilidades o negativas por parte de su familia.

Llegó el esperado día y bien temprano encaró hacia la recámara de los varones. Felipe dormía o eso parecía debajo de las cobijas, y José María sacaba lustre a sus botas de cuero negro.

—Necesito que me acompañes hoy al mediodía a hacer unas cosas por ahí.

El muchacho levantó la vista de su concentrada faena con cara de pocos amigos.

—No me mires de ese modo. No puedo salir sola aún. Te debo una.

—¿Qué puede ser tan importante, Pepa? No tengo ganas de seguirte en tus interminables recorridas.

—Te prometo unas espuelas nuevas en retribución.

José María sonrió. Se le iluminó la cara. Cualquier accesorio para cabalgar lo tentaba de inmediato.

Pepa se acicaló y a las doce del mediodía le hizo el gesto señalado a su hermano.

—Mamita, José María se ofreció gentilmente y me acompaña de compras. Necesito unas cositas de la Recova.

Teodora levantó la vista del bordado y miró a uno y a otro. Su hija sonrió con cara de inocencia.

—Muy bien, pero no tarden.

Los hermanos buscaron sus abrigo y pegaron un portazo al salir. Pepa iba con la cabeza en alto y una sonrisa delatora.

José María, a su lado. Los pasos de la muchacha eran firmes y largos, evitando el barro que aparecía de tanto en tanto. Caminaron por la calle Trinidad, hasta desembocar en la Plaza del Fuerte^[17]. De repente, Pepa se detuvo y enfrentó a José María.

—Ahora te voy a confiar algo. Pero me juras por lo que más quieras que no dirás nada —largó a la velocidad del rayo y su hermano la miró, incrédulo.

—Me asustas, Pepa.

—Tengo una cita, y no es precisamente con la vendedora de cintas. Nos vamos a la Alameda y allí me encuentro con Manuel Belgrano.

Los ojos desorbitados de José María pestañearon apenas. Abrió la boca como para decir algo, pero no pudo.

—Debes cumplir tu promesa y no decir nada.

—Pepita, ¿te parece meterte en semejante embrollo? No quiero problemas con mamá y papá. Me pones en la obligación de ser tu cómplice —disparó con una mueca de furia.

—Te prometo que no pasará nada. Solo daremos una caminata. Él traerá a su hermana consigo.

Lo tomó de la mano y lo arrastró. A paso veloz lo obligó a atravesar la plaza. Una importante cantidad de personas iban y venían, sin preocuparse por nada, salvo lo suyo. Los jóvenes zigzagueaban para poder avanzar.

Bajaron hasta la Alameda y allí, contra uno de los árboles, Pepa vio a su caballero, que conversaba con su hermana. Como si hubiera escuchado que alguien gritaba su nombre, Manuel levantó los ojos y la vio. Pepa saludó con vehemencia y apuró el paso. El rezagado, detrás.

—Hola, Manuel. ¿Llegamos a tiempo? —estiró la mano y él se la besó, con la otra acomodó un bucle rebelde—. Vengo con José María; qué mejor que nuestros hermanos se conozcan, ¿no es cierto?

Manuel soltó una carcajada. La energía arrolladora de la joven lo desarmaba. Juana miró a Pepa de arriba abajo y se acercó para besarla. Luego saludó al muchacho. Manuel giró para el lado contrario e invitó a Pepa a caminar. Ella lo tomó del brazo y le sonrió.

Caminaron unos pasos y ella dio vuelta la cabeza. Miró fijo a su hermano y solo con sus ojos le ordenó que los siguieran a una distancia prudencial. Todo lo lejos que fuera posible.

A la derecha y detrás de la fila de árboles, Pepa vislumbró el agua. Algún que otro osado remojaba sus pies en la orilla. Torció la cara y miró sin disimulo al hombre que la cortejaba. Le gustaba Manuel, era guapo.

—¿Cómo estás, Pepa? —preguntó con voz suave.

—Más que bien. Me hubieras visto, a las corridas por la plaza, con el lerdo de mi hermano —respondió la chica.

—Espero que todo esto no te traiga inconvenientes.

—De ninguna manera, no veo por qué.

—Bueno, eres mujer, tal vez la consentida.

—No lo creo, mis padres están ocupados en otras cosas, en mis hermanos menores.

—Ojalá así sea.

Siguieron el camino, Pepa adaptada al paso de Manuel, que era lento y seguro. Atrás había dejado la vehemencia de su carácter. Varios pasos más atrás iban José María y Juana, en una animada conversación.

Hubo momentos de silencio que no incomodaron a ninguno de los dos; también de sonrisas francas y de las otras; y algunos susurros de complicidad.

—En unos meses cumples diecisiete años. Ya eres una mujer, Pepa. Y una mujer que me gusta y mucho. Tú sabes que no bromeo con estas cosas. Pude haber sido un joven algo desmesurado, pero todo eso quedó atrás.

Pepa se puso seria y pestañeó varias veces. No sabía qué decir. Manuel se le acercó —mucho más de lo que estaba— pasó su mano derecha por la cintura y le tomó la cara con la otra. El corazón de la muchachita parecía una estampida. Entrecerró los ojos y sintió la boca de Manuel sobre la suya. Creyó que perdía el conocimiento. Él le soltó la cara y se miraron. Respiraban el mismo aire.

—Creo que te amo desde el primer día en que te vi —susurró la muchacha. Manuel le apoyó los dedos sobre la boca y le chistó.

Muy cerca de ellos, la escolta. Juana con la cabeza gacha, y José María con los brazos en jarra.

* * *

—Como bien lo habíamos advertido, Miguel, han clausurado El Telégrafo. Hace rato que le habíamos quitado el apoyo —le anunció Manuel a su asistente. La tarde se anunciaba de a poco y algunas velas alumbraban el despacho. A pesar de la hora, el Secretario seguía en funciones.

—Vuestra merced siempre sabe lo que pasará.

—No se puede tirar demasiado de la cuerda. Era evidente que el Virrey y sus

adláteres iban a poner el grito en el cielo luego de ver el desenfado de algunas publicaciones. ¿Quién tiene tanto humor como para aguantar las sátiras? Pues estos, no.

Miguel arqueó las cejas, dándole la razón. Al principio, El Telégrafo Mercantil había sido sutil, pero los últimos números habían tirado con artillería pesada. Le habían causado mucha gracia las bromas que le hacían al Virrey del Pino. Pero era evidente que a él no.

—No me preocupa para nada. Hace un mes y medio que se edita el periódico El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio y hemos decidido auspiciarlo con el Consulado. Ahora sí, y el director es uno de los nuestros, el comerciante Hipólito Vieytes. Me he reunido con él hace unos meses y comparte mis pensamientos: el libre comercio y las ideas fisiocráticas.

Miguel se quedó mirándolo fijo sin atreverse a preguntarle de qué hablaba. Manuel notó al instante que el joven no entendía.

—Perdóname, Miguel, pienso en voz alta y me olvido que estás tú. En mis tiempos de estudiante me hice fiel seguidor del francés François Quesnay, que decía, entre otras cosas, que el buen funcionamiento del sistema económico estaría asegurado sin la intervención del gobierno. El progreso económico, Miguel, solo será posible mediante el progreso social. Mi querido Vieytes piensa lo mismo.

El muchacho agregó unas velas más y las encendió.

—Gracias, si quieres puedes marcharte. Quiero escribir una carta todavía. Luego parto a mi casa.

Miguel hizo una corta reverencia y salió sigiloso. No quería perturbar a su patrón. Manuel acomodó la pila de papeles de carta y mojó la pluma en la tinta. El destinatario era su amigo chileno Manuel de Salas, fundador de la Real Academia de San Luis. Se rascó con suavidad los ojos. Aún no mejoraban del todo. Así, le explicó a su amigo trasandino que había preferido posponer su viaje a Europa, aun prometiéndole ventajas para la cura. Volvió a embeber la pluma en el tintero:

Estamos aguardando de un momento a otro al nuevo Virrey, que viene a mandarnos en lugar de Pino, quien ha caído en desgracia en la Corte. Se llama don Antonio Amar, Mariscal de Campo, y estaba de Comandante General de Guipúzcoa. Puede ser que guarde mejor armonía con mi Cuerpo que el actual, a quien no han dejado de hacer poco aire nuestras representaciones al Ministerio.

Firmó y dobló con cuidado la carta. La pegó con el sello del Consulado y la dejó debajo del cortapapeles. Miguel sabía que debía despacharla. Cerró su despacho, atravesó el largo pasillo y salió a la calle. Respiró hondo. El aire de mediados de octubre le dio directo en la cara. Era la estación del año que más le gustaba.

* * *

Los Ezcurra tomaban fresco en el patio de su casa. Juan Ignacio y Teodora habían optado por acomodarse allí ya que el clima se los permitía. Además, era el sector más querido de la esposa del navarro. El comerciante había vuelto temprano —una costumbre en él— y reclamado una ronda de chocolate caliente y masitas. Teodora cumplió con la orden y, luego de desplegar el plato y las tazas, suspiró y se sentó al lado de su marido. El color del cielo cambiaba de a poco a medida que transcurría el tiempo. Las pocas plantas lograban hipnotizarla de vez en cuando.

—¿Has hecho ver el aljibe, Teodora? No veo que lo hayan reparado.

—No creas que me he olvidado. Ya puse sobre aviso a uno de los criados. Me dijo que traería a un amigo suyo para verlo. No te preocupes, ya verás que la semana que viene lo tendremos como nuevo.

Tomó el plato y se lo ofreció repleto de delicias. El hombre eligió con cautela y probó una masita. Se relamió y con gesto de placer aprobó la mano de la cocinera. Teodora dirigía y acomodaba los quehaceres de la casa para que, al atardecer, al momento del regreso de Juan Ignacio, quedara libre de ocupaciones. Le gustaba recibir a su marido para que disfrutara de su hogar. Ezcurra era muy exigente. En todo sentido, con su mujer, con sus hijos, sus amistades y el trabajo. No en vano era ministro familiar del Santo Oficio. La representación de la Inquisición en Buenos Aires la ejecutaba a la perfección.

—¿Has tenido una buena jornada, mi querido?

—Como todas; no ha superado mis expectativas y tampoco me puedo quejar. Los negocios funcionan, mejor no innovar, ¿no es cierto?

—Desde ya.

Nada ni nadie interrumpía ese momento, que era sagrado para ambos, sobre todo luego del parto reciente de Teodora. Hacía unas semanas, el 19 de octubre, había dado a luz al octavo de sus hijos, otra niña de nombre Petrona. La madre se había recuperado de maravillas y la pequeña era una regordeta encantadora. Los menores de la prole habían quedado bajo los cuidados de la nana, y los tres mayores estaban ubicados en sus clases y actividades. Teodora se sentía de maravillas, tenía una familia feliz.

Notó que la taza de su marido se había vaciado. Se incorporó para ir en busca de la chocolatera. Quiso servirle pero Juan Ignacio lo descartó con la mano. Su mujer se sorprendió ante la negativa. No era nada extraño que su marido bebiera dos o tres tazas de chocolate a la tarde.

—Algo te incomoda, Juan Ignacio.

—Es que no sé si son ideas mías, o en verdad en esta casa se cuecen habas.

—No entiendo.

—¿Estoy loco o he visto las otras tardes a nuestra hija del brazo de Belgrano?

—Desconozco lo que estás diciendo.

—Me pareció ver a Pepa muy embelesada con el hijo del fallecido Domingo, el Secretario del Consulado.

Teodora no sabía de lo que hablaba su marido. El embarazo y el nacimiento de su hija le habían ocupado la cabeza y no había tenido tiempo de atender otros asuntos. Advertía que el mundo podría haberse acabado que ella ni se hubiera dado por enterada.

—Es cierto que nuestra hija está en edad de amores, Juan. Está por cumplir diecisiete —señaló, aunque por dentro estaba desolada. Se sentía una mala madre—. ¿Pero de dónde sacas que el elegido de Pepa es Belgrano?

Y en ese mismo segundo le volvió a la mente la larga conversación que había descubierto en la tertulia de los Escalada.

—Me haces reír, Teodora. Soy un hombre grande, y que algunas veces parezca lerdo no significa que lo sea.

Me pareció verlos a lo lejos, hice mis averiguaciones y algo me dijeron.

Parece que ese hombre le arrastra el ala.

—La niña no me ha dicho nada. Le pregunto, si quieres.

—Haz lo que te parezca, pero sácale esas ideas absurdas de la cabeza. Que no quiera que yo me meta; conmigo no hay risita que valga. Tiene suerte esa chica en no estar enfrente de mí en este momento. Confío en que sabrás hacerle entender. Tal vez estemos agrandando las cosas y no sea para tanto.

—Seguramente, Juan. Tal vez sea un juego inocente y nada más. Y si no es así, nuestra Pepa comprenderá, es una buena hija.

Ezcurra se acomodó más liviano en la banqueta. Ahora que había largado el disgusto, se sentía mejor. Sonrió apenas y le palmeó la mano a su mujer. Teodora le correspondió y le señaló la chocolatera, que aún tenía chocolate. El hombre aceptó y allí permanecieron un largo rato más. Por momentos, en silencio disfrutaban de la serenidad del patio, en otros, intercambiaban alguna que otra palabra.

A unos pasos de allí, en el comedor y guarecida por la puerta entornada que daba a ese mismo patio, estaba Pepa. Había llegado hacía unos minutos de la calle. De uno de sus tantos paseos clandestinos —pero no por prohibidos sino por protegidos— con Manuel. Iba en dirección a sus habitaciones cuando escuchó su nombre. No pudo evitarlo y se detuvo. La curiosidad le jugó una mala pasada. Su padre no veía bien la amistad, por llamarla de alguna manera, que forjaba con Belgrano. No entendía cuál podía ser el motivo de tal animosidad. El corazón se le aceleró. Tenía miedo. Amaba a Manuel y no quería que se interpusieran entre ellos. La garganta empezó a cerrársele y las lágrimas inundaron sus ojos azules.

Doña Teodora abrió la puerta de la recámara de las chicas. La única de sus hijas que no se encontraba era Margarita. Allí estaban Pepa y la pequeña Encarnación, que investigaba, como si supiera, una pila de ropa. Le gustaba jugar a la casita. A pesar de los diez años que se llevaban entre hermanas, las disputas no existían entre ellas.

Pepa adoraba a la chiquitina y le causaba una gracia enorme. Encarnación era bien despierta para la edad que tenía.

—¿Cómo estás, hija? —preguntó y caminó hacia Pepa con los brazos cruzados.

—Creo que bien. ¿Pasa algo, mamita? —la miró cautelosa.

—Eso mismo venía a preguntarte. ¿Tienes algo para contarme?

Encarnación se sentó en el borde de su cama, con las manitos sobre el regazo. No quería perderse ni un comentario. Sabía que, si permanecía callada, podía transformarse en una niña invisible.

Pepa tomó su cartera e hizo como si buscara algo. Necesitaba ganar tiempo.

—Vamos, deja de buscar lo imposible y hablemos. Yo sé que algo me escondes.

Levantó la mirada del terciopelo granate de su cartera y la clavó en los ojos de su madre, que parecían calcados a los suyos.

—Tenía miedo de contarte, temía que no comprendieras por lo que estoy pasando.

—¿Crees que nunca tuve tu edad? ¿Que nací con ocho hijos en mi haber? —preguntó seria y aguardó a que Pepa le diera una respuesta.

Encarnación hamacó las piernas. La intriga la mataba.

—Bueno, mira, terminemos con estos rodeos. ¿Qué hay de cierto en que el tal Belgrano anda detrás de tus pasos?

Pepa sintió una puntada en el pecho. Empezaba a entender que las cosas no serían nada fáciles. Por no decir imposibles.

—El hombre al que hace referencia se llama Manuel. Usted lo sabe bien, no entiendo por qué la mala intención —decidió cambiar el modo de referirse a su madre.

—M'hijita, no quiero problemas, y menos con tu padre. Él fue quien me lo advirtió. Debes dejar de verlo. No es grato para esta familia.

—¿Por qué? —levantó la voz y se le quebró.

—Menos pregunta Dios y perdona. Si tu padre dice que no, es no.

Pepa miró hacia el piso sin agregar palabra. No sabía qué decir, no encontraba razones. Jamás se había peleado con su madre, no se le ocurría. Sin embargo, no podía imaginar su vida sin Manuel cerca. Teodora se acercó y le acarició la cabeza.

—Ya verás, hija, todo pasa. Habrás pensado que ese era el hombre de tu vida, pero no es más que una fantasía propia de tu edad. Olvídalo, no es para ti —la tomó de la cara y la besó en la mejilla. Se dio media vuelta y se retiró sin hacer ni el más mínimo ruido al cerrar la puerta.

La muchacha se tiró sobre su cama y escondió el rostro entre las almohadas. Lloró desconsoladamente. Se olvidó por completo de que no estaba sola en el cuarto. Encarnación de un saltito cayó al piso. Con su vestido todo almidonado, lleno de volados, miró a su hermana. Dudó unos segundos y caminó sigilosa hasta ella. Se paró al lado de su cara escondida. Estiró su brazo y la acarició. No le gustaba verla llorar. Casi no le conocía las lágrimas. Pepa se dio vuelta y la miró, toda arrebolada.

—¡Mi querida Encarna! Sé que no entenderás nada de lo que me pasa, pero estoy

muy triste.

—¿Ese señor te lastimó?

—De ninguna manera. Ese hombre es la persona más buena del mundo. Jamás me haría daño.

—¿Entonces yo te puedo ayudar? —preguntó la niña con los ojos más redondos que nunca.

—¿Cómo habrías de ayudarme, hermanita de mi alma? Eso es imposible —sonrió Pepa, conmovida.

—No me gusta que sufras. Yo te voy a socorrer siempre, te voy a salvar de los malos.

La hermana mayor abrazó fuerte a la pequeña y la llenó de besos. Solo tenía siete años pero parecía una mujercita hecha y derecha. Sabía que siempre podría contar con ella.

* * *

Ezcurra preparaba sus papeles en el despacho de su casa. Ya había tomado el desayuno y se preparaba para salir. Antes de ir al Cabildo debía hacer algunas diligencias en la calle. Escuchó movimientos en el pasillo y levantó la vista. Vio pasar a su hija mayor con paso sigiloso.

—Hijita, ¿sale sin saludar? —descargó, con ambos brazos apoyados en el escritorio.

Pepa se congeló en el camino. Volvió sobre sus pasos y se detuvo en el marco de la puerta, frente a su padre. Ensayó una sonrisa tenue, pero los colores en las mejillas la traicionaron. Don Juan Ignacio le hizo un gesto con el dedo como para que entrara.

—Cierre la puerta. Vamos a tener una conversación —y su hija obedeció—. Como sé que usted no es una niña irreverente, podremos mantenerla.

La muchacha permaneció parada, con las manos tomadas sobre su regazo. Hizo fuerza para que no se notara la incomodidad que sintió al escuchar que su padre la señalaba como una niña. Era una mujer hacía rato, pero parecía que nadie lo notaba en esa casa.

—Me enteré de que habló con su madre hace unos días. Supongo que habrá entrado en razones.

—Escuché todo lo que tenía para decirme pero no entendí los argumentos.

—Su madre y yo queremos lo mejor para usted. Sería de locos pensar lo contrario, ¿no le parece?

—Ya lo sé, pero las intenciones de Manuel son buenas. Es un hombre recto, Tatita

—Pepa se sentó en el sillón que ocupaba el costado del despacho. Aflojó un poco los hombros, pero la tensión no abandonaba su cuerpo.

—Supongo que será un hombre de buena intención, pero no puede entrar a esta familia. No le corresponde, María Josefa. Es mi obligación que usted se despose con

un hombre a su medida. Y de más está decir que Belgrano no ocupa ese lugar.

Pepa tragó con dificultad. El aire se cortaba con cuchillo. Detestaba profundamente cuando sus padres la llamaban por su nombre. Significaba que las cosas estaban muy mal.

—Pero es el Secretario del Consulado, padre.

—¿Y qué hacemos con eso? No tiene una moneda y tampoco los medios para hacerla. ¿Cómo se le puede ocurrir, María Josefa, que permitiremos que una su vida a la de un hombre que no sea un comerciante hecho y derecho?

—Trabaja para el bien de la Patria.

¿No es eso suficiente?

—Es comprensible que no entienda de estas cosas, hija. Para algo estamos los padres, para encaminar a los hijos. Ya lo verá cuando sea madre. Sé que me lo agradecerá.

La muchacha bajó la mirada. No sabía cómo continuar. Era difícil mantener una discusión con su padre. Lo respetaba demasiado y nunca había tenido la urgencia de contradecirlo. Era la primera vez. La rebeldía no era moneda corriente entre los integrantes de esa familia. Todo se llevaba a cabo a través de la conciliación.

—Siempre creí que en esta casa se privilegiaban la moral y la ética.

—Por eso mismo, María Josefa. ¿De qué moralidad estamos hablando? ¿De la del padre de ese sujeto? Por si no lo sabe, Domingo Belgrano estuvo preso durante un largo período.

—¡Tatita! ¿Cómo habla así de un muerto?

—Muerto pero inmoral, hija.

—Usted sabe que no es así. Manuel me dio las explicaciones del caso, y su padre fue preso a raíz de una confusión. Le entregó su confianza a quienes no debía y así le pagaron —la agitación empezó a ganarle el pecho. Despreciaba las injusticias y sentía que estaba siendo víctima de una.

—Terminemos con esta pavada. Hablo por lo que sé y ha sido más que evidente para todos. Doy por descontado que ese individuo desaparecerá de nuestras vidas. Exijo que no tenga nada que ver con usted. Además, ya he decidido a quién la entregaremos como esposa.

Pepa clavó los ojos en su padre. Lo que acababa de escuchar le heló la sangre. Lo último que hubiera querido era un marido. Intentaban sacarle a Manuel de la cabeza y el corazón. No lo lograrían.

Se paró, hizo una pequeña reverencia a su padre y salió del despacho como una autómatas.

—Y no lo vea para darle la noticia. Que no me entere que no cumple con lo que se le pide —gritó Ezcurra desde adentro.

Las lágrimas mojaron la cara de Pepa. Se secó con el dorso de la mano. No quería que nadie la viera en ese estado. Debía guardar las formas, al menos dentro de las paredes de su casa.

* * *

Juana abrió la puerta de calle. Habían tocado con insistencia. Era extraño que tan temprano en la mañana pasaran a visitarlos. Sus dos pequeñas hijas, Flora y María del Carmen, dormían aún.

Del lado de afuera se encontraba una muchachita. Casi sin saludar estiró la mano y le entregó correspondencia. Se dio cuenta de que era la criada de alguien, pero no supo de quién. Solo le advirtió que la carta era para su hermano.

Manuel estaba en la cocina, comiendo unos panes con manteca. Estaba casi listo para salir. Juana interrumpió su desayuno y le entregó la encomienda que había recibido. Dio el último mordisco, quitó las migas que se habían desperdigado sobre su chaleco y se dirigió a su despacho. Necesitaba privacidad. La abrió y fue directo a la firma. Tuvo una extraña sensación.

Querido Manuel,

Es el día más triste de mi vida. No debemos frecuentarnos más, mi padre así lo ha decidido. He intentado escuchar sus razones, me ha sido una tarea por demás difícil. Tú sabes lo complicado, por no decir imposible, que es imponerse al mandato de nuestros progenitores. Siento que iré muriendo de a poco, ya nada tiene sentido para mí.

Te pido disculpas por haberte hecho pasar por todo esto. Tal vez la culpa sea toda mía. Debería escapar a tus brazos pero no puedo, dependo de la voluntad de mi padre.

Tuya a pesar de todo,

Pepa Ezcurra

Manuel levantó la vista. Las palabras lo tomaban por asalto. Jamás hubiera imaginado que la escuela contenía un adiós. Pepita lo abandonaba. La tristeza inundó su alma.

Capítulo III

La sala de los Ezcurra parecía inmensa ante la presencia de solo tres de sus integrantes. A menudo repleta de personas, en esta oportunidad las paredes aparentaban estar más alejadas una de la otra. La voz del *pater familiae* retumbaba en el techo de madera blanca, y los muebles macizos que adornaban el gran salón escondían los miles de palabras que por allí circulaban. Los fanales de cristal y los caireles de la araña se movían con suavidad gracias a la brisa que entraba por la ventana.

Juan Ignacio y Teodora ocupaban el sillón de dos cuerpos. Se los notaba cómodos, cada uno descansando sobre el apoyabrazos de nogal moldurado. No se la veía de igual manera a su hija Pepa.

—La hemos convocado, hijita, para informarle acerca de las buenas nuevas —empezó Ezcurra con una amplia sonrisa que teñía toda su cara.

La joven, que había ocupado el butacón de la izquierda, tomó aire y levantó el mentón. El gesto característico de Pepa, la pintaba por completo.

—He pensado mucho estas últimas semanas en usted, Pepita —don Juan Ignacio estaba de un humor espléndido y se notaba—, y he llegado a la conclusión de que debe casarse ya mismo. Hemos acordado con su madre quién será su marido. Tenemos al elegido.

Doña Teodora tomó a su esposo de la mano y lo miró sonriente. Él le respondió agradecido y observaron a su hija al mismo tiempo. Parecía que frente a ellos había una esfinge. Pepa no movió un músculo de la cara. Ni siquiera soltó los brazos cruzados debajo de su pecho. Era imposible descubrir alguna emoción en ella. Había aprendido a disfrazarlas frente a sus padres.

—Hija querida, ¿no preguntas quién será el hombre con quien te desposarás?

—Sí, mamita. Ya iba a hacerlo, pero no me dan tiempo. ¿Con quién me caso, Tatita?

—Con su primo Juan Esteban Ezcurra, a quien no conoce, por supuesto. Viene de Navarra especialmente a casarse. Es comerciante, es de la familia, tiene muy buena posición y no nos traerá los inconvenientes que podría albergar un desconocido. Llegará de España cuanto antes y organizaremos una boda estupenda, como la que merece una hija mía.

La piel de camafeo de Pepa se manchó apenas. El calor le subió desde la boca del estómago y, al segundo, un frío helado la dominó. Trató de respirar con lentitud, quería evitar un vahído.

—¿Te pasa algo, querida? No te ves bien —Teodora se incorporó y fue hasta su hija. Puso las manos sobre su cara y atinó a desabrocharle algunos botones del vestido.

—Ya estoy mejor, no se preocupen —dijo en voz baja y corrió sus bucles de la cara.

Teodora prefirió ir en busca de un vaso de agua. Se fue a la cocina y dejó solos al padre y a su hija. Juan Ignacio esperó unos segundos, pero Pepa no emitió ni un comentario.

—Entiendo que esté un poco asustada ante la novedad. Pero le juro, hija, que no tiene por qué atemorizarse. Juan Esteban es un ejemplo de hombre; jamás le hará daño alguno. Se lo juro. Ya verá que cuando lo conozca pensará igual que yo. Y a ver cuándo me dan nietitos. Seré un abuelo consentidor —largó una carcajada ante el silencio de páramo de su hija.

Pepa estaba anestesiada. Ya no sentía más. Había llorado tantas lágrimas de desconsuelo que se había secado por completo. El dolor ya no dolía, tanto la había lastimado. De estar casi en carne viva, la piel se le había transformado en cuero. Sabía que su padre iba a organizar su compromiso con otro hombre, se lo había anunciado. Sin embargo, nunca imaginó que iba a ser tan veloz. Pues ahora estaba todo dispuesto. Habían hecho los arreglos sin que ella se enterara. Un primo español. Su mismo apellido, su misma sangre. Aunque ella sabía que la había perdido por completo el día que le había enviado la esquila a Manuel.

* * *

Manuel salió al mediodía del Consulado. La esquina de Santísima Trinidad y La Merced^[18] estaba alborotada como siempre a esas horas. Algunos señores se dirigían a sus casas para el almuerzo; otros, como él, preferían la tranquilidad y el servicio asegurado del Café de los Catalanes. Se calzó el sombrero y caminó hacia la otra cuadra, La Piedad^[19], donde abría sus puertas el requerido local. Cruzó la puerta y se ubicó en una de las mesas que daban a la calle a través de los ventanales. Había combinado un encuentro con su primo, pero él había llegado antes.

Se sentó y al mismo tiempo, solícito, apareció su propietario, don Miguel Delfino, con su típica sonrisa de hospitalidad.

—Buenos días, vuestra merced, ¿cómo andan esas cosas? Ya lo extrañaba.

—Cuántas veces te lo he dicho, Miguel. Deja la merced para la calle y llámame por mi nombre.

—Discúlpeme, es que no me siento cómodo. ¿Qué va a tomar en el día de hoy? —dijo con una reverencia.

—Lo de siempre.

Don Miguel partió hacia la cocina. Y Manuel perdió la mirada por la ventana. Se dejó llevar por los cuerpos que iban y venían por la calle. Era una manera perfecta para evadirse y no pensar en nada. Aunque tampoco le resultaba tan fácil desconectar la mente de sus actividades. Las obligaciones se le acumulaban. Intentaba cumplirlas por todos los medios pero muchas veces le resultaba imposible. La burocracia siempre metía la cola y complicaba sus compromisos. Y siempre el responsable era

él. De los logros, pero sobre todo de los fracasos. Algunos se aprovechaban de eso. Su mirada de ojos azules se perdió en el gris de la ciudad activa. El ruido de la puerta lo arrancó de aquella ensoñación y vio a Juan José. Con tranco largo, su primo llegó a la mesa y lo saludó con bríos.

—Perdón por la demora, Manuel. Necesitaba terminar algunas cosas en mi casa. Sabes cómo es.

—No necesitas darme explicaciones.

Y llegó don Miguel con el pedido, que rápidamente fue reproducido por Castelli. Manuel se sirvió una cucharada de azúcar y la vació en el gran tazón que le había colocado en la mesa. Delfino vertió el café con leche hasta desbordarlo fuera del plato. El Secretario revolvió con cuidado y tomó una de las tostadas con manteca y azúcar. Eran sus favoritas.

—¿Cómo estás, Manuel? ¿La salud, los ojos?

—Por ahora mejor —sonrió condescendiente—. Aprovecho mientras sigan así. Creo que el mal ya pasó.

—Mejor así. Sin embargo, los quehaceres consulares se han vuelto a complicar. Parece a propósito, supongo que te tendrán igual de cansado que me tuvieron a mí. Cuando no son esos mierdas peninsulares, el mal agüero llega directo de España.

—Cuánto me comprendes, Juan José. Hemos tenido que cerrar las escuelas de Dibujo y Náutica. He intentado atrasar la clausura todo lo que estuvo en mis manos, pero vino la orden de la Corona.

—¿Y qué entiende el Rey, me cuentas por favor? El emprendimiento era brillante, fomentar el ejercicio de una profesión digna para los jóvenes es una idea excelente. Es incomprensible.

—Más que a don Carlos IV, yo señalaría a su esbirro Manuel Godoy. Él es el responsable del cierre. La verdad es que el desenlace era evidente; nuestro afán educativo no puede menos que disgustar a los que fundan su interés en la ignorancia.

Era más que evidente que los dimes y diretes de la colonia eran intrascendentes para España. Tenían cosas más importantes en qué pensar. Francia e Inglaterra habían vuelto a la carga con las hostilidades y los españoles se acomodaban nuevamente con los galos. Y los fondos debían volver a casa. Una escuela perdida en un territorio alejado por demás era casi una entelequia.

Bebían y comían de a poco. Belgrano y Castelli disfrutaban de los manjares como dos sibaritas. La conversación continuaba y cada tanto curioseaban por la ventana. Por la cuadra de enfrente y hacia la esquina, Manuel vio desaparecer un vestido que le resultó conocido. Sobre todo, aquella espalda con sus hombros bien derechos. No había llegado a ver la cara de esa muchacha, pero hubiera jurado que era Pepa. Y a su lado, le había parecido que iba un hombre. Juan José notó que su primo ponía demasiada atención en la calle y no le respondía a sus preguntas.

—¿Qué pasa? ¿Qué me pierdo?

Manuel volvió a la mesa atento en exceso. Fijó su mirada en Castelli, en busca de

algún tipo de complicidad.

—Es que me pareció ver a la hija mayor de Ezcurra. Pero debo estar equivocado.

—¿Por qué? Tal vez era, ¿y andaba sola o con el prometido? Se casa con su primo, ¿sabías?

Sintió una punzada en el corazón y se lo cubrió al instante con la mano. Tal había sido el dolor que pensó que estaba enfermo. Apretó el maxilar y largó el aire. Y trató de parecer indiferente.

—No, no sabía nada.

—Es un comerciante bien posicionado. La boda, creo, es en estos días. Me lo contó María Rosa —sonrió con pudor—. Has visto cómo son las mujeres, adoran las frivolidades del vestido, el novio y la fiesta.

—Un candidato perfecto entonces.

Castelli lo miró con detenimiento. La cara de su primo tenía algo que no lograba descifrar. Un rictus diferente, un brillo especial en la mirada. No sabía qué, pero Manuel estaba extraño.

* * *

La presentación de Ezcurra a sus parientes indianos se llevó a cabo con absoluta normalidad. El comerciante navarro había arribado a Buenos Aires y se había instalado directamente en la casa de la familia. Juan Ignacio y Teodora lo recibieron con gran entusiasmo, y sus hijos también. Salvo Pepa, quien sin modificar la buena educación y el don de gentes marcó una imperceptible distancia desde el principio. El hombre era de contextura grande, robusto, con una sonrisa siempre bien dispuesta y un estilo bonachón. Galante, llegó con regalos para la novia. Quería congraciarse con la mujer que sería su esposa. Lo que desconocía era que su prima no era de las que se conquistan con bienes materiales. Al abrir los presentes —casi a la fuerza y ante la insistencia de su madre—, la muchacha se mantuvo impertérrita. De una caja muy coqueta sacó un abanico con motivos florales y encaje bordado, y en otra más grande había un peinetón de nácar con piedras engarzadas. Teodora ahogó una exclamación y perforó con la mirada a su hija. Lo último que quería era quedar mal con su futuro yerno. Pepa intentó una mueca parecida a la sonrisa y le agradeció.

Juan Ignacio lo presentó en sociedad, pero sobre todo y lo que más le convenía era que entrara a la velocidad del rayo en el círculo de algunos comerciantes importantes. Los negocios no debían perderse y cuanto más conociera de esas lides y se manejara como pez en el agua, mejor para todos.

Los encuentros más íntimos —siempre con chaperonas— se llevaron a cabo sin inconvenientes. La suerte ya estaba echada y Pepa sabía que no tenía sentido refunfuñar o ir con planteos a sus padres. Cumplió con todos los requisitos para llegar a la boda como correspondía. Conversaron a solas en la sala de la casa durante varias tardes. Había que encerrar bajo cuatro llaves a las hermanas menores, que se morían

de curiosidad de ver a la más grande en pleno galanteo. Teodora se plantaba en la puerta del lado de afuera, y era peor que la guardia pretoriana. Además, era el lugar perfecto para escuchar de qué hablaba la parejita. Otro de los programas que disfrutó el novio como parte del cortejo fue el paseo por la Alameda. Juan Esteban quedó encantado con la ventisca que venía del río y el encuentro, cada tanto, con otras parejas en las mismas condiciones. A quien no le gustaba demasiado aquella caminata era a Pepa. Le recordaba a Manuel. Y al primer beso. Se contenía para no llorar. Y lo lograba. Era una muchacha tenaz.

Teodora y Juan Ignacio estaban encantados. Al fin y al cabo, el novio de su hija había resultado una elección perfecta. Durante dos semanas lo estudiaron de cerca y no encontraron ni un detalle que objetar. Y encima su hija parecía contenta. Luego de aquellos días de furia y llanto, la marejada se había aquietado. Pepa sonreía, conversaba, salía a pasear con Juan Esteban y hasta lo tomaba del brazo. ¿Qué más podían pedir?

Luego de dos semanas de preparativos y ansiedad, llegó el día. El casamiento se llevó a cabo en la Merced, con poca gente. La familia y algunos amigos ocuparon la nave principal. Pepa estaba más bella que nunca. Envuelta en un vestido de mangas largas de seda color tiza, con una guarda dorada en el centro, que la hacía brillar como nunca. Las perlas de la tiara sobre sus rulos negros resplandecían. Acaparó las miradas de las presentes, que quedaron impactadas ante tamaña belleza. Juan Esteban sonreía. Era una pareja tranquila, casi sin emoción. La ansiedad se veía alrededor, no en los contrayentes.

Los festejos fueron discretos, en casa de los Ezcurra. Teodora había organizado todo para que sus invitados disfrutaran de una velada excelsa. Como buena anfitriona, ofreció empanadas de carne espolvoreada con azúcar, y luego un locro de antología. Por suerte había hecho suficiente porque varios de los invitados pidieron repetir de lo rico que había salido. Era su especialidad. Y cuando llegó el momento de los postres no hubo quién se negara. Había de todo: fuentes de arroz con leche, de mazamorra, yemas quemadas, dulces de huevo y platos con uvas, higos y duraznos. Algún que otro glotón reclamó que le llenaran el plato con un poco de cada cosa. La dueña de casa sintió un regocijo infinito. Lo que más le gustaba era que los comensales comieran todo y mucho más.

Pasada la medianoche, los invitados partieron de a poco hasta que la casa quedó casi vacía. Solo los Ezcurra permanecieron allí.

* * *

Las habitaciones del otro lado del patio fueron acondicionadas para la ocasión. Se comunicaban entre sí a través de una pequeña puerta con cerrojo, que podía usarse o no, de acuerdo a las ganas. En la más espaciosa, la cama matrimonial dominaba la escena; en la otra, la de una plaza estaba armada como para usarse en cualquier

momento.

Pepa entró a la recámara sola. Su flamante marido aguardaba en el cuarto chico. Se sentó en el borde de la cama y suspiró. Acababa de contraer matrimonio. Lo que cualquier joven de su edad hubiera esperado. No era bueno quedar soltera, salvo para entrar al convento. Y no era eso, aunque era una católica practicante, lo que tenía pensado para el resto de sus días. Los minutos pasaban y seguía en la misma posición desganada. No tenía voluntad. Luego de un rato y obligada por la situación, se deslizó hasta el piso y caminó hacia el tocador. Se miró en el espejo. No se reconoció en el reflejo. Pasó la mano por la seda del vestido. La habían halagado a más no poder, pero no sentía nada. Estaba como anestesiada. *«Así se encuentra mi cabeza, como esta guarda, llena de vueltas, como un laberinto. No puedo creer haber llegado hasta aquí y no haber muerto en el intento. Por lo visto, al final era más fuerte de lo que imaginaba. Escuché por ahí que las heridas se curan con el tiempo. Tal vez deba aceptar que no soy la única mujer en el mundo a la que no se le cure el dolor jamás. Seré como todas y olvidaré, calmaré la pena del alma y podré construir una vida junto a este hombre. Al fin y al cabo, Juan Esteban es una buena persona»*, pensó con la mirada perdida en el espejo.

Recordó que debía recibir a su marido. Seguramente estaría cansado de esperar. Trató de escuchar más allá de las paredes, y nada. El silencio era absoluto. Con suavidad, fue desabrochando los botones de nácar del vestido. La espalda se fue abriendo hasta que cayó. En voz baja lo llamó. Ni siquiera un rumor. Fue hasta la puerta y giró el picaporte. Del otro lado se encontraba el hombre sentado en una silla, aguardando. Pepa era una visión. Parecía una estatua, blanca perfecta, con sus rulos sueltos sobre el pecho, vestida solo con unos calzones de lino bordados, una camisa blanca y el corsé ajustado por encima. Juan Esteban caminó hacia ella, le tomó la mano y se la besó. Ella bajó la mirada, con pudor. Le pasó el brazo por los hombros y la condujo hacia la cama. La besó y Pepa se dejó besar. Mientras, se fue quitando la ropa y solo dejó la camisa blanca. La apoyó sobre las cobijas y Juan Esteban se acostó a su lado. Estaba tensa, con los ojos cerrados. Fantaseaba con desaparecer.

—Ven, Pepita. No estés nerviosa. Supongo que esta situación debe ser áspera para las muchachas. Jamás te lastimaré, mi querida. Te cuidaré siempre.

Sin tramarlo siquiera, las lágrimas inundaron la cara de la joven. Lloró desconsoladamente. Él, conmovido, la abrazó en silencio y la dejó hacer. Antes que nada, la respetaba. Pepa le parecía una mujer extraordinaria. Luego de un rato de congoja, dejó de llorar y se animó a mirarlo a los ojos.

—Perdóname, Juan. No sé qué me pasa, no puedo.

—No tienes por qué disculparte, entiendo todo. Lo único que quiero es no causarte pena.

—Yo te respeto, y juro que te aprecio —los colores subieron a sus mejillas—, solo te pido paciencia.

—Por supuesto, mi querida. Si quieres, me voy a dormir al cuarto chico —y se

incorporó.

Lo miró fijo y le acarició la cara con ternura.

—No hace falta. Puedes dormir conmigo. Además, no quedaría bien que mañana vieran que hubo dos camas deshechas y no una —y le sonrió.

Juan Esteban le respondió con una sonrisa y la instó a acomodarse entre sus brazos. Con una bondad inconmensurable la cobijó y le transmitió tranquilidad para que se dejara llevar y durmiera. Pepa cerró los ojos. Al rato, la respiración pausada los delató.

Capítulo IV

Sentados frente a Manuel estaban los caciques pehuenches Caripan Antipan y María Josefa Roco. De pie y a los costados, como si cumplieran el rol de custodias, se ubicaron sus sobrinos, María del Carmen Quinquipan y Juan Necuante. Los jefes indígenas habían llegado con sus mejores atuendos, envueltos en cuero y pieles, combinados con plumas y aros de cobre y plata. El despacho del Consulado parecía estar de fiesta entre tanto tintineo y colores. Belgrano se sentía cautivado ante esas presencias de piel cetrina y apariencia hermética. Aún aguardaban a una persona más.

Miguel entró con una bandeja con dulces, la pava y el mate. María del Carmen y Juan cuchichearon con sus tíos y hurgaron dentro del saco que traían consigo. Sacaron dos botellas de aguardiente y se la entregaron en ofrenda al Secretario. A los pocos minutos hizo su entrada el capitán de milicia provisional don José del Cerro y Zamudio. Saludó con efusividad a Belgrano, con quien ya había estado reunido el año pasado por el mismo asunto. El caballero, quien se había presentado en comisión del gobierno chileno, había ido a la busca de nuevos caminos libres de nieve para ampliar territorios al sur. El entusiasmo había embargado a Belgrano; no así a los otros miembros del Consulado. No entendían para qué podría servir la extensión de fronteras hacia el sur. Los comerciantes preferían el norte.

—Cuánta alegría volverlo a ver, Del Cerro.

—La alegría es mía, don Manuel. Y le agrego motivos al ver a los caciques en su despacho —y los saludó con una reverencia.

Acercó una silla y se sentó. Belgrano le convidó unos mates y lo puso al día en los temas que les competían.

—Pero no sé si seguirá contento con las pocas novedades que le tengo. Las ansias que tuvimos en aquella primera reunión han intentado derrumbármelas. Sabe cómo es.

—Por supuesto, ni falta que hace —y recordó sus intenciones pasadas, las de franquear obstáculos y realizar un viaje científico en la frontera sur.

—No obtuve respuestas satisfactorias de los miembros de la casa. Aceptaron de mala gana su partida y, la verdad, es que pensaron que usted era un fabulador más.

Don José esbozó una sonrisa de conmiseración. No era la primera vez que desconfiaban de él.

—Es evidente que este país solo ha sido mirado por nuestros comerciantes como capaz de dar oro y plata, y no como una tierra apta para suministrar todas las materias primas que en el día se conocen, y por las que tanto se afanan los extranjeros. Difícil que quieran perder sus prebendas. Rechazaron la propuesta y la dejaron para más adelante —sentenció Belgrano.

—De cualquier manera, supongo que habrá recibido mis cartas desde Talca.

—Sí y mi entusiasmo no ha dejado de vibrar, capitán. Insisto, debemos ampliar nuestro horizonte, vivimos en tierra grande y es nuestro deber reconocerla. Es por

eso, entre otras cosas, que he invitado a nuestros amigos pehuenches en el día de la fecha.

La cara del cacique se mantuvo igual. Sus músculos parecían inertes. Sin embargo, estaba más vivo que nunca. Escuchaba y estudiaba hasta la más mínima inflexión de la voz de los blancos.

—Necesito hacerles algunas preguntas, don Caripan y doña María Josefa. Solo ustedes podrán cubrir las vaguedades que tenemos, saber de qué manera y cómo se puede llegar a estos territorios —desplegó un mapa sobre la mesa y marcó el sector más septentrional.

Los cuatro indios observaron con detenimiento las líneas y curvas que dibujaban el territorio. Caripan apoyó su dedo índice y marcó algunos caminos que atravesaban la cordillera de los Andes. Belgrano tomó su pluma y con la tinta oscura los destacó para no olvidarse. Los indios compararon la sala grande del Consulado con un portezuelo donde había leña, abundancia de pasto y agua, y no ofrecía peligro para los españoles. Ahí mismo, Del Cerro y Zamudio metió mano en una de sus alforjas y sacó algunos productos que colocó sobre la mesa: cueros de carnero que recomendó por su buena lana; otros cueros que dijo eran de chanco, piñones y avellanas. Todos traídos de su último recorrido por la región.

Deliberaron durante varias horas acerca del territorio, su ampliación y reconocimiento. El Secretario admiraba el poder de síntesis y la sabiduría —completamente distinta de a la que él estaba acostumbrado— de los caciques y sus adláteres.

—¿Saben que somos súbditos del Rey de España, no es cierto? —Belgrano giró y les señaló el retrato que adornaba la pared detrás de él—. ¿Tienen algún conocimiento de ese país?

Los caciques contestaron que sí, que conocían a Carlos IV.

—¿Y desearían ser católicos y tener iglesias en vuestras tierras?

De nuevo asintieron con sus cabezas. Belgrano abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó varias bolsitas de adentro. En agradecimiento y para tenerlos de su lado, le entregó 32 pesos a cada cacique y 25 a cada sobrino. También ligó 200 pesos fuertes el artífice del encuentro, un conciliario de nombre Serra, y se lo recompensó al capitán Del Cerro y Zamudio.

Belgrano buscaba nuevas alianzas. De ninguna manera quería problemas con las antiguas. Pero de lo que sí estaba seguro era de que los cambios debían efectuarse. Más tarde o más temprano.

* * *

Juan Esteban y Pepa apuraron el paso. El cielo se había encapotado del todo y algunas gotas dieron el aviso de lo que vendría. Todo parecía predecir que una tormenta anegaría la ciudad. Como si jugaran a ser dos chicos traviosos y entre

carcajadas, lograron guarecerse bajo la Recova^[20], casi sin mojarse. Había tenido que pasar un año para que finalizaran la construcción que enfrentaba al Fuerte. Los habitantes de Buenos Aires estaban encantados con ese paseo maravilloso, porque, además de encontrar protección ante las lluvias, albergaba tienditas de todo tipo.

La pareja debía cruzar la Plaza del Fuerte hasta el Café de Marco^[21]. Allí se reunirían con gente amiga, pero seguramente la tormenta incipiente demoraría el encuentro. La ciudad se complicaba y todos estaban sobre aviso a partir de esas contingencias.

Pepa tomó del brazo a su marido y juntos recorrieron el paseo de compras. Entraban a cada local con una paciencia infinita. Investigaban todo lo que se ofrecía como si estuvieran detrás de algo. No buscaban nada en especial, la diversión estaba puesta en curiosear y dejarse llevar. A Juan Esteban le encantaba acompañar a su esposa en estos peregrinajes. Por si acaso iba bien muñado con su bolsa llena de monedas. Pero sabía que Pepa no compraba nada. A veces daba vueltas sobre algo, lo observaba con detenimiento pero luego lo abandonaba. El regocijo estaba puesto en la recorrida, en la excursión.

—¿La quieres, Pepa? La llevamos, si te parece —intentó Juan Esteban, conociendo de memoria la respuesta.

—¿Te parece, mi querido? ¿Cuándo me la pondré? —respondió la muchacha sin quitarle los ojos de encima a una liviana gargantilla de diminutas monedas de metal.

—Puedes colocártela hoy mismo —rió Ezcurra—. Si quieres, te la regalo.

—No tiene sentido, no hagamos gastos superfluos.

Pepa le regaló una sonrisa al tendero y de la mano arrastró a su marido hacia fuera. Desde la plaza llegaba el olor a tierra mojada. El chaparrón se había detenido pero la humedad imperaba.

Con cuidado, salieron a la intemperie. Debían cruzar la Plaza del Fuerte. A paso lento y estudiando los charcos para no ensuciarse por demás, caminaron hasta la otra punta. Llegaron a la calle del Presidio^[22] y bajaron hasta Santísima Trinidad^[23]. Frente a la puerta del Café de Marco aguardaba el coche de alquiler de cuatro asientos para quien quisiera volver a su casa y evitar así el problema del barrial.

El café estaba repleto. Las mesas, ocupadas casi en su totalidad, estaban iluminadas por el titilar de cada fanal que conformaban las arañas que colgaban del techo. Al fondo del local se encontraban los amigos de la pareja, que sacudieron la mano a modo de aviso. Atravesaron el gran salón y Pepa se distrajo con uno de los cuadros que adornaba la pared. Era la imagen de un caballero desconocido. Portaba un sable y vestía como un príncipe. Tenía ojos desafiantes. Juan Esteban la apuró y ella volvió a la realidad. Recorrió el salón con la mirada. Algunos señores permanecían con los sombreros puestos; las damas, en menor cantidad, estaban muy bien vestidas.

Llegaron a la mesa y saludaron a sus amigos. Apenas se sentaron, avanzó Pedro José, el propietario. Impecable, vestido en negro con su delantal blanco, les hizo los

honores. Las mujeres de la mesa —Pepa y una más— pidieron naranjada; Juan Esteban y dos caballeros más optaron por un chocolate y dos candeales^[24].

La charla derivó en varios temas: la última representación que había ofrecido el Coliseo Provisional^[25], el rechazo o la defensa —dependiendo del género— de las corridas de toros, o cuál tertulia había sido la más aburrida de los últimos tiempos. Era una mesa ruidosa, pero no mucho más que las otras. A cada rato, las carcajadas inundaban la sala de lo de Marco.

Pepa bebía su naranjada con lentitud. Estaba fresca, le gustaba. Después de alguna que otra intervención graciosa, su mirada se perdió entre las velas de uno de los candelabros. Escuchaba las voces de los integrantes de su mesa como si estuvieran a leguas de distancia. Retumbaban en su cabeza. Nada más. Su mente voló hacia zonas remotas. Los tiempos de la niñez, la soledad, sus silencios. Y sus gracias. Cuánta vida había pasado desde aquella época.

Hacía como dos años que se había casado. Miró de reojo a su marido; sin embargo, no necesitaba verlo, su presencia era firme. Hubiera jurado que sería la mujer más infeliz del mundo, pero no había resultado así. Juan Esteban era un hombre espléndido. La trataba de maravillas, la escuchaba siempre que lo necesitaba, y le respetaba sus silencios. Que eran muchos. Al fin y al cabo, tenía todas las bondades de la mujer casada. Ya no dependía de su padre, que tan estricto había sido. Ahora estaba supeditada a su marido. Y tenía todas las libertades que había imaginado.

Miró a Juan Esteban, que conversaba acalorado con los otros dos hombres.

No tenía idea de qué hablaban. Tampoco le interesaba. Estiró su brazo y apoyó su mano sobre la de él. La miró con una sonrisa y continuó con su diálogo.

* * *

La casa de la calle Santo Domingo estaba completamente alborotada. No solo los moradores de la residencia se habían reunido en conciliábulo. Algunos de los hermanos casados habían recibido el llamado y con urgencia se habían hecho presentes. No era algo común; el tono del apuro había alertado a la familia. Domingo, Manuel, Francisco, Joaquín y Juana recibieron a Carlos y José Gregorio. La puerta de la sala estaba cerrada herméticamente y las criadas Águeda y Mauricia permanecían en la cocina. Se les había prohibido salir. La reunión familiar se llevaba a cabo en absoluto secreto.

—¿Podemos enterarnos de una buena vez de qué es lo que ha pasado? —preguntó Carlos con cara de preocupación.

Los varones de la casa se miraron entre sí. Domingo bajó los ojos y suspiró, y permaneció con la mirada fija en sus manos.

—¿Quieren que me muera de un susto? Pues que parecen mudos —se levantó del

sillón y enfrentó a Manuel.

—Tranquilízate, no sé por qué tienes tanto nervio. Por otro lado, es muy agradable que disfrutemos de este encuentro fraternal —le respondió.

Lo miró con fastidio y buscó otra respuesta en Juana. Domingo continuaba con la cabeza gacha.

—No nos pongamos nerviosos, por el amor de Dios. Tenemos una noticia un tanto, en fin, no sé cómo definirla. Pero si hay algo que debemos hacer, es a partir de un acuerdo familiar —asumió el hermano mayor.

—Hablaré con total franqueza, para qué dar vueltas. Voy a tener un hijo —lanzó el padre Domingo.

Juana, que había permanecido de pie, tuvo un vahído a pesar de estar enterada. Manuel apuró el paso y la sostuvo. Con cuidado, la sentó en la butaca situada al lado de la ventana. Buscó el abanico en su bolsa y la ventiló de lleno en la cara. Esperaron unos minutos a que se recuperara.

—Sí, hermanos, Domingo va a tener un hijo de Mauricia —completó Manuel.

José Gregorio y Carlos, ingenuos ambos de la novedad, quedaron petrificados. No podían creer lo que estaba sucediendo.

—¿Hablamos de nuestra criada, de la mulata? —preguntó José Gregorio, preocupado por lo que le diría su mujer, doña Casiana Cabral Gutiérrez de Bárcena. No le resultaría nada agradable tener un cuñado cura y sacrílego. En definitiva, tampoco le resultaba nada encantador el hecho, pero era su hermano.

—La misma. Parece que está encinta hace meses, pero nadie lo notó —apuntó Francisco, con los ojos entrecerrados.

Mauricia Cárdenas trabajaba en casa de los Belgrano hacía algunos años. Era una mulata imponente y preciosa. Había llegado muy jovencita a la residencia de la calle Santo Domingo, y se había transformado en una mujer hecha y derecha. Tanto, que sería madre en pocos meses. Y nada menos que del sacerdote de la familia. De cualquier manera, la decisión de Domingo de entregarse a la vida religiosa no había sido por plena convicción. Era bien sabido que la familia Belgrano ostentaba una fe absoluta —los fallecidos don Domingo y doña Josefa se habían encargado de ello—, pero la determinación la había tomado el *pater familiae*. Era una práctica habitual que uno de los hijos —a veces el primogénito— de las familias bien constituidas fuera entregado a la Iglesia como tributo para acrecentar su patrimonio, entre otras cosas. Y Domingo había sido el elegido. Era un hombre de una bonhomía superior. Sin embargo, eso no dejaba atrás las tentaciones terrenales. Mauricia sabía que ese Belgrano era un señor prohibido, pero no había podido evitarlo. El cruce de miradas había terminado en una seducción sorda por parte de ambos. Hasta terminar en un juego entre las sábanas. Ahora la mulata tenía el vientre crecido. Gracias al canónigo de la Catedral.

—No lo pude evitar, Mauricia es una buena chica, no deben pensar mal de ella.

—Nadie piensa nada, Domingo. Lo hecho, hecho está, y ahora debemos pensar en

cómo se resuelve todo esto —dijo Carlos, algo impaciente. Estaba tan ocupado en sus cuestiones que un asunto de polleras —sacrílegas— de uno de sus hermanos lo fastidiaba bastante.

—Un poco de templanza, Carlos. No puedes ponerte así —protestó Joaquín. Su cara delataba que le interesaban poco y nada los asuntos de su hermano. Lo que sí le importaban eran las inundaciones de hacía unas semanas. Unas tormentas bestiales habían transformado la ciudad en una anegación. Carlos había sido nombrado comandante militar y servido para el traslado de una gran parte de la población hacia otras zonas.

—Les pido disculpas —afirmó y prefirió el silencio.

Juana había preferido no hablar. Se había dedicado a escuchar las voces de sus hermanos. Ya estaba completamente restablecida. Caminó hasta donde estaba Domingo y lo abrazó. Así permaneció durante un rato, pequeñita entre el corpachón de sotana de su hermano.

—Mi querida Juanita, gracias —y la besó, emocionado.

—Pensemos hacia adelante. Es nuestra descendencia, es nuestra sangre. Permanecerá en esta casa y alguno de nosotros lo adoptará como propio. Y será el secreto de la familia —dijo Juana con una sonrisa componedora. Pensaba que esa era la mejor solución al entuerto.

Manuel asintió, más tranquilo. La conclusión de su hermana le parecía perfecta. Salió de la sala y se dirigió a la cocina. Iba en busca de vasos y licor. Debían celebrar el nacimiento de un nuevo Belgrano. Pero puertas adentro, en absoluto sigilo. Un hijo oculto no era algo que le gustara demasiado, pero así estaban las cosas.

Capítulo V

La reunión se extendía más de lo acostumbrado. El grupo de caballeros que solían encontrarse en casa de Castelli mantenía una conversación acalorada. Así eran siempre, pero en esta oportunidad los miembros de la sociedad secreta estaban urgidos por los acontecimientos. Hacía meses que el abogado —con la colaboración directa de su primo Manuel, sus vecinos y amigos, Saturnino y Nicolás Rodríguez Peña e Hipólito Vieytes— había comenzado a organizar reuniones con fines políticos y de intercambio de ideas. Además de ellos también estaban el virulento Antonio Beruti, el periodista y abogado Manuel Aniceto Padilla, Domingo French, el recién llegado de Cádiz Juan Martín de Pueyrredón y su socio y tesorero de la sociedad, Manuel de Pinedo y Arroyo, y el irlandés James Burke. Casi coetáneo de Belgrano, el capitán del Reino Unido había desembarcado el año anterior con consignas firmes. Tan firmes eran que había necesitado guardar algo de la información que traía, ya que Gran Bretaña empezaba a mirar con otros ojos a las tierras del Sur.

Saturnino Rodríguez Peña había instado a su amigo Castelli para que lo acompañara en una misión algo misteriosa. Al franquear la puerta de la visitada fonda de los Tres Reyes^[26], Juan José siguió a su compañero hasta una de las mesas, ocupada por un apuesto caballero de cabellos rubios y mirada penetrante. Se notaba que venía de lejos, su aspecto era impecable y muy a la moda europea. El abogado extendió la mano y el forastero se presentó como Santiago Borch, científico prusiano que había llegado a Buenos Aires en viaje de investigación. Las copas fueron y vinieron, y más distendido les confió su verdadera identidad: Florence James Burke. En voz baja y sin alardeo dijo que era amigo del venezolano Francisco de Miranda y edecán del Duque de York, importante miembro de la familia real inglesa.

Los criollos intercambiaron miradas. Saturnino alentó a su nuevo amigo irlandés a que continuara con su perorata. Burke los obligó a que se le acercaran más y casi en un susurro les reveló que traía buenas nuevas desde su lejano país, que el gobierno apoyaba el proyecto mirandino para emancipar a las colonias hispanoamericanas. Esa era su verdadera misión. Juan José tomó aire con dificultad. El entusiasmo lo embargó. Aquel sueño que compartía con algunos de sus compañeros podría al fin hacerse realidad. Sintió que la libertad estaba cada vez más cerca.

La presentación y nuevos acercamientos se llevaron a cabo con velocidad. Para apurar la promesa que el extranjero devenido en socio había traído, le arreglaron un viaje a Chile. Y en pos de no despertar resquemores, llegó hasta Mendoza para luego cruzar los Andes e ir a la busca de vegetación y rocas como parte del muestrario útil y obligado de un científico. Continuó el recorrido hasta Perú y recabó información por demás. Hasta que las autoridades altoperuanas comenzaron a desconfiar. La presencia de ese extranjero locuaz les despertó sospechas. El recelo terminó en acusación de espionaje y deportación a Buenos Aires. De vuelta en la ciudad, se reanudaron los

encuentros secretos.

—Es increíble que no hayan notado el sarcasmo en mi tono —el dueño de casa lanzó una carcajada—. Los otros días nos detuvieron a Saturnino y a mí para increparnos por un tal Santiago Florentino Borch. ¿Puedes creer semejante pavada? Desde ya respondimos que no sabíamos de nadie con esa filiación.

—La más rigurosa verdad, colega. ¿Acaso lo conocemos? —agregó Saturnino luego de apurar el último trago de su vaso.

Burke se unió a las risotadas y volvió a llenar su copa con vino carlón. Estaba exultante gracias al devenir de los acontecimientos. Los criollos confiaban plenamente en él. Había llevado a cabo a la perfección el plan que traía del norte. La recopilación de datos no era para Castelli, Belgrano, los Rodríguez Peña y Vieytes. La información tenía otro destinatario: Gran Bretaña. El gobierno de las islas quería destruir a Francia y sus aliados. Ese era el objetivo principal. No querían ni empezar a hablar de una posible emancipación sudamericana. Con ese anzuelo encomendaron al espía irlandés. El primer ministro Pitt estaba urgido por toda la información que el intrépido James les pudiera entregar.

—Amigos, estamos cada vez más cerca de una separación de la Metrópoli. He recibido correspondencia directa del gobierno de mi país, donde me aseveran que el plan con el que la América hispana logrará gobernarse a sí misma será un éxito. Nosotros los apoyaremos en todo —arengó Burke y se acomodó la melena rubia hacia atrás.

Belgrano levantó su copa y propició un brindis. El discurso del irlandés parecía alentador. Por primera vez sintió que aquellas conversaciones interminables con su primo, cuando fantaseaban con un país nuevo y concluían que solo podían ser los deseos de dos soñadores, parecían convertirse en una realidad.

Las aspiraciones, que por momentos se manifestaban como un juego infantil poco probable, empezaban a armarse como un rompecabezas.

La sala de la calle de las Torres parecía invadida por una pesada neblina. El humo de los cigarros de los caballeros conquistaba cada rincón de la habitación. Bebían licores y vino, y fumaban. Estaban exultantes con las novedades. Algunos escuchaban más que otros, que preferían el discurso permanente. Casi no existían los silencios. La palabra o las risas asediaban la casa de Juan José Castelli. Incluso Burke exponía su personalidad extrovertida como uno más. Estaba eufórico y lo mostraba. Era evidente que desconocía los hechos que lo transformarían en un desterrado en pocos meses más. El Virrey, que lo había recibido en el Fuerte varias veces y le había hecho sentir la tranquilidad de la cercanía, lo expulsaría de Buenos Aires con la acusación de espionaje. Le quedaban pocos días en la ciudad.

* * *

Habían terminado de comer hacía rato. Las velas de los dos candelabros de plata que

alumbraban la mesa habían consumido más de la mitad del sebo. La sobremesa, en esta oportunidad, no era para digerir la succulenta sopa de carne, verduras y legumbres, los deliciosos niños envueltos y la natilla; la discusión se había prolongado por demás en casa de los Ezcurra. Los rumores habían sobrepasado los pasadizos del gobierno hasta instalarse definitivamente en las calles de la ciudad. El chisme circulaba y esta vez no se trataba de un tema menor de pasión y sangre. La población empezaba a inquietarse en serio ante un probable ataque inglés.

—Qué desgracia, sería fatal que finalmente sucediera lo que escuché los otros días en casa de los Lezica —afirmó don Juan Ignacio, preocupado.

—Yo también lo escuché. Es más que evidente que Inglaterra haya puesto el ojo en Buenos Aires. ¿Qué creían? La voracidad de esa gente es bien conocida —agregó su yerno, que lo último que pretendía era perder su negocio mercantil en crecimiento.

Hacia varios años, el revolucionario venezolano Francisco de Miranda se había presentado ante el primer ministro inglés William Pitt con un reclamo de ayuda y sostén económico para liberar a América del yugo hispano. A cambio, se le ofrecía la posibilidad de comerciar sin restricciones y el usufructo del istmo de Panamá para construir un canal. Para desesperación de Miranda, el inglés fue y vino en las tratativas, que se prolongaron según el curso de las guerras contra Napoleón y las conveniencias diplomáticas. Pero al cabo se comenzó a pergeñar la futura expedición. La cantidad de barcos de bandera española, repletos de riquezas que provenían del Alto Perú, que ellos habían saqueado a lo largo del tiempo, abonaban su decisión.

—¿Debemos tomar precauciones, mi querido? —preguntó Teodora. No le gustaba para nada el tono de voz de su marido.

—No sé qué decirte. Lezica me confió que los pedidos de Sobre Monte no han sido escuchados. Ha reclamado refuerzos a España y lo único que ha recibido es la nada misma.

—¿Cómo nada, Tatita? Me han contado por ahí que han visto bajar en el muelle varios cañones. Deben ser para una posible defensa, ¿no es cierto? —intervino Pepa con firmeza.

Su marido giró la cabeza y la miró. Era extraño que su esposa hiciera alguna referencia a los asuntos de la política. Pepa notó el asombro de Juan Esteban y esbozó una sonrisa. En otros tiempos se había acostumbrado a escuchar la voz autorizada de Belgrano; al no tenerlo cerca, la diferencia era abismal. Si en su casa se hablaba poco y nada de aquellos asuntos, ¿qué podría haber agregado ella que resultara interesante?

—No alcanza, hija. Inglaterra se ha transformado en un país demasiado poderoso. No me gusta para nada —respondió Juan Ignacio.

—El Virrey es un pusilánime. Parece que le han sugerido desde la Península que arme al pueblo y el muy imbécil no se atreve. Imagínate, y tiene el aval de España —disparó José María, el hermano mayor, que tenía conexiones con el Fuerte.

—Pero lo bien que hace ese hombre, cuñadito. ¿Qué quieres, que se arme a esta junta de inadaptados? Porque en esta casa somos todos gente de bien, ¿pero qué crees

que hay allá afuera? Está lleno de criollos con ideas revolucionarias ridículas. No entiendo lo que pasa. Aprovechan los tumultos que se viven en la Metrópoli para crear mar de fondo.

Juan Esteban tenía la cara arrebolada. La combinación de la comida succulenta y algunos vasos de vino, además de lo que se percibía en las calles en esos días, no colaboraban demasiado. No sabía si era sugestión suya o qué, pero había percibido alguna que otra mirada torva en la calle. Había preferido no decir nada en su casa para no intranquilizar a Pepa. Sentía algo extraño y no sabía explicar qué era.

Felipe y Margarita hacían silencio pero prestaban mucha atención. Sus edades — dieciocho y quince años— les permitían comer en la mesa grande, sin embargo preferían escuchar antes que hablar. Los cinco restantes, con Encarnación a la cabeza, estaban en sus habitaciones. Ya se los había acostado, aunque era mucho pedir que estuvieran dormidos.

Los hombres continuaron con la conversación y Teodora observó sin disimulo a su hija mayor. Era notable lo bella que estaba. La veía tranquila, con una vida establecida, luego de dos años de matrimonio. Sin embargo, había algo que no la conformaba del todo. Pepa ya casi no se reía. Alguna vez, cuando hubo de animarse y le preguntó por qué la veía tan seria, su hijita le había respondido que ya era una mujer y así le correspondía. Juan Esteban era un caballero con su hija, era un hombre de bien. Pero esa llamarada que había sabido ser su hija, ya no existía. Parecía apagada.

Con recelo, Belgrano y Castelli observaban desde la Recova pero sin dejar de lado la enorme expectativa que habían incorporado meses atrás. El invierno se había presentado la semana anterior. Era indudable su poder helado y la llovizna tenaz parecía no acobardar a nadie. O por lo pronto a la infinidad de soldados ingleses que habían desfilado por la Plaza Mayor^[27] liderados por su jefe, William Carr Beresford. El 25 de junio, él y mil seiscientos hombres habían desembarcado en las costas de Quilmes. Al fin y al cabo, se cumplía la profecía que había desvelado a los pobladores de Buenos Aires. La flota británica había invadido sin demasiada resistencia. El virrey Sobre Monte, repleto de dudas y con poco dominio de la estrategia, había repartido algunas armas entre los pobladores. No habían sido suficientes y la ciudad debió entregarse.

En el Fuerte, una cuadrilla de Highlanders izaba la bandera del Reino Unido. Castelli y Belgrano, a varios pasos de allí, de brazos cruzados y apoyados contra una de las columnas de la Recova, estudiaban cada paso de los ingleses. Les resultaba asombroso que el frío penetrante no los obligara a recurrir a un abrigo. Los soldados invasores, vestidos con faldas escocesas y las piernas a la intemperie, solo cubiertas por unas míseras medias coloridas, ejecutaban la orden en medio de cánticos y una energía feroz. Altos, fornidos y rubiones. Alguna que otra muchacha desperdigada por ahí espiaba con atrevimiento a esos intrusos que causaban estupor entre la población.

—Es incomprendible, Manuel. Esto me huele mal. Las cosas no suceden como nos prometió Burke.

—El pusilánime de Sobre Monte salió escapado. Dicen que camino a Córdoba. Y sí, te comprendo, Juan José. ¿La intención será que nos sometamos a los ingleses?

La ciudad había sido rebautizada por Beresford con el nombre de Nueva Arcadia. Era el flamante dueño de la ciudad. Los miles de subalternos comenzaron a ocupar el poblado, entre el silencio y la desaprobación solapada de los habitantes. Tenían miedo a lo desconocido. El comandante inglés había lanzado una proclama en la que promovía el respeto a la religión y a la propiedad, el mantenimiento del orden y la libertad de comercio.

—Jamás nos avisaron de esta expedición y ahora, con ellos aquí, ni noticias de nuestro plan. ¿Deberemos esperar unos días más a que nos convoquen para anunciarnos su asistencia a los planes de Miranda, reivindicados por nosotros? —arremetió Castelli, restregando sus manos con preocupación.

—Es nuestro proyecto o nada, Juan José.

Manuel giró en redondo y caminó con paso largo rumbo al Consulado. Su primo permaneció allí unos minutos más. Se envolvió con el capote y se dirigió a la jabonería de su compañero Vieytes.

A los pocos días, Castelli y Juan Martín de Pueyrredón lograron reunirse con Beresford y el comodoro Home Popham. La amabilidad de los jefes de la ocupación no tranquilizó a los que llegaron con su única premisa. El abogado, con la fiereza que lo definía, exigió una respuesta acerca del apoyo inglés a la emancipación sudamericana. La cara redonda de Beresford se humedeció un poco. Transpiraba y buscaba de qué manera evadir la exigencia. Solo respondió que no tenía instrucciones. Enfurecidos, Castelli y Pueyrredón se levantaron y salieron del recinto. Se dirigieron al Consulado y entraron sin anunciarse. En su despacho, Belgrano caminaba como un león enjaulado.

—Pésimas noticias, Manuel. Los ingleses han llegado para dominarnos. Nada más alejado de nuestra emancipación —bramó su primo.

El gesto de Belgrano era adusto. Le costaba respirar, no podía creer lo que sucedía. Sentía que los manoseaban, que la humillación era inmensa. Era una ciudad violada. No solo los ingleses venían por todo. Encontraban cómplices entre los suyos.

—¿Pésimas? Me haces reír, Juan José. ¿Quieres que te agregue leña al fuego? —increpó Manuel—. Pues los turbios e insaciables miembros de esta casa han arreglado con Beresford. Mientras yo me desgañito buscando de qué manera reubicar el Consulado, estos infames han decidido jurar reconocimiento a la dominación inglesa. ¡Están del lado de ellos!

Lo miraron aterrados. Castelli se tomó la cabeza, lleno de angustia; Pueyrredón hizo silencio.

—Esto no es otra cosa que altísima traición —gritó Juan José.

—Terminemos de una buena vez. Me retiro, no puedo seguir así. Queremos al

antiguo amo o a ninguno. No me pienso quedar aquí, me alejo. Ya lo pensé demasiado. Me voy a Mercedes, a la otra orilla. Me dan asco.

Caminó hasta su mesa y comenzó a empacar las cosas.

* * *

Luego del desayuno habitual —café con leche y unos bollitos—, Pepa se aprestó para salir. Se puso una falda de terciopelo negro sobre las dos enaguas, una lisa y la otra muy almidonada, igual que la camisa de lino color crema, el abrigo haciendo juego, y anudó la mantilla debajo de su mentón. El frío de agosto la obligaba a cubrirse. Se miró al espejo y aprobó lo que veía. Estaba en perfectas condiciones para salir a la calle. Quería comprar unos dulces de coco y unas rosquillas, y las mejores que había probado las tenía una negra que se apostaba todo el día al final de la Recova. Debía apurarse si quería hacerse de los productos, ya que se había corrido la voz y varias de las señoras que frecuentaba la desplumaban.

Salió y el viento le dio de lleno sobre la cara. El cielo azul empezaba a esconderse detrás de unas pesadas nubes. Abrochó el primer botón de la chaqueta y juntó fuerzas para pelearles a las inclemencias del tiempo. De su brazo derecho pendía la bolsa granate con las monedas. Apuró unos pasos hasta la esquina y tuvo una rara sensación. Lo único que escuchaba era el retumbar de sus tacos contra el empedrado. Tampoco era tan temprano como para que la ciudad estuviera en silencio. Miró para los costados y nada. Ni un alma en la calle. Aflojó la velocidad y siguió adelante. Como si la lentitud le permitiera percibir qué era lo que pasaba. Hizo varias cuadras en las mismas condiciones. Le faltaba poco para llegar a la Plaza Mayor.

De repente, como si se hubieran puesto todos de acuerdo, empezaron a aparecer hombres a la carrera. De un costado, del otro, avanzaban sin prestarle atención, sin siquiera ocuparse de no empujarla o llevarla por delante. Todos iban en la misma dirección. El corazón comenzó a retumbarle en el pecho. Sabía que podía ser una inconsciencia, pero siguió su camino. No había tenido ningún problema con los invasores. Cada vez que se había cruzado con alguno, había desviado la vista, y como si nada. No entendía qué sucedía.

Hizo la última cuadra de la calle del Presidio rodeada de gritos. Agitada como nunca y empapada de sudor, una turba la arrastró hasta la entrada de la plaza. El estruendo de las explosiones la obligó a cubrirse los oídos con las manos. Y lo que vio le heló la sangre. Allí mismo se libraba una batalla, y ella en el centro de la escena. El terror la paralizó. No pudo moverse pero no dejó de mirar lo que sucedía en la Plaza Mayor. Una cantidad de soldados, mezclados con el pueblo, intentaban recuperar el poder sobre la ciudad de Buenos Aires. Algunos ingleses tiraban abajo las puertas de las casas e intentaban salvar sus vidas. Otros, defendían sus vidas y las de su comandante. William Carr Beresford, erguido al pie del arco central de la Recova y con su espada desenvainada, hacía frente a las fuerzas criollas.

—¡Doña! ¿Qué hace aquí? Si pretende permanecer en el campo de batalla, tome —jadeando, un joven la interceptó y le ofreció un pistolón.

Pepa despertó del estupor que la tenía dominada y negó frenéticamente con la cabeza. Se cubrió el pecho con los brazos y corrió. El muchacho la dejó ir y continuó con su gesta.

Ni siquiera el viento helado le daba un respiro. Las mejillas le latían del enrojecimiento que tenían. Había entrado en pánico y se sentía perdida. Miró y no reconoció dónde se encontraba. Los edificios giraban a su alrededor y los hombres la topeteaban. Hasta que reconoció, en la otra cuadra, a la Iglesia de la Merced. Avanzó como pudo, los tiros seguían explotando y los gritos, como si fueran de una manada, arrasaban a esa ciudad en guerra.

Con lágrimas en los ojos, sorteó a varios hombres y entró en la iglesia en busca de reparo. Pero lo último que encontró fue al padre Luis. El atrio estaba repleto de soldados liderados por un capitán y sus lugartenientes. Nadie se percató de la mujer que ocupaba un rincón. En silencio escuchó la discusión que mantenían. Estaba frente al líder de la reconquista de Buenos Aires, el capitán de fragata don Santiago de Liniers. A los mil hombres —entre profesionales y milicianos— que había traído desde la provincia oriental, se habían unido los habitantes de la ciudad.

Querían derrotar al enemigo. Los ingleses.

Recuperó el aire y volvió a la calle. Necesitaba volver a su casa. De solo pensar en los dulces que la habían obligado a salir, le daban náuseas. En la plaza los acontecimientos se sucedían a la velocidad del rayo. La multitud enfurecida le exigía a Beresford que se rindiera. Sin otra opción, este arrojó su espada.

Enjugándose las lágrimas, Pepa llegó a su casa. En la puerta estaban su marido y sus padres, muy preocupados. Teodora rompió en llanto al verla toda sucia, desgñada pero viva. Juan Ignacio y Juan Esteban controlaron las emociones y la abrazaron.

Capítulo VI

Con Manuel instalado en la Banda Oriental, los acontecimientos promovidos por la sociedad secreta continuaron por el camino que habían construido. Saturnino Rodríguez Peña había colaborado —a pesar de los peligros que corriera— para que el comandante inglés se fugara sin demasiados problemas. Ocultó a Beresford durante tres noches en casas de amigos hasta lograr ubicarlo, bajo el más estricto secreto, en un barco que lo trasladaría a Montevideo. Allí no corría riesgo su vida, la ciudad estaba ocupada por los ingleses. Y de ahí partió rumbo a Río de Janeiro.

En Buenos Aires y luego de la reconquista, se convocó a un cabildo abierto sin las presencias de Castelli, Vieytes y Rodríguez Peña. La decisión de sacarlos del medio era bastante significativa. Sin embargo, la discusión en el recinto hizo que los miembros lograsen quitarle poder al Virrey a favor de la figura relevante de la reciente cruzada, don Santiago de Liniers. La alegría que se había instalado ante la recuperación de la ciudad robada no se desperdigó por todos los habitantes. Algunos miembros del Consulado —sin Belgrano a la cabeza— volvían a la escena de la beligerancia. El grupo de los peninsulares, con el intrigante Martín de Álzaga al mando, asediaba entre las sombras. Desde el Cabildo —había sido elegido alcalde de primer voto— les disputaba el liderazgo a Liniers y a la Real Audiencia. El vasco promovía la instalación de un gobierno local pero dominado por la Península. El francés, en cambio, demostraba que los cambios no le interesaban. Prefería las cosas tal como estaban.

Con este panorama, Manuel embarcó de regreso a Buenos Aires. Urgido por los hechos, se reunió con sus partidarios. Tomaron la decisión, a pesar de todo, de continuar con su plan.

Optaron, más que nunca, por la continuidad del plan mirandino sin dejar de lado la ayuda británica. Querían un gobierno propio. Era necesario urdir alianzas. Pero sobre todo, conspirar.

Belgrano, cansado de sentir que los sucesos lo pasaban por encima, había decidido lanzarse a la acción desde otro flanco. Acudió al llamado a alistarse en las milicias que organizaba Liniers, y fue nombrado sargento mayor del Regimiento de Patricios bajo las órdenes de Cornelio Saavedra. Siendo abogado y secretario del Consulado, desconocía por completo la táctica militar, nunca había participado en esas lides. Decidió profundizar en el estudio de la milicia, pero no tuvo tiempo.

A fines de junio de 1807, el teniente general inglés John Whitelocke recibió la orden de cambiar el rumbo de sus fragatas —iba a invadir Chile— y desembarcó en la Ensenada de Barragán, con el fin de conquistar nuevamente Buenos Aires. Atravesó un territorio arrasado por las lluvias y llegó al centro de la ciudad luego de una semana de peripecias.

La lucha resultó encarnizada, esquina por esquina desde los arrabales al centro, a medida que las columnas inglesas intentaban apoderarse otra vez de la plaza y del

Fuerte y eran batidas por las milicias y la población, resuelta a defenderse. Pero Belgrano tuvo su bautismo de fuego donde menos lo hubiera imaginado, integrando el cuartel maestro general, a las órdenes del coronel César Balbiani.

—¿Qué noticias me trae? —preguntó el coronel al miliciano de Patricios llegado a la carrera desde las calles al sur de la plaza.

—Que los ingleses rechazados en el Colegio se han atrincherado en Santo Domingo y han izado su bandera en el campanario.

Manuel palideció. Sentía algo nuevo en él: rabia, que le subía del vientre a la garganta. Su mano, sin pensarlo, fue al puño de la espada antes de que por su cabeza se cruzaran las imágenes de su padre, de su madre, de la casa familiar que estaba ahora envuelta en el combate.

Ni la victoria, ni el recibir personalmente el juramento de los oficiales rendidos, entre ellos el de ese coronel Craufurd que había ocupado con sus tropas Santo Domingo, le quitaron esa amarga sensación. «Poco o nada pude hacer todos estos días. Claro que el modo en que se hizo tampoco dio lugar para tomar disposiciones. Todo quedó librado al arbitrio de unos pocos oficiales denodados y de los mismos voluntarios, esta gente paisana que nunca había vestido uniforme. Ja, si hasta dicen que para defender el suelo patrio no necesitan aprender a hacer figuras en las plazas para diversión de las mujeres ociosas.»

Tras el triunfo sobre los ingleses, todo eran loas al «valiente pueblo de Buenos Aires» y a «la unidad de la Nación española», que había sabido mantenerse fiel a su monarca. Sin embargo, la lucha por el poder entre las facciones que ejercían el dominio de la ciudad seguía latente. La conspiración y el ocultamiento asolaban el territorio. La sociedad secreta en la que militaba Belgrano jugaba a dos puntas. Siguieron el ejemplo de Castelli y en público afirmaban una cosa, y entre las cuatro paredes de la agrupación decían otra. Demolían la fuga de Beresford y hasta el propio Nicolás Rodríguez Peña acusaba a su hermano Saturnino de traidor en voz alta, aunque en secreto se carteaban con el «prófugo» radicado en el Brasil. Y al mismo tiempo reforzaban los batallones de voluntarios devenidos en grupos de milicias.

En medio de los festejos, la tensión crecía en el aire. Unos y otros se estudiaban al detalle. Por un lado, Álzaga y el Cabildo representaban a los ricos comerciantes ligados a Cádiz; por el otro, Liniers y la Audiencia estaban junto a los intereses de la Corona española. Pero ambos se unían en la oposición a la separación de la Metrópoli, facción elegida por Castelli, Belgrano y sus hombres.

Los independentistas eran la frutilla de la torta. Tanto Liniers como Álzaga buscaban el apoyo solapado de ese bando. Y estos, como los mejores, coqueteaban con unos y otros. Sin embargo, ellos sabían mejor que nadie que en un segundo podían transformarse en una bomba letal.

* * *

La dueña de casa agasajaba a sus invitados como ninguna. La tertulia en casa de doña Mariquita era la elegida por todos. Si la dama y su esposo, su primo Martín Thompson, cursaban la esquila con la invitación, el convidado podía darse el gusto de sentirse importante. No eran personas de escatimar con la convocatoria, la pareja gustaba de llenar su casa con lo mejor de la sociedad porteña, aunque también con las personas que ellos consideraran destacadas. Era así, en el salón intercambiaban palabras desde el comerciante más acaudalado de la ciudad hasta el criollo con ideas más revolucionarias y el músico o escritor con ansias de reconocimiento. Todos ocupaban un lugar de privilegio en la lista de relaciones de la particular Mariquita.

Tres días antes, Pepa y Juan Esteban habían recibido la esquila. La señora y su esposo los esperaban a las siete de la tarde. Respondieron de inmediato, prometieron asistencia a la reunión.

Pepa se entusiasmó y armó y desarmó su vestuario en su cabeza hasta que llegó el momento de los preparativos. Luego de ponerse y quitarse varios vestidos, optó por uno que la contentó por completo.

Se calzó un par de medias de seda caladas, que aún guardaba de su ajuar, y un par de zapatos en raso color marfil, de importante tacón. La fiesta bien lo merecía. Descolgó el vestido rosa viejo de talle corto y se lo puso sobre las enaguas. Se sentó en su tocador y abrió el alhajero. Eligió la gargantilla con la cruz de plata labrada y unos pequeños pendientes de amatistas. Acomodó sus bucles y peinó sus cejas con los dedos.

Salió del cuarto y fue en busca de su marido. Juan Esteban la miró con aprobación y le estiró un brazo. Estaban listos para salir. Como el clima lo permitía y la distancia hasta la casa no era demasiado larga, fueron a pie. Llegaron pocos minutos pasados de la hora señalada, a la casa de la calle San José^[28]. Las tres ventanas altas de la fachada y su ancha puerta eran el distintivo de la residencia de los Thompson. Desde adentro llegaban las voces y las risotadas de la reunión. Subieron los cinco escalones y golpearon. Un criado abrió la puerta y los condujo al enorme salón, atravesando el patio central. Pepa quedó encandilada ante al panorama. Su casa era bien bonita, no tenía nada por qué quejarse, pero al entrar a la sala de doña Mariquita entendió de qué hablaban cuando se referían a la residencia de la calle del Empedrado. Las paredes estaban tapizadas de arriba abajo por gobelinos de damasco de seda y del techo pendía una inmensa araña repleta de velas encendidas. Los muebles eran fastuosos, de brocado amarillo, con los cortinados haciendo juego. Y al costado, el arpa y el pianoforte, que seguramente encontrarían algún maestro que los tocara entrada la noche.

En un segundo, Pepa recorrió con la mirada a todos los presentes. En el medio de un círculo de personas se encontraba doña Mariquita, quien al verlos les sonrió dándoles la bienvenida.

—¡Qué alegría, mis queridos! Ya era hora de que conocieran mi casa —saludó la anfitriona, mientras se acercaba.

Juan Esteban tomó su mano y la besó. Pepa la asió suavemente de los brazos y se besaron en las mejillas.

—Gracias, Mariquita, nos sentimos honrados con la invitación. Me habían hablado tanto de estas tertulias —sonrió Pepa.

—Esta es vuestra casa, dispongan como gusten. Supongo que conocen a la mayoría de los invitados, y los otros, pues qué mejor ocasión para descubrirlos —respondió con alegría.

Allí estaban Miguel de Riglos y su mujer Mercedes Lasala, los hermanos Escalada, Antonio y Francisco, junto a sus esposas, don Gaspar Santa Coloma y su mujer Flora de Azcuénaga y Basavilbaso, Ramón de Oromí, su mujer y dos de sus hijos, entre muchos más.

Pepa circuló como si no fuera una novata en esa reunión. Era la primera vez en casa de Mariquita, pero conversó con todos. Su marido, en cambio, se instaló en el sector de los comerciantes. Se había armado una reunión de hombres y allí se sintió como pez en el agua. Cada tanto cruzaba miradas con Pepa y sonreían con complicidad. Y de repente comenzó la música. Un muchacho en mangas de camisa se sentó en el pianoforte y una guapa señorita hizo lo suyo en el arpa. Las parejas se animaron al minué y la contradanza. Juan Esteban sacó a bailar a su mujer y ocuparon el salón junto a varios más. Dieron varias vueltas y de repente Pepa cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué tienes, Pepita? —la tomó de los hombros y la miró con preocupación.

—No sé, una punzada en la cabeza, Juan. Estoy un poco acalorada, me falta el aire.

—Nos retiramos ya mismo, mi querida. ¿Te parece?

Pepa asintió y tomó aire. Se secó la frente con su pañuelito y se agarró con fuerza del brazo de su marido. Dieron la vuelta, a la busca de la dueña de casa para despedirse, y Pepa sintió que las piernas se le derretían, ya no la sostenían. En la otra punta de la sala y detrás del criado, hacían su entrada Nicolás Rodríguez Peña, Juan José Castelli y Manuel Belgrano.

—¿Qué te pasa, Pepa? Estás pálida, se te ve muy mal —dijo Juan Esteban y la sostuvo para que no se desmoronara.

—Creo que algo me cayó mal. Por favor, salgamos de aquí, no puedo respirar. Y no creo estar en condiciones de hacer la caminata. Llévame en carruaje —apuró casi sin poder hablar.

Juan Esteban la rodeó por los hombros y la llevó hasta la puerta del salón. Mariquita notó que algo no andaba bien.

—¿Qué sucedió, por el amor de Dios?

—No hay por qué preocuparse, ya nos retiramos. Todo ha sido fabuloso, pero mi mujer no se siente bien.

—Me quedo más tranquila entonces. ¿Tal vez nos den una buena noticia en breves? —sonrió Mariquita con complicidad, dando por hecho que Pepa estaba

encinta.

Ezcurra sonrió, se despidió y ayudó a su mujer a salir. Los recién llegados ya estaban al lado de la mesa y rodeados por otros caballeros. Manuel la vio al instante, a pesar de la multitud. Hacía muchísimo que no la veía. Estaba más bella que nunca. Pepa le propuso a su marido que saliera primero.

Desapareció en el patio y ella giró despacio hacia donde suponía que estaba Manuel. No se equivocó, allí estaba. Detuvo unos segundos su mirada sobre la de él. Sintió una puntada que le perforaba el pecho. Todo se le derrumbaba, como un castillo de naipes. Ver a ese hombre luego de tantos años, de una boda, de una vida construida por sus padres, de un marido, la hundía en una tristeza inconmensurable. Se dio cuenta de que lo que sentía por Manuel estaba intacto. Temía ahogarse en sus propias lágrimas. Él la miró fijo, no se le movió un músculo de la cara. Ella bajó los ojos para luego volver a mirarlo. Entreabrió los labios, como si hubiera querido decirle algo a la distancia, pero no se atrevió. Giró y salió en busca de su marido. El corazón volvía a latirle. Se despertaba de una larga agonía.

* * *

De a uno fueron llegando a la chacra. Castelli se había instalado, hacía tiempo ya, en las afueras de la ciudad. Citarse allí era perfecto para que nadie se enterara de los motivos del encuentro. Situada entre los pagos de San Isidro y San José de Flores^[29], la chacra que se había convertido en el hogar de Juan José, su mujer María Rosa Lynch y sus cinco hijos era el oasis del abogado. Tenía tres cuerdas de frente y daba al río; al norte de esta, se situaba la chacra de Cornelio Saavedra, y cerca de allí también tenían propiedades el comerciante español Juan Larrea, el teniente coronel Miguel de Azcuénaga y el abogado José Darregueira. No corrían riesgo de intromisión. Todos eran amigos.

Habían salido temprano de la ciudad, cada uno en su caballo. Ya cerca del mediodía, el primero en llegar fue Belgrano, luego Rodríguez Peña y detrás Vieytes y Beruti. María Rosa había preparado una mesa en la galería de la casa con varias jarras de limonada, otro tanto de botellones de vino, unas hormas de queso, algunas paneras y varias cosas más. Los caballeros se instalaron allí, guarecidos del sol. Una suave brisa apaciguaba el calor. Los recién llegados traían noticias de la ciudad.

—Bueno, señores, prueben esta galleta casera, yo sé lo que les digo. Pero larguemos con las novedades —cicateó Juan José, que hacía dos días que no pisaba Buenos Aires y quería enterarse de los últimos acontecimientos.

Nicolás tomó la cuchilla y cortó un pedazo de queso. Manuel e Hipólito apuraron unos vasos de limonada. El viaje los había acalorado.

—Me parece que no debemos aguardar un minuto más. Y ya que estamos reunidos podemos ensayar un escrito para enviarle cuanto antes a la Infanta —disparó Manuel, para dar comienzo al conciliábulo.

La victoria sobre los ingleses había sido apenas el comienzo de una serie continuada de conmociones políticas. Ese mismo año, la Corona portuguesa se había instalado en el Brasil, huyendo a tiempo de las garras de Napoleón. Si meses antes alguien hubiera dicho que una Corte europea se mudaría a una colonia americana, lo habrían encerrado en el hospicio. Pero no solo había ocurrido, sino que se trataba de la cabeza de una potencia rival, y a días de navegación. Cuando el regente portugués don Juan y su esposa, la infanta Carlota Joaquina de Borbón y Parma, hija de Carlos IV, con unos quince mil cortesanos y servidores, se instalaron con gran pompa y la protección británica en Río de Janeiro, cundió la alarma en el Río de la Plata. Ni lerdos ni perezosos, el virrey Liniers lanzó una proclama a los habitantes de Buenos Aires, en la que les advertía del riesgo de una nueva invasión por parte de los ingleses. No exageraba: esa expedición estaba pronta a zarpar, cuando una movida imprevista de Napoleón sacudió el tablero del sangriento ajedrez que se libraba en los campos de batalla europeos.

La buena disposición de don Carlos IV y su ministro universal Godoy le había permitido al emperador de los franceses llenar de sus ejércitos la Península, para la invasión de Portugal. Pero el malestar que provocó en buena parte de la población y de la Corte española llevó a un golpe palaciego: don Carlos debió abdicar el trono en su hijo, que no llegó a celebrar su coronación como Fernando VII cuando fue convocado por Napoleón a una entrevista en Bayona. Presionado, el no inaugurado rey aceptó retrotraer la abdicación, solo para que su padre le diese la Corona de España al emperador francés, que a su vez la delegó en su hermano, José Bonaparte. Mientras la tercera invasión inglesa al Río de la Plata cambiaba de destino para iniciar la guerra en la Península, la población española se alzaba en armas contra el rey impuesto desde Francia y los ejércitos napoleónicos.

Como de costumbre, las noticias llegaron meses después y fragmentadas al Río de la Plata, que en el invierno de 1808 era un mar de intrigas. La visita a Buenos Aires del Marqués de Sassenay, enviado de Napoleón, y sus charlas con Liniers agitaron más la tormenta.

—Algunos opinan que debemos ir detrás de la suerte de la Metrópoli aunque allí se reconozca el mando de Napoleón; otros más lanzados, que debemos constituirnos en una república, algunos insisten en que el gobierno continúe en manos del actual jefe hasta que vuelva Fernando VII al trono. Pero yo les repito que debemos reconocer a la Infanta de España, doña Carlota Joaquina, como legítima en la línea de sucesión, por regenta de estos dominios —siguió Belgrano. Y enfervorizado completó su pensamiento—: Dios mismo nos presenta la ocasión, con los sucesos en España y en Bayona, de ser independientes.

—Pienso igual que tú, por supuesto. Pero debemos estar alertas. Los pactos, en la ciudad, son otros, lo sabes bien —respondió Castelli.

A fines de julio, el Cabildo había jurado fidelidad a Fernando VII y proclamado su lealtad a la monarquía. La firma del alcalde de primer voto don Martín de Álzaga

había avalado estas palabras: «Con ella han reanimado los más vivos deseos de mantener constantemente y con toda su integridad la íntima y absoluta dependencia de estos dominios a su Metrópoli». La rivalidad entre Álzaga y Liniers crecía cada vez más y ya ni siquiera intentaban desenvolverse con tacto y diplomacia.

La guerra sorda se había transformado en un grito de ira.

—Y ahora se agrega Montevideo a esta vorágine. El gobernador Elío y el Cabildo han lanzado una embestida contra Liniers. Parece que le ha llegado una carta a Álzaga donde se le informa que el Regente de Portugal apura un plan para invadir la Banda Oriental, y por si esto fuera poco le advierten sobre la adhesión de Liniers al emperador Napoleón. Lo instan a deponer al Virrey —agregó Hipólito con cara de pocos amigos.

—La presencia de esos europeos, lo único que hace es echar leña al fuego. No sé en qué andaré ese brigadier Molina, y aquel otro Goyeneche, que envió la Junta de Sevilla. Y la expulsión del Marqués de Sassenay no calmó las aguas, señores. Ni siquiera la proclama del vapuleado Liniers, con la que trata de tranquilizarnos, logra su cometido —murmuró Nicolás y levantó la vista hacia Antonio, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

—Tal vez deberíamos aprovechar este momento de caos. Los tumultos en Montevideo, la anarquía a la que nos llevan Liniers y Álzaga. Me parece perfecto —lanzó Beruti y miró a cada uno de sus compañeros en busca de aprobación.

—Estoy de acuerdo con Antonio, deberíamos despachar cuanto antes una memoria a la Princesa. Además, no olvidemos que lo tenemos a Saturnino en Río de Janeiro —apuró Belgrano y apoyó el mentón sobre su mano izquierda.

Saturnino Rodríguez Peña se había instalado en el Brasil luego de la fuga de Beresford. Era el colaborador perfecto para llegar hasta Carlota Joaquina. Juan José entró a la casa y volvió con la pluma, el tintero y algunas hojas. Se acomodó en la cabecera y se dispuso a escribirle a la Princesa. En voz alta anunciaba lo que trasladaba al papel y cada tanto Manuel agregaba algún párrafo. Le señalaban que a partir del desembarco inglés habían aparecido partidos con ansias de constituirse en gobierno republicano, que probablemente solucionarían los reclamos de los americanos. Sin embargo, ellos, los firmantes, preferían una regencia presidida por ella. Castelli comenzó la lista de reclamos, consensuados por Manuel y los demás:

Cesaría la calidad de Colonia, sucedería la ilustración en el país, se haría la educación, civilización y perfección de costumbres, se daría energía a la industria y el comercio, se extinguirían aquellas odiosas distinciones que los europeos habían introducido diestramente entre ellos, y los americanos, abandonándolos a su suerte, se acabarían las injusticias, las opresiones, las usurpaciones y dilapidaciones de las rentas, y un mil de males que dependen del poder que a merced de las distancias del trono español se han podido apropiarse sin temor de las leyes, sin amor a los monarcas, y sin aprecio de la felicidad general.

Releyeron la carta, la aprobaron y la doblaron, y la cerraron con sello lacrado. Manuel la guardó en el bolsillo. A la mañana siguiente la enviaría a destino. Lo tenían de intermediario al agente Felipe da Silva Telles Contucci, que aceleraría la entrega y la buena ventura.

El sol comenzaba su camino descendente. Empezaba a refrescar. Los convidados apuraron el último trago.

* * *

Pepa volvió a suspirar. Desde que había despertado, hacía varias horas, sentía que el aire le sobraba. Estaba desganada, no tenía voluntad para levantarse de la cama. El esfuerzo que había hecho durante las últimas semanas, se le acababa. Sentía que se desangraba, a pesar de que su cuerpo estuviera más fuerte que nunca. Haberlo visto a Manuel la había devastado.

El sonido alejado de unas botas contra el piso la volvió a la realidad. Lentamente se abrió la puerta de su recámara y, asomándose, vio la cabeza de su marido. Juan Esteban miró hacia la cama y se acercó. Corrió el mosquitero y tomó la mano de su mujer.

—¿Estás bien, Pepita? ¿Te sientes enferma? —se sentó a su lado y le tocó una mejilla para comprobar si tenía temperatura.

—Me encuentro débil, Juan. Pero no te preocupes, no estoy grave —mintió con una sonrisa tibia—. Tal vez esté mal de la panza. Has visto que los dulces me pueden y los otros días me excedí.

Ezcurra se levantó y corrió las cortinas. Abrió la ventana de par en par y aireó la habitación.

—El encierro debe hacerte daño. No te hará nada mal guardar un poco de reposo. Yo debo salir, pero ahora mismo te envío a una de las criadas con un té —dijo Juan Esteban y cerró la puerta al salir.

Esperó hasta que las pisadas se alejaron y se incorporó. Los ojos se le llenaron de lágrimas. No encontraba salida para semejante tristeza. La pareja que había construido todos esos años era una mentira. Lo había comprobado semanas atrás al cruzarse con Manuel. Los latidos del corazón, la falta de aire, las punzadas en el pecho, todo eso era la prueba palmaria de que el amor por él estaba intacto. Se había organizado una vida sin pasión. Y le había ido bastante bien hasta la noche de tertulia en lo de Mariquita. Era la primera vez que lo veía siendo la señora de Ezcurra. «La vergüenza que sentí, hubiera preferido estar muerta a que me viera con Juan Esteban. Por primera vez siento que lo he traicionado. Ay, Manuel de mi alma, ¿qué me has hecho? Tengo el alma hecha añicos y mi marido no se merece todo esto. Es un buen hombre. ¿Es que yo seré una mala mujer, entonces?», los pensamientos la volvían loca.

—Hija querida, ¿podemos pasar? —dijo Teodora mientras golpeaba la puerta.

—Pasa, mamita.

Abrió y pasó, y detrás de ella, Encarnación, que traía una taza de té caliente. La apoyó en la mesa y se acercó a su hermana. Se sentó frente a ella, sobre la cama, y la tomó de la mano. Estaba helada.

—Tu marido me advirtió del malestar. ¿Qué es lo que sientes realmente? ¿No estarás embarazada? —preguntó Teodora.

Pepa dio vuelta la cara y miró por la ventana. No podía creer que su madre soñara con un nieto. Rogaba a los cielos que Dios no le pusiera un niño en el camino. Encarnación le apretó la mano.

—No, madre, no estoy encinta. Me siento revuelta, ni más ni menos. ¿Puedo quedarme en cama o tengo la obligación de levantarme de un salto?

—Por favor, m'hijita. No te pongas irascible, solo vine a verte porque tu marido me lo pidió —respondió su madre, con distancia—. Y ahora que veo que tu vida no corre peligro, me retiro. ¿Vamos, Encarna?

Teodora giró y se detuvo en la puerta. Encarnación permaneció sentada, al lado de su hermana. Miró a su madre, pero la dejó ir. Ya solas en la recámara, se acercó a Pepa y la besó en las dos mejillas. La rodeó con los brazos y así permanecieron un rato. La hermana pequeña, con su cara sobre el pecho de la mayor. Escuchaba los latidos de su corazón, profundos. Y percibió la congoja y las lágrimas de Pepa. La dejó llorar y se incorporó. La cara de su hermana estaba arrebolada por el llanto.

—¿Qué te pasa, Pepa? No me asustes.

Con los ojos vidriosos y la boca desmesurada por el sollozo la miró, como a la búsqueda de una explicación.

—No te preocupes, Encarna, son cosas de la vida. Eres chica todavía, no entenderías.

—Tengo catorce años, Pepa. No me trates como a una niña.

Miró a su hermanita e intentó una sonrisa. No podía creer cómo había pasado el tiempo. Encarnación era una mujer.

—Te adoro, siempre serás mi pequeña —y la abrazó—. Yo soy la que debe cuidarte, y no al revés.

—Si no quieres contarme, lo acepto.

Pero quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que desees. Y te protegeré hasta que me muera.

—No hablemos de muerte, por favor. Tenemos toda la vida por delante.

Capítulo VII

Manuel se había instalado en el campo, en unas tierras que pertenecían a su familia, llamadas Chacra de Perdriel^[30], a cuatro leguas de Buenos Aires. Cada tanto optaba por el aire campestre y la tranquilidad que le daba la naturaleza, aunque el exilio elegido no lo privaba del contacto con la realidad. Las reuniones con sus compañeros eran casi cotidianas y la correspondencia, que iba y venía a un ritmo frenético, lo mantenía al tanto de los acontecimientos que sacudían la ciudad.

El diálogo que había sostenido por carta con la infanta Carlota Joaquina había sido más que fluido. Desde Buenos Aires, Manuel le aseguraba y le volvía a asegurar su fiel vasallaje y respeto para con ella. La Infanta parecía haber encontrado un interlocutor válido en él, alimentándole las esperanzas, o por lo pronto instándolo a una continuidad de la relación amistosa. En una de las misivas él le anunciaba que habían optado por enviar a don Juan Martín de Pueyrredón para que continuase con los ruegos. Sí, los pedidos se habían transformado en reclamos insistentes. Y la Infanta, como buena mujer, adoraba dejarse llevar por el galanteo. Aunque la realidad era otra. Las apariencias mostraban sus mejores ropajes; en la verdad profunda, todo era muy distinto.

Con el sol bien alto llegaron los compañeros de partido. Castelli, Vieytes y un arrebatado Rodríguez Peña atravesaron el cerco de árboles espinosos que bordeaban el foso y se presentaron con un batir de palmas. Manuel estaba adentro, en el patio central de la casa, tomando unos mates y escribiendo.

—Amigos, qué suerte que han llegado temprano. Necesito información —les dio la bienvenida y se acomodaron a su alrededor.

—Estoy muy preocupado por mi hermano, Manuel. Temo que haya sido traicionado por la Corte lusitana —abrevió Nicolás. Las noticias volaban y no eran para nada buenas.

Saturnino Rodríguez Peña trabajaba desde las sombras para el Río de la Plata. Instalado en Río de Janeiro —centro de actividades de Gran Bretaña—, operaba en pos de la liberación de Buenos Aires a favor, en este caso, del apoyo de la Infanta. Allí había unido fuerzas con el inglés James, o mejor dicho Diego, ya que así se hacía llamar Paroissien en las tierras del sur. En uno de los tantos viajes del inglés, Rodríguez Peña le había dado correspondencia cifrada para que le fuera entregada a su hermano al llegar al puerto.

—Hay que terminar de inmediato la relación con esa mujer española —vociferó Juan José. Lograba dominar la paciencia con sus clientes pero no cuando se trataba del plan que pergeñaban.

—¿Me pueden explicar qué es lo que pasa, caballeros? ¿Hablamos de la Infanta? —preguntó Manuel.

—¡De qué otra basura vamos a hablar! Esa Carlota Joaquina me repugna, primo

querido. Mientras se dejaba adornar el oído con tus propuestas hipnotizadoras, la muy bruja organizaba confabulaciones por otro lado.

Belgrano clavó sus ojos azules de hielo en la cara de Castelli. Desconocía lo que decía pero suponía lo peor. Pasó la mano entre su pelambre y los instó a que le confesaran qué era lo que pasaba en Buenos Aires.

—La española le escribió a Liniers. Nos delató, Manuel. Las cosas están muy complicadas. Ya sabes que tenemos hombres en todos lados y me han hecho llegar una copia de la carta de la española —dijo Hipólito y sacó un papel arrugado del bolsillo. Lo desplegó y empezó con la lectura. Por medio de esta, le avisaba al Virrey que Paroissien llegaba a Buenos Aires con información comprometedor. «Lleva cartas para varios individuos de esa capital, llenas de principios revolucionarios y subversivos del presente orden monárquico; tendientes al establecimiento de una imaginaria y soñada república, la que siempre está proyectada por una pequeña porción de hombres miserables y de pérfidas intenciones que no sirven más que para comprometer el honor de sus buenos y honrados conciudadanos; pero como por pequeña que sea la tal maquinación, siempre es diametralmente opuesta a las leyes, a los derechos de mi real familia», anunciaba contundente.

Manuel se incorporó con lentitud. La suavidad con la que respiraba era diametralmente opuesta a la furia que sentía. Su mirada parecía un filo a punto de cortar.

—Paroissien ha sido detenido en Montevideo por el gobernador De Elío. Las cartas de mi hermano no han llegado, las han confiscado del otro lado del río. Igual, temo por la vida de Saturnino.

—No hay que asustarse, Nicolás. Debemos avanzar, más que nunca. No tenemos que dejarnos amedrentar por una idiota con pretensiones de avispada. Cuidar nuestras espaldas, no confiar en cualquiera y continuar con nuestro plan —disparó Belgrano con una frialdad aterradora—. Tomemos una última ronda de mates, y regreso con ustedes. No hay tiempo que perder.

Manuel se quitó el sombrero y el capote. Adentro de la botica se estaba bastante mejor. Había fisgoneado antes en el Café de Marco, pero como no había encontrado a ninguno de sus camaradas se retiró sin tomar nada. Cruzó la calle y entró al negocio. Además de algún que otro medicamento que debía llevar, tal vez encontrara algo más para comprar.

Don Narciso se puso pálido no bien vio entrar a Belgrano. Hacía meses que no era fácil ser catalán en Buenos Aires, y el boticario lo sabía en carne propia. El Cabildo, movido por Martín de Álzaga, y las milicias formadas por peninsulares habían intentado derrocar a Liniers el primer día de 1809, para formar una junta de gobierno controlada por ellos. Pero las milicias criollas habían desbaratado el intento. Los cuerpos de milicianos Vizcaínos, Miñones y Gallegos habían sido desarmados, y los jefes de la conjura, como Álzaga y Juan Antonio Santa Coloma, fueron desterrados al lejano confín de la colonia, en Carmen de Patagones. Esa facción

perdió así todo su poder. Los enemigos acérrimos de Belgrano —hasta ese momento, ya que la vida le pondría varios más— desaparecían de la escena.

Desde entonces, todos los peninsulares, y en especial los catalanes y vizcaínos, se habían vuelto sospechosos. Tras la caída de Álzaga y los suyos, Marull había dado con sus huesos en la cárcel y le habían aplicado tormento para que confesara ser parte de la conspiración.

Y aunque no le habían sonsacado más que lo que todos sabían, que era un boticario honrado que no tenía la culpa de las opiniones de sus paisanos y parroquianos, igual lo habían multado con la friolera de tres mil pesos. «Gracias a Dios —trató de tranquilizarse Marull—, ese francés de Liniers, al que tanto parecen amar los criollos, ya no está al mando, y el virrey nombrado por la Junta de Sevilla, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, me ha devuelto la libertad y anda poniendo algo de orden. Pero nunca se puede estar seguro con estos americanos, con el poder de sus milicias, nutridas y bien pertrechadas».

—Don Narciso, me alegro de verlo bien. Vengo por unas medidas de yodo y sales —rompió el silencio Belgrano, con una sonrisa destinada a disipar el miedo que notó en la mirada del boticario.

—A sus órdenes, don Manuel, ya mismo —y su apuro en despachar mostraba las ansias de que el oficial de Patricios se fuese cuanto antes.

—¿Y qué novedades hay?

—Ninguna que usted no sepa, don Manuel —eludió una respuesta comprometedora. Pero para no sonar descortés el catalán agregó, a modo de justificación y lamento—: Ya ve, la botica anda desierta en estos días.

—Sí, veo. Es una pena que a veces paguen justos por pecadores —tanteó Manuel una reacción de don Narciso. Pero el boticario se limitó a poner sobre el mostrador el pedido, echándole una estudiosa mirada. Notó que no había ironía en el comentario del criollo, y se animó a preguntar:

—¿Y qué noticias tiene usted, don Manuel? ¿Qué se dice del nuevo Virrey?

Ahora quien se sintió incómodo fue Belgrano. Apenas le respondió que esperaba que se desempeñara en sus funciones como correspondía. Era mejor decirle poco y nada. Después de todo, Marull era catalán y su rebotica había servido de lugar de tertulia a los oficiales de Miñones y demás catalanes que habían animado la asonada de Álzaga. Con un virrey peninsular y con Liniers alejado en una estancia en Alta Gracia, no se podía estar seguro de que no volvieran a las andadas.

Manuel dio unas vueltas más por el local. Curioseó en una mesa de libros pero no apareció ninguno que le atrajera del todo. En una de las vitrinas encontró una cantidad de estampitas. Hurgó y descubrió una con la imagen de la Virgen del Rosario, de la que era devoto, y la agregó en la paga. La guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se despidió del farmacéutico, se calzó de nuevo el abrigo y el sombrero, y partió a la calle otra vez. El viento en las esquinas de San Carlos y la Santísima Trinidad lo obligó a apretar bien fuerte el capote contra su garganta. Dispuesto a

cruzar la calle, allí, enfrente de donde estaba, la vio. Y no dudó ni un segundo en llamarla.

—¡Pepa! Espera, por favor —y cruzó con apuro hacia la mujer que se había petrificado.

Sintió que la sangre le desaparecía de su cuerpo frágil. Pepa pensó que perdía el conocimiento. Había salido a hacer unas diligencias y emprendía el regreso hacia su casa. Iba distraída. Como era su costumbre. Pensaba en sus cosas, que eran siempre las mismas. El hastío, el desasosiego, la interminable vida que le quedaba por delante, y sobre todo, sin ninguna emoción. La última vez que había vuelto a sentir, había sido hacía meses, en casa de Mariquita. Así de ensimismada iba, cuando escuchó una voz. Aquella voz. Y levantó la mirada. Sus ojos vidriosos por el frío se detuvieron en el cuerpo de Manuel. Era verdad, no era un sueño.

Y se aterró. Quiso desaparecer. Tenía miedo, pero sobre todo de ella, de lo que pudiera llegar a hacer, de sus reacciones. Sin embargo, no tuvo tiempo de hacer nada. Allí se quedó, como si hubiera querido detener el tiempo. Manuel se acercó con su sonrisa de siempre.

—Estás preciosa, Pepa —le tomó la mano, que ella no atinó a mover, y se la besó—. Pensé que no me escuchabas.

—Buenos días, Manuel. Discúlpame, es que estaba envuelta en mis pensamientos.

—Por favor, entonces yo te pido perdón por interrumpir esa cabeza. Tanto tiempo, ¿no es cierto?

Pepa sintió un aguijón en las entrañas. No quería recordar aquel momento en que lo había abandonado por orden de su padre. Ensayó la mejor sonrisa que pudo y se rearmó para lanzarse a la conversación.

—Te veo bien, parece recuperado de la salud. ¿Cómo están tus cosas, tu familia?

—Bueno, aún estoy en el Consulado, pero otras tareas me tienen bastante más ocupado. Mi familia está en orden, ¿la tuya? —la miró fijo, como si quisiera descubrir todos sus secretos.

—Mis padres están muy bien, gracias. Mi marido también —y desvió la mirada para disimular el pudor que sentía.

—¿En serio, Pepita? Puedes confiar en mí.

El corazón le apretujó el pecho. ¿Era tan evidente lo que le ocurría? Lo buscó con sus ojos tristes pero no pudo emitir una palabra.

—Entiendo que Ezcurra es español.

Tal vez se encuentre incómodo con todo lo que ha estado sucediendo.

Pepa respiró aliviada. Supuso que sabía esconder sus emociones.

—Ay, Manuel, desde la asonada del primero de enero su mente elucubra todo tipo de ideas y confabulaciones. Se siente perseguido, tú me entiendes.

—Por supuesto que te comprendo. Y por eso me preocupo por ti. La ciudad está alborotada, o mejor dicho, vivimos momentos de enorme confusión.

—Está irascible, lo desconozco. La apertura del comercio con los ingleses no ha colaborado demasiado.

Belgrano la miró de arriba abajo, con las manos en los bolsillos. No sabía hasta qué punto podía confiar en ella. Dudaba si debía abrirse por completo. Prefirió guardarse lo que le había sucedido durante el desembarco de Cisneros en Buenos Aires, luego de la reunión secreta que habían mantenido en casa de Juan Martín de Pueyrredón. Habían pergeñado un plan para impedir la asunción del nuevo virrey y dar comienzo a una revolución contra el poder español. Pero alguien los había traicionado y Juan Martín marchaba preso. Él había tenido que refugiarse durante unas semanas en Perdriel. Era muy difícil hablar con tranquilidad. Sin embargo, sintió que las coincidencias entre ambos estaban intactas. Como si el tiempo no hubiera pasado.

—Lo que piensa Juan Esteban no es lo que yo pienso. Conoces mis creencias, mis opiniones. Soy la misma, Manuel. Nada ha cambiado —y clavó sus ojos azules en los de él.

El lenguaje del cuerpo de Pepa dijo todo. Alzó su cara como para que la viera de lleno. Estaba entregada. El mundo se había detenido a su alrededor, no le importaba nada que alguien, de casualidad, la viera y la reconociera. De todos modos, no hacía nada ilegal. Solo conversaba con un amigo.

—Debo regresar, Pepa, y tú también, imagino. Además, no creo que el frío nos haga bien —rió Manuel, como para dispersar la situación. Se acercó más y, en vez de besarle la mano, la tomó por los hombros y la besó en la mejilla.

Pepa cerró los ojos y esos segundos en que la boca de Manuel se fundió en su cara le parecieron interminables. Ahogó un grito y exhaló. El caballero la miró con una sonrisa de oreja a oreja, asintió con la cabeza en despedida, giró y emprendió la retirada.

Pepa se despabiló, volvió a cubrirse la cabeza con la mantilla y empezó a caminar rumbo a su casa. Las lágrimas inundaron su cara. No sabía si lloraba de pena o de alegría.

* * *

El patio de la casa de los Ezcurra, a partir de las cinco de la tarde, era el lugar elegido por toda la familia. Pepa se sentó en la banqueta ubicada al lado de la mesa de arrimo. Tomó la jarra de limonada y llenó un vaso. Sus padres ya estaban instalados en sus asientos habituales y disfrutaban del aire y de algún que otro pajarito ruidoso. En la otra punta del patio se habían acomodado las tres menores, Juana, Petrona y María. Intercambiaban, según las ganas, los juegos: cuando una saltaba a la soga, la otra corría el aro como loca, y si no, cantaban y bailaban al ritmo de las castañuelas y panderetas. Cada tanto, Pepa se acercaba a sus hermanitas para ayudarlas en alguna dificultad que les surgiera. Las chicas se dejaban mimar por la mayor, y ella estaba

siempre dispuesta. Aunque no se encontraba en el mejor de sus días.

Teodora y Juan Ignacio tomaban sus bebidas casi en silencio. La dueña de casa estaba concentrada en su tapiz; él, en sus pensamientos. Así permanecieron un tiempo considerable hasta que unos ruidos en el vestíbulo les llamaron la atención. Juan Esteban llegaba a la casa. Dejó su sombrero en la entrada y pasó al patio, en busca de su mujer y sus suegros.

—Aquí llego y bastante acalorado, por cierto —saludó. Besó la mano de Teodora y repitió el gesto pero en la mejilla de su esposa.

—Ven, Juan, siéntate aquí, al lado nuestro —invitó Teodora con unos golpecitos sobre el almohadón de la silla contigua—. A ver, querida, sírvele una limonada a tu marido. ¿No escuchas que se encuentra sediento?

Pepa levantó la vista hacia su madre. Sus facciones parecían de piedra, no se le movía ni un músculo. Como si su voluntad regresara del más allá, tomó aire y se incorporó para cumplir la orden de Teodora.

—M'hijita, ¿te encuentras bien? Te noto pálida —su madre la miró con preocupación.

—Sí, madre, no te preocupes. Hace algunas noches que no duermo bien. No sé qué me ocurre, tengo insomnio.

—¿Cómo es eso? Yo duermo como una piedra —sonrió Teodora.

Juan Esteban tomó el vaso que le ofreció Pepa y susurró un agradecimiento. No entendía qué le pasaba a su mujer.

—Bueno, ¿tal vez se encuentre intranquila? —preguntó Juan Esteban y la miró directamente.

Pepa sintió la opresión en el pecho como nunca. Ella sabía muy bien quién le había robado la tranquilidad.

—Creo no tener motivos, Juan. ¿Por qué habría de tenerlos? —dijo y tragó unos sorbos de limonada para cubrir la tensión que sentía en la cara.

Ezcurra padre frunció el ceño y miró con desconfianza a su hija. Cruzó los brazos sobre su pecho e intentó develar lo que estaba sucediendo.

—¿Pasa algo, Juan Esteban?

—Yo solo sé lo que sucede en esta ciudad. Estoy demasiado preocupado, no sé cómo están ustedes, pero percibo que algo huele muy mal.

Teodora miró a su marido con cara de pánico. Pepa parecía que tenía puesta una máscara. No se le movía un pelo.

—¿Es que no han notado que luego de las imposiciones de Cisneros, la población está como muerta? Juan Ignacio, acá va a suceder algo funesto, lo presiento.

El Virrey había anunciado una serie de medidas para intentar desarticular las ansias crecientes de rebelión. Había prohibido las canciones que ofendieran a la religión, en calles y plazas; los pasquines y papeles anónimos; los juegos de azar en los cafés, fondas, posadas y pulperías; además, había fijado restricciones al uso de armas y prohibido galopar en las calles de la ciudad.

—Es cierto, ahora que me lo haces notar, hay un silencio impostado en Buenos Aires —dijo Ezcurra y entrecerró los ojos como si eso lo ayudara a pensar.

—Además, ¿cómo no habría de tomar esas medidas? ¿No se dan cuenta de que hay un nido malicioso aquí? Hay muchos criollos con ideas peligrosas y el Juzgado de Vigilancia no hace lo suficiente para controlar a esos sediciosos. Están queriendo romper la sagrada unión con la Metrópoli y andan esparciendo falsas noticias del gobierno. ¿No les parece bastante elocuente lo que ha sucedido en Chuquisaca hace unos meses? Están intentando lo mismo aquí, señores.

Juan Ignacio cambió de posición, realmente preocupado. Había escuchado algunas cosas, pero de boca de su yerno parecían más peligrosas.

—Vengo de casa de otro comerciante español, y no quieren saber todo lo que me ha confiado. Cisneros ya sofocó un intento de levantamiento de unos canallas, pero ¿cómo saber si no arman otra revuelta? Con encarcelar al tal Pueyrredón y desmembrar ese núcleo, no es suficiente.

El corazón de Pepa dio un vuelco.

Sabía que Juan Martín formaba parte del grupo íntimo de Manuel. Comenzó a inquietarse por demás. Se quitó un rizo de la frente y se paró. Acomodó los vasos sobre la bandeja para llevarlos a la cocina. Su madre la siguió con la jarra vacía en la mano. Necesitaba que la congoja no se le notara en la cara. Apuró el paso y apoyó todo sobre la mesa de la cocina. Cerró los ojos y tomó aire despacio.

—M'hija, por favor, no me escondas tu malestar.

Pepa miró a su madre y estuvo a punto de desarmarse. Pero se contuvo. No la iba a entender.

—Necesito descansar, mamita, es eso. Seguro que esta noche logro dormir —la tomó de la mano y la tranquilizó con una sonrisa leve.

—¿Qué pasa entre ustedes, María Josefa? Hace años que están casados y no me has dado un nieto.

Miró a su madre y levantó los hombros sin saber qué contestar.

—No debería hablar de estas cosas contigo, ya eres una mujer grande, pero supongo que sabrás qué hacer —instó Teodora.

—¿Crees que es mi culpa, que soy yo la responsable? —dijo con lágrimas en los ojos.

Su madre la abrazó. Ella tenía nueve hijos y una culpa inmensa al ver a su querida Pepa sin una vida en su vientre. La besó y le secó las lágrimas. Pero no hubo caso, siguió llorando. No podía parar. En el patio, las tres chiquitinas saltaban a la soga y los dos hombres conversaban enfervorizados. Pepa, en cambio, estaba arrasada por la tristeza.

* * *

No podía más. La ansiedad corroía su alma. Pepa deambulaba por su recámara,

parecía un animal enjaulado. Sentía que, de alguna manera, debía prevenir a Manuel. «No sé si hago bien en preocuparme, pero los dichos de Juan Esteban me han erizado la piel. Algo traman los españoles y presiento que nada bueno. Tal vez parezca comedida, de más está decir que nadie me ha llamado, pero no sé de qué manera advertir a Manuel. ¿Me juzgará si lo pongo sobre aviso? Soy una mujer casada, no debería acercarme a otro hombre. Y aún más si el caballero en cuestión no es otro que Belgrano. Sin embargo, podría pasar por un alma samaritana que quiere ayudar a un necesitado», cavilaba e iba de un lado al otro, restregándose las manos con preocupación. «No sé si anda en algo turbio, nada me dijo la otra vez en que nos encontramos. Pero conozco a Manuel, sé de sus ideales, y que mi marido haya nombrado a su grupo íntimo profundiza mis dudas aún más». La cabeza le iba a explotar.

Pensó que lo mejor que podía hacer era entregarle la información a través de una esclava. Si se le aparecía en persona podía darle a entender otra cosa. ¿Y estaría en un error? Volver a verlo, dejarse envolver por su sonrisa, reírse juntos, recuperar la alegría perdida.

De un zarpazo quitó esas peligrosas ideas de su mente y reincidió en el plan de la correspondencia. Con sigilo abrió la puerta de su cuarto y se dirigió al despacho de su padre. Sabía que a esa hora de la mañana, don Juan Ignacio partía a hacer sus diligencias. Se suponía que los hombres de la casa se ocupaban de sus labores por fuera. De cualquier manera, rogaba que su madre no anduviera por ahí. Se sentía invadida por su mirada, y en general no tenía respuesta para tantas preguntas. Era como la Inquisición y ella se sentía una hereje. No había hecho nada, pero su sola presencia la inquietaba.

No había moros en la costa. El despacho de su padre estaba vacío y no se percibía ningún movimiento en los alrededores. Dejó la puerta abierta y hurgó en los cajones de su escritorio. Encontró unas hojas sueltas. Las tomó, además del tintero y la pluma. Apuró el paso rumbo a su recámara y se encerró con llave. Quería soledad y silencio para escribir tranquila. No sabía muy bien por dónde empezar, tampoco cómo evitar los malos entendidos.

Mi estimado Manuel,

Tal vez mis palabras te resulten inoportunas, o una intromisión desmedida. No es esa mi intención, más bien todo lo contrario. Solo quiero ponerte en conocimiento acerca de algo que escuché y me provocó una intranquilidad inmensa. Juan Esteban habló pestes de Pueyrredón y sus adláteres, o sea, se refirió a ti y tus camaradas. Creí entender que los hombres de la Metrópoli se encuentran ávidos por cercenar lo que ellos imaginan como el poder criollo.

Si hay algo que no quisiera, es que caigas en manos de esa gente que circula por Buenos Aires, gracias a mentiras infundadas. Te conozco y sé que si hay alguien que

defiende los ideales de esta tierra y la libertad de sus habitantes, ese eres tú.

Pepa de Ezcurra y Ezcurra

La dobló con prolijidad. No quiso volver a leerla, prefería no hacerlo. Temía arrepentirse. Tomó aire y salió de su recámara rumbo a la cocina.

Rufina sería la encargada de la entrega. Acercó la carta a su nariz; la esquila olía al agua de rosas que se colocaba en las muñecas todas las mañanas. Entrecerró los ojos con placer.

—¿Qué haces aquí parada, Pepa? —la interceptó Juan Esteban por detrás, que entraba apurado a la casa—. De espaldas a la puerta e inmóvil, pareces una estatua.

El corazón le dio un vuelco. La voz de su marido la devolvía del estado de ensoñación en el que se encontraba, a la cruel realidad. En un segundo giró por completo, y al mismo tiempo guardó la esquila en el bolsillo de su falda.

Intentó apaciguar su agitada respiración. Tenía la misma sensación de estar cometiendo un delito. Se sintió como una marginal.

—Pensaba qué ingredientes hacían falta para el puchero, querido —respondió lo primero que se le ocurrió. Se le acercó y le dio un beso en la mejilla. Continuó su camino hacia la cocina. Juan Esteban se quedó mirándola con algo de incertidumbre.

Las criadas estaban concentradas en sus quehaceres. Se acercó al rincón de Rufina, que pelaba unas papas con fruición. La instó a que se secara las manos y le mostró la esquila. Se la metió en el bolsillo del delantal y le susurró al oído lo que debía hacer. La esclava asintió. El resto de la servidumbre espía de reojo lo que sucedía entre su ama y Rufina. La curiosidad los estaba matando.

* * *

La esquina de La Merced y Santísima Trinidad^[31] mostraba la agitación habitual de un sábado al atardecer. Sin embargo, cualquier curioso apostado en el Café de los Catalanes se habría sorprendido por la llegada sucesiva de caballeros, varios de ellos con el uniforme de oficial de milicias apenas disimulado bajo sus capotes, a la casa de la vereda de enfrente, por La Merced, en una velada que no era usual para tertulia en las casonas de esa cuadra.

Algunos de ellos hacía más de veinticuatro horas que estaban en conciliábulo. El dueño de casa, el comandante del cuerpo de Húsares Martín Rodríguez, la noche anterior había recibido la visita intempestiva de Nicolás Rodríguez Peña y su socio Hipólito Vieytes, que habían llegado no precisamente para charlar de la marcha de su actividad comercial o de baguales perdidos o encontrados.

Poco antes, en la tarde de ese viernes, 18 de mayo, se había apersonado en su jabonería de la calle Agüero^[32] su amigo Agustín Donado, encargado de la Imprenta de los Niños Expósitos. Hombre habitualmente calmo, venía agitado y nervioso. Sin

casi saludarlos, tras cerciorarse de que no hubiera testigos indeseables, les había entregado un periódico, cuidadosamente oculto bajo su chaqueta, con unas frases secas, casi órdenes:

—¡Tomen! ¡Lean! No me atreví a confiar en nadie para traerles estos papeles.

Era una gaceta inglesa, fechada en enero. Mientras leía y traducía para Nicolás, Hipólito no podía creer en sus ojos: la Junta Central había caído ante el incontenible avance francés sobre la ciudad de Sevilla. Los pocos miembros que quedaron del gobierno, buscaron refugio, al amparo de la escuadra inglesa, en la isla de León, frente a Cádiz. Era evidente que Napoleón había ocupado toda España. ¡Y se enteraban cuatro meses después!

—¿De dónde salió esto? —murmuró Nicolás, casi sin creerlo todavía.

—Llegó a Montevideo, con otras gacetas similares, en un barco inglés —explicó Donado—. El cobarde del gobernador Soria retuvo la correspondencia unos días, pero al fin se la despachó a Cisneros. Acaba de llegar, y mis amigos del Resguardo^[33] me permitieron agenciarme este ejemplar. A esta altura el Virrey debe estar enterándose, y viendo cómo se hace el sordo más que nunca.

—Hay que avisar, ya mismo —y antes de que los demás reaccionaran, ya Hipólito estaba guardando el periódico en su abrigo y saliendo.

Primero se reunieron con el comandante de los Húsares, Martín Rodríguez, y a partir de entonces fueron convocando a los demás: Juan José Viamonte, Manuel Belgrano, los hermanos Juan José y Francisco Paso, Antonio Beruti, a los que pronto se sumó Donado. A Castelli y Saavedra les enviaron esquelas para que con toda urgencia vinieran desde sus chacras. La mayoría de ellos pasaron la noche del viernes discutiendo. Pero todavía faltaba llegar al que todos esperaban: Cornelio Saavedra, jefe de los Patricios, la milicia con la que se debía contar para cualquier decisión que exigiese recurrir a la fuerza.

Finalmente, sin apuro, como era su costumbre, el sábado se hizo presente don Cornelio y después de informarse de las novedades dio su posición.

—Señores, me parece que las cosas han cambiado radicalmente. Es verdad que he discutido con ustedes —y señaló a Hipólito y Nicolás— acerca de vuestra urgencia. Hace más de un año que expongo mis razones por considerar inoportuna la revolución. También es cierto que tú, Juan José, has hablado de esto antes que yo. Me han tildado de timorato cuando repetía «no es tiempo, y lo que se hace fuera de él no sale bien». Pues ahora, ante la mudanza de los tiempos, corresponde un cambio de opinión.

Las pocas lámparas que los sacaban de la penumbra permitían ver luces y sombras en las caras de los hombres allí reunidos. Una incómoda ansiedad se respiraba en el ambiente.

—Debemos aunar fuerzas. Cuantos más seamos, todo saldrá mejor. Señores, ahora digo que no es solo tiempo, sino que no se debe perder ni una sola hora —concluyó don Cornelio.

—Estoy de acuerdo. Reunamos a las milicias y recorramos las calles en busca de hombres, armémonos y derroquemos a Cisneros. No debe permanecer en el poder ni un minuto más —arengó el comandante Rodríguez con impaciencia. Ya el año anterior había propuesto impedir por la fuerza la asunción del Virrey, pero se había topado con la renuencia de Saavedra, que entonces había considerado que las brevas no estaban maduras.

—Tranquilo, don Martín. No podemos desperdiciar esta oportunidad. ¿De qué nos sirve bajar a los tiros al Virrey? En un segundo esto se transforma en un polvorín. Cisneros tiene demasiados aliados en Buenos Aires, sin contar con los de Montevideo y su escuadra. Calmemos las aguas, por favor —dijo Castelli y se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa.

Manuel se levantó. Caminó por la habitación, con las manos en los bolsillos. Necesitaba pensar, no quería equivocarse el rumbo de las acciones. Todo parecía confirmar que los sucesos europeos les daban el empujón que faltaba. Pero un error podía ser fatal. Siguió con la discusión. Casi siempre, los encuentros se alargaban por demás. Permanecían horas deliberando. Cada uno planteó su punto de vista hasta que llegaron a un acuerdo. Decidieron que solicitarían una reunión de vecinos en el Cabildo para resolver cuáles serían los pasos a seguir.

—Propongo que don Manuel y don Cornelio vayan a hablar con el Alcalde de primer voto, Lezica, para que convoque a Cabildo Abierto —sostuvo Vieytes.

—Me parece una idea brillante. Creo que son los mejores a la hora de negociar —respondió Juan José, y los demás asintieron.

—Y hay que encargarse también del síndico Leiva; si él dice que sí, los demás señores del Cabildo accederán. Esto te toca, Juan José, como de abogado a abogado —le devolvió el «favor» su primo Manuel.

El dueño de casa, de excelente humor porque al fin iban a pasar a la acción, agregó:

—Y nos reunimos mañana a la noche, con las noticias, para ver cómo seguimos.

—De acuerdo —admitió Nicolás—; pero esta casa está demasiado expuesta a la vista de todos. El Café de los Catalanes y el atrio de la Merced son los mejores puestos de espionaje para ya saben quiénes. Será mejor que esta junta siga en otro lado. Si no les parece mal, mi casa en la calle de las Torres es más apropiada.

Todos estuvieron de acuerdo, y así llegó al fin la reunión. Salieron de a uno, espaciados en el tiempo. No debían levantar sospechas en la calle. Agazapados, los secuaces de Cisneros recorrían la ciudad.

Manuel caminó solo hasta su casa. Abrió el portón de madera y entró. Reinaba el silencio más absoluto. No tenía hambre. Prefirió ir a su recámara directamente. Necesitaba descansar. Venían días de una enorme intensidad. Debía estar más lúcido que nunca. La puerta chirrió al abrirse y resonó en toda la casa. Cerró y apoyó la lámpara en la mesa. Allí, sobre un platito, lo recibía una carta. La acercó a la claridad de la llama, la desplegó y la leyó.

Asombrado, levantó la vista. Noticias de Pepa. Tuvo ganas de verla. Y no solo para que le revelara la información que parecía atesorar.

* * *

Una vez más, Encarnación le pidió a su madre que la acompañara a recorrer las tiendas. Necesitaba una cantidad de seda para la confección de un nuevo vestido y quería elegirla a su gusto. Teodora ya le había dicho que no podía, pero su hija insistía. Como un tábano, iba detrás de su madre. Al darse cuenta de que los ruegos no llegarían a ningún lado, enfiló hacia el cuarto de su hermana. Tocó la puerta y entró sin aguardar respuesta. Pepa dio un respingo. Estaba ensimismada en sus cosas. Había recibido una carta de Manuel. La había leído a escondidas. Le imploraba que se encontraran en el Café de los Catalanes. Y no sabía de qué manera asistir a la cita.

—¿Me acompañas a buscar unas telas para el vestido que me pondré en la tertulia de los Altolaguirre? —Encarnación abrazó a su hermana con el arrojo de siempre. Se separó e intentó seducirla con una sonrisa inmensa.

—Mira que eres impertinente, chiquilla —Pepa lanzó una carcajada y escondió la esquila bien doblada debajo del escote de su camisa.

La jovencita la miró con curiosidad y no pudo evitar la pregunta.

—¿Qué escondes?

—Nada que te importe. ¿Adónde vamos entonces? —hacer de chaperona de su hermana era la excusa perfecta. Encarnación era una enviada del cielo.

La muchachita pegó unos saltos, la tomó de la mano y la arrastró hacia la puerta de calle. Le avisaron a su madre, se pusieron sus abrigos y mantillas, y salieron. Pero no contaban con la presencia de Juan Esteban, que apuraba el paso de regreso a la casa.

—Las hermanas juntas, una imagen digna de ver —saludó—. ¿Cuál será el destino de vuestro paseo, si se puede saber?

El corazón de Pepa se aceleró. La pregunta de su marido le generó dudas.

¿Sabría adónde iba?

—Por supuesto, querido, acompaña a esta niña a comprar unas sedas —apuró para evitar susceptibilidades.

—Pues voy con ustedes, entonces. Les puedo recomendar algunas piezas de un remanente mío, que está a la venta en una de las tiendas de la Recova. Vamos juntos, y ya que estoy, luego me quedo en el Café de Marcos y ustedes siguen camino —entre los productos que comerciaba Juan Esteban al interior del país, las sedas, paños y otros géneros eran de gran calidad.

Pepa sintió que le habían robado el aire. Maldijo a su marido para sus adentros, pero ya no podía echarse atrás. Lo tomó del brazo y se dejó llevar.

Encarnación hablaba como un loro y Juan Esteban le respondía. En cambio, Pepa iba muda. Llegaron a la tienda y la joven alborotó al encargado. Luego de revolver y

consultar, eligió una seda morada. Se retiraron con la compra y rodearon la plaza rumbo a la calle Victoria.

—Querida, tienes el ceño fruncido. Y desde que salimos de casa —dijo en voz baja Juan Esteban—. Cambia la cara.

Ella lo miró con fuego en los ojos, pero no dijo nada. Quería que desapareciera de su vista, que no le arruinara esos minutos de ansiedad antes de ver a Manuel. Sin embargo, ya le había empañado ese momento. Llegaron a la esquina de Álzaga y Juan Esteban se despidió de ambas.

—Vamos a casa, Pepa. ¡Estoy tan feliz! Gracias por haberme ayudado — Encarnación besó a su hermana, la tomó del brazo y enfiló hacia la casa.

—Ahora vamos a otro lado y harás lo que yo digo. ¿Querías que confiara en ti? Pues ha llegado el momento. Pero me juras por lo que más quieras que no dirás una sola palabra.

—No está bien jurar, Pepa, es un pecado mortal. Pero sabes que pasarán sobre mi tumba antes de que hable. ¡Cuéntame!

Su hermana le chistó y la arrastró hasta Sáenz Valiente. Caminaron hasta Victoria. Pepa rogaba que Manuel no se hubiera retirado del Café de los Catalanes; se había retrasado de la hora pactada. Por otro lado, no quería que la vieran con él, no quería despertar sospechas. Se sentía amenazada sin estarlo. Caminó con paso lento por delante de los ventanales, para espiar si su cita prohibida se encontraba allí. El café estaba repleto de hombres. En una de las mesas vio a Manuel junto a varios más. Cruzaron miradas y ella lo llamó con un gesto imperceptible. Luego de unos segundos, él salió.

—Buenas tardes, señoras. Qué grande estás, Encarnación, casi no te reconozco — y le besó la mano. La muchacha miraba a ambos con la cara repleta de asombro.

—No vamos a entrar, Manuel. Vine porque me sentí en la obligación de hacerlo. ¿Podemos ir a un lugar más privado? —y en ese instante se arrepintió de lo que había dicho. No quería que pensara mal.

Belgrano paseó sus ojos entre las dos mujeres. Sonrió apenas y apoyó el peso de su cuerpo sobre un lado.

—A pocas cuerdas de aquí, en Monserrat, tengo mi casa. Podemos ir allí si gustan.

—¡De ninguna manera! Perdón, Manuel, si me he expresado mal. Necesito hablar contigo urgente.

—A ver, caminemos un poco, seguramente por aquí encontraremos alguna callejuela vacía. Yo me quedo a un costado, cuidando sus espaldas —arremetió Encarnación.

Dieron unas vueltas y, en efecto, apareció una calle desierta. La joven se paró cual escudo humano, y su hermana y Manuel se adentraron unos pasos.

—Pepa, se avecinan tiempos de revuelta. No sé si estás al tanto de lo que pasa en esta ciudad.

—Ay, Manuel, viniendo aquí traiciono a mi familia. Mi marido confabula con los godos. No sé muy bien cuáles son sus planes, pero si de algo estoy segura es que desprecia hasta la muerte a los vecinos de Buenos Aires.

—Lo imagino. Los godos ya no están bien vistos en la ciudad y han perdido el poder. Si hay que llegar a la sangre, se llegará. Sus vidas corren peligro.

—Tú sabes que mi padre es español. También defiende a Cisneros. Él no cree en la autoridad de los criollos. No sé qué hacer —los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Confía en mí. Nada le sucederá a tu padre, lo voy a proteger —no dijo ni una palabra de Juan Esteban.

Pepa intentó acallar su llanto. Manuel se acercó más y la abrazó. Quería cuidarla, calmar su angustia. Ella lo rodeó con sus brazos, levantó su cara y lo miró. Y como un acto reflejo, lo besó. Al instante, sus bocas revivieron aquellos tiempos de romance. No podían separarse, querían recuperar esos años perdidos. Manuel la atrajo hacia sí y la pegó más contra su cuerpo. El corazón de Pepa era una estampida. Le pasó las manos por el cuello, por el pelo, quería respirar de su aire. Sin soltarla, la empujó contra la pared blanca de una casa y se apretó contra ella. Se olvidaron por varios minutos de que estaban en la calle.

Encarnación carraspeó y los regresó al mundo. Tragó con dificultad y pestañeó nerviosa. No sabía qué pasaba, pero lo último que quería era que su hermana tuviera problemas.

Pepa volvió a besar a Manuel y se despidió con un suspiro. Con paso largo tomaron el camino de regreso. A las cuerdas y ya sin Belgrano cerca, Encarnación se detuvo y miró a su hermana. Con el pecho muy agitado, Pepa se largó a llorar. Se abrazaron, la menor la tomó de la mano y la instó a que se tranquilizara, que todo se arreglaría con el tiempo. Como si el destino se hubiera quebrado, la hermana mayor parecía chiquita, protegida por la más pequeña.

Capítulo VIII

Belgrano, Saavedra y Castelli hicieron todo lo posible para que se cumpliera su reclamo. Luego de las reuniones con el alcalde Juan de Lezica y el síndico procurador Julián de Leiva, para solicitarles la convocatoria a un cabildo abierto, se retiraron contentos. Los habían convencido de que se llevara a cabo el 22 de mayo. Pero faltaba la autorización de Cisneros, que no daba el brazo a torcer.

En casa de los Rodríguez Peña, los criollos decidieron que el tiempo de la diplomacia había llegado a su fin. Cansados de las jugadas de los españoles, enviaron a Castelli y al enfurecido Rodríguez al Fuerte. Iban ostensiblemente armados y el jefe de Húsares lucía su uniforme. La guardia, formada por Patricios, no se atrevió a cerrarles el paso y empujaron la puerta de la sala del Virrey, sin anunciarse. Tranquilos, como si nada pasara, Cisneros, el fiscal Antonio Caspe, el brigadier Ignacio de la Quintana y el edecán Manuel de Goicolea ocupaban los cuatro lados de la mesa de madera dorada con tablero imitando el jaspe. Concentrados, jugaban a la baraja.

Los recién llegados destrabaron sus pistolones y, sin decir una palabra, caminaron despacio hacia el Virrey. Los criados, aterrados, apoyaron las jarras de cristal, esperando lo peor.

—¿Qué significa este atrevimiento, caballeros? Han cometido el más grave atentado contra la autoridad. ¿Cómo se atreven a presentarse sin pedido de audiencia? ¡Y armados! —gritó Cisneros y se levantó de inmediato.

—Tranquilo, hombre. Le recomiendo que mantenga la calma, se lo digo por su bien —respondió Juan José con una sonrisa socarrona y voz suave.

—¡Basta de palabras! Se me terminó la paciencia, carajo —interrumpió Martín, muy exaltado—. Vamos al cabildo abierto, ¿sí o no?

Rodríguez lo apuntó con su arma. Castelli lo miró fijo, no quería sangre. Por lo menos, por ahora. El fiscal Caspe se levantó con cautela, sin sacar sus ojos del arma. Se acercó al Virrey con lentitud y, del brazo, lo llevó al despacho contiguo y cerró la puerta. Los minutos pasaban, Juan José y Martín caminaban como leones enjaulados por el recinto. Al rato, los hombres regresaron a la sala. En silencio, el Fiscal aguardó al costado y Cisneros, alicaído, miró a todos y comenzó a hablar.

—Puesto que el pueblo no me quiere y el ejército me abandona, hagan ustedes lo que quieran.

Castelli y Rodríguez se miraron con complicidad y se dirigieron a la puerta.

—Y bien, señores, ¿qué es lo que ustedes piensan respecto de mi persona y mi familia? —preguntó con recelo Cisneros.

—Señor, la persona de vuestra excelencia y su familia están entre americanos y eso debe tranquilizarlo —le dijo Castelli con arrogancia y salieron con la cabeza en alto.

Caminaron apurados hasta la casa de Rodríguez Peña. La humedad apretaba pero

los hombres ni la sintieron. Allí estaban los partidarios, aguardando con ansiedad. Al verlos, preguntaron qué había pasado. La sonrisa de ambos los delató antes de hablar. Juan José y Martín relataron lo sucedido. El dueño de casa, Vieytes, Saavedra, Belgrano y Beruti explotaron en gritos de alegría. Les volvía el alma al cuerpo. Se abrazaron y tiraron los sombreros por el aire. Brindaron una y otra vez. Imaginaron cuáles serían los pasos a seguir.

—Salgo a buscar más licor, caballeros. No vaya a ser que nos quedemos sin combustible para el candil —rió Beruti y se calzó el capote para salir.

—Sí —propuso Martín Rodríguez—, habrá que avituallarse. Por lo que se ve, tendremos sesión permanente.

Donado y Rodríguez Peña asintieron, y salieron con Beruti a agenciarse licores y dulces en los cafés y confiterías. Antes de partir, el dueño de casa dio orden a la servidumbre de que preparase una larga mesa en la sala, siempre dispuesta para los que necesitasen un refrigerio.

La casa de la calle de las Torres había quedado consagrada como el cuartel de operaciones de los patriotas.

* * *

Juan Ignacio repasaba, una y otra vez, los números de las últimas ventas. Hacía varias horas que estaba encerrado en su despacho. Era muy meticuloso con los libros. Casi no tenían correcciones. Y el silencio de su casa ayudaba. Hasta que el golpe suave en la puerta lo interrumpió.

—Adelante —invitó sin saber quién esperaba del otro lado.

—Disculpe, amo. Unos señores muy bien vestidos acaban de traerle esta carta. Parece importante —el criado le extendió una papeleta con sello lacrado. Allí permaneció firme y con una sonrisa inmensa que dejaba ver los dientes blanquísimos contra la piel morena.

—Gracias, Justino —tomó el recado y, al ver que el esclavo no pensaba moverse, chasqueó los dedos y lo conminó a retirarse. Entrecerró los ojos y anotó en su cabeza que debía conversar con Teodora para poner a raya a la servidumbre.

Abrió la carta. Era una invitación que el Cabildo hacía a los vecinos principales, para reunirse al día siguiente en la Sala Capitular, para debatir el futuro político de Buenos Aires. La guardó en el cajón de su escritorio y salió de la habitación. Esperaba encontrar a su yerno. Oyó movimiento en el patio. Asomó la cabeza y vio a su hija mayor con el bordado.

—Hija, ¿dónde está su marido? Necesito verlo con urgencia.

—¿Algún problema? —Pepa se alteró. Su padre parecía preocupado—. Supongo que está en la recámara. No se sentía demasiado bien. Pero ya mismo se lo llamo, Tatita.

Apoyó el bordado en la canasta y se dirigió a su recámara. Juan Esteban estaba en

el cuarto chico. Tocó la puerta y aguardó su respuesta. Entró y lo vio sentado en la poltrona, reposando.

—Discúlpame, querido. Mi padre te reclama.

Se incorporó y detuvo la mirada nublada sobre ella. Era evidente que su mente estaba a leguas de distancia. Volvió a la realidad y siguió a Pepa hasta el despacho de su suegro.

—Puedo traerles algo de beber, si gustan —ofreció solícita. Solo quería estar allí para escuchar qué era tan importante para su padre.

—Si es por mí, no hace falta, hija. No sé qué piensa su marido —y Juan Esteban también rechazó la oferta—. Cierre la puerta cuando se retire, por favor.

Esperó a que la muchacha saliera de su despacho. No eran temas que incumbieran a las mujeres.

—Al fin y al cabo, se cumple nuestro vaticinio, Juan Esteban. Debo cumplir con el convite que se me hace. Mañana se llevará a cabo un cabildo abierto y estoy muy preocupado. Sabes por qué —dijo Ezcurra, tirado hacia adelante con el mentón apoyado sobre las manos.

—Yo le avisé, esta ciudad está por explotar. Se avecina un peligro mortal, don Juan Ignacio. Esa gente es peor que una epidemia y nos enferman a todos. Es inconcebible lo que intentan con todos nosotros. ¿No era que esta ciudad estaba ordenada? Explíqueme esta desobediencia inesperada.

—Se han dejado llevar por las demás revueltas, y convengamos que Bonaparte no nos ha ayudado para nada.

Juan Esteban se olvidó por completo del malestar que lo había guardado en su cuarto. Solo con escuchar el firme avance de los criollos por sobre el poder de los españoles, se le crispaba el ánimo. Lo único que temía era que le confiscaran sus bienes —que eran muchos, por cierto— y que su fortuna se derrumbara.

—¿Tiene alguna idea de qué sucederá mañana en esa asamblea? Supongo que nuestra gente hará fuerza y podrá quebrar los intentos estériles de esos que se hacen llamar patriotas —largó con displicencia Juan Esteban.

—No te preocupes, somos muchos, no nos dejaremos apabullar así como así. Mis confidentes me han revelado que intentan derrocar al bueno de Cisneros. Me pronunciaré en contra de esos ridículos, por supuesto. No encuentro razones valederas para subrogar su autoridad.

—Algo me tranquiliza y confío plenamente en usted, don Juan Ignacio. Pero cuando salgo a la calle siento un frío helado a mis espaldas, como si la muerte rondara por las calles de Buenos Aires. Tengo algo que confiarle: ya no salgo si no es con mi pistolón encima.

Al menor movimiento, disparo.

—Tranquilo, hijo. Mañana será un gran día. El orden volverá a su lugar. Confía en mí.

Afuera del despacho y apoyada contra la pared, estaba Pepa. Se había quedado

quieta y casi sin respirar. Necesitaba escuchar la conversación que se barajaba ahí adentro. Creyó que las piernas no la aguantarían un segundo más. Estaba aterrada. Los dichos entre su padre y su marido eran tremendos. Uno de ellos intentaría por todos los medios desbaratar los planes de Manuel y los suyos; y el otro, apuntarlo de muerte. Desprevenida, la puerta se abrió de par en par, y a un paso apareció el corpachón de Juan Esteban. Los calores la invadieron por completo y se desvaneció. Su marido la atajó a tiempo y llamó a gritos a su suegro.

—¡Hijita querida! ¿Qué pasó, hombre? —y le apoyó el revés de su mano sobre la mejilla húmeda.

—No se preocupe, ya mismo la acuesto. Es que está muy nerviosa estos días. Debe padecer, como todos nosotros, la podredumbre de esta tierra. Ruego a Dios y a la Virgen que todo esto se termine —alzó a su mujer y la llevó a la recámara.

—Desde ya, Juan Esteban. Somos cientos, no podrán vencernos.

Ezcurra sonrió apenas, convencido de la jugada de los peninsulares. Sin embargo, desconocía los movimientos descomunales que los criollos llevaban a cabo para asestar el tiro de gracia en el cabildo abierto. Donado, en la Imprenta, se había encargado de imprimir algunas invitaciones más que las ordenadas por Leiva, y sus muchachos se habían esmerado en llenarlas con nombres que no figuraban en la lista de los señores capitulares.

Por su parte, desde la noche anterior, Castelli, Rodríguez, French y Beruti habían recorrido todos los cuarteles para que el 22 de mayo bien temprano, las tropas se apostaran en lugares estratégicos de la plaza para interceptar, y si fuera necesario disparar, a algunos vecinos europeos. De los cuatrocientos cincuenta invitados, solo debían comparecer los inevitables y los seguros. Sin excusas; a fuego y bala.

* * *

El aire estaba espeso en la gran sala de la casa de Rodríguez Peña, y Manuel sentía que la cabeza estaba a punto de estallarle. Pasó a una salita contigua, para derrumbarse sobre un sofá. Por primera vez en mucho tiempo se había puesto el uniforme de mayor de Patricios y lo sentía más ajustado que sus ropas habituales. Tal vez había engordado algo en estos años, o era la humedad mezclada con la emanación de los braseros, que se le volvía irrespirable. Quien lo conociese muy poco hubiera creído que estaba abatido, o al menos agotado por las largas vigiliadas de esos días interminables, en que el vaivén de los acontecimientos era para quebrarle los nervios al más tranquilo.

La asamblea de vecinos notables en el Cabildo había resultado como todos anhelaban. Como era previsible, los godos más recalcitrantes, con el señor obispo y el fiscal Caspe a la cabeza, habían dado largas peroratas para defender la continuidad de Cisneros. Pero la jornada había concluido como era de desear: la mayoría había votado por su cesantía y el nombramiento de una junta. Y cuando todo parecía

resuelto, el síndico Leiva se había aparecido con un gobierno que, a los nombres de Saavedra y Castelli, sumaba los de dos notorios godos, como el comerciante Inchaurregui y el cura de Monserrat, y para colmo, con Cisneros de presidente y comandante de armas. Como quien no quiere la cosa, el propio Leiva se había nombrado secretario de ese engendro que cambiaba algo para que todo siguiese igual.

Ahora, la discusión era acalorada, y las recriminaciones parecían no tener fin.

—Me va a disculpar, don Cornelio, pero no puedo menos que recordarle que fue usted el que propuso dejar en manos del Cabildo el gobierno provisional y el modo de nombrar la Junta, de la que además es miembro —echó en cara Donado.

—Ya hemos presentado la renuncia con Castelli, como usted sabe de sobra, no me venga ahora con eso. ¿Y si mi voto en el Cabildo fue tan malo, entonces, por qué lo siguió usted, en lugar de proponer algo mejor? —retrucó el interpelado—. Recuerde que usted, como yo, estuvo de acuerdo en que ese era el modo de aunar voluntades para cesar al Virrey. Y eso sin contar que mi voto claramente exigió que no quedase duda de que es el pueblo el que confiere la autoridad.

—Y pensar que me burlé de ese doctor Moreno, que a la salida de la asamblea me advirtió que ese vil de Leiva nos iba a traicionar —comentó, amargado, Vicente López.

—Bien lo debía conocer. ¡Ese doctorcito fue uno de los de Álzaga en enero del nueve! Por algo Cisneros lo nombró su consejero legal —se enojó Martín Rodríguez.

—Puede ser, don Martín, pero no olvidemos que en la asamblea votó lo mismo que todos nosotros —trató de apaciguarlo Francisco Paso.

Manuel permanecía en silencio, en la sala contigua. Nervioso, acariciaba la cruz de su espada y cavilaba, inmerso en las ideas que copaban su mente. No podía dejar de planear a futuro. Las voces cada vez más fuertes que venían de los reunidos en torno a la larga mesa le empezaron a resultar molestas. Era un parloteo inútil que le impedía seguir el hilo de sus pensamientos. De golpe, se puso de pie, y con paso enérgico entró en la gran sala de la casa. Reclamó la atención de los presentes y el azul de sus ojos estaba más vidrioso que nunca.

—Juro a mi Patria y a mis compañeros que, si a las tres de la tarde del día de mañana el Virrey no ha renunciado, lo arrojaremos por las ventanas de la Fortaleza —desafió, lanzando una mirada altiva alrededor, con su mano derecha resaltando el juramento sobre el puño de la espada.

Sus camaradas hicieron silencio y lo miraron, incrédulos. No estaban acostumbrados al arrojito intempestivo de Manuel. Pero parecía que había llegado la hora del nacimiento de un nuevo hombre.

* * *

Pepa había perdido toda compostura. Sabía que se exponía a lo peor. No solo el peligro podía acosarla en las calles, sino que en ese mismo instante sentía al enemigo

adentro. Ella misma era su más acérrima adversaria. Tenía un marido, era una mujer casada y, por si esto fuera poco, vivía rodeada de una familia estricta.

Su casa estaba revuelta desde muy temprano, la ansiedad dominaba el ambiente. Todo hacía suponer que durante esa jornada se llegaría a una decisión en el Cabildo. Su padre había ido dando cuenta de todo lo sucedido puertas adentro. Nada ayudaba y así se dejaba ver en las calles de la ciudad.

Había estado muy preocupada. Esperaba novedades de afuera y nadie las traía. Su padre y su marido no habían regresado aún. Y las mujeres de la casa eran como entes al servicio de la ignorancia. Ninguna sabía nada y tampoco se las veía demasiado interesadas por lo que ocurría puertas para afuera. Ese no era su caso.

No aguantó más. Se calzó un vestido negro sin ningún adorno, la capa de terciopelo, y sobre sus rulos colocó la mantilla más gruesa. Abrió la puerta y el viento le pegó de lleno en la cara. Cerró despacio para que no se dieran cuenta de su partida. No quería dar explicaciones. ¿Qué podría decirles? ¿Voy en busca de Manuel, temo por su vida, él es quien desvela mis noches? Imposible.

Caminó con dificultad hasta la esquina. La calle del Presidio estaba muy transitada. Como nunca. Los hombres a caballo apuraban el tranco y el barro salpicaba con furia. Recién salía y ya repleta de manchas. Era lo que menos le interesaba. Solo a ella se le ocurría salir en ese viernes, 25 de mayo. Su casa estaba situada a dos cuadras del Cabildo y no necesitaba llegar allí para saber de antemano lo que sucedía. Con razón su padre y Juan Esteban les habían prohibido salir de la residencia. Hasta el aire le resultaba imposible de respirar. El estado alterado de las personas le recordó aquella vez, hacía años, durante la reconquista de Buenos Aires. Y como aquella vez, tampoco se dejó acobardar por esas caras, esa furia, esos cuerpos que arremetían sin mirar si en el intento pasaban por encima a alguna que otra dama inocente.

Ya en Victoria y a una cuadra del Cabildo, tuvo dificultades con un grupo de caballeros que cubrían sus cabezas con sombreros adornados con el retrato de Fernando VII y una cinta blanca en el ojal, y otros con cintas encarnadas y olivos. Se les notaba la fidelidad entre ellos y para con el monarca. Fue difícil sortearlos pero al final Pepa desembocó en la Plaza del Fuerte. Allí los gritos eran ensordecedores. A viva voz, una multitud inusual coreaba «fuera Cisneros». Una llovizna tenue pero persistente humedecía a todos. Nadie hacía caso de la incomodidad. Cerró su mantilla todo lo que pudo y se cubrió la cara. No era la lluvia, sino el deseo de que no la descubrieran. No solo la plaza bullía de gente; los cafés de los alrededores estaban repletos de clientes ávidos de conversar más que de consumir. Debía pasar inadvertida, era muy probable que se cruzara con algún conocido.

Por la hendidura que le quedaba de la mantilla podía ver sin ser vista. Buscaba a Manuel con desesperación. Casi no había vacíos en el inmenso espacio de la plaza. En un costado estaban las milicias reunidas por Beruti, Rodríguez, Terrada y otros oficiales; en el otro, decenas de personas armadas, que habían sido arengadas en los

barrios por French, Donado y el fraile mercedario Juan Manuel Aparicio. El populacho, la chusma, al decir de su padre y su marido.

El vaivén del terciopelo anunciaba su avance por entre esa multitud. Quería saber qué era lo que sucedía adentro del edificio. Solo por intuición se acercó a un grupo de hombres que le parecieron menos peligrosos, que no desconfiarían de una mujer sola. En voz baja preguntó si sabían cómo estaban las cosas.

—Siguen todos adentro. A la mañana hizo su aparición la representación encabezada por Castelli, Belgrano, Saavedra y Rodríguez. Se han llegado para conminar al alcalde Lezica para que deponga a Cisneros. Doña, se ha salvado por minutos de una escaramuza muy violenta. Por suerte salió el general don Cornelio a calmar las aguas y evitar un desenlace funesto. Le recomiendo que vuelva a su casa —siseó uno de los muchachos del grupo.

El corazón de Pepa estaba a punto de estallar. Además del terror que tenía pues sentía que su vida corría peligro, la ausencia de Manuel la angustiaba aún más. Siguió entre los capotes, las pistolas, los puñales y los gritos, a la busca del caballero prohibido.

La caída de Cisneros era ineludible. Y si no presentaba él mismo su renuncia, un gran número de Patricios al mando del capitán Díaz Vélez había decidido tomar la vida del Virrey en sus manos. Las armas estaban cargadas.

Pepa se enteró de todo lo sucedido en esos días. Y tenía poco que ver con lo que había largado su padre en la casa. Los concurrentes al cabildo abierto habían votado en público y los que lo habían hecho a favor de Cisneros habían recibido escupitajos y acusaciones de «chivatos» por parte de los demás. El Obispo había abierto la sesión y el enfurecimiento en las caras de Belgrano, Castelli y Chiclana había vaticinado una batalla campal. Ahora entendía por qué su padre había omitido casi todo.

Adentro del Cabildo los sucesos decantaban a favor de los patriotas. Luego de tironeos, Cisneros cesó definitivamente en sus funciones y se nombró a una nueva Junta con don Cornelio Saavedra como presidente y comandante de armas interino, el primer vocal Juan José Castelli, el segundo Manuel Belgrano, tercero Miguel de Azcuénaga, cuarto el cura de San Nicolás Manuel Alberti, quinto el comerciante Domingo Matheu, sexto don Juan de Larrea, y como secretarios, a los abogados Juan José Paso y Mariano Moreno. La ceremonia de la jura fue solemne. Los miembros de la Junta entraron por el centro y juraron sobre los Santos Evangelios. Los miembros del Cabildo bajaron de los asientos y la Junta de Gobierno ocupó su lugar bajo el dosel adamascado.

La turba seguía en la plaza, coreando más y más. Allí, a un lado e intentando sortearla sin ser vistos, estaban los Ezcurra, suegro y yerno. Cada uno debajo de su paraguas, caminaban como podían entre la gente. Juan Esteban tomó la delantera y evitó a tres muchachotes con caras de pocos amigos. Era más que evidente que los navarros estaban en la vereda de enfrente, no portaban ningún distintivo. Sin siquiera intentar una sonrisa para aquietar los humores, levantó la mirada torva y adelantó

unos pasos, con su suegro detrás. Y dudó. No podía ser real lo que acababa de ver. Era imposible pero gritó.

—¡Pepa! ¿Qué haces aquí?

—Juan Esteban, ¿estás loco? —preguntó su suegro y miró hacia donde lo hacía su yerno.

El tumulto era cerrado. Solo se veían capotes, ponchos y sombreros. No había nadie parecido a Pepa. Ezcurra insistió, pero nada. Se había equivocado, era evidente.

—Vamos a casa, hombre. Salgamos de este averno, sanos y salvos, por favor. Cuanto antes lo hagamos, mejor. Temo lo peor —dijo Juan Ignacio y convenció a su yerno. Luego de algunos forcejeos, lograron llegar a Victoria y apuraron el paso hasta la casa.

Pepa había escuchado el grito de su marido y se había escondido detrás de una pared de hombres inmensos. Al ver que él y su padre se retiraban de la plaza, logró llegar cerca de la puerta del Cabildo. Anonadada, vio a una mujer vestida de hombre. Quería pasar inadvertida y lo lograba. Salvo por ella, que lo notó al instante. Se miraron y la mujer puso su dedo sobre la boca, para que no la delatara. Pepa se acercó. En ese mismo instante, Vieytes y Belgrano la abrazaron con complicidad. Era Josefa Torres, la esposa de don Hipólito, que había decidido disfrazarse para proclamar públicamente sus ideales. Y la vio.

—Pepa, ¿por qué estás en la plaza? —Manuel la tomó de los brazos, preocupado pero feliz de verla.

Lo abrazó con todas sus fuerzas. Estaba vivo, no corría peligro. Él la acarició y se besaron una y otra vez. Debajo de la lluvia y con Vieytes y su mujer, que miraban atónitos.

—Manuel, ahora sí puedo respirar en paz. Mi marido está armado, tengo pánico —dijo entre lágrimas de pena y emoción.

—Ya no hay nada de qué preocuparnos, mi querida. Nuestro tiempo ha llegado. Los godos quedan fuera de escena. Nosotros somos los protagonistas en esta ciudad. Ponte feliz —dijo Manuel, exultante.

El corazón se le salía por la boca. Pepa no podía estar contenta. Manuel era libre, pero ella no. Juan Esteban de Ezcurra era su cárcel.

* * *

El Fuerte ardía. El Salón Real estaba completo. Y los ánimos de los allí reunidos, caldeados. La Junta en pleno discutía los últimos acontecimientos de la ciudad. Algunos opinaban que de inmediato debían expulsar a Cisneros de la ciudad, otros tenían menos urgencia.

—Señores, tengo algunos otros nombres que agregar a la lista de expulsados —anunció el presidente.

—Don Cornelio, lea su lista. Quiero ver si son los mismos que traigo yo. Mi

gente me ha traído novedades inquietantes —apuró Moreno, que manejaba información subterránea.

Castelli y Belgrano clavaron los ojos en los del Secretario de Guerra. Los rumores cobraban vida a medida que los días se sucedían. Las últimas noticias hablaban de conspiraciones y conjuras. Algunas podían ser exageradas, pero la mayoría corría por el camino de la verdad.

—Además de Cisneros, debemos echar a los oidores y fiscales de la Real Audiencia —expuso Saavedra. Con el ceño fruncido, su cara metía miedo. Lideraba la mesa, como correspondía a su rango. Se acercó la lista y la leyó, sin prisa—: Los oidores don Francisco Tomás Anzoátegui, don Manuel José de Reyes y don Manuel de Velazco. Los fiscales Manuel Genaro de Villota y don Antonio Caspe y Rodríguez.

Matheu y Larrea tomaron nota. Todos, muy serios, escuchaban con atención. Moreno cambió el gesto.

—Amigos, como para empezar está bien. Pero debemos frenar las ansias desesperadas de algunos más. Traigo pruebas de que traman conjuras en nuestra contra. Pude detener, gracias a mis vigías, un atado de papeles subversivos que iban rumbo a las provincias interiores con el fin de que no nos reconozcan. El problema es que no sé si ya han llegado algunos a destino —dijo Mariano y sacó una parva de papeles de su saca.

Pasaron las cartas de mano en mano. La conspiración era más que evidente. Manuel levantó la vista y la detuvo en el busto de Su Majestad Fernando VII. Era incomprensible que un rejunte de españoles quisieran deponer a la flamante Junta.

Se preguntaba si el listado de enemigos sumaría algunos apellidos que lo inquietarían aún más.

—Mañana mismo necesito a esos hombres en este salón para anunciarles su destino. No los quiero ni un minuto más en mi territorio. Juan José, explícales cómo llevaremos a cabo los hechos —señaló Saavedra.

—Señores, los embarcaremos inmediatamente y sin darles demasiadas explicaciones. No las necesitan, nosotros sí. Los llevaremos al muelle a las ocho de la noche, en unos coches privados y bien custodiados por más de quinientos efectivos. Allí los embarcaremos en una nave inglesa.

—¿Cuál es la elegida? —preguntó Paso.

—La balandra mercante Dart. Su capitán, Marcos Bayfield, ya está apalabrado y dispuesto a cumplir —respondió Castelli—. Debemos nombrar un apoderado para cada uno de los expatriados, para que se hagan cargo de sus bienes y acciones, y cuiden de sus familias.

—Hacemos bien en sacarlos cuanto antes. Un día más en la ciudad y no nos haremos responsables por sus vidas. Conozco a varios que pagarían por tomar los destinos de esos hombres en sus manos —agregó Manuel.

Saavedra asintió. No quería muertos sobre sus espaldas. Y agregó que las familias de los casados viajarían en otro navío. Aún deliberaban el destino de los desterrados.

—Debemos preparar las calles de la ciudad. No quiero sorpresas. Que el camino esté despejado —dijo el presidente con gesto aliviado. Suponía que el plan no saldría de esas cuatro paredes. Y estaba en lo cierto. No había traidores entre ellos.

—¿Agregamos algún otro nombre a la lista de indeseables? —preguntó Manuel como quien no quiere la cosa.

—Tengo algunos más, conocidos de muchos de nosotros. Pero aún no tengo confirmación certera y no quiero estigmatizar a inocentes. Pero estén seguros de que en cuanto tenga las pruebas, los nombro. Si es así como creo, quienes mañana no salgan del muelle con la asistencia inglesa son más peligrosos que Cisneros y sus secuaces —apuró Moreno y sus ojos de carbón brillaban como nunca.

Belgrano lo miró fijo. Quería preguntarle si el navarro era un godo conspirador. Pepa ya le había susurrado algunos hechos sospechosos, pero no quería meterla en esto. No podía hacerla su cómplice. Lo último que quería era que la vida de ella corriera peligro.

—Manuel, antes de que me olvide, me ha recordado tu primo que ayer ha sido tu cumpleaños. No todos los días se cumplen cuarenta —sonrió distendido, Saavedra—. No tenemos vino en el recinto, pero levanto una copa simbólica en tu nombre.

Todos lo felicitaron y él agradeció. Ni se había dado cuenta de la fecha. Era un hombre y se había olvidado de los festejos. Aquellos tiempos, cuando las celebraciones duraban más de un día, habían quedado muy atrás. Ni siquiera vivía en Buenos Aires. Lo único que añoraba era un abrazo de Pepa. Y tal vez algo más.

* * *

El hermetismo de las cuatro paredes de la recámara les permitió mantener esa conversación en privado. Pepa y Juan Esteban necesitaban estar a solas y en cualquier otro lugar de la casa siempre corrían el riesgo de ser interrumpidos.

Él tenía urgencia por hablar. Hacía días que elaboraba la manera de abordar el asunto. Era de vida o muerte. Y nunca mejor usado el término.

Pepa le hizo caso y se acomodó en el sillón. La cara de Juan Esteban estaba atravesada por la preocupación. Era evidente que algo le pasaba. Acercó una silla y se sentó frente a su mujer. Tomó aire y se cruzó de brazos. Su cabeza era un torbellino, era tal el enjambre de ideas que no sabía por dónde empezar.

—Querida, estamos metidos en problemas. O mejor dicho, lo estoy.

Lo miró con desconfianza. Le pareció demasiado extraño que quisiera hablar con ella. No era una práctica habitual en él.

—Debemos salir cuanto antes de aquí. Nuestras vidas corren peligro —estiró los brazos y la tomó de las manos. La miró con ansias.

—¿De qué me hablas, Juan? Estás loco, ¿quién te ha llenado la cabeza? —Pepa entendió al instante de qué se trataba la zozobra de su marido.

—Esos infames de la Junta de Gobierno persiguen a cualquiera que piense

diferente. Somos perseguidos políticos, mi querida.

—No me metas en tus asuntos, a mí no me persigue nadie. ¿No exageras?

Ezcurra sopló con fastidio. No estaba para cuestionamientos. Tampoco tenía ganas de explicar demasiado.

—No seas necia, Pepa. La ciudad entera sabe lo que está pasando. ¿Te parece normal que hayan fletado a su excelencia y a los oidores rumbo a no sabemos dónde? Y por si no estás enterada, la orden es asesinarlos a sangre fría —la soltó y se abrió el botón de la camisa.

Pepa tenía otra versión de los hechos. El enemigo no era el señalado por su esposo. Había que elegir, estar de un lado o del otro. Y ella ya había tomado una decisión. Sin embargo, entendía que era mejor no hablar de esas cosas en su casa. Y menos delante de su marido.

—Yo no me puedo ir de Buenos Aires, querido. Esta es mi ciudad, aquí nací y aquí elijo vivir. Mis padres han elegido también esta casa. Te ruego que me comprendas —habló entrecortado, con lágrimas en los ojos—. Pero también te entiendo y sé que las cosas se han puesto imposibles para ti. Los negocios ya no funcionan como antes. Y sé que si no puedes vender nada es lo mismo que la desaparición en vida.

Juan Esteban la miró fijo. Él se había casado para vivir junto a ella hasta el fin de sus días. Pero también entendía que era difícil obligarla a que lo siguiera a Cádiz, a que se separara de su familia. Era imposible. No podía ser tan egoísta.

—¿Pero entiendes que si me quedo aquí me entrego a la muerte?

Pepa se levantó y se acercó a la silla de su marido. Se hincó y apoyó su cara contra las piernas de él. Lloró desconsoladamente. Se sentía una basura, sucia. Por un lado quería que Juan Esteban subiera a la primera embarcación que lo sacara de Buenos Aires para poder correr a los brazos de Manuel, y por otro, sentía un cariño inconmensurable por ese hombre que la había cuidado y atendido lo mejor que había podido. No tenía nada para reclamarle. Había sido y era un buen esposo. No podía decir lo mismo de ella.

—Sí, te comprendo. Mejor que nadie.

Y lo último que querría es que murieras por mi culpa.

—Te propongo que parta yo primero, establezca bien las cosas, y cuando sientas que estás en condiciones, me sigas —le levantó la cara y la miró con ternura.

—Quiero que sepas que has sido y eres un hombre con todas las letras —le costaba hablar, el nudo en el pecho apretaba más que nunca.

Juan Esteban la ayudó a erguirse y la sentó sobre sus piernas. La abrazó y así permanecieron durante un largo rato. Él también estaba triste. Pepa, su Pepita.

No entendía bien por qué, pero sintió que se despedía para siempre.

—Mañana mismo le doy consistencia a mi partida. Pero te ruego que no te apene. No nos digamos adiós, solo un hasta pronto, ¿qué te parece? —intentó una sonrisa tenue, pero en su mirada se adivinaba la duda.

—Te prometo que contaré los días uno a uno, hasta que nos volvamos a encontrar. Quién te dice, mi querido, tal vez las cosas cambien en Buenos Aires y podamos reunirnos en poco tiempo, ¿no?

Le quitó los rizos de la mejilla y la besó con ternura. Pepa se detestó por no odiarlo. Así sería todo mucho más fácil. Quería a Juan Esteban, y eso lo único que hacía era dificultar las cosas. Apoyó la cara en su pecho y la penumbra fue ganando terreno de a poco. Así, entre luces y sombras, permanecieron en silencio. En la habitación se sentían a resguardo. Afuera, en cambio, la revolución ganaba cada resquicio de las calles. Más y más.

Capítulo IX

Sin ningún inconveniente, Juan Esteban había partido en un bergantín solo ocupado por españoles. Su familia política no le había podido hacer una fiesta de despedida ni mucho menos. La premisa era que pasara inadvertido. Ni siquiera Pepa o sus suegros habían ido al muelle a saludarlo. Todo se había realizado en la más absoluta discreción. Los ajustes de cuentas de los patriotas habían crecido con el correr de las semanas. Con solo descubrir intereses opositores en algún ciudadano, les era más que suficiente para el disparo de muerte.

El navarro había arreglado todas sus cosas en Buenos Aires. Los señores Iturriaga serían sus corresponsales en la ciudad y él se encargaría desde su nueva casa de comercio en Cádiz. Prolijo y obsesivo, no partió hasta ordenar al detalle todos sus negocios.

En el mismo momento en que Ezcurra cerraba la puerta de calle, Pepa se dispuso a escribir una corta esquela que entregó con disimulo a Rufina, su esclava de confianza. La negra salió disparada rumbo al destino de la carta, la casa de Manuel. Y así comenzaron una comunicación fluida, con correspondencia que iba y venía gracias a la criada, que mantenía todo en un silencio sepulcral. Hasta que llegó el día. Él la convidó y ella aceptó. Pepa leyó y releyó la invitación de Manuel. Era hora de que se encontraran. Y ya sin gentío alrededor. Entendió al instante lo que aquellas pocas palabras sugerían. Sabía a qué se arriesgaba si franqueaba esa puerta. Y no dudó ni un segundo. Sacó la mantilla más larga del cajón de la cómoda y, sin darle explicaciones a nadie, partió. No sabía qué camino tomar, tenía pánico de que alguien la reconociera en el trayecto. Era absurdo porque, aunque se cruzara con algún conocido, nada podía delatarla. Solo la extraña sensación que la dominaba.

Prefirió tomar por Villanueva en vez de ir hasta Pirán^[34]. Esta calle estaba más transitada. Esperaba no encontrarse con nadie, estaba convencida de que ni una mentira piadosa sería capaz de inventar. Envuelta en la mantilla y con la mirada vuelta hacia el empedrado, atravesó esas cinco cuadras hasta que llegó a Ribas^[35]. Debía girar y allí, a mitad de cuadra, se situaba la dirección que le había mandado Manuel por carta. No vivía ahí, continuaba en su casa familiar. Ese era su lugar privado. Adonde podía instalarse sin recibir a nadie que no quisiese. Allí compartía tiempo con gente elegida. Ahora le tocaba a ella. El barrio era perfecto. A pesar de que podía llegar a pie, estaba alejado de la zona que solía frecuentar.

Temía que los latidos de su corazón se escucharan en las casas que iba dejando atrás. Luego de atravesar un pasillo, llegó a la puerta indicada. Sus nudillos blancos golpearon con suavidad. Aguardó con ansiedad. Ni un movimiento. Volvió a tocar. Detrás de ella, por la vereda, pasaban transeúntes. Escuchaba las botas contra el piso. Estaba paralizada de miedo. ¿Y si la hubieran seguido? Había pasado demasiado tiempo. Se ajustó la mantilla y giró para emprender la retirada. Y la puerta se abrió de

par en par. Del otro lado, Manuel. Le volvió el alma al cuerpo. En mangas de camisa, estiró su brazo y con una sonrisa inmensa la invitó a pasar. Pepa lo tomó de la mano y se dejó conducir hacia el interior.

—Te ibas, Pepita. ¿Te habías arrepentido?

—De ningún modo. Pero temía que me reconocieran.

—¿Y cuál sería el problema?

—Soy una mujer casada, Manuel. Aunque no lo parezca.

La conversación aligeraba los ánimos. Los dos estaban nerviosos por lo incipiente del acto. Luego de tantos años y tantas dificultades y obstáculos entre ellos, podrían liberar todo lo que habían ocultado.

—Pero tu marido se fue. Para siempre. No lo volverás a ver nunca más —se levantó de la silla y se acercó de a poco a la muchacha.

Pepa sintió que se sacaba un peso de encima. Sentir que Juan Esteban estaba a miles de leguas de distancia y sin la posibilidad de verlo, la aliviaba enormemente. Prefería no pensar más.

No quería que su cabeza le jugara una mala pasada.

Manuel la tomó de la mano y la incorporó. La atrajo contra sí y la miró. Aquellos ojos azules lo miraban con ansias. Y la besó. Se besaron largamente, como si tuvieran la necesidad de hacerlo en el secreto de esa casa. Y como si les hubiera urgido ponerse al día después de tantos años de alejamiento. Pepa sintió las manos de Manuel sobre su espalda. El paño de su vestido era grueso, pero era tal el deseo de sentir el cuerpo de ese hombre pegado al suyo que sentía las caricias como si no llevara nada puesto.

Le desabrochó los botones del vestido con destreza. Uno por uno y hasta el final. Se lo bajó y ella se dejó hacer. Sentía una alegría infinita.

—Soñaba con este momento, Pepa. Eres la mujer más bella del mundo.

Ella largó una carcajada y tomó aire.

Él la observó allí, parada e inmóvil, con el corset ajustado sobre la piel blanca, la enagua blanca y las medias de seda pegadas a las piernas bien torneadas.

Manuel se abrió la camisa y Pepa le pasó la mano por el pecho. Volvieron a besarse y él la empujó con suavidad hacia la otra habitación, hacia la cama. Sin soltarla en ningún momento, la acostó. Se quitaron toda la ropa que interfería entre ellos. Se tocaron, besaron y reconocieron el cuerpo del otro, como si fueran amantes de toda la vida.

Y así pasaron las horas. Entre minutos de descanso, para luego volver a amarse como si fuera por última vez. Eran cómplices de por vida.

* * *

El objetivo de la Junta era lograr la lealtad de las provincias del norte y continuar con los países vecinos. La Colonia del Sacramento les había reconocido autoridad. Lo

mismo había sucedido con el teniente gobernador de Santa Fe, don Prudencio María Gastañudy, el Cabildo de San Luis y el de Mendoza. En cambio, los vínculos con el gobernador de Córdoba, Gutiérrez de la Concha, no eran de lo mejor, al igual que con los de Montevideo y del Alto Perú. Habían llegado noticias a Buenos Aires de que pretendían resistir y arrastrar a las provincias vecinas a la revuelta.

Una de las operaciones en las que la Junta ocupó mucho tiempo fue la de organizar una expedición de unos mil hombres rumbo al norte para consolidar relaciones. Y en pos de recibir donaciones —que eran siempre bienvenidas— habían designado al vocal don Miguel de Azcuénaga para la tarea.

Sentían que no tenían tiempo que perder. Más que nunca, debían aprovechar el devenir de los acontecimientos y armar a aquellos que estuvieran dispuestos. A principios de agosto y considerando el interés de muchos jóvenes, decidieron formar dos compañías de cien hombres cada una, que auxiliarían a las tropas de guarnición. Los capitanes don José Agustín de Aguirre y don Pedro Lobos se pusieron a la orden de Belgrano.

Desde Saavedra hasta Paso, todos se entregaban en cuerpo y alma a la causa. Las horas del día no les eran suficientes para concretar todo lo que pergeñaban. Con más o menos experiencia militar, los hombres de la Junta ejecutaban su plan. Sin embargo, a medida que pasaron las semanas, las relaciones con algunos territorios fueron de mal en peor. El 19 de agosto cortaron las comunicaciones con el Paraguay y a principios de septiembre lo mismo sucedió con la Banda Oriental. Luego de una activa asamblea, la Junta tuvo que tomar una decisión intempestiva. El norte representaba un peligro real y no podían exponerse a tanto. Fue así que designaron a Belgrano como comandante en jefe de un improvisado ejército compuesto por el nuevo Regimiento de Caballería de la Patria y las milicias que pudiera ir reclutando a medida que atravesara las provincias. Sintió la obligación de aceptar, a pesar de sus pobres conocimientos militares.

Pero no era la única impresión que sentía. Además percibía una incipiente desunión entre sus compañeros. Quiso dar el ejemplo, demostrar que, al solo grito libertario, los camaradas del Partido de la Revolución aspirarían a conseguirlo. Sin embargo, no pudo ser. Volvió a caer en cama. La febrícula lo postró más de lo que hubiera querido.

La última semana de septiembre y aún convaleciente, recibió instrucciones de la Junta. Debía llevar a cabo la expedición al Paraguay de inmediato, y poner a su disposición las milicias de Corrientes y Misiones. Debía partir a San Nicolás de los Arroyos y sumar fuerzas a su paso, comenzando por los Blandengues de Santa Fe. Partiría con amplias facultades. De ser necesario podía ejecutar al Obispo, al Gobernador y a los principales causantes de la resistencia.

En un día, Manuel organizó su partida. No quería ser señalado de capitalino o poco amigo de los riesgos. A pesar de no ser demasiado ducho en esas lides, supo al instante que no iba bien equipado al campo de batalla. Las carabinas eran viejas y los

soldados dejaban mucho que desear. Pero no iba a ser él quien elevara una queja antes de partir. Así las cosas, estaba obligado a asumirlas. No pudo despedirse como hubiera querido. Montó sobre su caballo y partió.

* * *

Encarnación quería hablar con su hermana pero no encontraba el momento. Estaban rodeadas de padres, hermanos y domésticas todo el tiempo. Así era imposible. Sobre todo porque lo que la requería era de índole privada. Hasta que llegó la tarde en que se paró al lado del gran ventanal que daba a la calle y aguardó a que Pepa regresara de su paseo. La espera se hizo eterna pero bien valió la pena. La vio cruzando y corrió a la puerta. Salió y la interceptó.

—Vamos a dar una vuelta a la manzana. Y no acepto un no como respuesta —la apuró y la tomó del brazo para iniciar la caminata.

Pepa la miró asombrada y no tuvo ni tiempo de negarse.

—Discúlpame, pero no encuentro un lugar donde podamos conversar a solas.

—Tienes razón, Encarna. Pero no entiendo qué es lo que te apura tanto que casi me tiras al piso —sonrió su hermana mayor. Hacía varias semanas que el humor de Pepa había cambiado radicalmente. Ya no era la que solía ser.

La mirada le brillaba, había vuelto a reír y la notaba más solícita, menos ensimismada.

—Tú andas en algo y no puedes negármelo. De más está decir que soporté estoica que no me contaras nada acerca de ese beso apasionado con el vocal de la Junta. Está bien, me lo aguanté. Pero ahora me cansé. ¿Por qué esas caras a pura sonrisa? —la zarandeó del brazo y frunció el ceño.

La calle estaba transitada. El calor primaveral invitaba a los transeúntes, que se cruzaban, cada uno en su asunto.

—Eres demasiado curiosa, niña. No me pasa nada. ¿A qué se debe este interrogatorio? —pero su gesto la delató.

—Te voy a marear, Pepa. Si no confieras, vamos a dar tantas vueltas que haremos una zanja en la calle —intentó, zalamera, Encarnación.

—Pues serás, entonces, la única persona a la que le confíe lo que vivo. Y me prometes, otra vez, un silencio de tumba.

Encarnación besó la señal de la cruz con los dedos a modo de juramento formal y se detuvo frente a su hermana. No quería perderse ni un detalle. Adoraba las historias de pasión, a pesar de no haber experimentado ninguna.

—Como bien supones, vivo un romance con Manuel. He tratado por todos los medios de alejarme de él, pero me ha sido imposible. Nos amamos a pesar de todo y de todos.

La jovencita abrió los ojos y la boca, repleta de asombro. Algo intuía, pero escuchar la confirmación de boca de su hermana la había dejado sin habla.

—No me mires con esa cara, Encarnación.

—Ninguna cara, Pepa. Siempre lo supe —sonrió y parpadeó sin cesar.

Tomó a su hermana menor de las manos y la miró con complicidad.

—Y conocí la casa chica de Manuel, Encarna. Enloquezco por estar junto a él —le confesó en voz baja.

—¡Pero eres una mujer casada! Debes cumplir las obligaciones de esposa, Pepa —la acusó.

—¿Casada con un hombre que se fue, que me dejó? ¿Cumplir los votos con quién? Mira, si hay algo que haré luego de tantos años de infelicidad, será aprovechar mi estatuto de señora casada. Tengo las libertades de una mujer que se ha casado, así que salgo, hago y deshago. Juan Esteban está en Cádiz, a miles de leguas de distancia. En cambio, Manuel está aquí conmigo.

—Bueno, eso que dices que está contigo es una falacia. La Junta está desperdigada, así lo dijo Tatita los otros días. Señaló que las cosas dentro del gobierno no están nada bien, y parece que tu Manuel partió al campo de batalla.

Pepa no pudo disimular la angustia. Ahora que podía vivir su amor sin la ansiedad de la presencia de su marido, su amante montaba a caballo y se iba. ¿Sería víctima de un embrujo? ¿Por qué nada le salía bien? ¿Tal vez era una señal del Todopoderoso? Movi6 la cabeza como para quitar los malos pensamientos de adentro.

—Perd6name, no quise lastimarte. Adem6s, no soy qu6n para juzgarte.

Eres mi hermana adorada, antes que nada. Y voy a defenderte siempre, aunque no est6 de acuerdo con tus actos. Solo quiero recordarte que vives en pecado —Encarnaci6n le apret6 las manos con ternura. Quiso cuidarla con el gesto. Lo 6ltimo que quer6a era que Pepa sufriera por amor.

—No quiero pensar en Dios en este momento. Creo que me merezco un poco de felicidad, Encarna. Manuel y yo nos amamos desde hace a6os pero Tatita intervino entre nosotros. No me qued6 otra que cumplir con el mandato familiar, pero nunca dej6 de amarlo.

Nos hemos reencontrado y siento que debo seguir mis impulsos.

—Si es as6, hazlo. Jam6s abrir6 la boca, no te traicionar6. Pero debes saber que todo esto me da mala espina. No quiero que te se6alen, que piensen que eres una mala mujer.

Pepa neg6 con vehemencia y continu6 con la caminata. En silencio llegaron a la puerta de su casa. Mir6 a su hermana. Sin palabras, dijo todo. Le pidi6 consideraci6n. Sus ojos suplicaban complicidad y entendimiento.

* * *

Manuel hab6a salido a los caminos a los pocos d6as de recibir la instrucci6n de la Junta. Con apenas una escolta a su mando lleg6 a San Nicol6s de los Arroyos y se reuni6 con el sargento mayor Jos6 Ildefonso Machain, que lo esperaba con ciento

sesenta hombres. A los dos días de llegar se había dado cuenta de que estaba rodeado de soldados inexpertos, más ocupados en avivar fogatas que en cuadrarse. Y no solo eso. Las carabinas, al tercer tiro, se transformaban en un cascajo de hierro inservible. A pesar de los problemas, no perdió las esperanzas y organizó la partida. Las tropas de infantería y caballería, al mando de Juan Ramón Balcarce, Machain y el capitán José Ramón de Elorga, siguieron las instrucciones de Belgrano y en fila india remontaron el curso del río Paraná.

El 1° de octubre y al caer la tarde encontraron un lugar adecuado para desensillar. A orillas del río Salado, en Santo Tomé, armaron las tiendas de campaña y a la mañana siguiente, bien temprano, Manuel arrancó rumbo a Santa Fe, dejando uno de los destacamentos a las órdenes de Balcarce. Al anochecer llegó a la ciudad y a pesar de haber preferido una entrada discreta y silenciosa, el recibimiento fue de una gran algarabía. El teniente gobernador, coronel don Manuel Ruiz, al enterarse del pronto arribo organizó con velocidad un recibimiento acorde a la importancia del recién llegado. Una gran aglomeración de pobladores lo recibió con vítores, aclamaciones y algún que otro sombrero al aire. Belgrano se mostró muy agradecido y, en cuanto pudo, reclamó sus ganas de descansar. Fue directo al convento de Santo Domingo. No dudó ni un segundo, allí se albergaría. No quería causar gastos a nadie.

Al presentarse al presbítero Isidro Guerra y al prior José Grela, no pusieron objeción. Querían rendirle honores al hijo de tan fervoroso dominico. La celda en la que se alojó era bien modesta pero perfecta para las necesidades de Manuel. En la plazoleta, un grupo de milicianos le hacía guardia permanente. La primera noche solo se dedicó a dormir. Le urgía descansar aunque más no fuera algunas horas. Al despertarse a la mañana bien temprano, lo primero que hizo fue asistir a misa. Quería rezar, escuchar un poco de silencio, vaciar su mente para atender las cosas importantes. Al finalizar sus oraciones, se persignó e incorporó. Caminó hasta la puerta y allí lo esperaban el prior y una mujer.

—Buenos días, fray José, señora —agachó la cabeza y extendió el brazo para besarle la mano. La dama, a pesar del clima cálido, estaba vestida de negro, con la camisa abotonada hasta arriba.

—Excelencia, quería preguntarle si necesitaba algo, y presentarle a doña Gregoria Pérez Larramendi de Denis, terciaria dominica y ex priora de la Hermandad.

—Buenos días, General. Todas las mañanas rezo el Rosario aquí y sé de su campaña. Conozco los hechos revolucionarios de Buenos Aires de unos meses atrás. Soy viuda, mi adorado esposo me ha dejado con hijos y fortuna. Pero no por eso desvalida y fuera de la realidad, don Manuel. Fray José me ha hablado loas de usted y de la obra de su padre. Quisiera colaborar con ustedes y, si me permite, introducirlo a ciertas personas de la sociedad santafesina. Estarán encantados de conocerlo —dijo, con una sonrisa cordial y el rosario de perlas enroscado en la mano derecha.

Manuel devolvió el convite y sonrió también. Iba a permanecer algunas semanas en la ciudad y le venía de maravillas esta dama bien intencionada y generosa para

intercambiar ideas, escuchar lo que aquella población tenía para decir y, por qué no, ver si la ayuda que ofrecían podía ser aceptada. Se avecinaban jornadas llenas de trabajo.

—Doña Gregoria, hemos armado mi despacho en una de las celdas del convento. Puedo recibir a todos quienes quieran verme. Es pequeña y modesta, no necesito más. De a dos, a lo sumo —lanzó una carcajada prístina.

Miró a fray José y el dominico asintió con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Esta noche pienso ofrecerle una comida de bienvenida en mi finca sobre el río Feliciano. Me gustaría que venga. Con sus camaradas si le parece. Allí los espero con los más distinguidos de la ciudad. Quién sabe, don Manuel, tal vez algunas almas caritativas ofrezcan donaciones —doña Gregoria extendió la mano para saludarlo, se despidió del dominico y partió.

—Es una gran señora, vuestra excelencia. Y la gente de esta ciudad es muy buena. Ya verá que harán todo lo humanamente posible por ayudar —dijo el fraile con la serenidad que lo caracterizaba.

Manuel perdió la mirada y la sonrisa permaneció como un gesto dibujado. Lo palmeó en el hombro y se despidió. Tenía mucho por hacer. En breves se reuniría con los oficiales en su improvisado despacho. La mesa estaba dominada por una decena de mapas.

* * *

Solo había recibido una esquela de pocas líneas donde le avisaba que había debido partir por fuerza mayor. No debía ser injusta, algunas palabras bonitas adornaban la despedida. Pero no mucho más. Entre la decepción y la ira, Pepa había escondido la carta en el cajón del tocador. Ya habían pasado varios días desde ese hecho demoledor. Y nada, ni una noticia de Manuel.

Se miró al espejo y enruló aún más el mechón que le enmarcaba el costado izquierdo de la cara. Y salió de su recámara. Quería conversar con su padre, tal vez él tuviera alguna noticia de las últimas maniobras de la Junta. Con paso firme se dirigió al despacho, pidió permiso, pero nada. La habitación estaba vacía.

—¿Buscas a tu padre, Pepa? —su madre salía de la cocina, secándose las manos—. Pues no está, nunca llega tan temprano a casa, m'hija. ¿En dónde tienes la cabeza?

Miró a Teodora con fastidio. No la culpaba por la ausencia de su padre, pero el malhumor que la dominaba en esos días iba en aumento. Notó que su madre había acusado recibo y para evitar malos entendidos arremetió:

—Es que necesitaba hacerle algunas preguntas. Nada importante.

—Hace días que tu cara habla de otra cosa, m'hijita. No sé qué es lo que te ocurre, pero parece de importancia, en efecto.

No le gustaba cuando sus padres intentaban meterse en su vida. Ya era una mujer

adulta, tenía veinticinco años. ¿Durante cuánto tiempo debía soportar la intrusión de su familia? Para algo se había casado.

—Ay, madre, nadie me entiende en esta casa. No me pasa nada de orden superior; tal vez pensamientos, ideas, nada. Me preocupa mi ciudad, ¿a ti no? Comienzan los hedores en las calles y me repugnan.

Teodora la tomó del brazo y con suavidad la arrastró a la sala. No quería permanecer parada en un pasillo. La cansaba. Y además prefería sentarla enfrente de ella para mantener una conversación como correspondía, no a las apuradas.

—¿Ahora te inquietan los asuntos ciudadanos? ¿Y desde cuándo?

—De toda la vida, mamita.

—¿Y eso era lo que ibas a compartir con tu padre?

Pepa tomó envión para responder pero se quedó con la boca abierta. Era un disparate y su madre no era tonta.

—¿Qué pasa, hija querida?

—Quería preguntarle a Tatita si tenía alguna noticia de la Junta.

—No hay nada menos interesante que eso, Pepa.

—Pues a mí me preocupa lo que el gobierno está haciendo por Buenos Aires, madre.

—Esas son cuestiones de hombres y no debes meterte ahí.

No entendía por qué se le negaba un poco de información solo por ser mujer. Además, como si no escucharan por detrás de las puertas cuando se llevaban a cabo las reuniones masculinas supuestamente secretas. Detestaba la hipocresía.

—No pido un arma para salir a los tiros, madre. Solo intento estar al tanto de algunas cuestiones. Nada más.

Teodora suspiró entregada. A veces no sabía cómo acercarse a su hija querida. La veía tan bonita y curiosa, pero destemplada. Quería ayudarla, que confiara en ella. Aquella relación tan estrecha que habían construido durante la infancia se había distanciado un poco.

Esas mañanas en el patio, con los libros religiosos y las lecturas compartidas habían quedado allá lejos en el tiempo. Ahora era otra mujer.

—Te entiendo, Pepita, sé que no debe ser fácil que tu marido esté a miles de leguas de distancia. Pero debes serenar tu espíritu, calmar tus ansias.

—Estoy serena, madre. Mírame adentro de esta casa, encerrada como si hubiera cometido un delito. Nada más alejado, no soy culpable de nada.

Encarnación se detuvo debajo del marco de la puerta. Había llegado, sigilosa, y escuchado casi toda la conversación. Las miró fijo a ambas.

—Ven, Encarna, siéntate a mi lado. No hablamos nada que no puedas escuchar, ¿no es cierto, mamita? —y Pepa extendió el brazo, invitándola.

La jovencita se acomodó en el sillón, pegada a su hermana.

—Mamá cree que estoy destemplada —le clavó los ojos azules—. Ni siquiera he atendido las invitaciones a algunas tertulias.

—Más te valiera, Pepa. Debes guardar las apariencias, estás desposada aunque Juan Esteban no se encuentre en la ciudad. Si fueras viuda sería otra cosa, pero tu marido está vivo.

Encarnación bajó la vista. No quería que su madre notara los colores en sus mejillas. No sabía mentir.

—Vamos a la cocina, chiquilla, acompáñame a por unos bollos con azúcar. ¿Tienes hambre como yo? —se levantó de un salto y conminó a su hermana a que la siguiera.

Teodora permaneció en la sala. La intriga la carcomía. ¿Qué pasaba en el alma de su hija mayor?

* * *

La gran sala en casa de doña Gregoria recibía a lo mejor de Santa Fe. Allí se reunían para agasajar a don Manuel Belgrano y sus camaradas. Desde el Teniente Gobernador hasta los dominicos que le habían ofrecido hospedaje, desde los comerciantes don Francisco Alsogaray y don José Clucellas hasta el poderoso hacendado del litoral don Francisco Antonio Candiotti, todos le rendían honores. Sin embargo, no eran ellos los únicos atraídos por la figura del porteño. El sector femenino también le prestaba atención. Unas cuantas jóvenes que habían sido convidadas a la reunión no escondían ni un poco la atracción que sentían por Manuel. Deslumbradas, le sacaban tema en cuanto lo soltaban los hombres de la fiesta.

La larga mesa de madera fue ocupada en su totalidad. El puchero de cordero de doña Gregoria causó exclamaciones de admiración. Y por suerte la cantidad de pastelitos de dulce de membrillo era succulenta. La esclava de la dueña de casa era una gran cocinera.

Manuel estaba sentado a la izquierda de la dueña de casa, que ocupaba la cabecera, y al otro lado lo tenía a Candiotti. El hombre, a pesar de sus sesenta y siete años, derramaba vitalidad y entusiasmo. Quiso saber todo lo que acontecía en Buenos Aires y los planes que traían. Mientras las risotadas generalizadas inundaban el comedor, Manuel y don Francisco conversaban en voz baja sin interrupción. El más joven le confió las preocupaciones que traía, la falta de hombres, las necesidades ineludibles, el deterioro de las armas. Pero, sobre todo, el empeño y la tenacidad que tenía. Aquellos contratiempos eran solo eso. Al ver que la charla los tenía casi aislados de los demás, el Teniente Gobernador se levantó de su lugar y acercó una silla. En cuanto pudo, intervino y le prometió dinero y materiales necesarios para la expedición. Él sabría cómo conseguirlos. No debía preocuparse.

—Estoy tranquilo, sé que formaré un ejército de gauchos para satisfacción de mis compañeros de fatiga por la Patria, un ejército de soldados —afirmó y palmeó a Ruiz en el hombro.

—Me pongo a su entera disposición, don Manuel. Si así me lo permitiera, me

ofrezco a acompañarles hasta Misiones y Paraguay. Le cedo todos mis bienes para la faena —dijo con una sonrisa Candiotti. Su pelo blanco brillaba como nunca.

—Le agradezco inmensamente, don Francisco. Es usted un hombre honradísimo. No digo ninguna novedad, me han contado que usted merece el concepto y el respeto de este vecindario.

—Mañana mismo iré a verlo el capitán Francisco Aldao, comandante de la compañía de Blandengues. Hemos tomado la determinación de cederles nuestra mejor agrupación militar —ofreció, solícito el Gobernador.

Los santafesinos querían demostrar su adhesión a la causa libertadora. Confiaban plenamente en Belgrano y sus hombres. Casi más de lo que se fiaba Manuel.

—No sé cómo agradecer semejantes votos de confianza. En una semana parto rumbo al norte, pero, mientras, quisiera conocer lo que pasa en esta provincia.

En qué condiciones viven, cómo trabaja el Cabildo, el estado de las escuelas.

Le era imposible abandonar su naturaleza. La orden de la Junta había sido que solo se ocupara de la expedición militar, que reuniera los soldados y dirigiera sus balas. Nada más. Pero a él le interesaban otras cuestiones. La condición humana.

—Luego de la reunión con Aldao, le hago un recorrido por la ciudad. Preparo un itinerario y salimos —interrumpió Ruiz.

—Perfecto, Gobernador. Me gustaría ver, sobre todo, qué escuelas hay en la ciudad. Hay que educar para formar buenos ciudadanos.

Don Francisco se peinó la pelambre encanecida hacia atrás y se paró con una copa llena en la mano. Con voz fuerte propuso un brindis en honor al general don Manuel Belgrano. La respuesta fue inmediata. Hombres y mujeres se incorporaron y copiaron el gesto. Era una noche estupenda. De delicias gastronómicas, encuentros amistosos verdaderos y promesas a cumplir. Solo faltaba seguir la marcha.

Capítulo X

A la semana partieron rumbo a La Bajada^[36] y fueron recibidos con todos los honores. Instalaron el campamento en una zona adecuada para instruir a las tropas. Belgrano recibía allí a todo aquel que pidiera una audiencia. Así fue que obtuvieron caballos y víveres por parte de algunos pobladores desprendidos. También recibió al hijo de doña Gregoria Pérez, Valentín Denis, que desensilló presto con una carta en la mano. En ella, su madre le facilitaba ganado de su propiedad para la alimentación de la tropa, vestimenta y carruajes. Sentido por la actitud generosa de la señora, le retribuyó con una esquila de agradecimiento.

Todo lo que sucedía en la barraca era informado a Buenos Aires. Manuel intercambiaba correspondencia con Moreno, a quien le confiaba, además de los asuntos puramente castrenses, sus estados de ánimo. La impaciencia por la ineptitud de los soldados, los malestares físicos que soportaba. La Junta, al enterarse y comprender el estado de las cosas, decidió mandarle al teniente coronel Gregorio Perdriel, escoltado por doscientos patricios.

Pasaban los días y el número de hombres iba en aumento. Los pocos soldados que habían comenzado la expedición ya sumaban más de seiscientos. Belgrano los organizó en tres divisiones comandadas por el sargento mayor José Ildefonso Machain. Así quedó conformado el ejército destinado a operar en el litoral y a fines de octubre repartió las instrucciones a cada jefe de división: el nivel de severidad era brutal; hasta un pequeño hurto era sancionado con la pena de muerte.

En noviembre retomaron los caminos. Atravesaron Entre Ríos deteniéndose en varias estancias a medida que avanzaban. Pasaron el arroyo Basualdo y llegaron a Corrientes. En Curuzú Cuatiá mandó a fusilar a dos desertores, bendijo la bandera amarilla, encarnada y azul que servía de estandarte de la expedición y junto a sus hombres de confianza, Perdriel y Machain, continuó la marcha.

El gobernador Velasco, en Asunción, se había enterado del movimiento expedicionario y empezó a organizar la defensa. Advertido de esto, Belgrano envió una comunicación al comandante paraguayo Pablo Thompson, que aguardaba con quinientos milicianos.

Así lo expresaba:

Traigo la paz, la unión, la amistad en mis manos para los que me reciban como deben; del mismo modo traigo la guerra y la desolación para los que no aceptaren aquellos bienes.

El comandante aceptó las condiciones, pero avanzó a los tiros contra los patriotas. La acción terminó mal para los realistas, que se vieron vencidos al instante. Pero en la Intendencia de Paraguay, Belgrano se topó con una población hostil a los patriotas.

Los que no eran partidarios del viejo orden, tampoco estaban dispuestos a aceptar la autoridad de la Junta, a la que veían como una «cosa de porteños», con los que hacía rato tenían diferencias y reclamos insatisfechos. Los avances y retrocesos continuaron. Pasaron la Navidad y el Año Nuevo en campaña y a principios de marzo tuvo lugar la batalla de Tacuarí, una derrota definitiva del ejército de Belgrano. A duras penas logró salvar lo que le quedaba de sus tropas, mediante un armisticio y el compromiso de recuzar el Paraná, que cumplió fielmente.

En Buenos Aires, las cosas habían cambiado bastante desde que había iniciado su campaña al Paraguay. La Junta se había ampliado con los diputados del interior, Moreno había renunciado, y con su primo Castelli dirigiendo la campaña en el Alto Perú las disputas en el gobierno parecían fuera de toda proporción y armonía. Mientras cumplía la orden de bajar y enviar sus hombres hacia la Banda Oriental, Manuel iba leyendo entre líneas las comunicaciones oficiales, única correspondencia que le llegaba. Estaba claro que la unión de un año antes se estaba quebrando, y los rumores de disensos corrían entre la oficialidad.

Manuel intentaba, con mucho esfuerzo, que sus hombres mantuvieran una unión de cuerpo. Se complicaba, pero no mezquinaba en la intención. Los días pasaban con una velocidad inusitada.

Las órdenes y noticias se sucedían; algo había pasado en Buenos Aires, donde todos sus antiguos camaradas habían sido desplazados del gobierno y, según parecía entenderse, muchos habían sido confinados a pueblos del interior: Rodríguez Peña, Vieytes, Larrea y hasta el moderado Azcuénaga habían sido removidos y se los tenía por indeseables, y con ellos, otros patriotas destacados, como Donado, French, Beruti. ¿Qué sería de Paso? La única esperanza parecía ser su primo Juan José allá en el norte. Solo dos noticias buenas recibió en esos días: los hacendados orientales habían alzado a la pisanada contra los godos de Montevideo y, a mediados de mayo, estalló la revolución en Asunción y los paraguayos formaron su propia Junta de Gobierno. Pero no pudo disfrutarlas: se le ordenaba regresar a Buenos Aires, para ser juzgado por su actuación en el Paraguay.

Los primeros días de junio Manuel llegó a una Buenos Aires donde podía oler la hostilidad hacia su persona de los nuevos dueños de la situación política, que respondían a Saavedra, a Martín Rodríguez, al doctor Campana y a los hombres del interior que seguían al sacerdote Gregorio Funes, deán de la catedral de Córdoba. A pesar de todo, él había entrado a su ciudad con la sensación del deber cumplido. Pese a tantas improvisaciones para crear un ejército, habían sido capaces de organizar una expedición y asegurar el litoral. La revolución podía sostener sus ideas y avanzar.

* * *

Ezcurra y su esposa tomaban el desayuno en el comedor. El frío de junio les impedía hacerlo en el patio. Cada uno con su café con leche y sus panes con manteca y azúcar,

llevaban a cabo sus actividades: Teodora controlaba los colores de su bordado y Juan Ignacio leía la Gazeta de Buenos Ayres, que la tenía consigo desde la noche anterior. Le gustaba comentar alguna que otra noticia con su mujer. Y ella lo incentivaba para que lo hiciera.

A los pocos minutos hicieron su entrada Pepa y Encarnación. Dieron los buenos días y se sentaron en sus lugares. Cada una se sirvió el café y los bollos.

—Fíjate esta novedad, Teodora. La Junta anuncia que le iniciarán una causa a Manuel Belgrano.

Pepa se atragantó con el café. Soltó la taza y tosió a más no poder. Encarnación saltó de su silla y fue a socorrer a su hermana. Le golpeó la espalda mientras Pepa elevaba los brazos. Teodora y Juan Ignacio levantaron la vista y miraron la escena con fastidio.

—Pero, m'hija, tenga más cuidado. Hay que tragar despacio —sentenció su padre y volvió a mirar el periódico.

Encarnación le pellizó el hombro a su hermana y Pepa bajó los brazos. La conminó a que volviera a su lugar. Quería que su padre continuara con el discurso. Era la primera vez que escuchaba el nombre de Manuel desde hacía meses. No había recibido ni una carta desde su partida, pero entendía que lo habían ocupado cuestiones muy importantes. Los problemas amorosos no podían convocarlo. Había estado bastante triste, pero lo perdonaba. Y solo la pronunciación de su nombre le había perforado el estómago de los nervios.

—¿Qué me contabas, querido? Algo de un enjuiciamiento —preguntó Teodora y de reojo miró a su hija mayor.

—Parece que inician una causa por el mal desempeño en Paraguay por petición del pueblo, para que se hiciesen los cargos a que hubiese lugar.

—No sé para qué mandan a gente no idónea a hacer lo que no saben —agregó su esposa, como si fuera una experta.

—Ya lo habíamos advertido en rueda de caballeros. Es un disparate emprender esas intontadas. ¿Y además, con qué fin? Bien merecido se tiene Belgrano que lo juzguen y condenen llegado el caso.

Pepa congeló la vista en el plato de loza blanca. No podía hablar frente a sus padres. Además, no tenía idea de qué se trataba lo que decían. Ella confiaba en Manuel más que en sí misma, pero escuchar que la Junta de Gobierno ponía en duda su labor, la inquietaba bastante.

—Parece que se convoca al pueblo de Buenos Aires y a las milicias de la Banda Oriental para que declaren en su contra —levantó la cabeza del papel con una leve sonrisa socarrona.

Pepa se secó la boca con la servilleta y se paró.

—Con permiso, debo salir a hacer una diligencia. En un rato estoy de regreso. Mamita, si necesita algo no tiene más que pedírmelo —ofreció para evitar cuestionamientos.

Su madre la miró con curiosidad. No precisaba nada. Dirigió la mirada hacia su otra hija. Encarnación la evitó y se escondió detrás del tazón.

—Ve nomás, Pepa. No tardes demasiado.

Casi corrió hacia su recámara. Se cambió los zapatos y se puso unos botines más resistentes. Se envolvió en la capa de terciopelo y levantó el manto sobre la cabeza. Salió a la calle y obvió el viento helado. No le importaba ni un poco. Con paso atropellado llegó a la casa chica de Manuel. Tocó a la puerta y aguardó. Nada. Reiteró la llamada. Esperó. Aquella vez que lo había visitado, había demorado en abrirle. Tal vez sucedía lo mismo en esta oportunidad. Volvió a golpear. El frío le azotaba la cara. Se quitó el manto y apoyó la oreja en la puerta. Pero no escuchó ni un ruido. Volvió a acomodarse los ropajes y enfiló hacia la calle Pirán^[37]. Había perdido la vergüenza. Iría hasta la casa familiar de Manuel. No sabía qué diría, pero necesitaba verlo.

Algo agitada, se enfrentó a la puerta conocida. Golpeó e intentó recuperar el aire. A los pocos segundos, abrieron.

—Buenos días, ¿qué se le ofrece? —preguntó Juana desde adentro, seria.

Pepa quedó demudada. No imaginó que le abrirían tan rápido. No había pensado ninguna excusa.

—¿Se encuentra Manuel? —fue directa.

—¿Y quién lo busca?

—María Josefa Ezcurra. Me conoces, soy Pepa. ¿No recuerdas la caminata por la Alameda hace años?

La hermana de Manuel la observó con detenimiento. La recordó de inmediato, y percibió problemas en el ambiente. No sabía muy bien por qué, pero no le gustaba nada lo que veía.

—Discúlpame, mi hermano no está en casa. Ha salido temprano y no sé a qué hora estará de regreso. Tampoco sé adónde ha ido —respondió Juana, sintética y directa.

Pepa tragó con dificultad. La frustración era inmensa. Manuel estaba allí cerca y no lo encontraba. Quería gritar.

—Cuando lo vea le aviso que lo buscas, si te parece.

Asintió con suavidad y se despidió. Prefería que no le viera la cara entreverada de furia y decepción. No sabía dónde más podría encontrarlo.

Seguramente estaría en el Fuerte. Pero ese no era lugar para mujeres. ¿Con qué excusa podría entrar? ¿Y si lo lograba y efectivamente se encontraba con Manuel, qué le diría? Imposible. No podía buscarlo en el Fuerte. Necesitaba reflexionar. No quería regresar a su casa. Qué mejor que una caminata sin rumbo con el viento helado sobre la cara.

* * *

Belgrano estaba reunido con algunos de los hombres fuertes de Buenos Aires.

Las cosas habían cambiado radicalmente durante su estadía fuera de la ciudad. Desde abril, los amigos y aliados de Saavedra habían quedado en control del gobierno. Y ahora se confirmaba la noticia de que Moreno, enviado en misión a Londres, no había llegado a destino. Corrían rumores, cada vez más extendidos, de que había sido envenenado en altamar. Todos se miraban de reojo, cuando no de frente y con furia. Incluso Manuel le había advertido por carta a su amigo Moreno antes del desenlace fatal, de que cuidara su lengua, que no confiara en casi nadie. Y ahora ya no estaba.

La sala grande del Fuerte parecía aún de mayores dimensiones. Eran pocos en esa reunión. Cornelio Saavedra lideraba el encuentro. A su lado ocupaba un asiento el nuevo hombre fuerte y secretario don Joaquín Campana, enfrente se había ubicado el deán Gregorio Funes, ideólogo y actor importante de la nueva facción, y en la otra punta, Juan José Paso. Manuel eligió sentarse a su lado. Lo sabía cercano a sus ideales, y de alguna manera se sentía más protegido.

Estaba al tanto de las últimas novedades que circulaban en Buenos Aires. Prefirió no lanzarlas a la mesa. Mejor escuchar antes que hablar. Las cosas no estaban bien. El juicio que caía sobre sus espaldas aún estaba pendiente.

—Nos llegan noticias funestas desde el norte. Otra derrota más —largó Campana con la mirada puesta en el recién llegado—. Y tan grave, que la suya es pequeña al lado de esta.

Manuel se puso pálido, pero no se animó a imaginar ni a preguntar qué había ocurrido. Campana extendió el silencio antes de continuar, con una frialdad que parecía estudiada.

—Se trata de su primo, General, el revés llega de su mano. Castelli ha sido vencido en el Alto Perú, en el Desaguadero. Habrá que registrar el 20 de junio como una fecha funesta, por lo visto. Según los partes que acabamos de recibir, ese día en el paraje de Huaqui, y contra todas las advertencias enviadas por este gobierno, se empeñó una batalla campal, y todo indica que terminó en desastre. Hasta donde sabemos, ahora el ejército está en retirada, si no en desbandada, perseguido por el adversario. Debemos pensar cómo seguir —dijo al fin el Secretario, y sus ojos azules se perdieron sin mirar a nadie.

Funes se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa. Su sotana negra estaba impoluta.

—Don Joaquín, no habrá más remedio que comunicarlo en la Gazeta. Os pongo sobre aviso, pero no os preocupéis, saldremos todos bien parados —advirtió el deán, quien luego de la gresca de abril se había posicionado como director del periódico—. Lo que quiero dejar bien claro es mi postura ante el desastre de Huaqui. Insto a que el pueblo resista. Hasta las últimas consecuencias.

La reunión parecía una toma de examen. Manuel sentía que, tras cada alocución, lo miraban a la espera de algo que él todavía no entendía. Pero era evidente que le tomaban el tiempo. Se había salvado de tomar partido en abril. Ahora se encontraba

con todos, frente a frente.

—Entenderán que defenderé a mi primo hasta las últimas consecuencias. Solo un imbécil puede creer que a una derrota se llega adrede. Habrá luchado hasta el final. No necesitan que yo les explique quién es el doctor Juan José Castelli. No hay hombre más criterioso y fiel a la causa que él —respondió Manuel sin mover un músculo de la cara. La furia ganaba la partida.

—Nadie culpa a Castelli, por favor. Solo hacemos una descripción de los acontecimientos —calmó los ánimos Paso.

—Les suplico, entonces, que me digan si se sabe qué es de su suerte —pidió Manuel, deseando que esos hombres aún conservasen algo de piedad—. Y, como espero comprendan, mi interés va más allá del parentesco. Ya bastante desgracia ha sido para nuestro gobierno la muerte del doctor Moreno y las noticias que circulan.

Un silencio mortal invadió la sala. No voló ni una mosca. Como si una sombra oscura atravesara la cara de todos, el tiempo se detuvo.

—Pobre Moreno, es una pérdida irremediable —apuró Saavedra—. Nos tuvo enemistados al final de sus días, pero acepto que fue un hombre superior. Una lástima que le hayan dado la medicación equivocada. Ya sé, me imagino que a sus oídos habrán llegado los rumores que siembran algunos conspiradores salidos del Infierno. Pero no debe prestar atención a esas pavadas.

Campana y Funes se miraron entre sí. Todos sabían de qué hablaba Belgrano. Por más que Saavedra quisiera silenciar el rumor, este se transformaba minuto a minuto en una bomba con la mecha encendida.

—En cuanto a don Juan José —retomó Saavedra—, lo que hasta ahora sabemos es que está sano y libre del enemigo, al igual que todo el cuartel maestro del Ejército Auxiliador, aunque en una agitada retirada hacia Potosí. Ya veremos qué se hace para remediar la situación y ponerle orden. Pero la citación a esta pequeña junta obedece a otros asuntos, como ya sabe, don Manuel. Las circunstancias hacen necesario que el sumario por lo del Paraguay se resuelva cuanto antes, como bien se podrá imaginar.

—¿Tienes algo para agregar acerca de la expedición fallida? —intervino Paso, con un tono como para poner paños fríos.

—Lo único que puedo decir al respecto es que quiero salvar el honor del Ejército de Observación y de todos sus hombres de las injurias que gravitan sobre mi persona de un modo público. Jamás di un motivo y estoy dispuesto a que se juzgue mi conducta.

Lo observaban al detalle. Parecían fieras agazapadas frente a una presa inocente. Y Manuel lo sabía. Pero no sabía manejarse de otro modo que no fuera con la verdad. Algo de cintura había adquirido a lo largo de los años. Sin embargo, la hipocresía de algunos lo sacaba de las casillas.

—Espero también que se me absuelva de los cargos injustamente vertidos. He sido y soy un ciudadano honrado y un militar que sabe cumplir con sus deberes. No entiendo por qué se me culpa de traición y más. Pero acepto las condiciones.

Saavedra, Campana y Funes intercambiaron miradas. No emitirían ni una opinión franca mientras tuvieran a Belgrano enfrente. Necesitaban estar a solas para decidir su futuro. Algunas cosas se habían ordenado desde abril. No podían darse el lujo de tirar todo por la borda. No sabían aún si Manuel era un individuo en quien confiar.

* * *

La Gazeta aguardaba sobre la mesa del despacho a que Ezcurra le diera una leída. Allí la había dejado una de las esclavas, como siempre. Al verla, Pepa entró a la habitación y fue derecho hacia el periódico. Pasó las páginas en busca de alguna noticia que le llamara la atención. Manuel era lo único que le despertaba interés. Desde su regreso a Buenos Aires, solo habían intercambiado alguna que otra esquila. No quería molestarlo. Sabía que los cargos que había en su contra —no esperar la reunión de las tropas de Rocamora, no repasar el Paraná en vez de luchar en Tacuarí y no manifestar a la Junta de Guerra sus instrucciones de no aventurar batalla sin ventaja conocida— lo tenían a maltraer. Ya sucedería el tan ansiado reencuentro, así lo habían programado.

Recorrió la inmensidad de palabras hasta que encontró lo que buscaba. Hasta las letras le parecieron más bonitas que nunca. La Gazeta publicaba el fallo:

Vistos con lo expuesto por el Excmo. Cabildo, alcaldes de barrio y oficiales del Ejército del Norte, se declara que el general don Manuel Belgrano se ha conducido en el mando de aquel ejército con un valor, celo y constancia dignos del reconocimiento de la Patria; en consecuencia, queda repuesto en los grados y honores que obtenía, y que se le suspendieron en conformidad de lo acordado en las peticiones del 6 de abril.

No solo se alegraba por el acto de justicia. El corazón le saltaba de felicidad porque al fin había llegado el momento de verlo. Salió del despacho de su padre como una tromba, sin soltar el periódico. La cabeza le daba vueltas, no podía detenerse a pensar ni un segundo. Se calzó el abrigo, el frío penetrante de agosto causaba estragos en la población. Los bronquios no perdonaban y Pepa no estaba para caer enferma. Y corrió a la calle. Sin medir consecuencias apuró el tranco hasta la casa chica de Manuel. Rogaba encontrarlo allí. Tampoco reparó en las personas que se cruzaba en el trayecto.

Llegó más agitada que nunca. El aire helado entraba por su boca. Tocó la puerta con una fuerza desconocida. Quería entrar. Y como si el cielo hubiera estado de su lado, Manuel apareció del otro lado, con la Gazeta en la mano. Envuelta en lágrimas se arrojó a sus brazos y él la recibió, con risas de felicidad.

—Manuel de mi vida, estoy tan contenta. Ahora sí podemos estar juntos —le

mostró su ejemplar del periódico y se rieron juntos.

Él la separó un poco y le reclamó unos minutos solo para mirarla. Quería aprender de memoria su cara, sus ojos, su cintura, todo. No se había equivocado cuando la recordaba en campaña. Así de bella la había pensado.

—Hace frío, querido. No me sueltes, necesito tu calor —Pepa no quería perder ni un minuto, imploraba por sentir el cuerpo de su amado.

Manuel la llevó al lado del brasero y la desvistió. Con el esmero de siempre, desabotonó todo lo que debía y corrió aquello que le molestaba. Pepa respondió y con sus manos comenzó a quitarle lo que estaba de más. Como expertos, bailaron al ritmo de sus cuerpos. Al poco tiempo, debieron retirarse del brasero. El calor los había invadido.

Así estuvieron horas. Amándose, confiándose sus secretos y haciendo silencio, uno en brazos del otro. Pepa le pidió que le relatara las instancias de peligro en el campo de batalla; Manuel le confió sus más profundos secretos.

Sin saber si habían pasado días o segundos, Pepa volvió a la realidad y se dio cuenta de que debía volver a su casa. Se prometieron amor eterno y ella preguntó si regresaba al día siguiente. Él dijo que sí y volvió a mirarla mientras se vestía.

Sin cubrirse la cabeza, Pepa salió a la calle. Se sentía como anestesiada.

Podría haber muerto en ese mismo instante que nada la perturbaba. Era feliz otra vez.

Llegó a su casa y con movimientos cansinos abrió la puerta. Ya en el vestíbulo reparó en que había olvidado la Gazeta en lo de Manuel. Dudó unos segundos e intentó volver a salir. La figura de su madre apareció lentamente desde la sala. Tenía cara de pocos amigos.

—¿Podemos tener una conversación, Pepa?

Asintió despacio y se quitó el abrigo. Siguió a su madre hacia la sala. Temía lo peor.

—¿De dónde vienes?

—De la calle, tuve que hacer unas diligencias.

—¿En la calle del Pecado? Qué extraño, mi querida —y miró por la ventana.

Pepa palideció. Su madre parecía bruja. No entendía cómo podía haberse enterado de su salida secreta. Quiso dar una excusa pero no se le ocurrió ninguna.

—Has tenido la desgracia de que tu padre y yo pasáramos en carruaje por esa calle de regreso a casa —continuó Teodora, con gesto adusto—. No te preocupes, tu padre no te vio y yo no le dije nada. No todavía. No hay nada que puedas hacer en esa callejuela.

—¿Me están espiando, madre?

—De ninguna manera, ¿qué disparate es ese?

Ya era una mujer hecha y derecha. Estaba en condiciones de tomar la decisión que le viniera en gana.

—Está bien, si estás preparada para escuchar lo que voy a decirte, te lo digo de

una buena vez. Fui a ver a Manuel, ahí nos encontramos para disfrutar de nuestro amor. Mantengo una relación con él.

Teodora cerró los ojos, no lo pudo evitar. Eso era una afrenta.

—¡Pero, m'hija! ¿Cómo se te ocurre hacer semejante irreverencia? Eres una mujer casada y ninguna hija mía cometerá algo así. ¿Amante, escucho bien? Estás loca, no mancilles nuestro apellido, por el amor de Dios.

—Que nadie se atreva a meterse en mi camino, madre. No hubiera querido que se enteraran, pero ahora que sucedió, lo soporto. Manuel y yo nos amamos.

Teodora lanzó una carcajada y miró a su hija de arriba abajo.

—No seas ingenua. Y te pido que guardes la compostura. No humilles a tu padre.

—¿Mi padre? ¿Pero qué tiene que ver él en este asunto? Él fue el culpable de que me casara con el hombre equivocado. Cumplí sus órdenes, le hice caso. Ahora hago lo que yo quiero.

—Te doy un tiempo para que recapacites y abandones este hecho absurdo. Si no, hablo con tu padre. Te estaré encima, no voy a parar hasta que me hagas caso. ¿No te das cuenta de que hay que guardar las apariencias? No eres una cualquiera.

Pepa se contuvo. Apretó las uñas contra las palmas de sus manos. Aguantó las lágrimas. Pidió permiso para retirarse y le fue concedido. Se dirigió a su recámara y no pudo aguantar más. El llanto la inundó.

Capítulo XI

Manuel se aprestaba para partir rumbo al Rosario del Paraná. Debía cumplir órdenes, así estaba establecido. Era 19 de enero y el calor se hacía insoportable. La ciudad mantenía su fachada; lo que había cambiado —y drásticamente— era el desenvolvimiento de los hombres. De algunos de ellos, de aquellos que manejaban los hilos de la política.

Las pésimas noticias habían terminado por colmar el vaso con la derrota de Huaqui. Como un vidrio hecho añicos, los cabecillas empezaron a disparar hacia distintos puntos. Cornelio Saavedra y su principal colaborador, el vocal mendocino Manuel Felipe Molina, fueron enviados al norte para tomar las riendas de lo que quedaba del Ejército Auxiliador del Perú. Habían relevado a Castelli y llegado con la orden de su captura. El deán Gregorio Funes, junto con el secretario Juan José Paso y el diputado por Tarija José Julián Pérez, se dirigieron a la Banda Oriental a raíz de la invasión portuguesa.

La Junta había quedado prácticamente acéfala, ya que nadie —empezando por los propios vocales— confiaba en la capacidad ejecutiva de don Domingo Matheu, nombrado su presidente provisorio en reemplazo de Saavedra, y su condición de peninsular no dejaba de generar resquemores. Los primeros días de septiembre fueron de una rispidez feroz. Todos conspiraban contra todos. Pero el más activo era el secretario Campana. Con cuidado, tramó una intriga furiosa contra todo el mundo. Sin embargo, la maquinaria de difamación y acusaciones se le vino en contra y el Cabildo lo denunció ante la Junta. El 16 de septiembre tomaron la decisión de separarlo del gobierno y confinarlo a Areco. Al hasta entonces poderoso Campana se le dio un plazo de cuatro horas para salir de la ciudad. En ese clima, la asamblea de vecinos convocada para nombrar los vocales capitalinos que debían reemplazar a expulsos y ausentes se convirtió en un golpe incruento. Antiguos partidarios de Saavedra y de Moreno se unieron para reducir la Junta a una figura decorativa, limitada a dictar un reglamento de gobierno, y otorgar el mando ejecutivo a una pequeña junta de tres hombres: Feliciano Chiclana, Manuel de Sarratea y Juan José Paso. La primera medida de este Triunvirato fue la de despachar una orden de detención para Saavedra, que se encontraba en Jujuy. Ni aun Chiclana, cuya amistad personal con don Cornelio llegaba al tuteo, dudó en firmarla.

Los ataques realistas contra las costas del Paraná habían crecido sin prisa y sin pausa. El gobierno español de Montevideo estaba en manos de don Pascual Vigodet y había logrado tener en vilo al gobierno de Buenos Aires. A mediados de noviembre, el Triunvirato nombró a Belgrano comandante del Regimiento de Patricios. Asumía un honor que no consideraba merecer, ya que sus conocimientos, decía, no alcanzaban. Aceptaba la mitad del sueldo que se le ofrecía y lo reducía a la ración del soldado. Su compromiso era absoluto. Sin embargo, a los pocos días de su nombramiento era víctima de una afrenta por parte de sus subordinados. Durante la

noche del 6 de diciembre, los suboficiales y soldados de dos batallones se habían amotinado en el cuartel. Al intentar serenar a las tropas, Belgrano fue expulsado. Entre los reclamos de los amotinados circulaba la exigencia de ser tratados como a fieles ciudadanos libres y no como a tropas de línea. Lo peor llegaba con el segundo reclamo: pedían a don Antonio Pereyra como coronel del Regimiento, excluyendo a Manuel Belgrano. El Triunvirato exigió que depusieran las armas y, ante la resistencia, ordenó la represión. La disciplina se impuso a sangre y fuego, y hasta el nombre de Patricios quedó en el olvido. Diez hombres fueron condenados a muerte. Durante unos días se pudo ver sus cadáveres colgados en la Plaza del Fuerte.

No era el mejor momento para ponerse al frente, pero Manuel hizo todo lo posible por conseguir recursos y reunir hombres aguerridos. Sin lograr sus pretensiones, con pocos carros y caballos, escasez de alimentos, indumentaria y materiales propios de un regimiento, partió con el temple en alza. Esos obstáculos, que eran muchos, no iban a derrumbar sus ilusiones y esperanzas. Al alba del día 26, Belgrano lideró la caravana rumbo a la Villa del Rosario. En las postas de San Pedro, San Nicolás, Arroyo Seco y Arroyo Frías repusieron fuerzas y continuaron camino. Nunca dejó de gestionar ayuda ante el gobierno en los informes que le enviaba, sin resultado.

Luego de unas semanas arribaron a su destino. Manuel había hecho buenas migas con Vicente Echeverría durante la expedición al Paraguay y en la Villa del Rosario residía su hermana María Catalina junto a su esposo, don Juan Manuel Vidal. Hacia allí se dirigió el regimiento. Debajo de una hilera de árboles contigua al caserón acamparon los soldados. El matrimonio, solícito, ofreció su residencia para que Manuel se instalara y guardaran las pocas armas que traían. Aceptó agradecido. Era el centro de operaciones perfecto. Además, al tener contacto permanente con los lugareños, podía recopilar información del territorio.

Faltaba poco para que el sol se escondiera. Manuel acompañaba a sus hombres en la barraca. Observó con detenimiento las caras de los soldados, sus espaldas con gesto vencido antes de empezar. No quería imponerse desde tan temprano. Se había hecho fama de rígido durante la campaña paraguaya y de despiadado en la represión del motín de diciembre. La había ganado con todas las de la ley. Era feroz. No concebía ni un desliz y menos el desgano. Eran jóvenes, fuertes. ¿Cómo podían mostrar un costado débil?

—Aún no hemos dado comienzo a nuestra tarea. Soldados, se viene la noche y descansarán unas horas. A primera hora de la mañana empezaremos con la práctica. Antes de retirarme quiero decirles unas palabras. No voy a repetir las, eso espero. Quiero que atiendan y entiendan lo que voy a decir.

El silencio solo era interrumpido por el crepitar de las fogatas. La voz de Manuel inundó el campamento.

—No me atrevo a decir que amo más que ninguno la tranquilidad, pero conociendo que si la Patria no la disfruta, mal la puedo disfrutar yo. La vida es nada si la libertad se pierde. Libres o muertos, señores. Para eso, necesito la entrega

absoluta de ustedes. La libertad, no tengo que repetirlo, está expuesta y necesitamos toda clase de sacrificios para no perecer. Quien no siga mi ejemplo, mejor dé comienzo al ruego. La pena de muerte está a la orden del día. No me busquen, soldados.

Sus subordinados lo miraron fijo. No pestañeaban. La mayoría había sido advertida, algunos ya lo conocían. Manuel no esperó respuesta. No era esa su intención. Se dio media vuelta y desapareció.

* * *

La ciudad le resultaba más hostil que nunca. Pero, a pesar de la incomodidad en la que se veía envuelta, Pepa madrugaba y salía a las calles a deambular sin rumbo. Prefería no perder tiempo en el desayuno. Se lavaba la cara, se ponía un vestido liviano y partía a la nada. Era el horario ideal para evitar la desmesura del calor que invadía a partir del mediodía. Además, eludía a su familia que, aún a esas horas, dormía plácidamente.

Con la mantilla de rigor, cerró la puerta sin hacer ni un ruido. Las tres cuadras que la conducían a la plaza estaban vacías. Pudo caminar sin tomar recaudos. No como durante los sucesos de dos meses atrás, cuando los disparos se habían convertido en ruidos casi normales. Y para qué recordar aquellos cuerpos muertos, colgados de sogas y chorreando sangre hasta secarse. Una quemazón helada le subió hasta las mejillas. Trató de pensar en otra cosa, no era bueno que se descompusiera en plena calle y, por si fuera poco, desierta.

La soledad la invadía de nuevo. Sin Manuel y con ganas de verlo. Esa era su realidad. Triste y desoladora. Los encuentros últimos habían sido demasiado complicados. Casi no se habían podido llevar a cabo. La amenaza de su madre había sido en serio. De cualquier manera, alguna que otra vez habían logrado reunirse. Hasta que las urgencias de la Patria se lo habían robado. Otra vez.

Pisó el suelo de la plaza y respiró profundo. Algún que otro parroquiano desperdigado caminaba a paso lento. El verano en Buenos Aires obligaba a la lentitud. Incluso en su casa, el ritmo habitual bajaba ostensiblemente. Los ánimos destemplados mutaban hacia otro estado. Incluso su padre había abandonado los reclamos perpetuos a los que los tenía acostumbrados en la casa. No le había escuchado una palabra —ni en contra o a favor— acerca de las nuevas disposiciones del gobierno. Hacía unas semanas había suprimido las juntas provinciales, con lo que todo el poder se concentraba en manos porteñas y en los gobernadores y tenientes de gobernador nombrados desde la capital. El Triunvirato no mostraba la menor intención por citar a congreso o representación alguna de las provincias, y mucho menos a avanzar en la guerra con los realistas.

Ya en la Alameda se sintió libre. El aire que llegaba del río la llenó de serenidad. Se tomó las manos por detrás y atrasó el ritmo de la caminata. Quería que durara para

siempre. El paseo estaba casi vacío. Ni siquiera se veían los milicianos, que una y otra vez cruzaban el camino y perturbaban a los peatones abstraídos. Las milicias y los soldados habían partido con Manuel, en pos de la defensa del territorio. «No debo ser mendaz, cuánto mejor es que se haya retirado al norte y no sea partícipe o testigo de las tramas secretas de esta ciudad. Es tan difícil encontrar a personas en quienes confiar. Pareciera que las ansias por reunir fuerzas contra el enemigo realista son imposibles de hallar. Aquí todos defienden su quinta y arrasan contra todo aquel que se interponga en su camino. De qué camino hablan, no se entiende. La lealtad se ha perdido. Manuel sufriría hasta morir. Ya ni sus camaradas están entre nosotros. Los han ido retirando del paisaje. Me pregunto si lo mismo estarán queriendo hacer con él», caviló.

Con Manuel a cientos de leguas de distancia, tenía sensaciones encontradas. Sentía que estaba a salvo de las intrigas y las trampas que se tejían en la ciudad, que se alejaba de ese nido de ratas. Cuando lograba serenar el espíritu, explotaba una nueva bomba. Prefería que no se mezclara en ese barro. Pero, al mismo tiempo, añoraba las sonrisas que él le regalaba, las palabras de amor, sus cuidados. No tenía con quién hablar, no podía confiar en nadie. Solo él la entendía, ningún otro. Por las noches escondía su llanto en las almohadas de su cama. Prácticamente no dormía, le resultaba imposible. Temía por la vida de su amado, sabía que el peligro acechaba. A veces pensaba que se estaba volviendo loca. Sin dormir, tampoco tenía hambre, hacía esfuerzos para comer. Sabía que su madre se preocupaba, pero no le decía nada. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar en ese estado. No ver a Manuel le secuestraba la vida.

Llegó a la punta de la Alameda, dio media vuelta y retomó el camino andado. Escuchaba el sonido del agua que venía de por ahí. La apaciguaba, era tal vez lo único que le quitaba los pensamientos de la cabeza. El sol se había movido y empezaba a arder.

Debía emprender el regreso. La ciudad se despertaba por completo.

* * *

Al fin llegó la carta que tanto esperaba. Días atrás, Manuel le había propuesto al gobierno que la escarapela que distinguía a sus soldados fuera diferente de la de los españoles. Necesitaban un distintivo propio.

Al atardecer apareció el mensajero. Acercó uno de los faroles y leyó la respuesta del Trinuvirato:

Buenos Ayres, 18 de febrero de 1812

Al Jefe del Estado Mayor,

En acuerdo de hoy se ha resuelto que desde esta fecha en adelante, se haga,

reconozca y use la Escarapela Nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, declarándose por tal la de los colores blanco y azul celeste, y quedando abolida la roja con que antiguamente se distinguían.

Feliciano Antonio Chiclana. Manuel de Sarratea. Juan José Paso. Bernardino Rivadavia.

Secretario

Dobló el papel y lo metió en el bolsillo. Entrecerró los ojos y agradeció para sus adentros. Era una gran noticia. Sobre todo, sentir el respaldo institucional. No estaban tan solos él y sus hombres. La lectura de la resolución redobló sus bríos. Fue en busca de los nuevos colores y los repartió. Y decidió nombrar a las baterías como «Libertad» e «Independencia».

El sol todavía no se había escondido, no era tan tarde. Se dirigió con paso firme hacia la casa de los Vidal. Golpeó las palmas para advertirles de su llegada y el matrimonio salió a la galería. Aprovechó la buena predisposición de doña Catalina y le preguntó si podía confeccionarle una bandera para el regimiento. La dama aceptó al instante. Ella y unas amigas pondrían manos a la obra. Belgrano le dio las indicaciones y los colores que debían usar.

Solo tuvo que esperar unos días para que las señoras le entregaran la insignia. El 27 de febrero a la tarde, con el río Paraná de fondo y el pueblo de testigo, ante la tropa formada en cuadros sobre la barranca, presentó la bandera celeste y blanca. Aún era de día, las caras de los allí presentes refulgían de alegría.

La sonrisa de doña Catalina Echevarría era inmensa. Manuel la había felicitado y la señora no entraba en su cuerpo, sentía que había sido útil a la Patria. El párroco Julián Navarro bendijo la bandera ante las miradas solemnes de los presentes. Gritó la orden de izamiento al soldado Cosme Maciel y este, con seriedad, la cumplió. El coronel Manuel Belgrano desenvainó su espada y se dirigió a la tropa.

—¡Soldados de la Patria! En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional que ha designado nuestro Excelentísimo Gobierno. En aquel, la batería de la «Independencia», nuestras armas aumentarán las suyas; juremos vencer a nuestros enemigos interiores y exteriores, y la América del Sur será el templo de la Independencia y de la Libertad. En fe de que así lo juráis, decid conmigo «¡Viva la Patria!» —exclamó.

—¡Viva la Patria! —como una tromba sonaron las voces de sus hombres.

La formación se desarmó y regresaron a la barraca. No sabían muy bien por qué, pero sentían un exceso de brío, como si la bandera les hubiera inyectado el coraje que les faltaba. Belgrano se dirigió a la casa que lo albergaba.

Buscó papel y su pluma, y se sentó a escribir el informe con las últimas novedades. Las esperanzas habían vuelto a su cuerpo.

* * *

No era la primera reunión a puertas cerradas de los triunviros y los secretarios de Gobierno, de Guerra y de Hacienda. Tampoco el asunto que los convocaba. Ya habían discutido duro y parejo por lo mismo. Las decisiones que tomaba Manuel Belgrano. Pero no solo eso. Su persona, sus ideas. En una palabra, Chiclana, Sarratea, Paso, Pérez, Herrera y Rivadavia intercambiaban opiniones acerca del elegido para hacerse cargo del Ejército del Norte, que les salía ahora con una medida inaudita. Esa mañana había llegado un informe desde las costas del Paraná que los había puesto en alerta. El abogado devenido en coronel había decidido por su cuenta enarbolarse detrás de una bandera creada por él. Sin aguardar la venia de Buenos Aires, había dado órdenes. Pero, como es natural, las acciones siempre traen consecuencias. En la Sala del Fuerte se discutían estos menesteres.

Rivadavia se había instalado al lado de la ventana. Prefería estar de pie, no aguantaba la quietud del asiento.

—No entiendo por qué seguimos discutiendo acerca del mismo tema. Tomemos medidas en este mismo instante. ¡Que destruya esa bandera, ya! ¿Están dispuestos a soportar los efectos funestos a los que nos exponemos si España se entera? Este hombre es imbécil o nos embauca a todos —largó con impaciencia el Secretario de Hacienda. Las cejas renegridas subían y bajaban de su frente, no quería perder ni un minuto más de su preciado tiempo.

—Apoyo la moción de mi colega. No ignoremos la situación militar en la que estamos imbuidos. Esta podría obligar a acatar una vez más la soberanía del Rey. No tentemos al diablo —agregó el secretario de Guerra Nicolás Herrera y recibió la mirada penetrante de los allí presentes, que recordaron su pasado clerical.

—¿Pero qué le ocurre, don Nicolás? Abandonó hace años la sotana, ¿la quiere de vuelta? Digo, por esto de convocar al mandamás del mal —disparó con una carcajada el espléndido Manuel de Sarratea.

Herrera lo miró fijo. No dijo ni una palabra, su silencio era más que elocuente. Rivadavia caminó hasta la mesa y apoyó las manos con el cuerpo hacia adelante. Estaba muy preocupado por lo que pudiera llegar a suceder con Gran Bretaña.

—Caballeros, no olvidemos nuestras comunicaciones y tratativas con Lord Strangford. Ya sabemos bien que cualquier acto que signifique insinuar la intención de proclamarnos independientes no contará con el beneplácito de los ingleses, y esta resolución intempestiva de Belgrano puede tirar todo por la borda —anunció.

El Secretario de Hacienda negociaba, con el embajador inglés en Río de Janeiro, la retirada de los portugueses de la Banda Oriental. Una de las condiciones que había solicitado Lord Strangford era que no se mencionase el tema de la independencia.

—Y no tengo ensoñación matinal. Todos hemos leído el informe que envió desde Rosario, donde usa el término prohibido como si nada. No creo que ustedes estén

dispuestos a que todo se derrumbe —agregó Rivadavia con una sonrisa socarrona.

Sarratea agachó la vista. No tenía buenos recuerdos de su paso por Río de Janeiro hacía unos años, y menos de sus encuentros fallidos con el inglés. Chiclana acarició una de sus patillas con la vista perdida. Era un hombre de pocas palabras, hasta que se largaba a hablar.

—No solo debemos poner nuestros ojos sobre don Manuel; yo les recomendaría una atención especial sobre el oriental José Artigas. Nos ha servido hasta ahora. Sin embargo, me parece que nos vendría bien un ajuste. Sería bueno que entienda que está bajo nuestras órdenes —dijo don Feliciano.

—Me parece una posición desmedida la que tienen contra don Manuel. Puede ser que haya cometido un error con el asunto de la bandera, pero de ahí a considerarlo casi un enemigo de la Patria me parece demasiado —intervino Paso con ecuanimidad.

—Si no es a propósito, resulta de una ingenuidad pasmosa, caballeros. Estamos de acuerdo en que es un novato dentro de las lides castrenses, ¿pero en la política? ¿No estuvo al mando del Consulado durante años? ¿No aprendió nada? —la paciencia le desaparecía a Herrera.

—Es cierto que nuestro campo de batalla puede ser mucho más feroz que el de las balas. O se está con todos los sentidos despabilados, o no se está —dijo Rivadavia mientras caminaba con las manos en los bolsillos.

—Perfecto, señores. Estamos de acuerdo entonces. Dicten, que yo escribo la orden a salir de inmediato —propuso Chiclana y puso manos a la obra. Luego de alguna que otra sugerencia y agregado, el texto quedó redactado:

Buenos Ayres, Marzo 1812

Al Jefe del Estado Mayor,

El gobierno deja a la prudencia de V.S. mismo, la reparación de tamaño desorden, pero debe prevenirle que esta será la última vez que sacrificará hasta tan alto punto los respetos de su autoridad y los intereses de la nación que preside y forma, los que jamás podrán estar en oposición a la uniformidad y orden. V.S. a vuelta de correo dará cuenta exacta de lo que haya hecho en cumplimiento de esta superior resolución.

Firmaron y lacraron la carta, preparada para salir cuanto antes a la barranca del Paraná. No permitirían ni un desacato más.

Capítulo XII

La última semana de marzo se dedicó a hacer todas las averiguaciones necesarias. Los días previos había tomado la determinación de partir. Pepa no aguantaba más lejos de su amado.

Los meses sin él le habían parecido años. Ni qué hablar del silencio de tumba que reinaba en su casa. Era evidente que todos sabían la verdad pero nadie hacía ni una pregunta. Era como si Manuel Belgrano fuera un fantasma. O peor, un cadáver helado. Las pocas cartas que había recibido de extramuros había tenido que esconderlas bajo cuatro llaves. Para responderlas debía escribir durante la madrugada y con una pequeña vela para no avivar a sus padres. Y para qué recordar el peligro de interceptación que corrían. El corazón se le salía por la boca hasta que Rufina lograba entregar las cartas al chasqui que partiría al galope.

Esa ya no era vida para ella. Por medio de su esclava de confianza, supo que un hombre cercano a su amado conducía un carruaje de alquiler. Entre susurros y ocultamientos, convino un precio que le pareció adecuado y arregló el día y la hora. Respiró con alivio y comenzó a llenar un baúl pequeño con alguna poca ropa y otras necesidades. No debía hacer aspavientos, su madre no tenía que darse cuenta de semejantes movimientos. Parecía que todo salía de mil maravillas. Ningún miembro de su familia la miraba con intriga.

La galera partiría al día siguiente, a las cinco y media de la mañana desde la Plaza del Fuerte. Allí la esperaría Julio, el muchacho que la conduciría hacia la felicidad completa.

Pasadas las diez de la noche, los integrantes adultos de la familia se sentaron a la mesa.

—¿Has visto, Teodora, que dieron comienzo otra vez a las persecuciones? —dijo Ezcurra mientras tomaba la sopa de verduras.

—No he salido mucho, querido. Sigo tus advertencias al pie de la letra. ¿Qué ha pasado ahora?

—Lo mismo de siempre, mi querida.

Se cumplen las órdenes de Rivadavia de perseguir a todo español. ¡Para este advenedizo todo peninsular es un conspirador! Esta vez, han caído más de veinte, entre ellos algunos amigos. Y como era de esperar, les expropiaron todos sus bienes.

—¡Qué barbaridad! —se escandalizó Teodora y soltó la cuchara.

—El problema es que a esta altura nadie cree en la excusa de la conspiración. Acá hay gato encerrado o venganzas personales. Qué difícil se hace vivir en esta ciudad, cada vez peor.

Los hijos tomaban su sopa en silencio. Pepa ni siquiera levantaba la vista del plato. No escuchaba nada de lo que decían; solo pensaba en su viaje secreto.

—Padre, tampoco creas que se las tienen tan fácil. Han llegado hombres de Europa con ideas renovadas. Algunos están exultantes con la novedad, otros no tanto.

De lo que estoy seguro es que las furias escondidas explotarán de un momento a otro. No creas que esto continuará de este modo y dócilmente. Me temo que se preparan con una contraofensiva —dijo José María, su hijo mayor, que estaba al tanto de las reuniones secretas.

Pepa miró a su hermano con detenimiento. Tal vez tendría alguna otra noticia que le interesara, pensó.

—¿No ves, Teodora? Como bien digo, la violencia sigue en las calles de Buenos Aires. Cuidemos a nuestros hijos, por el amor de Dios.

—¿Te pasa algo, Pepa? No has probado bocado —su madre detuvo la mirada en el plato lleno.

—Espero a que se enfríe —revolvió la sopa y tragó obligada para que dejaran de inquirir.

Luego del primer plato llegó el puchero, y para el final, algunas frutas de estación. La comida se extendía más de lo acostumbrado. Pepa sintió que todo era adrede. Tragó el último bocado de la manzana, se limpió la boca y pidió permiso para retirarse.

Recién a la una de la mañana escuchó el silencio de la noche en su casa. Estaba tan excitada con la aventura que se preparaba a vivir que de sueño ni hablar. Las horas transcurrieron más lentas que de costumbre. A las cuatro y media no soportó más y se preparó para partir. Pero no había contado con un impedimento. El baúl era demasiado pesado. Casi se larga a llorar. Eso no iba a contrariar su plan. En puntillas se dirigió al sector de la servidumbre y sin que una mosca volara, despertó a Rufina, que casi pega un alarido del susto. La levantó y le rogó ayuda. La esclava estaba al tanto de todo, era su cómplice. Debía ayudarla a llegar a la plaza para que subiera a la galera, y luego estar de vuelta antes de que nadie se levantara en la casa.

Pepa se envolvió en la capa y la mantilla, y dejó una carta en la mesa de arrimo de la entrada. Y las dos, con el baúl entre ellas, partieron rumbo al punto de encuentro. Entre risotadas y jadeos, llegaron a la plaza minutos antes de las cinco y media de la mañana. Julio se sacó el sombrero y las saludó, y solícito las ayudó con la carga. Cuando todo estuvo acomodado, las dos muchachas se abrazaron.

—Rufina de mi alma, gracias por todo. No sabes lo que has hecho por mí, te lo voy a agradecer toda la vida —dijo Pepa con lágrimas en los ojos.

—Espero que no se equivoque con lo que hace, amita. Ojalá ese hombre la esté esperando allá lejos —se despidió tomándola de las manos.

Pepa subió a la galera, cerró la puerta y golpeó el techo con suavidad, para avisarle a Julio que podía partir. Saludó a su esclava con efusividad. Quería mostrarle su alegría, que no se desalentara por la decisión que había tomado. Rufina sacudió su pañuelito y el coche arrancó. Esperó hasta que lo perdió de vista. Dio media vuelta y regresó, envuelta en tristeza, a la casa de su ama.

A mediados de marzo, Manuel había recibido la orden de traslado inmediato al norte. Debía tomar el mando del Ejército del Alto Perú en reemplazo de Juan Martín

de Pueyrredón, quien no estaba en condiciones a raíz de una enfermedad. No pudo evitar el recuerdo de Castelli, como un mal presentimiento. Las noticias de Buenos Aires eran malas; Juan José había regresado enfermo del norte y aún esperaba que se abriese el juicio en su contra. El Alto Perú parecía devorarse un jefe tras otro; primero Juan José, ahora Juan Martín, ¿le iría mejor a él? Aceleró su partida, tratando de sacarse de la cabeza esas ideas funestas. Las largas leguas rumbo a Salta le vinieron como anillo al dedo para reflexionar acerca de un tema que lo desvelaba: la «guerra civil», así la llamaba; las luchas entre hermanos, que solo podrían traerles el mal.

La tarde del 26 arribó sin inconvenientes a la posta de Yatasto, cerca de Rosario de la Frontera, donde lo aguardaba Juan Martín. Al día siguiente tomó a su cargo lo que ya poco tenía de ejército, pese a su nombre. Quedaban apenas mil quinientos hombres, de los cuales cuatrocientos estaban internados en el hospital. La artillería había sido arrasada casi en su totalidad, y las arcas se encontraban vacías, lo que dificultaba la paga a los soldados, que andaban mal entrazados, por no decir harapientos. Y para colmo de males, su descorazonamiento era inmenso. El entusiasmo que había encontrado durante la expedición al Paraguay, ya no era tal. Lo único que escuchaba eran quejas, lamentos, frialdad y total indiferencia. Incluso llegaba a sentir que los lugareños de los parajes que atravesaba preferían a los realistas que a ellos. Sentía que el Ejército no estaba en país amigo.

Nombrado general en jefe, Manuel y el ejército partieron rumbo a Campo Santo, al este de Salta, donde montó su cuartel general en un recinto fortificado. Con la colaboración de su jefe de Estado Mayor, el Barón de Holmberg, se dedicó a disciplinar a las tropas, a organizar un hospital y el cuerpo de ingenieros.

En mayo se trasladó a Jujuy y se instaló en la desembocadura meridional de la quebrada de Humahuaca. Para levantar la moral de la tropa, hizo bendecir la bandera en la iglesia matriz por el canónigo Juan Ignacio Gorriti. Aquella misiva letal del Triunvirato nunca había llegado a destino. Ya había partido rumbo a Yatasto cuando el chasqui llegó al Rosario del Paraná con la orden de Buenos Aires. Con total ingenuidad, el 25 de mayo y rememorando la fecha patria de dos años atrás, Belgrano enarboló la bandera en los balcones del Ayuntamiento de San Salvador de Jujuy, quitándole el lugar al estandarte real que presidía las festividades públicas.

Continuaba con la idea de rearmar al ejército que aún se encontraba destrozado. Los reclamos que hacía al gobierno de Buenos Aires no tenían respuesta. Solicitaba dinero y armamento, pero las autoridades tenían la mira puesta en Montevideo. Al mismo tiempo, llegaban las últimas fuerzas patriotas retiradas del Alto Perú. A lo largo de un año se habían batido en retirada, intentando frenar el avance realista después del desastre de Huaqui. Belgrano recibió alrededor de ochocientos hombres completamente derrumbados, sin armas ni recursos, semidesnudos y enfermos de paludismo. Tomó fuerzas e hizo todo lo que pudo, de la mano de la rigurosidad e inflexibilidad con que había reorganizado a su regimiento. No dudó en arrestar a

quienes así lo incitaran: dos por ladrones, otros dos por haberle faltado el respeto a un capitán delante de la tropa, uno por conversación de motín y haberlo amenazado con hacerle lo mismo que se había intentado con Castelli y Balcarce, otro por el abandono del servicio, y uno más por insubordinación y mala conducta. No era fácil repatriar la moral de los soldados. Para informar más y mejor al gobierno de Buenos Aires —la correspondencia entre él y Rivadavia era fluida— Belgrano envió a Manuel Dorrego a la capital. Sin embargo, en la esquila que llevaba consigo el mensajero, el General les imploraba que no lo retuvieran demasiado ya que era imprescindible para su ejército: el porteño no había cumplido veinticinco años y ya se había ganado los galones de teniente coronel en esa terrible retirada del Alto Perú.

Manuel concentraba todas sus fuerzas —físicas e intelectuales— en reunir a sus hombres. Buscaba alternativas para contagiarles el entusiasmo que él mismo y a pesar de todo conservaba. Confiaba en que la causa que lo había trasladado hasta esas tierras podía trascender a los hombres. Y creía que con tan solo dos mil buenos soldados estarían en condiciones de llevarse todos los laureles; no debían dejar para mañana lo que podían llevar a cabo hoy. Ese pensamiento rondaba en la cabeza de Belgrano, a toda hora.

* * *

Ya había perdido la cuenta exacta de los días que hacía que estaba en el carruaje. El sol y la noche cerrada habían sido casi sus únicas compañías, además del cochero que la había asistido durante ese mes y medio. Julio la había obligado a detenerse y hacer noche en las postas. Si hubiera sido por ella, el arreo del caballo habría sido contante. No quería perder ni un segundo en el camino de Buenos Aires a Jujuy. Sin embargo, le había hecho caso a su conductor. Pepa había sido una viajera aguantadora y sin caprichos. La tierra, el polvo y las inclemencias del clima no le habían despertado ni una queja. Sabía que al final del viaje la aguardaría su amado. Rogaba al cielo que el chasqui hubiera llegado a destino para avisarle a Manuel de su hazaña. Suponía que estaría orgulloso de ella, pero ¿y si no la recibía con afecto? ¿Y si lo encontraba con otro amor? Esas dudas y millones más habían desvelado a la señora de Ezcurra entre las pequeñas paredes de la galera bamboleante.

Hacía rato, habían dejado atrás la humedad tan típica de su ciudad. El frío seco del norte del país le daba la bienvenida. La tierra había cambiado de color y el olor a aire limpio le daba una sensación grata. Desde el pescante, Julio le avisó que a lo lejos vislumbraba la ciudad tan ansiada. Como un vigía de bergantín, el cochero advertía a gritos el territorio que divisaba. No descubrían América, pero Pepa se sentía la heroína de una aventura. Aún faltaban algunas vueltas de rueda, pero su corazón comenzó a acelerar sus latidos.

Pasada una hora, el cochero detuvo la galera y Pepa asomó su cara repleta de ansiedad. El azul limpio del cielo manchado solo por la bola incandescente del sol la

encandiló. Al instante, el cuerpo de Julio le tapó la visual.

—¿Hacia dónde vamos, doña Pepa? Ya estamos en la ciudad pero no sé adónde ir.

Miró a un lado y al otro. Lo único que reconoció fue la iglesia matriz a unos pasos. Lo envió al cochero a que averiguara el paradero del General y su tropa. No quería bajar del coche. Los minutos que transcurrieron los pasó allí adentro. Al rato, Julio salió del templo. Su gesto lo delataba. Miró a Pepa y asintió con una sonrisa de oreja a oreja. Subió y emprendió la marcha rumbo al oeste.

Y de nuevo el traqueteo. Pero esta vez era distinto. Estaba cada vez más cerca, ya había pasado lo peor. Manuel estaba a minutos de distancia. Ahí reparó en su aspecto. ¿Estaba lo suficientemente bella como para encontrarse con Manuel? Y esbozó una sonrisa. Le causó gracia su preocupación. Nunca le había pasado algo así, era la primera vez. Detuvo la mirada en la falda bastante arrugada. Era imposible estar de otro modo. Se tanteó los bucles y supuso que estarían muy desarreglados. No le importó. Al rato, unas estampidas la arrancaron de aquellas frivolidades. Asomó la cabeza y a una distancia cercana vislumbró el campamento. Era imposible arrepentirse.

Atravesaron el terreno a la vera de una fila de tiendas de campaña. Pepa tenía la cara pegada a la ventana. Buscaba desesperadamente a Manuel. Y nada. Llegaron a un claro y se detuvieron. El cochero bajó y abrió la portezuela. Le tendió la mano y Pepa descendió de un salto. Por ahí rondaba algún que otro soldado desperdigado, los demás estaban en medio de unas maniobras. Sin embargo, los que circulaban la miraron con curiosidad. Desconocían por completo a la recién llegada.

Hurgó en su bolsa y sacó varias monedas. Se las entregó a Julio y lo despidió. Le agradeció y el hombre llevó sus caballos a refrescar, tras descargar el baúl de su clienta. Debía emprender el regreso.

Pepa se arropó debajo de la capa y se dirigió hacia las tiendas. Educada, preguntó por el General. Un jovencito con el uniforme bastante descuidado le señaló con el dedo. Miró en esa dirección y allí, a lo lejos, pudo ver un conjunto de hombres a caballo, y otros tantos, manejando las armas. Le agradeció e inició la caminata. Allí dejó a varias muchachas enfundadas en falda y camisa, a cargo de la comida y el agua. Apenas levantaron la vista de sus quehaceres para mirarla.

El ruedo de la capa negra acarició la tierra. Envuelta en el siseo del terciopelo contra el suelo, avanzó. A medida que se aproximaba a la tropa, los ojos negros de los soldados fueron clavándose en ella. Un centenar de soldados recibían órdenes de un general de porte brioso que gritaba una y otra vez. Y otras filas, al costado, escuchaban a Belgrano sin que volara una mosca. Era difícil escapar de la voz de mando de su superior. Pero la figura de esa mujer que se acercaba fue magnética. Algunos con disimulo, otros con total descaro, sacaron la vista de Belgrano y miraron por detrás de él. El General, furioso ante la desconsideración de sus hombres, giró la cabeza por completo. Y la vio. Pensó que veía visiones. A unos pasos y con la sonrisa más luminosa del mundo, vio a Pepa. No le dio tiempo ni para pensar. La mujer

corrió enajenada y se arrojó a sus brazos. Reía y lloraba, todo al mismo tiempo.

—¡No lo puedo creer, Pepita! ¡Estás loca! Pensé que leía una más de tus bromas, nunca imaginé que vendrías —la separaba para mirarla y la volvía a abrazar.

—Me fue imposible aguantar un día más sin ti, Manuel. Me escapé de Buenos Aires.

—Pero, querida, que tus padres no mueran de incertidumbre.

—Les dejé una carta poniéndolos sobre aviso. Desconozco su reacción —dijo con la mirada perdida.

La tropa miraba con estupor e intercambiaban murmullos. Recién ahí, la pareja reparó en que no estaban solos y sonrieron con complicidad.

—¡Holmberg, hágase cargo del ejercicio! ¡Continuar, soldados! ¡Valor, carajo! —ordenó el General. Y más bajo, para su oficial de confianza, aclaró—: Esta dama que acaba de arribar de Buenos Aires es mi mujer, ya habrá tiempo para las presentaciones.

La tomó de la cintura y la giró. Juntos se dirigieron hacia las tiendas.

—Vamos, mi vida, y cuéntame tu viaje. No sé si esto es una locura, pero me haces inmensamente feliz con tu arribo.

Abrazados y entre carcajadas se alejaron de los uniformados y caminaron a paso lento hacia la tienda del General.

* * *

A partir de la fuga de Pepa, la casa de los Ezcurra parecía envuelta por trajes de luto. El ánimo de todos sus integrantes había caído por el suelo. Desde el mismísimo instante en que Teodora había encontrado la esquila de despedida de su hija, hubo que llamar de urgencia al doctor. Perdió el conocimiento y debió guardar cama durante algunos días porque se vio sumida en una debilidad pasmosa. Don Juan Ignacio hizo todo lo que estuvo a su alcance, la acompañó mientras pudo. Ya algo recuperada, retornó a su vida, pero nada volvió a ser como antes. La vergüenza la dominaba por completo. Intentaba ocuparse de los asuntos caseros, pero como quien no quiere la cosa y sin poder manejarlo, la imagen de su hija mayor fugada del hogar la desmoralizaba por completo.

Ese domingo fue demasiado para Teodora. Como siempre —pero sin la alegría que formaba parte de su carácter— partió a la calle con su marido y sus hijos, para llegar puntuales a misa de diez. Vestía colores oscuros, había perdido las ganas de ponerse tonos claros, sus predilectos ya que le quedaban espléndidos sobre su piel blanquísima y sus ojos azules. Caminó del brazo de su marido las pocas cuerdas hasta la Iglesia de la Merced, con la fila de ocho hijos detrás y la nana, que se hacía cargo de las dos más pequeñas.

Ocuparon los asientos de las primeras filas. Los minutos que transcurrieron hasta que el párroco dio comienzo a la misa, le parecieron horas. Los feligreses que

llenaban la iglesia enfocaban la vista hacia el altar. Como siempre, como debía ser. Pero Teodora intuía y hasta sentía que los ojos de todos se le clavaban en el cuerpo como dagas afiladas. El revés que había vivido la familia se le hacía intolerable, no solo había que ser una persona de bien sino también aparentarlo. Había dedicado una vida a cumplir con todas las costumbres, creencias y acciones que la moral dictaba, y su hija mayor, de la noche a la mañana, había tirado todo por la borda. Era desesperante.

El párroco dio comienzo al sermón. Teodora miró de reojo a su marido y sus hijos. Todos escuchaban concentrados la palabra de Dios. Volvió la mirada hacia adelante e intentó por todos los medios que sus asuntos profanos no interfirieran con lo importante. Se le hacía difícil. Hasta el discurso eclesiástico le parecía que iba dirigido contra ella. Con suavidad, se tocó la sien. ¿Se estaría volviendo loca? Apretó con fuerza el rosario de cuentas negras que siempre llevaba en misa.

Luego del ritual, los fieles comenzaron la retirada. Como una marea humana azulada, los presentes fueron acercándose a la puerta, y como si repitieran las páginas bíblicas, los últimos fueron los primeros, pero el resto tardó en salir. A partir de ahí comenzaron los saludos y las charlas intrascendentes. Algunos, dominados por el murmullo, otros en voz alta. Y fue inevitable. Varias filas más adelante, dos damas de peinetón y mantilla conversaban como si no tuvieran testigos encima. «¿Has visto lo de la Ezcurra? No contenta con haber engañado al esposo, ahora se fugó al norte para ver a su amante. Es una vergüenza. Además, regodearse entre la soldadesca. Parece una india más que una mujer como corresponde», con intención pérfida, le dijo una a la otra. Aunque no hubiera querido, Teodora escuchó igual. Se agarró fuerte del brazo de Juan Ignacio y él la contuvo con la mano libre. No iba a permitir que su esposa sufriera ni un día más.

Lograron llegar a la calle. Allí estaban las dos mujeronas, ya con algunas personas más alrededor. Encarnación, que iba del otro lado de su padre, transpiraba de la indignación. Sacó el pañuelito del bolsillo y se secó con ímpetu la frente. Su padre le vio la intención y la frenó.

—Ni se te ocurra, hija.

—¿Cómo se atreven a hablar de la moral de Pepa? Ellas son las indignas, Tatita —arremetió la muchacha con lágrimas de furia en los ojos.

—Se atreven porque están en lo cierto, Encarnación. Tu hermana es una inmoral, no debería habernos hecho esto. Es una afrenta. Y no quiero escuchar más de ella. Está muerta para mí.

Madre e hija lo miraron e intercambiaron miradas de estupor. Una tristeza inmensa embargó a la hermana dilecta de Pepa. No podía creer lo que acababa de escuchar de boca de su padre. Prefirió callar. Por ahora. Porque, si María Josefa Ezcurra daba que hablar, no habría que esperar tanto para que Encarnación repitiera el gesto.

* * *

A mediados de julio recibió la orden de guardar la bandera, que el Triunvirato, o mejor dicho Rivadavia, reiteraba en un tono enfurecido. Para mayor afrenta, la nota del gobierno venía acompañada por un paquete con una bandera española, y la instrucción precisa de que enarbolará esa. ¡Como si él no supiese cuáles eran los colores de la monarquía! Al instante se puso a responder. En su carta explicó que nunca había recibido la orden que el ex secretario y ahora triunviro mencionaba. Y que había izado bandera propia para levantar el ánimo de la tropa, a la que veía fría, indiferente y tal vez enemiga. Cumplió lo que se le solicitaba y ofreció a que se lo juzgara por eso si fuera necesario. No hubo represalias, tampoco dividendos.

Mientras tanto, los realistas se reagrupaban en Suipacha bajo las órdenes del general Pío Tristán, que se encontraba listo para iniciar operaciones sobre las provincias bajas. Su primo el brigadier José Manuel de Goyeneche también reunía fuerzas para cumplir el plan que los reuniría a todos en Córdoba —junto al general Osorio— y de allí seguir camino hasta Buenos Aires. Desde ese flanco y con Montevideo por el otro, controlarían el foco sedicioso del Virreinato. Los españoles se armaban y preparaban a sus hombres con un rigor brutal. Enterado el Triunvirato de estas noticias, envió órdenes a Jujuy:

Belgrano debía replegarse a Córdoba, sin presentar batalla. No estaban preparados para enfrentar el ataque español.

Ya era entrada la noche en el campamento. Los altos mandos no dormían. Belgrano estaba acostumbrado, sus compañeros de armas habían debido habituarse a ese ritmo. Envueltos en ponchos y alrededor de una gran fogata, lo acompañaban el barón Eduardo de Holmberg —había desembarcado en Buenos Aires en marzo y ya tomaba cartas en el asunto frente a los españoles— y el coronel Eustoquio Díaz Vélez. El crepitar del fuego se escuchaba de vez en cuando. La discusión entre los hombres le ganaba al silencio de la naturaleza.

—No estamos en condiciones, mi General. Lo sabe bien, no soy yo quien deba advertírselo —los ojos verdes inmensos del Barón de Holmberg brillaban entre la penumbra.

—Sí, lo sé. Pero no podemos esperar aquí la llegada de los godos. Estaremos muertos antes de empezar. Además, debo cumplir las órdenes de Buenos Aires —la paciencia de Manuel desaparecía.

Holmberg estaba inquieto. Percibía que el tiempo se le iba de las manos. Si hubiera sido por él, obligaba a la tropa a maniobrar incluso bajo la luz de la luna.

—Hace tres noches que no duermo de solo pensar en la estrategia para salir adelante, señores —dijo Manuel tomándose el mentón con la mano.

—Sus palabras son órdenes. Mis hombres están a raya y cumpliremos todo cuanto se nos diga, mi General —solicito, respondió Díaz Vélez.

Belgrano estaba enterado de que la vanguardia realista hostigaba a los indígenas de la Puna. Las muertes sanguinarias, latrocinios e incendios de los pueblos eran moneda corriente por parte de los españoles. Era evidente que ellos no estaban preparados para defender a Jujuy con sus tropas. Los rumores decían que Goyeneche se aprestaba para descender y arrasarlo el pueblo.

—El pánico se apoderó de la población, camaradas. Aunque también están las familias que aguardan con ansiedad a los realistas, que no son pocas. Somos sus enemigos —dijo Manuel.

—Deberíamos haber echado a esos traidores —fustigó el Barón y sus compañeros lo miraron fijo.

—Mañana dicto un bando, señores, ordenando a todo el pueblo jujeño que emprendamos la retirada del territorio. Debemos dejar el campo yermo, la tierra arrasada frente al enemigo. Ni casas, ni alimento, ni ganado, ni mercancías. Nada. Y ahí los quiero ver en el páramo —anunció exultante Belgrano, con una sonrisa torcida.

Sus camaradas lo miraron con aprobación. Los realistas se topaban con una región sin recursos, con un pueblo fantasma. Era el plan perfecto.

Capítulo XIII

Durante los primeros días de agosto comenzó el éxodo. Las familias pudientes embalaron sus pertenencias, los comerciantes cerraron sus negocios y levantaron sus casas; las mujeres, los ancianos, los niños y la servidumbre ocuparon las carretas, junto al equipaje. En caravana, cada familia partía en grupo cerrado, con sus animales arriados detrás por la peonada. Así, la población adinerada se convirtió en la punta de lanza de la retirada. Sin embargo, no todos cumplieron las órdenes del General. Un pequeño sector de los pobladores jujeños optaron por quedarse en su tierra para recibir a las tropas españolas. Lo mismo sucedió con los habitantes de Salta.

Sin embargo, a Manuel le preocupaba más la situación de los indios, los mestizos, los criollos pobres, los familiares de los reclutados por el Ejército, los emigrados del Alto Perú y los campesinos. Carecían de medios para escapar y con toda seguridad eran la mayoría. Así fue que controló uno a uno y colaboró en todo lo que pudo. La retaguardia, comandada por Díaz Vélez, había partido desde Humahuaca el 21 de agosto y dos días después hacía su entrada en los arrabales de la ciudad de Jujuy. Una infinita marea humana se desplazaba ordenadamente. También se sumaban algunos refugiados de los poblados de Tarija y Chichas, que habían arrasado con todo lo que habían dejado a sus espaldas.

El campamento estaba casi vacío. Solo quedaban algunos pocos hombres, además de Manuel y Pepa.

—Vamos, mujer, agrégate a la columna ya mismo. Te mando alguno de mis hombres para que te escolte. No puedes quedarte aquí. Aún es de día y yo no saldré hasta que sea noche cerrada —insistió.

—Ni loca, yo no te dejo. Solo no te quedas. Espero aquí contigo y partimos juntos. Parecería que no me conoces, Manuel —respondió más terca que nunca.

La miró con incredulidad. No podía someterla a que corriera sus mismos riesgos. Tristán y sus hombres estaban demasiado cerca y él no podía irse hasta que la última persona hubiera dejado su casa. No iba a abandonar al pueblo, menos ahora. Y Pepa persistía con el pedido.

—¿A qué crees que he venido hasta acá? ¿A jugar a las visitas? Soy más valiente que cualquiera de tus soldados, Manuel. No temas por mí, sé cuidarme mejor que nadie. Estuve casi cincuenta días en los caminos expuesta a los peligros, ¿eso dicen, no? Pues no me ha pasado nada.

—Ay, Pepa, que eres difícil. ¿Y si el enemigo nos encuentra?

—Le apunto con mi pistolón. No me he quedado tejiendo, querido. He aprendido a disparar. Y que esos apestosos realistas no se crucen con mi ojo, porque están muertos —anunció agitada.

Manuel lanzó una carcajada. Le causó gracia el estilo de su mujer. Menuda, con el pelo suelto y revuelto, y los brazos en jarra. No supo si reprenderla en serio o abrazarla.

—Espero no equivocarme, Pepa. Vienes conmigo y mi escolta. Pero no quiero perderte de vista, no hagas tonterías —le pasó la mano por la mejilla y ella se la besó. Corrió a su tienda y terminó de armar su equipaje.

Fueron los últimos en abandonar la ciudad. Ya era entrada la noche y detrás de ellos, lenguas de fuego y tierra arrasada. La primera intención era dirigirse a Santiago del Estero, pero los ciudadanos de San Miguel de Tucumán, encabezados por don Bernabé Aráoz, le sugirieron desviarse hacia su ciudad. Desobedeciendo las órdenes del Triunvirato, que lo había instado a movilizarse hacia Córdoba, cambió de parecer. Esa provincia no le convenía; estaba demasiado cerca de Buenos Aires.

El 3 de septiembre el ejército realista alcanzó a una de las columnas patriotas sobre el río de las Piedras, pero la rápida reacción de Díaz Vélez los enfrentó y logró derrotarlos. A los diez días y con el entusiasmo recobrado luego del éxito de la batalla, arribaron a Tucumán, donde los recibieron con desbordante júbilo. Ya en suelo amigo, Manuel se dispuso a escribir las novedades —opuestas diametralmente a las que habían sido solicitadas— a Rivadavia. Esperaba que aceptaran de buena gana el cambio de planes. Pero supuso mal.

* * *

En la ciudad de Tucumán lo aguardaba el general Juan Ramón Balcarce, a quien se le había encargado el aumento de las filas y el armamento. Allí estaba con sus cuatrocientos hombres sin uniformes y armados solo con lanzas. Pero la provincia toda acompañó la gesta y ayudó a enlistar vecinos, que también entregaron ganado, caballos y alimentos. Además llegaron contingentes de Catamarca y Santiago del Estero.

El 23 de septiembre, Belgrano organizó al ejército en la plaza de la ciudad. Se preparaban para recibir al enemigo. Ya sabían que aguardaban a unas leguas de allí, esperando para arremeter contra ellos. Algunos descansaron un poco; otros, ganados por la ansiedad, aguardaron en vela. A la mañana siguiente, con el sol apareciendo por el horizonte, Manuel se dirigió hacia la iglesia de los Mercedarios, que solo distaba a una cuadra de la plaza. En completa soledad se hincó frente a Nuestra Señora de las Mercedes. Era el día de su conmemoración, pero, además, era una fecha por demás especial para él. Habían pasado diecisiete años de la muerte de su padre. Sentía una fuerza especial, como si don Domingo lo protegiera desde el más allá. Metió la mano en el bolsillo de su casaca. Allí reposaba su rosario, como siempre. Lo sacó y rezó en silencio. En pocas horas se enfrentarían contra el ejército realista al mando de Pío Tristán. La Virgen y su padre cuidarían de ellos.

El general Tristán ordenó la marcha hacia la ciudad pero inmensas paredes de fuego —el teniente de Dragones La Madrid había ordenado incendiar los campos aledaños— lo conminaron a cambiar el paso. Sin embargo, no pudo salir airoso de la estrategia patriota. Desde el flanco derecho liderado por Balcarce, el izquierdo por

Díaz Vélez, las cuatro columnas de infantería comandadas por el coronel Superí, el capitán Warnes, el capitán Forest y el teniente coronel Dorrego, y la artillería al mando del Barón de Holmberg, lograron acorralar a las tropas españolas, a pesar de un inconveniente para nada menor. Además de la confusión de cuerpos enardecidos en el campo de batalla, se agregó al caos una inmensa bandada de langostas que transformó el cielo azul en telón oscuro impidiendo la visión de todos. Cadáveres ensangrentados, cuerpos sin miembros, atravesados por un sinfín de aullidos de guerra. El ejército realista emprendió la retirada, pero Tristán envió un ultimátum a Díaz Vélez para que se rindiera en el plazo de dos horas. No contaba con la furia patriota. El General respondió con virulencia: degollaría a los prisioneros si fuese necesario. Los españoles se dieron por advertidos y replegaron tropas hacia Salta.

Debieron pasar varias horas para que lograran escuchar algo de silencio. El ruido de la muerte, los cascos de los caballos contra la tierra, los tiros ensordecedores, los quejidos intensos de las vidas que en segundos dejaban de serlo, y el filo contra la carne atravesaba las cabezas de los guerreros. El movimiento desordenado se detuvo y el ritmo de los hombres se apaciguó. Belgrano pudo escuchar su mente sin interrupciones. Habían vencido al enemigo. Esa batalla era el sepulcro de la tiranía. Había desobedecido las órdenes de Buenos Aires pero su decisión pudo revertir la seguidilla de embates vividos meses atrás. Se sentía orgulloso de sus hombres, satisfecho de sus camaradas. La gesta patriótica iba por buen camino.

* * *

Herrera había convocado a los triunviros. Le urgía una reunión para decidir cómo continuar con el despliegue de fuerzas y, sobre todo, de dinero. El Secretario de Guerra acababa de recibir una noticia inquietante. Chiclana, Rivadavia y Pueyrredón —que habían ocupado los cargos del renunciado Paso y de Sarratea, enviado a la Banda Oriental— aguardaban con displicencia el motivo del apuro.

—Caballeros, me he visto obligado a pedirles esta reunión por noticias llegadas de Tucumán. Belgrano ha salido airoso contra las tropas de Pío Tristán —anunció Herrera, exasperado.

En un instante, la cara de don Bernardino pasó del pálido al morado ante la noticia.

—¡Desacató nuestras órdenes! ¡Este general de pacotilla se atrevió a desobedecer al gobierno! ¿Está loco, o es parte de una conspiración? —gritó Rivadavia y golpeó la mesa.

—Pero, Bernardino, una victoria así es para celebrarla. ¡Qué más hubiera querido yo, hace un año! ¡Joder, el hombre paró a los realistas! Ha salvado Tucumán, y con eso, a Córdoba. ¿Qué más quieres? —intervino Pueyrredón.

—¿No se dan cuenta? Parecen imbéciles, Dios mío. Se atreve a tomar decisiones por su cuenta, señores. ¿Cuántas cosas más decidirá? —volvió a aullar Rivadavia.

—Y a un general victorioso no se lo puede juzgar por desoír órdenes. —agregó, sibilino, Chiclana.

—Tranquilos, hombres. Me parece que están exagerando un poco. Con las conspiraciones en danza, un triunfo militar puede servir para aliviar la tensión — insistió don Juan Martín.

—O todo lo contrario, mi estimado. Nuestros enemigos se harán un festín con esta victoria lograda a contrapelo de las órdenes del gobierno —opinó don Feliciano.

Hacia meses que la Sociedad Patriótica, encabezada por Bernardo de Monteagudo, venía incitando contra las decisiones del Triunvirato. Y a oídos de los presentes habían llegado los rumores insistentes de que una logia o sociedad secreta, a la que no serían ajenos jefes militares como José de San Martín y Carlos de Alvear, operaba desde las sombras para quitarle poder al gobierno.

Rivadavia, Chiclana y Herrera estaban seriamente preocupados por las reuniones secretas que se llevaban a cabo en la ciudad. Y no sabían qué pensar de Pueyrredón, si era un ingenuo, como más nuevo en el gobierno, o si era también parte de la intriga. No habían podido hacer nada al respecto. Sus agentes les habían confiado los rumores que circulaban por ahí, pero los integrantes de esas sociedades eran demasiado inteligentes. Se cuidaban como nadie, parecían fantasmas.

—Les agrego, caballeros, que además tiene ínfulas para ir detrás de Goyeneche, aunque confiesa que padece mucho de su cuerpo y de su espíritu. Y por si esto fuera poco y hubiera olvidado que es un desacatado, reclama pólvora y plata —agregó Herrera socarronamente.

La discusión continuó durante horas. Unos a favor, otros en contra. Pero no llegaron a nada. Sin embargo, otros sí. Dos días después, en la madrugada del 8 de octubre y cuando la ciudad simulaba dormir, José de San Martín y sus tropas del Regimiento de Granaderos a Caballo y el Batallón de Arribeños, al mando de Ortiz de Ocampo, ocuparon la Plaza de la Victoria. Luego de unas horas también se movilizaron los vecinos. El suelo de la plaza vibraba de tanta tensión acumulada. El reclamo se hacía escuchar, y la noticia de la victoria de la batalla de Tucumán derrumbaba por completo el prestigio ya alicaído del Triunvirato, y sobre todo de Bernardino Rivadavia, hombre poco querido por el pueblo. La Logia había perdido la paciencia. La convocatoria de un congreso general les urgía, y los triunviros demoraban la resolución. Los revolucionarios franquearon la puerta con decisión, entregaron un petitorio para cesar al gobierno en sus funciones y exigieron la convocatoria de una Asamblea Constituyente. No esperaban, en realidad, una respuesta y no demoraron en elegir un nuevo Triunvirato. Se nombró a Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte, hombres cercanos a la Logia. Y para mayor seguridad, ordenaron el arresto de Rivadavia y Pueyrredón, que fueron desterrados de la ciudad.

Una nueva era parecía comenzar en Buenos Aires.

* * *

Desde que se habían instalado en Tucumán, Pepa empezó a sentir que las cosas no estaban demasiado bien. No podía entender por qué, pero le parecía que Manuel estaba distante. Algo le decía que ya no la miraba con los mismos ojos. No había querido hacerle ningún reclamo, la situación no daba como para que se transformara en una caprichosa mujer demandante. Prefería no molestarlo con asuntos domésticos. Luego de la victoria en el campo de batalla, prácticamente lo había visto poco y nada. Cuando se despertaba temprano por la mañana, él ya no estaba en la cama. Durante el día lo pasaba sola. Manuel se reunía con sus compañeros de armas y ella tenía la entrada prohibida. No se lo habían dicho, pero sabía que ese no era lugar para una dama. Bastante que aguantaban su presencia casi invisible en el campamento.

Había pasado Navidad prácticamente en soledad. Recordó la celebración que se hacía en su casa. Era una fiesta de guardar, pero la familia se reunía. Iban a misa bien temprano y se ocupaban todo el día de la preparación de los manjares. Este, precisamente, no era el caso. Para nada. Manuel se había instalado junto a la tropa y se había ocupado —como casi todos los días— de controlar el estado de las armas, el ánimo de sus hombres, la moral. En fin, todo aquello que lo tenía absorbido.

La angustia le había afectado el cuerpo y las puntadas que perforaban su pecho regresaban con asiduidad. Tal había sido su tristeza que se había atrevido a escribirle a su madre. Había recibido respuesta de Buenos Aires, pero le había ocultado el rechazo de su padre. Se había enterado vía Encarnación. Su hermana le había confiado todo lo que había sucedido luego de su fuga. Se carteaban a menudo y la llenaba de afecto. Como siempre.

Había salido a caminar por las cercanías del campamento. El sol había caído y el calor amainaba. Luego de un rato, se sentó contra el tronco de un árbol y quedó guarecida por la hojarasca. Sacó la carta de su madre de un bolsillo, y la releyó. Y no pudo evitarlo, las lágrimas corrieron por sus mejillas. Extrañaba su casa, pero sobre todo extrañaba a Manuel. Algo se había quebrado entre ellos. La bravura que la había llevado a vivir la aventura de perseguir su amor hasta las últimas consecuencias comenzaba a diluirse. Creyó que nunca podría pasarle una cosa así, que su amante se apagara, pero era verdad. No podía mentirse más. Y escuchó un crujir de hojas. A unos pasos de la arboleda, unos pasos de hombre. Levantó la vista nublada por las lágrimas y lo vio. Manuel se acercaba con paso firme.

—¿Qué te pasa, Pepita? ¿Te sientes mal?

No podía respirar. Al intentarlo el pecho le apretaba.

—Enferma no estoy, Manuel —y miró hacia arriba, él seguía de pie y ella sentada.

—Estás llorando —no quería agacharse, no sabía cómo comportarse ante el llanto de una mujer.

—Yo quiero saber qué te pasa a ti. Soy un estorbo en este lugar, siento que te molesto.

Manuel largó el aire con fuerza y levantó la barbilla. No quería entrar en eso, pero sabía que tarde o temprano las razones caerían como un alud.

—No quiero lastimarte, querida. Pero es imposible seguir adelante con esta relación. Yo estoy en guerra, eres una mujer casada, nada de todo esto transcurre con normalidad. No podemos mostrarnos con libertad.

—¿Y a ti quién te lo ha dicho? —gritó Pepa, embravecida—. No me interesa ni un poco la opinión de los demás. Y sí, estás en guerra, conmigo.

La cara de la muchacha brillaba por los colores, las lágrimas y la transpiración. Tenía terror. Sabía que todo se había terminado. No podía pelear por su amor. Pero no quería dar el brazo a torcer. Manuel se hincó y la tomó de la mano.

—Quiero que sepas que has sido la mujer más importante de mi vida. Soy mejor hombre luego de haberte conocido y te lo agradezco infinitamente. Pero no puedo más, Pepa. El deber me llama, no puedo perderme en tu amor. Si te sigo, el país se derrumba. Y yo sé que piensas igual que yo. Te querré toda la vida, pero ahora no puede ser. Las cosas han sucedido en el peor momento.

Pepa lo miró desgarrada. Quería matarlo, morirse, matarse. Se apoyó en el tronco y se incorporó con dificultad. Quiso hablar pero las palabras se le atragantaron. Y salió corriendo. No quería que la viera en ese estado. Corrió y corrió, y ya lejos lloró a los gritos. Todo se había terminado.

* * *

Le parecieron años pero solo habían transcurrido diez meses desde que se había subido a la galera con la ayuda de la fiel Rufina. Ahora volvía a realizar el mismo trayecto, pero al revés. Y con una tristeza inconmensurable encima. Eran las cinco y media de la mañana, como aquella vez. El calor era abrasador, por eso habían decidido partir tan temprano. Prácticamente no se había despedido de Belgrano. El dolor era tan inmenso que había preferido saludarlo fríamente. Y él había aceptado que fuera así. Por algo no se había negado. Evidentemente, tampoco él quería ser víctima de sus desenfrenos.

Había enviado una esquila intempestiva a su casa, anunciando su regreso. Daba por hecho que la familia la recibiría sin demasiados reclamos. Hacía una semana que se sentía rara, por no decir incómoda. Un cansancio fuera de lo normal dominaba su cuerpo, no tenía energía y por si esto fuera poco estaba demasiado sensible. Lo relacionó al desamor de Manuel. Le pareció más que obvio.

Casi no bajaba del carruaje. El cochero la animaba para que moviera un poco las piernas, para que cambiara de posición, aunque más no fuera. Pero Pepa no podía, no tenía fuerzas. Y cuando, por obligación, probaba algún bocado en las postas, debía correr como loca luego de la ingesta porque no aguantaba nada. Vomitaba todo. El

cochero quería regresar a Tucumán, no le gustaba para nada el estado de la señora. Le preocupaba que le pasara algo en pleno camino. Pepa no dio el brazo a torcer y lo instó a que continuaran viaje. Era una decisión tomada.

Las dos primeras semanas de traqueteo le resultaron muy difíciles. Las náuseas y el asco eran recurrentes. Ya durante la tercera y la cuarta, pudo encontrar el modo de evitar el malestar. Había alimentos que prefería y otros que eran mejor dejar de lado.

En la última posta antes de entrar en la jurisdicción de Santa Fe, se detuvo más tiempo de lo acostumbrado. Allí la recibió una negra de edad avanzada, que la cuidó como si fuera su hija.

—Venga, doña, vamos a asearnos un poco —la tomó de la mano y la llevó a un sector apartado. Empapó un trapo con agua fresca y se la pasó por la frente con esmero.

Pepa tomó aire despacio y cerró los ojos. Se abandonó al placer helado, pero al rato no pudo evitar el malestar, que la llevó a un vahído. La matrona la ayudó, la sentó y no abandonó el trapito que le servía de abanico. Cuando se repuso, le quitó los rizos de la cara y la escudriñó de arriba abajo.

—Madrecita, ¿se siente mejor? —y le posó la mano regordeta sobre el vientre.

Pepa la miró con terror, pero no tenía casi fuerzas.

—No soy madre, señora. Estoy débil por el calor, nada más.

La negra lanzó una carcajada y movió la cabeza, incrédula.

—Pues usted está equivocada, doñita —y volvió a tocarle la panza—. ¿O es que no se ha dado cuenta? Mire, tiene el vientre crecido, aquí hay una criatura.

Hizo cuentas como loca. Hacía un mes que estaba en camino a Buenos Aires, pero bien podía estar encinta. Se miró la panza y le prestó atención por primera vez. Tenía razón la matrona, estaba algo crecida. Pasó sus manos por los pechos y sintió que estaban grandes. Suspiró y el pánico la invadió. En poco más de veinte días estaría en su casa. Su estado sería evidente por demás. No podía llegar así; no podía ser madre de esa criatura. Era una mujer casada sin marido. Y ahora sin amante siquiera. Tenía que pensar. De algo estaba segura. No debía dar a luz en Buenos Aires.

Se incorporó con lentitud y se dirigió hacia la galera. El cochero estaba sentado al costado, comiendo un poco de pan.

—Volvamos a los caminos, ¿estamos cerca de Santa Fe, no es cierto?

—Sí, señora, a algunas leguas. En unos días podemos estar por allí.

—Perfecto, vamos a entrar a la ciudad. Allí nos detendremos para averiguar dónde queda una estancia. Ahí termina mi viaje, no sigo hasta Buenos Aires.

El cochero la miró con los ojos inmensos. No entendía nada pero cumplió las órdenes. Pepa decidió que recurriría a unas amistades de sus padres, oriundas de esa provincia. Allí tendría a su hijo. Era imposible volver a su casa en ese estado. Desde allí enviaría una carta a su madre, dándole la nueva. Luego vería qué hacer con la criatura.

El 30 de julio nació el niño. Sano, blanquísimo y de ojos azules, el calco del padre. Pepa lo hizo bautizar en la iglesia matriz de Santa Fe con el nombre de Pedro Pablo, pero sin apellido. Su familia, a la distancia, había arreglado todo. La estrategia del nacimiento en el más absoluto secreto se había llevado a cabo a la perfección. El bebé sería entregado a Encarnación, que se había casado a mediados de marzo con Juan Manuel de Rosas. La muchachita, ni lerda ni perezosa y con el gen de su hermana brava en la sangre, le había enviado una esquila a su futura suegra, doña Agustina López Osornio, advirtiéndole que estaba embarazada. La mentira, algo más que piadosa, había aterrado a la señora. La familia Ortiz de Rozas, con toda velocidad, apuró la boda y Juan Manuel se desposó con la joven Ezcurra, venciendo la resistencia que doña Agustina había opuesto hasta entonces.

Luego del puerperio, Pepa subió de nuevo al carruaje. Esta vez, con una criatura de cuarenta días junto a ella. Esas largas semanas en los caminos fueron difíciles. Trató de endurecerse y soltar el vínculo que había forjado con su hijo. Intentaba ocuparse lo mínimo indispensable, pero le resultaba imposible. El regordete solo se tranquilizaba cuando su madre lo tenía en brazos. Y a Pepa le costaba una inmensidad soltarlo. Al mes, entró en Buenos Aires. Con Pedrito sobre su pecho, miró por la ventana. Volvía a su casa, a su ciudad, su mundo. Pero ya nada era como antes. Todo había cambiado, y demasiado.

Perturbada, le indicó al cochero que se detuviera frente al gran portal. Había llegado a su hogar. El hombre la ayudó a descender con el bebé envuelto en cobijas. Mientras él bajaba el baúl —el mismo con el que había partido—, Pepa caminó hasta el escalón de la entrada.

No necesitó tocar la puerta, allí estaban, para recibirla, su madre y su hermana. Entre sollozos la abrazaron y besaron. Pepa estaba aturdida, no entendía nada; y entraron a la casa.

—¡M'hijita querida! ¿Cómo estás? ¿Te encuentras a salvo? ¿Y el niño? —sin aguardar respuesta, Teodora disparaba una pregunta tras otra, con lágrimas en los ojos.

Pepa lloraba pero no se daba cuenta. Sentía las mejillas mojadas, tampoco atinaba a secárselas. Tenía un nudo en la garganta.

—Dame al niño, Pepa. Ya está todo bajo control. Serás la tía de Pedrito y yo su madre —y Encarnación estiró sus manos para tomarlo entre sus brazos.

El niño, quietecito, quedó atrapado en el abrazo de su madre. Pepa no podía soltarlo. No había dicho ni una palabra desde que había llegado. Encarnación miró a su madre, preocupada. Teodora pasó un brazo sobre los hombros de su hija mayor y la llevó hacia su cuarto. Solas, con el niño. Amorosamente, fue susurrando palabras de contención al oído de su hija. Entraron a la recámara. Pepa acostó a Pedrito en su

cama. Lo miró, como si quisiera guardar cada partícula de su cara. El regordete dormía plácidamente, con un gesto en la boca que semejaba una sonrisa. Teodora abrazó a su hija. Pepa se abandonó al llanto hasta que juró que no volvería a derramar una lágrima más. Ese hombre no lo merecía. La abuela tomó a la criatura y salió. Dejó a su hija mayor y se dirigió a la sala. Allí aguardaban Encarnación y Juan Manuel. Besó a su nieto en la mejilla blanca y se los entregó. Rosas asintió con la cabeza, y le clavó la mirada helada.

Desde la puerta, muy serio observaba todo el dueño de casa, Juan Ignacio de Ezcurra.

TERCERA PARTE

Mademoiselle Isabelle Pichegru

Capítulo I

De nuevo espiaba sobre la borda de la corbeta Zephyr. Habían pasado demasiados años y Manuel regresaba a Europa. Y esta vez en misión diplomática. Volver a pisar aquel suelo lo mantenía en vilo. Era previsible, el Viejo Continente se encontraba inmerso en una cantidad de revueltas.

Una media luna incandescente asomaba por el horizonte infinito. Era la hora ideal para escuchar el silencio solo interrumpido por el oleaje apaciguado. Rivadavia aún descansaba; él, en cambio, dormía poco. Era una costumbre que no había podido abandonar. La madrugada le resultaba atractiva. Era ideal para pensar, escribir, o tan solo dejarse llevar.

De la espuma del océano a la bola de fuego que aumentaba sus dimensiones minuto a minuto. Su mirada iba y venía. El capitán Tomás Taylor y los marineros tenían la embarcación bajo control. Habían salido del puerto de Buenos Aires hacía unos días, el 18 de diciembre, y aún faltaban algunos más para arribar a Río de Janeiro, la primera parada. De ahí continuarían a Londres, y quién podría saber adónde más. El director supremo Gervasio Posadas les había encomendado negociar el posible reconocimiento de la independencia, aún postergada, ante las potencias del Viejo Mundo.

Respiró el aire de mar. Se sentía mejor de salud otra vez. Sin embargo, los males que lo habían aquejado el último tiempo estaban demasiado presentes. Ya habían pasado casi dos años de los vómitos de sangre sufridos en la víspera de la batalla de Salta, el 20 de febrero de 1813. Era increíble, pero faltaban pocos días para que finalizara 1814 y aún sentía el gusto sanguinolento en la boca. Pero no solo eso lo había tenido a maltraer. Allí también se había infectado con el paludismo, que lo había postrado con fiebres tercianas una y otra vez. La suerte había estado de su lado. La compañía y los cuidados del médico escocés Joseph Redhead le habían salvado la vida. Había logrado desterrar el mal gracias a la quina, medicada por su doctor y fiel amigo. «Qué afortunado soy, haber encontrado hombre tan leal como mi Redhead, que me salvó de la muerte», se dijo Manuel, mientras jugueteaba con el frasquito que escondía la prescripción salvadora dentro de su bolsillo.

Tanto había sucedido y en tan poco tiempo. Pero no solo con espadas y cañones. Había encontrado unas semanas de serenidad y seducción antes de partir hacia Salta. El verano tucumano le había devuelto las ganas del amor con una niña de quince años. En uno de los tantos festejos de los que había participado, había hecho buenas migas con la familia Helguero. Pero sobre todo con la bella Dolores, su segunda hija. Deslumbrada ante las victorias y el don de gentes del General, la muchachita había arremetido con todo. El hombre, seducido por su belleza y juventud, había accedido al romance. Hasta que partió a Salta y venció a los godos. Pero, la gloria de entonces se había derrumbado en Vilcapugio y Ayohuma. Ese año había tenido más fallas que aciertos. Y esos fracasos habían forzado a una nueva retirada, a su relevo al mando

del ejército, a la orden de arresto y a comparecer, otra vez, en Buenos Aires. El Alto Perú seguía devorando, como un monstruo, los esfuerzos de los patriotas y las cabezas de sus jefes. Le resultaba asombroso cómo había pasado de recibir honores y un premio de cuarenta mil pesos luego del éxito salteño, a la estigmatización tras la campaña del Alto Perú. Estaba dolido por el cambio intempestivo de pareceres de algunos. No habían tenido motivo. Ni refuerzos le habían enviado. Nada de hombres ni dinero. Y su premio lo había donado entero para fundar escuelas. Ya había transcurrido poco más de un año desde su encuentro con el querido don José de San Martín en Algarrobos, donde le había hecho entrega del mando de su ejército.

Una ola pegó fuerte contra el casco del mercante y el movimiento lo trajo de vuelta a la realidad. El cielo ya había clareado del todo. La jornada comenzaba a despabilarse y los marineros caminaban por la cubierta. Y en ese preciso instante apareció Rivadavia, acicalado, fiel a su costumbre.

—Buenos días, don Manuel. ¿Ha descansado esta vez? —preguntó con una sonrisa, conociendo la respuesta de antemano. Estaba exultante. Por fin conocería Europa, el continente que tanto lo deslumbraba.

—Algo, ¿y usted?

—Yo sí, no he tenido problemas. ¿Cómo andan las cosas por aquí arriba?

—Sin inconvenientes, el océano nos recibe amistosamente. Lo peor ya lo hemos pasado cerca del puerto de Buenos Aires —respondió Manuel y regresó la mirada al agua.

Rivadavia había hecho las paces con Belgrano. Nunca se habían distanciado, pero en sus tiempos de poder había mirado de muy mala gana las decisiones que había tomado. Pero había corrido demasiada agua debajo del puente. Ambos habían sufrido arrestos: el otrora todopoderoso don Bernardino, luego del derrocamiento del Primer Triunvirato; y el General destituido, en marzo de 1814 en Luján, por orden de Posadas. Los dos habían salido limpios del proceso. Don Bernardino regresaba a la escena política tras recibir la convocatoria del Director Supremo y Manuel salía sobreseído de la causa que se le iniciara.

Se apartaron de la borda y al rato, como todas las mañanas, uno de los ayudantes les trajo unos vasos de leche. De a sorbos la fueron bebiendo y probaron algunas galletas.

—¿Y cómo ha encontrado Buenos Aires luego de tantos meses de ausencia? —preguntó Rivadavia mientras intentaba acomodar sus pelos al viento.

—Al primer golpe, irreconocible. He tenido que acostumbrarme a ella. Luego de Luján he pasado una temporada en la quinta de San Isidro, así que fue de a poco —sonrió.

—Me imagino. ¿Y se ha cruzado con alguno de nuestros hombres? —haciendo referencia a los patriotas que habían compartido gobierno.

—Para nada. Por otro lado, Sarratea ya viajó para iniciar las tratativas. Nos encontraremos con él allá, ¿no es cierto? —respondió Belgrano y su interlocutor

frunció el ceño.

El diálogo continuó sin intervenciones importantes. Era, más bien, una conversación mantenida por dos hombres con buenos modales. Bastante intrascendente pero repleta de cortesías. Ambos caballeros dominaban esas lides. Cuando las diplomacias llegaron a su fin, hicieron silencio. La cabeza de Manuel voló de nuevo hacia Buenos Aires, y sin comprender los motivos, rememoró una tarde de unas semanas antes de partir. Caminaba rumbo al Café de los Catalanes y antes de entrar había visto a Encarnación de Ezcurra junto a su marido Juan Manuel de Rosas, y a un crío en brazos. Sabía de la boda y suponía que sería el hijo de ambos.

* * *

Belgrano y Rivadavia aguardaban con paciencia la aparición de Lord Strangford. Habían llegado con puntualidad a la residencia del embajador inglés en Río de Janeiro, luego de recibir la esquila de invitación. Pero conseguir que los atendiera no había sido tarea fácil. El dúo patriota había desembarcado en la ciudad brasileña el 12 de enero. Al poner pie en tierra, el calor había estado a punto de tumbarlos. El verano en ese lado del mundo era difícil de aguantar. Con la velocidad del rayo encontraron el sitio donde se hospedarían y comenzaron la campaña para que los recibiera.

Luego de varios días de idas y vueltas, se presentaron ya caída la tarde en la fastuosa casa. Bajaron del carruaje y avanzaron por la escalinata que los dejó en la inmensidad del portón de madera. Solo bastó un golpe para que se los recibiera. El mayordomo los hizo pasar y los llevó al despacho del embajador. Los techos altísimos, los brocados que contrastaban con las paredes blancas y el mobiliario que observaron en esa corta caminata los dejó sin aliento. A Rivadavia desde ya; y Belgrano, aunque acostumbrado a las cortes y la riqueza de otros mundos, no se quedó atrás. El sirviente cerró las dos hojas de la puerta y se retiró. Allí quedaron los emisarios de las Provincias Unidas. El importante escritorio de Lord Strangford dominaba la escena, y en las paredes que lo flanqueaban y del piso al techo, interminables filas de libros ocupaban las bibliotecas. Belgrano se acercó de inmediato a curiosear el gusto literario del embajador. La poesía era su fuerte. Parecía que en su juventud había intentado escribirla, pero no había tenido suerte. Los libros, sin embargo, seguían acompañándolo. Rivadavia, en cambio, se acomodó en uno de los sillones de terciopelo granate y acarició con suavidad los apoyabrazos.

Esperaron casi una hora. Manuel comenzaba a fastidiarse cuando apareció. Era evidente que el inglés lo había hecho adrede. La puntualidad británica era más que conocida en el mundo entero. Desde el comienzo debían actuar con cautela, comenzaba el juego de la diplomacia.

—Caballeros, bienvenidos a mi casa. Es un gusto para mí recibirlos aquí —saludó el embajador con una sonrisa enorme y sus ojos más redondos que nunca.

Belgrano y Rivadavia asintieron con las cabezas y estrecharon manos con Lord Strangford. Se ubicaron en sus asientos —el embajador prefirió acomodarse en un silloncito de dos cuerpos y no ante su escritorio— y al instante entró una esclava con una bandeja, un botellón de *cognac* y tres copas. Mientras la mujer servía, los hombres conversaron nimiedades.

Aguardaron a que la puerta se volviera a cerrar para continuar.

—Su excelencia, venimos en misión diplomática —anunció don Bernardino. Quería tantear a su interlocutor, necesitaba saber hasta dónde informar. Las cosas venían mal barajadas del vamos. Se habían enterado, él y Belgrano, de una próxima expedición española con ansias de conquista, pronta a llegar a Buenos Aires. Al instante había enviado el anuncio a su ciudad.

No podía asegurar que Lord Strangford estuviera al tanto aunque intuía que sabía eso y mucho más.

—Por supuesto, mis amigos. Han seguido mis recomendaciones de retirarse de la contienda con honra y seguridad, y presentarse ante don Fernando VII para lograr una pacificación —respondió Lord Strangford sin gestos grandilocuentes.

La política que había llevado a cabo hasta ese entonces debía cambiar radicalmente. Sentía que su lugar en la embajada corría peligro. Las órdenes desde Inglaterra eran otras. Se habían aliado con España y esos lazos que él había mantenido con el Río de la Plata debían cortarse. Fernando VII había regresado a su país y empezaba a reclamar su patrimonio, además del acatamiento absoluto de sus súbditos. Lord Strangford sentía que su puesto en Río de Janeiro estaba comprometido.

—Sí, Milord, a eso vamos, pero también debemos agregar otros asuntos. Nuestra intención es advertirle firmemente nuestras condiciones para que la restauración no choque contra la opinión pública y universal de estas nuestras provincias —interrumpió Belgrano, muy serio.

Los dos clavaron sus ojos en el embajador. Querían dejar en claro su posición. No darían el brazo a torcer frente a España. Había corrido demasiada sangre patriota como para entregarse a tan bajo precio.

Strangford respiró hondo y miró hacia abajo. Así se quedó durante varios minutos. Las ideas destempladas de los recién llegados lo ofuscaron por demás. Pero no quería que se le notara. Necesitaba guardar las formas y con Belgrano y Rivadavia sentados a dos pasos le resultaba imposible.

—Señores, dejadme pensar un poco.

En cuanto tenga alguna respuesta, os llamo.

—¿Será mañana, pasado? —interpeló Rivadavia—. Para estar disponibles y al servicio.

—No pregunten, por favor. No puedo decir nada con exactitud. Recibirán noticias más cuando las haya.

Lord Strangford se incorporó dando por finalizada la reunión. Los enviados de

Buenos Aires lo habían cansado. Como si hubieran escuchado detrás de la puerta, aparecieron dos hombres con librea, invitándolos a retirarse.

* * *

Al fin se reunirían con don Manuel José García. De casualidad se habían enterado de su presencia en Río de Janeiro. Lord Strangford, con absoluta inocencia y sobre todo poquísimo interés, les había contado que había estado con el enviado del gobierno. Al retirarse de casa del embajador, Bernardino había enviado una carta a Buenos Aires con visos de inquietud. Ponía en autos al nuevo Director Supremo —Gervasio Posadas se había retirado del cargo dejando a su sobrino Carlos María de Alvear, quien, apurado, había tomado cartas en el asunto— de lo que se acababan de enterar. Rivadavia había escrito de un tirón una extensa carta. Hacia el final, decía:

Iba a seguir con las noticias del día, pero vengo de ver a Lord Strangford y este me ha sorprendido con la noticia de que García ha estado con él, que le ha hablado sobre varios particulares... Lo mandamos buscar... No se ha podido encontrar a García, y solo hemos averiguado que hace seis días que llegó, esta conducta es muy extraña. Strangford, que ha extrañado lo que era indispensable que no supiese yo de García, me ha mandado a preguntar por su secretario si he encontrado a dicho García, y si he sabido su objeto o comisión, en fin, esperaremos a la inteligencia de estos misterios.

Había sido casi imposible dar con él.

Pero lo que más les había llamado la atención era que García, al arribar al país el 23 de febrero, no se hubiera puesto en contacto con ellos. Algo escondía.

En un café cercano a la posada donde se hospedaban, se encontraron con el comisionado de Alvear. El ceño fruncido de García era más que elocuente.

—Era hora, nos la ha hecho difícil. ¿Se puede saber a qué lo han enviado hasta aquí? Nosotros somos los interlocutores de Strangford, no entiendo por qué debería de haber otro —arremetió Rivadavia sin preámbulos, mientras Belgrano lo observaba meticulosamente.

—Se podrán imaginar que no tengo nada que ver en todo esto. A los pocos días de que ustedes arribaran, hubo cambio de mando y Alvear decidió apurar el asunto. España ha enviado una expedición de diez mil hombres al mando del general Morillo y esto ha desesperado a don Carlos —respondió García con preocupación y miró a los costados como si temiera ser espiado o víctima de un ataque súbito.

—Conocemos todos los movimientos de España, don Manuel. Nosotros hemos comunicado la información a Buenos Aires y aquí estamos trabajando al respecto. No hacía falta todo este movimiento —dijo Belgrano y se cruzó de brazos. No había

probado una gota de su bebida.

Era evidente que García estaba incómodo con toda la situación. La pila de papeles que había traído consigo descansaba sobre la mesa. Tomó el pliego de arriba y lo puso frente a él.

—Alvear me envió con dos pliegos. Uno para Strangford, el otro para el ministro de Relaciones Exteriores en Londres, Lord Castlereagh. He tenido algunas reuniones con el embajador pero preferí no entregarle esto —y apoyó su mano sobre el documento—. A esta altura ya no sé qué está bien y qué mal. Pero solo intenté negociar una mediación británica para el conflicto entre España y nosotros.

Belgrano y Rivadavia clavaron sus ojos en los pliegos que tenía García. La diplomacia caminaba por una cornisa lábil. No era de extrañar que las intenciones originales nunca llegaran al camino deseado. Algo entendía Bernardino de eso. Él también llevaba pliegos secretos a Europa. Y Manuel no estaba al tanto.

—Sería bueno que nos enteráramos a qué estamos expuestos —apuró Belgrano y extendió la mano.

García le entregó la carta de Alvear al embajador inglés en Río de Janeiro. Manuel la desplegó y la leyó. Volvió a leer el final. No podía creer lo que decía. Prefirió hacerlo en voz alta para que su compañero de misión escuchara lo increíble.

En estas circunstancias, solamente la generosa Nación Británica puede poner remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas Provincias que obedecerán a su Gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer porque conocen que es el único medio de evitar la destrucción del país, a que están dispuestas antes que volver a la antigua servidumbre, y esperan de la sabiduría de esa nación una existencia pacífica y dichosa.

—No la entregué —y señaló la carta que seguía en manos de Belgrano—; la cambié por un memorial para que intercedieran por nosotros. Quité la parte de la sumisión.

—Pero este hombre está loco, no lo digo por usted, García, es evidente. Estoy pasmado —Belgrano elevó la voz derrochando furia.

—Nos expone, la intentona nos desarma del todo y nos pone en peligro —agregó Rivadavia.

Sin embargo, lo que alarmaba al intrigante de Bernardino no eran las palabras de Carlos de Alvear, sino que no hubieran aguardado sus noticias, que no confiaran en que darían los pasos indicados con las negociaciones. Él tenía instrucciones reservadas que debía abrir en Londres. Pero no había cumplido las órdenes. Las conocía de antemano y en ellas se lo autorizaba para gestionar el protectorado de Inglaterra. ¿Por qué no confiaban en él y enviaban a García? Debía cuidarse, más que nunca. Mientras tanto, Belgrano ignoraba toda la trama secreta.

Capítulo II

Arribaron a destino hacia el fin de la primavera londinense de 1815. El clima de mayo, con un sol radiante, les daba la bienvenida. El trajín de los hombres que subían y bajaban de los grandes mercantes, bergantines y barcazas era avasallante. El griterío por medio del cual se comunicaban desalentaba a cualquiera que no fuera parte de la faena. Belgrano y Rivadavia caminaron tan solo unos pasos hasta que dieron con un coche de alquiler. Querían salir cuanto antes de allí. Entre el ruido y la pestilencia que dominaba la ribera del Támesis, les era más que suficiente. Aceptaron el valor del viaje y como por arte de magia y a la perfección el chofer acomodó el equipaje de ambos en la parte posterior.

Tomaron hacia el oeste, debían atravesar la ciudad. A medida que fueron alejándose del puerto, el panorama fue cambiando. Los hombres iban mejor vestidos; ni qué hablar de las mujeres. Y las conversaciones bajaban el tono. Los gritos habían dejado de oírse, salvo por algún que otro vendedor de flores ambulante. Los cascos del caballo golpeaban el empedrado y sumieron a los caballeros en un ensimismamiento normal para el tiempo que llevaban ahí adentro. Estaban excitados con la situación que vivían, sobre todo Rivadavia. Manuel espiaba por la ventanilla, dejándose llevar por las construcciones de fondo y el sinfín de peatones de las calles.

Luego del largo trayecto, arribaron al barrio de Piccadilly. Allí se hospedarían. Cruzaron The Mall, luego Pall Mall; a varios pasos se veía St. James Square y el Palacio de Saint James. Unos pasos más y llegaron. El carruaje se detuvo y los tres hombres descendieron con agilidad. El cochero acercó el equipaje a la puerta del 37 de St. James Street, recibió las monedas en pago y, ya instalado nuevamente en su lugar, sacudió el látigo al aire como saludo y arrancó.

Subieron los escalones y Manuel golpeó la puerta con la perilla de bronce. Ninguna de las paredes ostentaba un cartel anunciando el sitio donde estaban, era un lugar exclusivo. Durante su estancia en Londres se alojarían en el White's Club, una suerte de cuartel general de los *tories*, término que los aludidos rechazaban, para llamarse simplemente «los amigos del señor Pitt», el recientemente fallecido primer ministro. Un mayordomo los recibió e invitó a entrar. El salón principal tenía una cantidad importante de mesas, ya ocupadas por algunos de los socios. La del fondo, contra la *bow window*, era la privilegiada. Entre ellos le decían «el trono».

Manuel y Bernardino dieron sus nombres y el conserje chequeó en su libro. Batió las palmas y en un segundo apareció un jovencito sonriente. Tomó los baúles en cada brazo y les indicó que lo siguieran. Subieron al primer piso y caminaron hasta el final de un pasillo. Abrió la puerta y los dejó pasar. Ligó una propina y se retiró exultante.

—Al fin en Londres, don Manuel. No puedo creer haber llegado hasta aquí —y recorrió el pequeño salón, decorado con muebles de un estilo novedoso para sus asombrados ojos de recién llegados. Corrió el pesado cortinado y abrió las ventanas de par en par. Se asomó un poco y miró la transitada calle.

Las habitaciones estaban enfrentadas. Belgrano optó por la puerta de la derecha y entró. La cama con baldaquino con su mesita al costado, una cómoda y una silla lo recibieron confortablemente. Abrió su baúl, sacó la infinidad de documentos y pliegos que traía, y los colocó sobre la cómoda de madera. Se quitó la casaca, desabrochó un par de botones de su camisa y se recostó.

Estaba exhausto, no quería abusar de la integridad de su físico. A veces no se sentía del todo bien y no quería tentar a la suerte, que parecía estar de su lado.

Desde la cama escuchaba el ir y venir de Bernardino. Cajones que abrían y cerraban, los zapatos contra el piso y algún que otro suspiro de esfuerzo. Al rato, los ruidos se transformaron en un sonido amigable, como un ritmo atávico; parecía envuelto en un vaivén protector. Quiso advertirle a su compañero de misión que no contara con él por unos minutos. Pero no pudo, el sueño lo venció y se quedó dormido. Mientras, Rivadavia se ocupaba de sus propios asuntos, que no eran pocos.

* * *

A primera hora del siguiente día, Belgrano y Rivadavia se reunieron con el nexa obligado en territorio inglés: Manuel de Sarratea. El colega de Rivadavia durante los días del Primer Triunvirato había sido enviado un tiempo antes por el otrora director supremo Posadas, a una misión diplomática —otra más— en Madrid y Londres. Al desembarcar en España había sido tratado como un rebelde y tuvo que huir a Inglaterra. Allí instalado, había pergeñado planes y reuniones, que intentaba llevar a cabo lo más expeditivamente posible.

Capote y paraguas en mano, llegó al White's Club. Instalados en una mesa, aguardaban los embajadores llegados desde el otro lado del mundo. Manuel y Bernardino bebían té y comían *scones*.

—Caballeros, ¡qué alegría verlos en mi ciudad! Espero poder llevarlos de recorrida, aunque las ocupaciones arrecian, sabrán comprender —Sarratea saludó efusivo al acercarse a la mesa. Estaba impecable con su pañuelo de seda con arabescos al cuello y el pelo bien peinado, como si el viento hubiera hecho un alto durante el camino al club.

Belgrano y Rivadavia se incorporaron y le señalaron el asiento que le estaba destinado. Manuel le sirvió té en una taza; Bernardino, en cambio, empezó la conversación con cara de pocos amigos.

—¿Has logrado algo en tu temporada por aquí? —preguntó Rivadavia sin tacto alguno y en un tono de voz demasiado alto.

Su compañero de misión lo miró asombrado. No entendía por qué Bernardino estaba molesto con el recién llegado. Intervino con nimiedades gastronómicas, como para suavizar el asunto. Sin tener idea, disertó sobre las delicias de la pastelería inglesa y Sarratea ofreció llevarlos uno de esos días a disfrutar de las mejores tortas de la ciudad.

—Bueno, don Manuel, acepto encantado. Pero vayamos a lo nuestro antes de pensar en deleites. Traemos documentos para Lord Castlereagh, cuanto antes demos comienzo a las negociaciones, mejor —anunció Belgrano con calma. Rivadavia lo miró fijo y disimuló la preocupación que lo embargaba. ¿Por qué hablaba de documentos? ¿Sabría de los papeles secretos que traía?

—Tendrán que llenarse de paciencia, amigos. Hace rato que intento una reunión con el Ministro. No quisiera acobardarlos.

Los caballeros de otras mesas conversaban en voz baja. La humareda suave de los cigarros dibujaba unas figuras que, de a poco, se deformaban.

—Tiempo es lo que nos sobra, Manuel. Estamos dispuestos a todo y con el aval del gobierno de Buenos Aires —respondió Bernardino con sonrisa socarrona.

—Pues yo tengo algunas ideas que me gustaría compartir con ustedes. La situación ya no es la misma en este continente. Cuando ustedes salieron de Buenos Aires, las cosas eran bien distintas. Napoleón está en el poder nuevamente, y apoyado como nunca por el pueblo francés —dijo Sarratea con un brillo especial en la mirada.

El 20 de marzo, Napoleón Bonaparte había hecho su entrada triunfal en París, asumiendo nuevamente el mando de un ejército de ciento cuarenta mil hombres. Parecían cosa del pasado sus meses de destierro en la isla de Elba, adonde lo habían confinado sus enemigos victoriosos el año anterior. Los realistas emprendían la huida o, en muchos casos, se ponían a las órdenes del restablecido Emperador. Era el comienzo de los Cien Días.

—Por supuesto que estamos enterados —respondió Belgrano, algo impaciente. No entendía hacia dónde se dirigía Sarratea.

—Creo que debemos ir directo al grano. Abandonar la idea del reclamo a los ingleses y mudarnos de destino —apuró el comisionado.

Rivadavia acercó la taza y se deleitó con un trago de té. Era el primer encuentro que tenían con Sarratea y ya le parecía un disparate. Cerró los ojos y contó hasta diez. No quería exponer su furia. Por lo menos no todavía.

—Estoy intentando establecer contactos con don Carlos IV, quien está exiliado en Roma, para ofrecerle la coronación de su hijo don Francisco de Paula en el Río de la Plata. ¿No es una idea brillante? —agregó Sarratea.

Los recién llegados se miraron entre sí. La cautela permanente era algo que habían aprendido con el desarrollo de los acontecimientos. Clavaron sus ojos en Sarratea.

—No se preocupen, caballeros. No les pido una respuesta inmediata. Solo quise ponerlos sobre aviso. Buenos Aires está al tanto de todo —sonrió con serenidad. La pulseada, aún, era con diplomacia.

Rivadavia se incorporó y miró a su compañero con firmeza. Belgrano no quería que la conversación se fuera de cauce.

—Don Manuel, discúlpenos pero debemos partir cuanto antes a hacer una diligencia. Nos volvemos a reunir en estos días, y gracias por todo —dijo Belgrano y

también se puso de pie.

—Que tengan una gran jornada, mis amigos. La semana que viene estoy invitado a una interesante recepción. Los agrego a la lista si les parece bien —anunció Sarratea, sabiendo que con eso los tendría en el puño.

—Qué gentil de tu parte. Pues, cómo no. No te haremos pasar vergüenza —lanzó una carcajada Bernardino.

Asintieron con la cabeza, Belgrano estrechó la mano de Sarratea y partieron a las calles londinenses bajo un cielo que dejaba adivinar la cercanía de una tardía llovizna primaveral.

* * *

En Buenos Aires, los hechos corrían por otro carril, ignorado por los enviados en Londres. Alvear y los hombres de la Logia que le respondían habían terminado por ganarse el rechazo de gran parte de la población, sobre todo de los oficiales del ejército. Finalmente, el joven Director Supremo había sido defenestrado por un motín militar en la posta de Arequito, al que pronto se sumó el Cabildo porteño. En su reemplazo habían nombrado a José Rondeau, pero como el hombre estaba al frente del Ejército del Norte, Ignacio Álvarez Thomas, líder del amotinamiento, ocupaba interinamente el cargo. El Director Supremo interino estaba ahora ocupado y preocupado por las guerras intestinas, además de la lucha contra los realistas.

El conflicto eterno con la provincia Oriental se reavivaba. En un intento por limar asperezas, el gobernante decidió enviar a Francisco Bruno de Rivarola y al coronel Blas Pico a reunirse con Artigas a bordo de una goleta que ancló frente a Paysandú. Los hombres le ofrecían la independencia de la Banda Oriental a través de un Tratado de Paz y Amistad. Don José Gervasio se negó a considerar semejante propuesta. Respondió con un texto de catorce puntos, entre los que rechazaba la secesión de la Banda Oriental del resto de las Provincias Unidas, proclamaba el federalismo y pedía indemnizaciones y armamento. La contrapropuesta iba demasiado lejos para los ojos de Buenos Aires. Álvarez Thomas dio por finalizadas las negociaciones y las tratativas de paz se interrumpieron.

Con prisa y sin pausa, el nuevo Director Supremo retomó la línea política de sus antecesores, dispuesto a imponer el poderío del gobierno central ante los «anarquistas» y «díscolos» que osaban cuestionarlo en el litoral. Ordenó la invasión sobre Santa Fe y, una vez más, el conflicto interno se convirtió en guerra. Entretanto, allá en el norte, nuevamente el ejército patriota era destruido por los realistas en el Alto Perú.

Capítulo III

Ya era entrada la tarde y las mesas de juego del White's Club estaban completas. No entraba ni un caballero más. Las cercanas a la *bow window* eran las más silenciosas. Era el lugar donde se disputaban las interminables partidas de backgammon. Al lado de cada tablero, los vasos de *brandy* se llenaban una y otra vez, y cada tanto, las carteras perdían o sumaban libras, de acuerdo al éxito o al fracaso de la mano. En ese sector de la sala de juegos, la concentración de los señores era casi de vida o muerte. A nadie le gustaba perder. Y menos las cifras que se disputaban. El silencio solo se rompía con el movimiento de las fichas o alguna que otra exclamación de quien ganara. Un mozo iba y venía con un sigilo estudiado, prestando atención a las bebidas de los caballeros o a los ceniceros repletos de colillas de cigarros.

En las mesas del centro, donde se jugaba *alpicquet*^[38], el alboroto ganaba unos decibeles. Sobre todo cuando el ganador acumulaba bazas. Y en las del fondo, los vozarrones se dejaban oír sin vergüenza. Era el sector del *hazard*^[39], donde luego de cada lanzamiento de los dados los gritos de furia o de alegría sonaban por igual. Las apuestas eran fuertes y resultaba de lo más normal ver a algún que otro jugador pidiendo prestado para continuar con la juerga. Todos se conocían bien y sabían que era el sitio elegido de los caballeros de la ciudad, *tories* y *whigs* por igual.

Manuel jugaba su cuarta partida de backgammon. Su contrincante era un vejete con poca melena pero mucha panza. Donde sí le crecía el pelo era en las cejas, que parecían un remolino blanco y alterado. No intercambiaban palabra; solo tiraban los dados y montaban las fichas, una sobre otra. Con los brazos cruzados sobre la mesa, Manuel estudiaba su juego. Luego de la jugada de su contendiente, cerró los ojos y agradeció para sus adentros. Había salido beneficiado. Ahora solo faltaba que los dados estuvieran de su lado.

Tiró y golpetearon contra el borde. El remolino se detuvo y así fue, los dados se acomodaron a su favor. Lord William, así el nombre del panzón, le entregó las libras, le dio la mano y se despidió. Debía pasar a buscar a su esposa para ir al teatro y, si no apuraba la marcha, llegaría tarde. Manuel se incorporó para saludarlo y prometió futuros encuentros.

Recorrió las mesas y se detuvo a mirar alguna partida de *picquet*. Varios de los caballeros allí sentados ya eran conocidos de ambos. Hacía unas cuantas semanas que estaban instalados allí y habían unido lazos con los clientes habituales. Esa tarde, Bernardino había hecho otros planes. Él había preferido quedarse en el club.

Se dirigió hacia la mesa de los dados. Los jugadores se divertían como locos. Un joven rubio y espléndido había sido el elegido para tirar. A su alrededor se habían juntado varios apostadores. Los aplausos se repetían. Manuel se acomodó para observar mejor. La ansiedad vibraba en el aire. Al instante quedó encandilado por la presencia de uno de los caballeros. Parecía tener poco menos de cuarenta años y un

estilo único. Su pelo perfectamente peinado y cortado, y un gesto altanero. Era guapo y elegante como ninguno. Sin ornamentos pero repleto de elegancia, George Bryan «Beau» Brummell daba cátedra en cuanto a la moda. No usaba calzas y medias, había impuesto los pantalones largos. Su camisa de lino brillaba de tanta blancura.

—No lo conozco, caballero. Es raro, porque aquí todos sabemos quién es quién. Supongo que habrá llegado de otra ciudad. ¿Francés? —preguntó Brummell elevando una ceja.

—Vengo de más lejos, del Río de la Plata, en América del Sur, mi nombre es Manuel Belgrano.

El inglés le estrechó la mano y, por toda presentación, susurró su propio apellido como si fuera un santo y seña, sin dejar de mirar de reojo qué sucedía con los dados.

—¿En plan de negocios o solo unas largas vacaciones? —insistió.

—Estoy aquí, con otro caballero, en una misión diplomática. Hemos venido a trabajar. Sin embargo, el divertimento nunca está de más —le sonrió al inglés, que le había caído bastante bien y parecía recíproco.

White's era el sitio elegido por los *tories*, pero era también el garito más elegante de Londres y, a la hora del juego, no se les negaba la entrada a los *whigs*. Este era el caso de Beau Brummell. Había sido, hacía algunos años, uno de los favoritos del Príncipe de Gales. Sin embargo, al ser nombrado Regente a raíz de la enfermedad mental de su padre Jorge III, decidió sacarse de encima a los *whigs* con los que hasta entonces se había codeado. Y así fue que Brummell fue relegado del circuito real. Gracias a su inteligencia e ingenio había logrado mantener algunas relaciones importantes.

—Entonces, si es por diversión, le propongo un sitio mucho mejor que este. Prácticamente es la hora de la comida, a no ser que nadie tenga hambre en este lugar —lanzó una carcajada amigable.

Chasqueó los dedos y reclamó papel y pluma. Con una caligrafía excelsa escribió un pagaré y lo firmó. No llevaba dinero encima. No eran los mejores tiempos económicos del inglés. Las apuestas lo estaban esquilmando. Se lo entregó al encargado de la mesa y se alejó raudo. No quería que lo importunaran con preguntas. Se colocó su largo saco oscuro y aguardó a su nuevo amigo para salir. Manuel detuvo la mirada en el vestuario del inglés. Era impactante.

—En otras circunstancias, le advertiría que mirar así de arriba abajo a un caballero es una impertinencia. Pero estoy acostumbrado. Si lo desea, uno de estos días lo puedo acompañar a elegir unos trajes nuevos —se ofreció Beau.

Manuel asintió con entusiasmo. Le gustaba la ropa y pensó que sería agradable regresar con algunas novedades inglesas. En ese instante recordó las veces que había sido blanco de las habladorías de algunos soldados del Ejército del Norte en su continente. Hubiera preferido no escucharlos pero los susurros al pasar, a la voz de «cotorrita» por su chaqueta verde, lo habían enfurecido. Siempre.

Salieron del club y Brummell cerró la pesada puerta de madera. Bajaron los

escalones y el inglés miró hacia Piccadilly.

—¿Ha estado ya en Watier's? Bueno, si nadie lo ha invitado, seré yo el primero. No hay mejor sitio para comer en Londres, ya verá.

Fueron por St. James hasta Piccadilly. El club privado quedaba solo a cuatro cuadras de ahí. Podían ir a pie. Iban a girar para seguir camino cuando se vieron obligados a detenerse, por el paso de un coche. Manuel dirigió la mirada hacia el vehículo. Una fuerza superior le hizo levantar los ojos. Allí, contra la ventanilla, la cara inquietante de una castaña rojiza lo dejó con la boca abierta. Brummell lo miró y largó una carcajada. El coche siguió su camino y desapareció.

—¿Pero qué pasa, hombre? Parece que hubiera visto un fantasma.

—No ha sido miedo, precisamente, lo que me ha provocado esa mujer.

—En fin, a veces es mejor sentir pavor por algunas. Mejor dejémoslo así. ¿Le ha gustado la colorada? Es su día de suerte, amigo. La conozco, si quiere, puedo hacer la introducción pertinente.

Manuel lo miró fijo y le brillaron los ojos. Hacía demasiado tiempo que no mantenía siquiera una conversación con una mujer. Se dio cuenta de que lo necesitaba. Y casi como el agua. Brummell sonreía con malicia. Le causaba un poco de gracia ver a un varón desarmado. Le palmeó la espalda y lo conminó a que lo siguiera. Tenía hambre y no iba a postergar una comida por unas faldas. Ni siquiera por las de Mademoiselle Isabelle Pichegru.

A pesar de conocer casi de memoria el contenido de las instrucciones reservadas, Rivadavia las volvió a leer. Estaba encerrado en su habitación. En unos minutos debía salir rumbo al encuentro con Belgrano, y de ahí a una nueva reunión con Sarratea. Hacía un esfuerzo por mantener la calma cuando lo tenía frente a frente, pero le resultaba difícil. Agradecía que estuviera su compañero de viaje para mediar entre ellos. La irascibilidad era mutua, Sarratea tampoco lo quería y él se daba cuenta. Se detuvo en un párrafo del documento secreto:

Que las miras del Gobierno, sea cual fuere la situación de España, solo tienen por objeto la independencia política de este Continente, o a lo menos la libertad civil de estas Provincias. Como debe ser obra del tiempo y de la política, el diputado tratará de entretener la conclusión de este negocio todo lo que pueda sin compromiso de la buena fe en su misión.

Bernardino sabía que la negociación sería complicada. No confiaba en los manejos de Manuel de Sarratea. Solo tenía confianza en Belgrano, que desconocía el verdadero plan que los había traído hasta Londres. Todos los tejes y manejos urdidos en Buenos Aires tenían por fin demorar y, en lo posible, desviar el zarpazo que pudiese dar Fernando VII. Quedaba más que claro en el documento que escondía como si fuera un tesoro.

... porque en el caso que pueda conseguirse que la Nación Inglesa quiera mandar un Príncipe de su Casa Real o de otra de sus aliadas para que se corone en esta parte del Mundo bajo la constitución que fijen estos Pueblos o bajo otras formas liberales tomando sobre sí la obligación de allanar las dificultades que oponga la España o las demás Potencias Europeas, entonces omitirá su viaje a España y solo tratará con la Inglaterra.

Dobló los papeles, volvió a meterlos dentro de su baúl en el doble fondo secreto, y giró la llave. Como si nada hubiera pasado, se acomodó la chaqueta y salió. Tocó la puerta de la recámara de su compañero y aguardó a que apareciera. Con el sombrero en la mano y el abrigo ya puesto, Manuel salió.

Descendieron hasta la planta baja y salieron a la calle. Allí, al borde de la ínfima escalinata, los aguardaba Sarratea.

—Quiero creer que has conseguido la entrevista con el Regente —lo abordó Rivadavia sin saludar—. Estamos aquí nomás, podemos ir a pie hasta el Palacio Real.

Levantó una ceja con displicencia. Intuía que no había logrado nada, pero disfrutaba al ponerlo en evidencia. Belgrano comenzó a transpirar.

—Mis contactos me han prometido que la semana que viene tal vez nos reciban. Su Alteza está descompuesto —mintió Sarratea. Sus interlocutores supieron de inmediato que no decía la verdad. Si había alguien que tenía una salud de hierro, ese era el Príncipe Regente.

Rivadavia y Belgrano suspiraron con fastidio. Se habían preparado para el tan ansiado encuentro, y nada.

—Pero ya que estamos, ¿por qué no hacemos una caminata por Green Park? Podemos conversar con tranquilidad, mientras tanto. Evitamos orejas atentas e indeseables —agregó Sarratea con una sonrisa inmensa.

Los tres caminaron hasta Piccadilly, y de ahí rumbo al parque. Las tres figuras masculinas iban a paso lento sobre el camino de piedras y el verde brillante de la gramilla de los laterales. Solo se escuchaba el crujido de las botas contra el pedregullo y el piar de algún pájaro atrevido.

—Insisto, caballeros, con mi plan italiano. Yo dejaría de lado el contacto inglés —Sarratea rompió el silencio—. No encuentro otra alternativa.

La paciencia se le acababa. Él tenía línea directa con el gobierno de Buenos Aires, el poder estaba allí, lejos. No tenía que pedir ningún permiso a sus compatriotas, pero había momentos en que parecía que debía rendirle pleitesía a Bernardino. Ya le había enviado su plan y las posibilidades reales a Alvear. Les había advertido que había movido las teclas posibles y que la única realmente útil era la del heredero de Carlos IV. Además, había recibido correspondencia del Director Supremo. Se detuvo intempestivamente y miró a Belgrano.

—Don Manuel, no sé si se habrá enterado de las novedades políticas de Buenos Aires, pero he recibido carta —metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado

en cuatro—. Por eso insisto en lo que decía.

Abrió y aguardó a que los caballeros se acercaran para escuchar:

Vea usted la necesidad de barajar el proyectillo de Italia y entretenerlo sin pasar a compromisos serios hasta que veamos en qué para el Congreso General, el rumbo que deben tomar las relaciones exteriores.

Váyase usted con pies de plomo, y redúzcase a trabajar sobre la protección de nuestra independencia, haciendo que se ahorre sangre, pues por lo visto los Españoles no se juntan con los Americanos, a lo menos con los de este rumbo.

Belgrano mantuvo la cabeza gacha. Era evidente que la información corría por carriles diferentes, pero lo que abundaba era la circulación de datos reservados. ¿En quién debía confiar? ¿O tenía que hacerse a silencio y trabajar por su cuenta? El tiempo corría pero las decisiones parecían detenidas.

—Nosotros traemos órdenes de las Provincias del Sur y yo no doy fe de lo que acabo de escuchar. Debo cumplir con lo mío —respondió Rivadavia, impávido. Sarratea le parecía un imbécil y de ninguna manera pensaba caer en su trampa. Porque era eso lo que creía, que Sarratea quería desbaratarlo.

—No nos ofusquemos, por el amor de Dios. Todos queremos lo mejor para la Patria, acá no hay traidores. No debemos tomar decisiones a las apuradas, sería un error irreversible. Don Manuel, creo que es muy importante lo que acaba de leernos, y don Bernardino, sugiero que recapitulemos y analicemos con serenidad las órdenes que traemos desde Buenos Aires. Lo peor que podría sucedernos es que nos peleemos entre nosotros. La tierra nos hermana, caballeros. El enemigo está en otro lado —dijo Belgrano para calmar los ánimos—. Regresemos, ya nos hemos alejado demasiado. Les sugiero que vayamos a almorzar algo rico a algún lugar agradable. ¿Qué les parece?

Rivadavia y Sarratea se clavaron la mirada. La desconfianza dominaba esa relación. Pero no querían, ni uno ni otro, que eso diera por tierra con las negociaciones. Belgrano los miró, a la espera de una respuesta. Asintieron y pegaron la vuelta. Tal vez la comida limara asperezas.

* * *

Manuel esperaba sentado, con cierta intranquilidad. Había aceptado el convite de Brummell ya que este lo había tentado con la presentación oficial de aquella francesa deslumbrante. La recepción era en casa de uno de los tantos conocidos del inglés. No le había interesado preguntar demasiado por el dueño de casa. Solo había llegado con una idea en mente. Conocer, al fin, a Mademoiselle Pichegru.

El inmenso salón estaba repleto de gente. Y como era de esperar, muchos más

hombres que damas. Brummell había desaparecido apenas franqueada la puerta. Belgrano lo perdió de vista al instante. No le dio importancia. Caminó despacio entre la multitud de desconocidos, liberado por completo. No necesitaba saludar a nadie, podía observar todo, despojado de obligaciones. Los señores conversaban entre sí y sus voces ya elevaban el tono; las copas vueltas a llenar, ayudaban. En el fondo y contra la pared, el pianoforte sonaba de la mano de un joven músico. Luego de algún que otro roce y pidiendo permiso para avanzar, Manuel se acercó y decidió instalarse cerca de la música. Se acomodó en la punta de una *chaise longue*, el resto lo ocupaba una dama de edad avanzada. Pidió consentimiento y se sentó. Una joven de paso firme se plantó al lado del pianoforte. Apoyó su mano sobre la tapa y con una voz como caída del cielo comenzó a cantar acompañada por los acordes. Era un espectáculo conmovedor. La muchacha cantaba deliciosamente. Distráido, miró hacia la otra punta del salón. Le pareció ver, detrás de algunos cuerpos, la cara de Brummell. Era tal el gentío que era difícil afirmar a primera vista lo que veía. Pero efectivamente fue así. Avanzaba hacia donde él estaba, guiando a alguien. Cuando estuvo más cerca, se dio cuenta de que de la mano traía a la mujer prometida.

—Al fin lo encuentro, Manuel. Di unas cuantas vueltas por aquí y no estaba —mintió Beau. La verdad era que había preferido instalarse en otra habitación, donde se apostaba fuerte a los dados—. De casualidad encontré a esta dama y me pareció interesante que se conocieran.

Le guiñó el ojo y Belgrano se incorporó de inmediato. La mujer lo dejó sin aliento de nuevo. Pero esta vez la veía de cuerpo entero. Ahora entendía por qué se había inquietado tanto aquella vez. Los ojos negros bien delineados lo miraron fijo, y los labios carnosos color sangre le sonrieron como invitándolo a descubrir el misterio más absoluto. Estiró la mano blanquísima, adornada por un anillo con una piedra del color de su boca.

—Madame, es un honor para mí conocer a señora tan bella —saludó Manuel con la caballerosidad de siempre.

—Lo corrijo, Monsieur Belgrano. Solo Mademoiselle Isabelle Pichegru, no me agregue años, *s'il vous plaît* —respondió y clavó sus ojos en el beso que recibía.

Manuel levantó la vista y notó un brillo especial en su mirada. Lo provocaba, y al mismo tiempo lo invitaba a quedarse.

—Mis amigos, no necesito quedarme a dar el parte de cada uno. Solo agregaré que Manuel Belgrano es un importante embajador llegado desde Buenos Aires, y mi querida Isabelle ya le contará quién es, ¿no es cierto? —dijo Brummell con clase, y se retiró con una excusa inaudible.

La pareja quedó sola en un rincón del salón. La fiesta era un éxito. Los invitados empezaban a ponerse más amigables. Manuel le ofreció algo de beber e Isabelle aceptó. Lo tomó del brazo y se dejó llevar hasta el sector de las bebidas. Las personas se abrían al verlos pasar. En realidad, a quien miraban era a Mademoiselle Pichegru. Su presencia era impactante. Su vestido era del mismo color que su boca; de la

cintura para arriba parecía pintado sobre la piel blanca, sus curvas estaban dibujadas a la perfección. La espalda terminaba con una gran sobretela anudada varias veces, para darle contundencia a su cuerpo de mujer. Y como ninguna en esa recepción, Isabelle dejaba al aire sus tobillos finos y algo más. Los pies de princesa iban cubiertos por unos zapatos de tacón alto y satén blanco, bordados con hilo granate. Y su caminar dejaba sin aliento hasta al más avezado. Como si no fuera consciente de nada, sus caderas iban de un lado al otro a un ritmo perfecto. Tenía con qué ser la mujer más admirada de la fiesta. Caminaron hasta los botellones y copas que adornaban la elegante mesa de caoba.

—Cuénteme de usted, Manuel —avanzó mientras acercaba su boca a la copa.

—Juro que no hay nada más soporífero que mi vida, mademoiselle. Prefiero escucharla, de seguro que todo lo suyo es deslumbrante.

Largó una carcajada y pasó el pañuelito obligado que llevaba en la mano izquierda por su cuello. Era un acto reflejo, tuviera o no calor.

—Bueno, no lo sé. Estoy de visita en este país que me ha acogido tan bien. Tuve que escapar de Francia ante la ferocidad de Napoleón —sostuvo la mirada como si hubiera querido adivinar los pensamientos de Belgrano. No tenía demasiado claro quién era ese hombre—. Los lazos de sangre nos obligan, ¿no es cierto?

—Por supuesto, mi señora. Sin embargo, desconozco las circunstancias en su caso —señaló Manuel con intriga.

—Le pido disculpas, tiene razón. Mi familia ha estado demasiado involucrada en el torbellino de estos años. Soy la sobrina directa del general Jean-Charles Pichegru, aunque no sé si este nombre le dice algo. Proviene usted de un lugar tan lejano...

—Tal vez prefiera escuchar la historia de sus labios.

Isabelle sonrió y bebió otro sorbo de *cognac*. Tomó aire como pudo. Estaba acostumbrada a respirar entrecortado a causa del corsé. Esos pocos segundos le bastaron para decidir hasta dónde avanzaría y qué contaría.

—Mi pobre tío querido falleció hace once años pero lo extraño como el primer día en que desapareció —comenzó con la mirada perdida—. Y toda la culpa la ha tenido ese Bonaparte.

Se acercó a Manuel y le susurró al oído el motivo de la muerte de Pichegru: había sido encarcelado por intentar asesinar a Napoleón. Y al no soportarlo, se había colgado en su celda. Se alejó un poco de Manuel y lo miró a los ojos. Pestañeó y bajó la vista. En ese mismo momento sonó la música e Isabelle se mostró ansiosa por bailar. Él estiró el brazo y la invitó a participar de la cuadrilla^[40], que se organizó al instante en el medio del salón. Como si su piel irradiara destellos de luz, Isabelle brilló como ninguna. Se movía con una gracia única y Manuel la miraba como hipnotizado. Bailaron durante un largo rato y eso los acercó al punto de parecer amigos de años. Después de una larga pausa, Isabelle perdió la vista hacia el fondo del salón. Manuel la siguió con la mirada pero no vio nada que le llamara la atención. Solo pudo ver a un caballero de cierta edad, que miraba hacia donde estaban ellos.

—Discúlpeme, Manuel. Debo retirarme, me aguarda un amigo de mi tío, que es con quien vine a esta fiesta. Es una lástima, hubiera querido quedarme con usted unas horas más, pero no puedo —se despidió, seductora.

—Qué tristeza, mademoiselle. He pasado la noche más maravillosa desde que desembarqué en Londres.

—¿Y quién le dijo que será la última? —de un golpe abrió su abanico y solo dejó sus ojos rasgados a la vista. Giró para retirarse pero Manuel la retuvo.

—Por favor, no se puede retirar sin antes concederme una cita. Se lo ruego.

Nada le gustaba más que el juego de seducción y ser ella la que dominara la apuesta. Era una profesional, de eso no había dudas. Cerró el abanico y lo apoyó en la solapa de la chaqueta del caballero.

—Le diré a Brummell que le entregue una esquila de mi parte, con día, hora y lugar.

Y ahí sí, se dio vuelta y se retiró. Manuel la miró irse, esa figurita pequeña, con una nuca suave y su recogido espléndido. Llegó hasta el caballero, lo tomó del brazo y lo instó a salir. El salón, de repente, pareció vacío sin ella a pesar de la multitud que se divertía. Se dirigió nuevamente a la mesa de la bebida. Reclamó otro *cognac* y permaneció allí un rato más, recordando el olor dulce de la dama.

Capítulo IV

Manuel cumplió la orden. La esquila anunciaba la invitación a las cinco de la tarde para tomar una taza de té. Salió con tiempo porque no quería demorar el encuentro. Le entregó la dirección al cochero y se entregó al paseo. Algunas calles de Londres aún le resultaban desconocidas, y prefirió mirar por la ventanilla del carruaje las fachadas novedosas que le deparaba la ciudad. Era la primera vez que se detendría en la zona al este de New Street^[41]. No era un barrio que hubiera frecuentado.

Luego de veinte minutos de recorrido, el cochero se detuvo. Manuel descendió, pagó y examinó durante unos segundos la casa de Mademoiselle Pichegru. Para llegar a la puerta de entrada blanca debía subir unos escalones. La ventana de vidrio repartido no permitía espiar; unas cortinas pesadas impedían ver lo que sucedía adentro. Llegó a la puerta y empujó la bola de bronce para llamar. Un sirviente vestido de punta en blanco le abrió y tomó su abrigo y sombrero. Le pidió que lo siguiera y fueron hasta el jardín de invierno del fondo de la residencia. Allí, sentada, aguardaba Isabelle. Con un vestido color marfil de talle imperio y una inmensa pañoleta azul fuerte bordada que le cubría los hombros, lo recibió.

—Qué puntual, me gusta —y clavó sus ojos perfectamente maquillados en los de su invitado.

—Es una costumbre que llevo desde muy pequeño. Buenas tardes, mademoiselle —introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo una pequeña caja—. Traigo un presente para agradecer este tan agradable convite.

Isabelle extendió el brazo y tomó el regalo. Con dedos expertos deshizo el lazo y abrió la cajita. Sus ojos se iluminaron, sacó una polvera de plata grabada.

—No se hubiera molestado, Manuel.

No era necesario traerme un regalo —dijo mientras la entregaba a su sirviente, que rápidamente la llevó consigo hacia adentro—. Venga aquí, siéntese a mi lado.

Se acomodó frente a una mesa bien puesta, con una tetera y tazas haciendo juego, una bandeja repleta de *cookies* y un budín.

—Cuénteme quién es, *monsieur* Belgrano —comenzó la charla mientras servía el té.

—Un hombre que viene de paso, que ha llegado hasta Londres para pelear, sin armas, por lo que cree mejor para su Patria.

Isabelle lo observó con detenimiento, le resultaba exótico, misterioso. Pero sobre todo, atractivo.

—Valiente sobre todo. Su tierra queda demasiado lejos. ¿Y por qué habría que venir hasta aquí?

—Porque este país ha sido amigo del nuestro. Y esperamos que pueda colaborar con nosotros. Tal vez no entienda los motivos, pero queremos independizarnos, bella dama —y aceptó una porción de budín.

Había estudiado en el mapa dónde quedaba Buenos Aires, pero la realidad era que desconocía por completo la situación de ese territorio. Ya le preguntaría a alguno de sus amigos en algún momento.

—Por lo visto, todos nos exiliamos en este bendito país. Nos recibe con los brazos abiertos, ¿no es cierto? —rió Isabelle.

La charla continuó por los carriles esperados. Fueron indagando y respondiendo de a una las requisitorias de cada cual. Y como siempre, a medida que dialogaban, conocían menos uno del otro. Sin embargo, a ninguno de los dos le importó. Era parte del coqueteo.

Transcurrió una hora e Isabelle le sugirió que pasaran a la sala; prefería guarecerse del aire un poco fresco del exterior. La habitación los recibió completamente iluminada por el servicio doméstico. Manuel se acomodó en un sillón de dos cuerpos e Isabelle no dudó ni un instante y se sentó a su lado.

—Si traigo un mapa, ¿me mostraría dónde queda su casa? —preguntó, provocadora.

Manuel no dudó. La tomó de la cintura y la atrajo hacia sí. La besó con pasión y se dio cuenta del calor que había mantenido a raya y que volvía a encenderse. Metió sus dedos entre los rulos de Isabelle, para luego bajar la mano y acariciarle el cuello. Ella dejó caer su cabeza hacia atrás y se abandonó a las caricias del hombre. Era pura sensibilidad. Al rato escuchó un ruido imperceptible para cualquier otro que no fuera ella. Miró con disimulo hacia la puerta, y allí casi escondido detrás del marco estaba su fiel sirviente. La ponía sobre aviso con el horario. Suavemente empujó a Manuel de encima. Lo miró con sus ojos negros y le acarició la mejilla.

—Discúlpame, Manuel. Falta poco para las siete de la tarde y debo arreglarme para ir al teatro. Unas amigas y sus esposos me pasan a buscar.

Belgrano la miró con desencanto. Era imposible que le sucediera eso. Sin embargo, era así. Isabelle se incorporó con sutileza y volvió a cubrirse con la pañoleta.

—Mi sirviente se ha ocupado del coche, ya está en la puerta —dijo y lo besó con deseo—. Puedo recibirte mañana, si así te place.

Manuel asintió con vehemencia y caminó hasta la puerta donde lo aguardaba el mayordomo, que ya traía su sombrero y el abrigo. Tomó sus cosas y giró para despedirse de Mademoiselle Pichegru. Ella esbozó una rápida sonrisa y se apuró hacia sus aposentos. Debía arreglarse a la velocidad del rayo. En breves llegaría su amante oficial.

* * *

Sarratea caminaba hasta su residencia. Era un trayecto largo pero la distancia no le impedía recorrer esas calles. Lo hacía a paso lento, era la manera ideal para entregarse a la reflexión. Vaya si necesitaba pensar. Había tomado la determinación

de iniciar las negociaciones con Carlos IV de una vez por todas. No podía aguardar más. Le había parecido que perdían demasiado tiempo en interminables discusiones y cambios de opiniones. No entendía por qué Rivadavia y Belgrano se demoraban tanto en dar a conocer sus resoluciones. Su comisionado ya estaba en camino y con los documentos necesarios. Hacía pocos días, el Conde de Cabarrús, a quien había delegado para la tarea, había emprendido viaje rumbo a Roma para continuar con las negociaciones con Carlos IV. El ex rey de España estaba allí instalado con parte de su familia: su esposa y su hijo Francisco de Paula. La reina María Luisa había insistido en escuchar más de la propuesta americana. La correspondencia inicial la había persuadido. Pero ahora debía enfrentarlos cara a cara. Entre las instrucciones y memoriales que le había entregado al intermediario para tentar al Borbón, estaban también algunos proyectos de Constitución. La nueva monarquía que le proponían debería llamarse Reino Unido del Río de la Plata, y abarcaría al antiguo virreinato, la presidencia de Chile y las provincias de Puno, Arequipa y Cuzco, además de las costas e islas adyacentes. También le planteaban crear una nobleza hereditaria.

La caída del sol no había fustigado a los transeúntes. Las calles del barrio de Mayfair eran un bullicio a pesar de la hora. El mes de junio invitaba a salir, el frío helado se había retirado hacía rato. Y las piernas de Sarratea eran ágiles; su cuerpo fuerte respondía. El día se despedía con honores y le daba la bienvenida a la noche. Se cruzó con algunos carruajes que transportaban parejas bien vestidas, seguramente dirigiéndose a alguna recepción o concierto. Él no estaba para esos trotes. Por lo menos, por unas semanas más. Estaba demasiado concentrado en la trama política. Lo consumía casi por completo.

En unos días tendría novedades de Cabarrús. Era optimista, esperaba que todo sucediera como lo había planeado.

Y así, con buenas noticias, recurriría a Belgrano y Rivadavia. Sabía que los asombraría con su desempeño. Lo que más ansiaba era ver la cara de Bernardino al escuchar el desarrollo de los acontecimientos. Sabía que el enviado de Buenos Aires no confiaba en él. Con esto, le cerraría la boca.

Faltaban pocas cuadras para llegar a la residencia. La noche se acercaba a pasos agigantados y Sarratea sintió que tenía ganas de festejar. Una copa le vendría bien. Justo enfrente apareció una taberna. Sonrió y abrió la puerta. Estaba repleta pero entró igual. Algún lugar encontraría.

* * *

Isabelle organizó sus innumerables actividades —casi siempre del brazo de algún caballero— para que su nuevo vínculo amoroso dispusiera de tiempo. Ella y Manuel habían comenzado a vivir un tórrido romance. Él hacía todo lo posible por asistir a cuanta invitación recibiera por parte de ella. Pero la francesa, por momentos, rozaba el límite. Debía cumplir, sí o sí, con la retribución que le debía al hombre mayor que

le había facilitado su residencia en Londres. Como era un hombre casado, este no le reclamaba demasiado. Sin embargo, no podía negarse a sus pedidos. Cuando la solicitaba de improviso y no tenía manera de excusarse, debía recibirlo. Mademoiselle Pichegru apreciaba a Lord John, sentía una ternura infinita por él. Pero claro, no era el único. Había seducido —y sabía sacarle provecho— a una fila importante de señores. Con Belgrano el jugueteo era diferente.

Había quedado prendada de su caballerosidad y, sobre todo, por la forma en que la miraba. Los ojos azules limpios de Manuel la perturbaban y no entendía muy bien por qué. En general, era ella quien inquietaba a los hombres. Ahora era distinto. Lo escuchaba hablar —por cierto, Manuel dominaba varias lenguas— y se desarmaba. Intentaba demostrarle poco, pero a veces la emoción le ganaba de mano. Y por si esto fuera poco, era oriundo de una tierra lejana. Mademoiselle Pichegru acariciaba un cuerpo exótico. Así lo percibía ella.

Manuel hacía su visita periódica a la misma hora. Ella lo recibía al mediodía y luego almorzaban juntos. Era el horario que él tenía libre y prefería ocuparlo con su dama. Alguna vez había intentado convidarla a una cita más formal pero ella había reiterado las excusas. No se le ocurrió insistir, supo entender. Además, sus propias ocupaciones se multiplicaban por demás. Las reuniones con unos y otros no le daban tiempo. Es más, a veces, su compañero de viaje le reclamaba atención. Como Manuel hablaba poco y nada de sus encuentros con Isabelle, nadie le hacía reclamos. Tal vez tenía mucho por compartir, pero los asuntos con esa pollera en especial parecían ser secretos. Aunque de la vida de la francesa se sabía poco. Ella se ocupaba muy bien de esconderla. Y durante esa temporada a nadie le provocaba demasiada curiosidad. Lo que sí despertaba eran inmensas pasiones. Tenía con qué. Parecía construida a fuego y brasas. Manuel gastaba casi todas sus energías en la cama de Mademoiselle y antes de retirarse pasaban por el jardín de invierno, donde la servidumbre ya había puesto la mesa para recuperar la voracidad perdida. A veces ella lo engañaba de tal forma que le costaba retirarse. Era muy difícil negarse a los artilugios amorosos de Isabelle. Las primeras semanas de pasión, todo fue sobre rieles. Los dos olvidaban sus obligaciones en el revuelto de sábanas de seda china. Ya darían alguna excusa para calmar a las fieras. Las ansias físicas de uno sobre el otro eran excesivas. Manuel tenía casi cuarenta y cinco años pero con Isabelle su cuerpo recuperaba la memoria y volvía a sentirse un jovencito.

Durante casi un mes ella fue insaciable y Manuel se encargó de cumplir todas sus expectativas. Tanto se entregó a los placeres del americano que muchas veces se expuso por demás. Estuvo a punto de perder todo lo que había logrado en Londres. Parecía que Manuel la había embrujado. Sin embargo, pudo ocuparse de todos sus candidatos. Belgrano ignoraba qué pasaba cuando él no estaba dentro de esas cuatro paredes que conocía casi de memoria. Tampoco le importaba demasiado.

* * *

El aire se cortaba solo, ni siquiera hacía falta una espada para tajar la densidad que atiborraba el ambiente. La mesa partía al medio a las dos parejas de caballeros. De un lado, Rivadavia y Belgrano, más serios y ensimismados que nunca; del otro, Sarratea y Cabarrús.

El emisario a tierras italianas estaba de regreso y llegaba con novedades. Los comisionados ya estaban al tanto de todo, Sarratea les había contado su decisión y el desarrollo de las negociaciones. Eso sí, la confesión había llegado con el conde ya de viaje. Ahora aguardaban los resultados de la transacción.

Manuel estaba cruzado de brazos; Bernardino, en cambio, tenía el peso del cuerpo sobre la mesa, como si quisiera tomar envión para pegar el salto. Miraba con gesto adusto al Conde de Cabarrús. No quería adelantarse pero presentía que algo andaba mal.

—No demore más la exposición, señor. Necesitamos definiciones —apuró Sarratea con demasiada ansiedad.

Los ojos rasgados del Conde se rasgaron aún más. Desabrochó su casaca bordada, con cuidado. Parecía que sus tiempos no eran los mismos que los de sus interlocutores.

—Tal vez hicimos mal en demorarnos con la comisión.

—Le pido que no abuse del plural, señor de Cabarrús, y explique de una vez el resultado de sus tratativas —apuró Belgrano, harto de sus vueltas.

—No hemos tenido suerte, mis amigos. Hice todo lo posible, teníamos a doña María Luisa de nuestro lado, pero no hubo caso. Don Carlos se negó a admitir nuestra oferta. Y vosotros bien sabéis que él tiene la última palabra.

Rivadavia le clavó la mirada y al instante la movió hacia Sarratea. No tenía término medio, la culpa de todo, para él, era de ese hombre.

—Sin duda, la demora ha sido desafortunada —dijo Sarratea, atajando el golpe de esa mirada—. Tuvimos la desdicha de que Cabarrús saliera rumbo a Italia casi al mismo tiempo que Napoleón Bonaparte era derrotado en Waterloo. Europa ya no es la misma, caballeros. El continente está patas para arriba.

El renovado derrumbe de Bonaparte avivaba el poder monárquico europeo. Las ideas liberales sufrían un ataque masivo y cualquier intento por libertar, independizar o deshacer los vínculos donde los reyes ostentaban su dominio era rechazado en el acto.

—Entonces yo me pregunto, mi estimado, ¿para qué mandaste igual a este caballero conociendo las novedades del continente? —cuestionó Bernardino, ya con colores en la cara. No podía creer lo que escuchaba.

Belgrano apoyó su mano en el brazo de su compañero. Quería calmar las aguas, era mejor no exaltarse —todavía— y prestar atención hasta el final. Pero era difícil.

—No se preocupen, tengo nuevos planes en mente —anunció Sarratea con una sonrisa leve.

Quería tantear los ánimos de sus compatriotas.

—¿Me estás tomando el pelo? Has echado mano de nuestros recursos para este negocio. Y te recuerdo que es dinero nuestro, que hemos traído nosotros desde Buenos Aires —gritó Rivadavia e intentó pararse.

—Tranquilo, Bernardino. No ganamos nada exaltándonos —quiso apaciguar Sarratea, pero, rápido de reflejos, respondió de pie.

Mientras tanto, el Conde de Cabarrús llevaba la taza de té a la boca con una serenidad inusitada. Como si disfrutara de la música en un concierto en la Corte. Belgrano observó la actitud displicente y no lo toleró. La calma que le pedía a su compañero desapareció en el acto. Sintió como si tuviera lava en las entrañas y arremetió.

—A ver si entiendes, imbécil. No estamos jugando, esto no es broma. Te sigues haciendo el desentendido y no me quedará otra que desangrarte a puntazos —y se aflojó el cuello de la camisa. Sentía que le faltaba el aire.

Bernardino se quedó perplejo pero se interpuso entre los hombres. Tomó del brazo a Manuel y lo llevó a un costado. Tranquilizó como pudo a su compañero de comisión. Los otros dos no pudieron escuchar qué se barajaba entre ellos. Belgrano asentía con fastidio y Bernardino gesticulaba mientras hablaba. Al rato, regresaron a la mesa.

—Hemos escuchado todo lo que tenían por decir. Nos retiramos, ya es hora. Además, tenemos otros compromisos —anunció Rivadavia y los dos caballeros se inquietaron aún más.

—No quisiera que nuestra relación se resquebrajara —dijo Sarratea—. Somos amigos y nuestra meta es la misma, señores. Me agradecería que se retiraran con mi nueva opción. Tengo pensado propiciar la creación de un estado independiente. Sé que están molestos con el señor de Cabarrús, pero me parece que es el único que puede lograr una entrevista con el ministro español Pedro Cevallos.

Belgrano y Rivadavia le clavaron los ojos. No iban a responder a los argumentos que acababan de escuchar. Manuel arrimó su brazo a la espalda de Bernardino, en un gesto de retirada.

—Buenas tardes, caballeros, damos por terminada la reunión. Nuestro próximo encuentro, doy por sentado que será a solas —saludó Rivadavia con una reverencia y dejó bien claro que la presencia de Cabarrús no era bienvenida.

Salieron del sitio y cerraron la puerta. Caminaron varias cuerdas sin dirigirse la palabra. Los pensamientos los carcomían por igual. Manuel exhaló con fuerza y Bernardino volvió de su ensimismamiento. Lo miró y aguardó una reacción. Belgrano, sin quitar las manos de los bolsillos, negó con la cabeza.

Capítulo V

Isabelle había insistido tanto que, al final, a Manuel no le quedó más que aceptar. No era algo que le urgiera, pero la dama había perforado su cráneo con un sinfín de excusas y argumentos. Así que pasó a buscarla por su casa y recorrieron las callejuelas hasta llegar al atelier de François-Casimir Carbonnier.

—Ya verás, mi querido, te llevarás de maravillas con mi amigo artista.

—Sigo sin entender para qué vamos a la casa de Carbonnier.

—Y yo sigo sin comprender por qué te niegas a tener un retrato con el más importante artista de Francia.

Belgrano la miró con un poco de cansancio. No quería posar para nadie, le resultaba una actividad somnifera. Pero al final cambió de parecer. Mademoiselle Pichegru estaba tan entusiasmada que le dio ternura.

—Preferiría ocupar el tiempo en cosas importantes —y la miró con lascivia.

La mujer lanzó una carcajada y batió su abanico. Con la otra mano le acarició la pierna. Lo miró fijo y la piedra verde que adornaba su anillo despidió un resplandor que lo obligó a entrecerrar los ojos.

—Un caballero como tú debe tener un gran retrato. Y tienes la buena fortuna de tener a mano a la persona que puede vincularte con esa gente. Aprovechame, mi vida.

Manuel sonrió y llevó la mano pequeña de Isabelle a su boca. La vehemencia de ella ganó y se abalanzó para besarlo. El cochero pegó un grito y frenó el carro. Habían llegado a destino. La pareja descendió y Manuel le entregó unas monedas. Acompañó a Isabelle hasta la puerta de calle y aguardaron hasta que un hombre corpulento los recibió.

—*Bonjour, ma chérie*, tanto tiempo, Isabelle —Carbonnier la abrazó con fuerza y ella permaneció diminuta, perdida en su corpachón.

—¡François! Qué alegría verte, pero pasemos a tu atelier, por favor. Quiero que al fin conozcas a mi amigo de Buenos Aires.

Carbonnier extendió el brazo y saludó a Belgrano con la euforia que lo caracterizaba. Manuel respondió con una sonrisa, al instante le cayó bien el francés. Entraron a la casa y siguieron al artista hasta su gran salón de trabajo. Sobre una mesa, en el fondo, había una cantidad inusitada de recipientes con pinturas de todos los colores. Varios pinceles de diversos grosores descansaban por allí, además de algunos libros desordenados. El atelier era una anarquía absoluta para cualquiera salvo para Carbonnier, que conocía de memoria la disposición de cada objeto.

—Bueno, *monsieur*, cuénteme qué quiere de mí —dijo el pintor y alternó miradas entre su amiga y su acompañante.

—François, Manuel es un alto funcionario de Buenos Aires, allá en la América del Sur. Debe tener un retrato de tu mano. Por algo eres el mejor de Europa —lisonjeó la buena amiga de los años franceses.

Carbonnier sacudió el polvo del terciopelo escarlata de una silla. La acomodó

bien y llamó a su modelo.

—No perdamos ni un minuto más, *monsieur*. No vamos a perder tiempo, ¿no le parece? Siéntese aquí, bien cómodo, y comienzo a bocetar el rostro.

Manuel se sentó, apoyó el brazo derecho sobre el respaldo del asiento y miró al artista como si le pidiera permiso para que lo pintara.

—El señor no tiene de qué preocuparse. Haremos el rostro, algunas líneas del cuerpo y ya. Del cuello para abajo usaré a otro modelo. Así no es necesario molestarlo más —sonrió mientras empezaba el trabajo detrás del caballete.

Isabelle se paró al lado de su amigo. Quería verlo en acción, hacía demasiado tiempo que no lo veía. No necesitó pensar tanto para recordar aquellos años en París, cuando había sido ella su modelo y algo más.

—Quiero que sea una obra maestra, François. Tú sabes lo que debes hacer.

Allí estuvieron durante unas horas. Carbonnier trabajó como un enajenado. Sus pelos estaban completamente revueltos y con algún manchón de pintura. Se olvidaba del mundo cuando trabajaba. Pichegru, al rato, se sentó. El cansancio la ganaba. Manuel era un modelo perfecto, casi no se movía.

—*Voilà!* Ya tengo lo que necesito, amigos. Venga, *monsieur*, a ver lo que hice —gritó el pintor.

Se levantó y fue hasta el caballete. Lo rodeó y vio la obra de Carbonnier. Le resultó increíble que detrás de esos movimientos grandilocuentes pudiera aparecer su cara, o lo más cercano que existiera de su apariencia.

—¿Y, qué le parece?

—Estoy impresionado, maestro. Me parece increíble que alguien pueda hacer algo así.

—Bueno, pero aún no lo he terminado. Con el cuerpo me arreglo luego. Quiero que me cuente algo de su país y de sus quehaceres en él.

Manuel dejó que su mente vagara hacia Buenos Aires y como en un sinfín de imágenes aparecieron las luchas, las penosas recorridas a caballo, las urgencias, sus malestares y Pepa. Sí, había amado a esa mujer. Como había podido, aunque a veces dudara de todo.

La curiosidad lo ganó por unos minutos. ¿Dónde estaría la bella Pepita? ¿Qué sería de su vida?

—¿Qué te pasa, Manuel? Parece que estuvieras muy lejos de aquí —lo interrumpió Isabelle.

—Les pido perdón, por favor. ¿No me había pedido que recordara algunas cosas?

—Me gustaría agregar un bello fondo por aquí —Carbonnier le señaló el costado derecho del lienzo—. Y no quiero inventar, mi amigo.

—No, claro. Mi ejército y yo ganamos una batalla muy importante en Salta, una ciudad del norte. Sería interesante reproducirla.

—Perfecto, eso era lo que me faltaba. Tengo todo lo que necesito, entonces. Te aviso cuando tenga mi trabajo terminado, Isabelle.

La dama batió palmas de felicidad y tomó de la mano a Manuel. Se despidieron y agradecieron al artista. Caminaron hasta la puerta y antes de salir Isabelle se dio vuelta.

—François, la bandera del país de Belgrano es azul y blanca.

—Azul claro, maestro, celeste —corrigió Manuel y sonrió.

Asintió y tomó del brazo a Isabelle para partir. Ella estaba exultante. Su amado tenía un retrato y sabía que sería espléndido. Casi como los que había realizado Jacques-Louis David, su mentor, el favorito de su despreciado Napoleón.

* * *

Rivadavia había recibido correspondencia de Buenos Aires.

Hacía unos meses que el Director Supremo que los había enviado a Londres ya no estaba en su puesto. Los movimientos de la ciudad eran intensos, pero desde tan lejos parecían ínfimos. Carlos de Alvear ya no ocupaba el cargo mayor y en su lugar estaba Álvarez Thomas.

Salió de su recámara y tocó la puerta de la de Belgrano, que abrió y lo hizo pasar. No esperó a sentarse y le largó lo que traía.

—Manuel, vengo con noticias —sentenció con preocupación—. Tenemos nuevas autoridades allá en Buenos Aires.

Belgrano se sentó en una de las sillas e invitó al recién llegado para que copiara su gesto. Bernardino se acercó y le entregó la carta para que la leyera él también. El contenido era elocuente. El último párrafo lo obligó a levantar la cabeza y mirar fijo a su compañero.

—¿Ha leído lo que dice aquí?

—Sí, he leído toda la carta.

—¡El nuevo gobierno nos retira las credenciales! Ya no tenemos nada más que hacer en Londres. No entiendo qué es lo que pasa, Bernardino.

Rivadavia tampoco entendía qué tramas se tejían en Buenos Aires y a quién convenía responder ahora con la caída de Alvear. De cualquier modo, estaban a miles de leguas como para enterarse.

—Me parece un poco apresurado tomar decisiones de ese tipo, Manuel. Si me pide una respuesta inmediata, le digo que es mejor quedarse. No veo por qué deberíamos regresar. Es más fácil negociar desde acá.

Belgrano perdió la mirada en la distancia. Tal vez su compañero tenía razón. No era favorable dar su parecer en ese mismo momento. De cualquier modo, acababan de recibir las nuevas, pero el derrocamiento había sucedido cerca de dos meses atrás. Tenía tiempo todavía. Sin embargo, él era mucho más inflexible en los asuntos de la política que Rivadavia. Sus cavilaciones fueron interrumpidas por la puerta, alguien llamaba. Bernardino la abrió y del otro lado, con una sonrisa dibujada, apareció un joven de librea.

—Perdonadme, caballeros, abajo se encuentra una persona que busca al señor Belgrano.

—¿Y por qué no lo has hecho pasar? —preguntó Bernardino.

—Es imposible, señor —dijo el joven con evidente incomodidad.

Manuel tuvo un presentimiento. Rogaba que no fuera verdad. Se acercó a la ventana que daba a la calle y apenas se asomó. No quería ser visto. Allí, abajo, pudo ver a Mademoiselle Pichegru, vestida de punta en blanco, tal vez demasiado llamativa para esa hora del día. Al segundo, regresó su cuerpo hacia adentro. No entendía esa intromisión. El juego entre ellos estaba más que claro. Que Isabelle avanzara hasta allí, le generaba un poco de ansiedad. Así no le gustaba. Para nada. Suspiró algo fastidiado y volvió hacia el joven.

—Te pido un favor, muchacho. Dile a esa señora que no has visto a nadie. Yo me encargo luego —y le dio una moneda para que se retirara.

Bernardino, que había sido testigo de este diálogo irrisorio, miró a su amigo con los ojos agrandados por el asombro. Manuel estaba parado con los brazos en jarra y cara de poca paciencia. Caminó de a poco hasta la ventana y repitió el gesto de Manuel. Y vio a una dama que era despedida, a pesar de su insistencia.

—Hay una señora allí abajo —empezó a recitar, como si estuviera leyendo.

—Pues sería lindísimo que se retirara en este preciso instante —apuró Manuel.

Rivadavia volvió a asomar la cabeza para observar sus movimientos. Regresó y asintió.

—Salió caminando con paso firme. Parecía un poco destemplada —trató de buscar la palabra adecuada.

Belgrano sonrió, le causó gracia que la definiera de ese modo. La imaginaba repleta de ira. Y si había algo que prefería evitar, ahora más que nunca, era los reclamos absurdos de una mujer apasionada.

* * *

Manuel cumplía con su cita en la casa de Mademoiselle Pichegru. Hacía días que no se veían. La constancia se había perdido, los reclamos inusitados de Isabelle terminaban por cansarlo. Pero cuando la dama bajaba los grados de intensidad, su compañía, le gustaba. La francesa era un poco atormentada, aunque si lograba poner de lado esa faceta de su personalidad, era una mujer encantadora.

Le llamó la atención que fuera ella quien le abriera la puerta de su hogar. El mucamo que oficiaba de mayordomo no estaba.

—Ven, querido, pasa. Prefiero recibirte yo, has visto cómo son las cosas con la servidumbre. Acusan enfermedades pero no les creo nada —mintió Isabelle. Lo que no decía era que Lord John había racionalizado los gastos casi por completo.

Manuel tomó su mano y la siguió hasta el jardín de invierno. Los calores de julio se hacían sentir. Se acomodó en su silla de siempre mientras Isabelle le servía un té.

Como si estuviera presa de una manía empezó a hablar de cualquier pavada sin detenerse. Casi no respiraba o así lo parecía. Ella sola emitía una palabra detrás de la otra. Su voz parecía un arrullo. Manuel no prestaba atención a lo que decía, el tono lo transportaba a otra dimensión.

—Pareces distraído, Manuel. ¿Tienes problemas? Te noto distinto.

Regresó de sus pensamientos e hizo foco en Isabelle. Recién en ese momento la vio. Esos ojos, aquella mirada, la delataban como siempre. Era una mujer muy atractiva.

—Discúlpame, Isabelle. Tienes razón, mi socio y yo estamos metidos dentro de una complicación. Pero no te voy a perturbar con mis cosas. No entenderías, es la política. Demasiado aburrido para ti.

—¿Y quién te ha dicho que me aburres? Todo lo tuyo me interesa. No me subestimes.

La miró y percibió su altanería más presente que nunca. Pero no tenía ni la más mínima intención de confiarle los asuntos que traía de Buenos Aires. Sacó su reloj del bolsillo y controló la hora.

—¿Qué pasa? ¿Estás apurado, alguien te espera en otro lugar? —lanzó con un dejo de maltrato.

—No tengo prisa, no. Y tampoco me espera nadie. Tenemos problemas, Isabelle, hemos recibido órdenes desde mi país y no son demasiado alentadoras.

—Yo tengo la solución, mi querido.

¿Por qué no nos escapamos a París? Vente conmigo, seremos felices allí. Y sobre todo ahora que ese horrendo hombre ya no está en el poder.

Manuel sorbió el último trago de té que le quedaba en la taza. Le resultaba increíble que Isabelle pensara en ella.

Él solo podía pensar en su patria y todos sus tormentos. Era imposible suponer que esa mujer mirara más allá de su ombligo.

—No me entiendes. La política me tiene comprometido por completo. No puedo pensar en París, Isabelle. Debo volver a Buenos Aires.

—Entonces, llévame contigo, mi amor —caminó hasta donde estaba sentado y se hincó a su lado—. No debemos separarnos.

Apoyó su mano grande sobre la mejilla blanca, la movió despacio hacia la boca y la delineó con el dedo. El arrojito de Isabelle lo tomaba por sorpresa.

—Piensa un poco lo que dices, mujer. Es un viaje largo, una vida completamente distinta a la que llevas acá.

No quería ser grosero, pero solo alguien fuera de sí podía proponer semejante aventura. Además, la relación que había mantenido con Isabelle era solo eso. Y cada vez estaba más cerca del pasado que del presente.

—No me desdigas, Manuel. Sentimos cosas el uno por el otro y no debemos separarnos.

Suspiró con incomodidad. Era evidente que iban por caminos paralelos.

Mademoiselle Pichegru le caía de maravillas pero nada más. Se podía decir que la tenía en alta estima, pero ya. No se veía del brazo de la francesa por las calles de Buenos Aires. Bastante lejos de eso. La corrió un poco y se puso de pie. Era tarde, debía reunirse con sus compatriotas.

—Me tengo que ir, chérie. Las obligaciones me persiguen.

—Pero mañana vendrás, ¿no es cierto?

—No puedo asegurarte nada. Todo depende. Ya te expliqué, Isabelle, debo estar disponible las veinticuatro horas. No puedo desaparecer así como así.

Manuel la tomó de los hombros y la besó en ambas mejillas. Ella miró para otro lado, queriendo esconder una furia atravesada por la angustia. Se quedó parada, dándole la espalda. Él repitió un saludo veloz y se retiró. Isabelle intentó respirar hondo, la punzada que le perforaba el pecho no amainaba. Dos lágrimas pesadas desbordaron sus ojos.

Capítulo VI

Isabelle había intentado todo tipo de artilugios para convencer a Manuel de que la acompañara en el viaje de regreso a su país. Durante dos meses hubo de probar con cualquier cosa: el acoso, la indiferencia, un trato amoroso y gentil. Pero nada. Él la había evitado en todo momento. Cansada de esperarlo, los primeros días de septiembre se dirigió a Falmouth y subió a la embarcación que la depositaría de nuevo en Francia. El cruce del Canal le sirvió para reflexionar acerca de su futuro inmediato. Quería dejar atrás todo lo vivido en Londres. Sería parte del pasado. Estaba convencida de que París le daría la bienvenida que ella merecía. Con los Borbones de regreso, seguramente podría sacar algún nuevo provecho.

Ya instalada en París, Isabelle supo conectarse de nuevo con la gente adecuada. Y como si ya no existieran aquellos que, de otros tiempos, le conocían el prontuario de memoria no dieron registro de su regreso. Algunos días antes de que terminara el mes y gracias a la relación que había iniciado con el capitán del barco, logró una entrevista con el ministro Charles Maurice de Talleyrand. El hombre de mar había quedado embelesado con la historia de la dama —ella sabía contar el cuento de su vida como nadie— y la instó a que todo eso se pusiera en conocimiento en el acto. Ya en tierra, el Ministro aceptó recibirla y los edecanes enviaron la esquila.

De punta en blanco, la señora llegó al inmenso despacho ministerial. Frente a la puerta y detrás de una gran mesa repujada, aguardaba sentado Talleyrand. Isabelle mostró su caminar sin tapujos, el Ministro se incorporó y besó la mano que le era ofrecida.

—Qué coincidencia, vuestra excelencia. Pareciera que nos hemos puesto de acuerdo en la ropa —dijo y acarició el terciopelo azul de su vestido, del mismo color que la chaqueta del caballero.

—Mademoiselle, es un honor para nosotros en Palacio recibir a la sobrina de un héroe de guerra.

—Os lo agradezco inmensamente, Señor Ministro, pero ha habido una confusión. El general Pichegru es mi difunto padre. He tenido que mentir el parentesco porque ha sido un hombre soltero y no he querido deshonrarlo. No se lo merecía, ha sido un hombre espléndido. Bien se merece todos los honores. No sabéis lo feliz y agradecida que estoy de haber vuelto a casa —dijo con grandilocuencia.

Talleyrand la miró con cara de interrogación. No entendía la confusión de la que París se había hecho eco. Pero si tenía a la protagonista enfrente y era ella quien lo ponía en tema, no tenía por qué desconfiar. Evidentemente, el gesto confundido la instó a que agregara argumentos al cambio de filiación.

—Además, no era muy buena idea proclamarme hija de un famoso conspirador monárquico en tiempos de Napoleón, vuestra excelencia. En cambio ahora puedo gritarlo a los cuatro vientos —abrió los brazos y echó la cabeza hacia atrás.

El Ministro asintió con ahínco e hizo sonar una campanita de bronce repujado que

tenía sobre la mesa. Al instante apareció un edecán con una pila de libros y documentos.

—Hemos otorgado un título de honor para el difunto general Pichegru y más que nunca nos gustaría entregároslo, si así os parece.

Isabelle extendió las manos y lo recibió de buena gana.

—¡Quedo eternamente agradecida, vuestra excelencia! En mi nombre y en el de mi adorado padre. Debía regresar Su Majestad, y con él sus leales súbditos, para que volviesen la distinción y el decoro a nuestro país —pestañeó en agradecimiento y clavó sus ojazos en el Ministro. Había salido de su casa con la idea de hacer algún reclamo, pero no había imaginado que pudiera ser tan fácil.

Talleyrand estaba subyugado por la fiereza de su invitada. Cualquier cosa que la señora le reclamara estaría más que dispuesto a otorgárselo.

—La valentía del general Pichegru debería ser honrada y copiada por el pueblo francés, Mademoiselle —y la miró con una sonrisa bondadosa.

—Valiente habéis sido vos, mi señor, habiendo sido el responsable de la ejecución del destierro del mequetrefe de Bonaparte. Hasta Londres me llegaron las noticias; porque no sé si sabíais que debí exiliarme —agregó y puso cara de circunstancia.

—Han sido cien días nefastos, pero ya nos hemos liberado. Al fin.

Empezaba a cansarse de tanta perorata. Isabelle quería ir al grano y retirarse de una buena vez.

—Os dejo una inquietud, Señor Ministro. Tenía pensado erigirle una lápida en su memoria. No me respondáis ahora, pero me parece una gran idea —y se levantó con sumo cuidado.

La cara de Talleyrand se iluminó y se paró para despedirla. Rengueando —tenía una pierna deforme, consecuencia de haber padecido del síndrome de Marfan de pequeño— se le acercó, le volvió a besar la mano y le prometió un próximo encuentro.

Isabelle partió con los ojos entrecerrados y una leve sonrisa. Salía con la sensación de la tarea cumplida. Percibía una vida nueva por delante, llena de satisfacciones.

* * *

Manuel y Bernardino mantenían una conversación diplomática en el salón del White's Club. Como dos caballeros, decían y aguardaban la respuesta del otro sin interrumpir. Sus vasitos de ginebra volvían a llenarse, de acuerdo a las ganas del bebedor.

Las negociaciones entre ellos y la contraparte europea se habían detenido. Luego del intento fallido de Sarratea, habían tratado de ocuparse por su lado de las órdenes con las que habían desembarcado en el Viejo Continente.

Aunque a esa altura los reclamos de Buenos Aires se habían desdibujado bastante

y la confusión ganaba la partida. La comunicación entre el Directorio y los comisionados estaba casi terminada, salvo por la última información. No tenían más nada que hacer allí, sus credenciales habían caducado.

—Mi amigo, debemos organizar nuestra partida. Ya está, no podemos perder más tiempo aquí. En cualquier momento nos convertimos en intrigantes, si no en algo peor —dijo Manuel y miró fijo a su interlocutor. Ya se sentía incómodo en Londres, le parecía que sus presencias estaban de más. Caminaba por la calle y a veces tenía la sensación de que lo seguían.

Bernardino tragó un sorbo y le dio una pitada al cigarro. Se tomaba su tiempo para cada cosa. Nadie lo corría. Era difícil descubrir lo que pasaba por su cabeza. Era demasiado enigmático.

—No entiendo cómo puede pensar en partir mientras bebemos esta delicia de los dioses —bromeó y le dio otro sorbo—. ¿Está seguro de lo que dice, Manuel?

—Si no lo conociese, Bernardino, creería que está ebrio, aunque es imposible que lo esté. No ha bebido lo suficiente.

—Deme tiempo —y largó una carcajada.

—No estamos para bromas, hombre. Hablemos en serio que las cosas no pasan por su mejor momento.

Bernardino sabía perfectamente todo lo que sucedía y entendía mejor que ninguno que las órdenes estaban para cumplirlas. Pero él estaba seguro de sus virtudes. No tenía sentido que regresara. Ahí estaba mejor, ese era su lugar.

—Manuel, me parece correcto que quiera embarcar de regreso. Mas yo no, no subo. Continuaré las negociaciones desde aquí. Es un disparate que los dos regresemos. No tengo nada que hacer en Buenos Aires. No se preocupe por mí.

Al menos, temerario. Eso pensó Belgrano de su compañero de misión.

No entendía por qué prefería quedarse en Londres, pero de seguro tendría sus razones.

—Yo comienzo en este mismo instante a preparar el regreso. Supongo que en unas semanas estaré listo para emprenderlo. Soy testigo de todo lo que ha trabajado, Bernardino, y también sé de sus relaciones, que el gobierno de Buenos Aires de seguro desconoce. Usted está aquí, ellos no.

Rivadavia respondió con una sonrisa leve, agradecido por sus palabras.

—Acepte una recomendación, aunque usted sabrá. Me parece oportuno que continúe las negociaciones en Francia, centro hoy de las relaciones políticas del mundo.

—No es mala idea, Manuel. Pero debo pensar con cuidado, no quiero equivocarme. Comenzar con cautela me asegurará una buena elección.

—Continúe con ese empeño y anhelo que lo caracteriza, Bernardino, por el bien de nuestra Patria. En cuanto llegue a Buenos Aires haré presente al Gobierno cuanto ha ocurrido y de seguro le enviaré las facultades e instrucciones para el mejor acierto de su comisión.

Manuel levantó el vaso y brindó con su compañero de ruta. Bernardino aceptó y bebió la última gota de su ginebra. Recién ahí tomó conciencia de los tiempos que vendrían. Debía continuar viaje solo, y negociar con animales políticos de verdad. Se tenía fe, confiaba en su poder de manipulación.

El 15 de noviembre Belgrano emprendía la vuelta. Atravesaba los mares con una ansiedad entendible. No sabía qué panorama le presentaría Buenos Aires. Sentía que había estado toda una vida en Londres. Ahora debía enfrentar nuevos obstáculos. Y nuevos protagonistas, que no era poco.

CUARTA PARTE

Dolores Helguero

Capítulo I

Volvía a atravesar esos mismos caminos que había recorrido unos años atrás. Manuel y una escolta de pocos hombres habían salido desde Rosario y en algunas semanas llegarían a destino. San Miguel de Tucumán los aguardaba. Otra vez.

Sin embargo, ya nada era igual. Ni siquiera sus ideales eran los mismos. Había llegado en enero a Buenos Aires, cuatro meses antes del camino que volvía a caminar, y 1816 había comenzado con renovadas convulsiones.

Con el desembarco y de inmediato, había entregado a las autoridades los informes sobre la gestión encomendada. El Director Supremo no era otro que Ignacio Álvarez Thomas, su sobrino político. Estaba casado con María del Carmen Ramos y Belgrano, una de las hijas de su hermana Juana. Le parecía un caballero honorable y tal vez el vínculo familiar había sido una de las tantas excusas que habían esgrimido los enemigos de siempre para atacarlos. Sin embargo, no duró mucho en el cargo. A mediados de abril y por las multiplicadas pasiones de pocos, se había visto en la obligación de renunciar, no sin antes firmar la convocatoria de un Congreso General Constituyente en la provincia de Tucumán. En las primeras sesiones se lo había nombrado a Juan Martín de Pueyrredón como nuevo Director Supremo de las Provincias del Río de la Plata. Y había sido él quien lo convocó a que rápidamente se trasladara hasta allí.

A pesar de las inclemencias del clima, la dificultad permanente de los caminos, la falta de víveres de vez en cuando y algún que otro obstáculo más, nada le impedía a Belgrano continuar con sus cavilaciones. Por momentos, ante la anarquía en la que veía sumido al Río de la Plata y a pesar de la burla de algunos, había fantaseado con retirarse a vivir con los caciques altoperuanos Cumbay, Caripan o Carripilan. A veces tenía miedo de que toda esa furia que le provocaba la situación de su pueblo le hiciera daño. Su salud no era óptima y a veces el cuerpo le pasaba factura. Intentaba hacerse el distraído y en general le resultaba. Pero la realidad no ayudaba; no se dejaba engañar, era deplorable. En vez de pensar en el bien común, algunas personalidades solo lo hacían en sí mismos. «Me resulta inverosímil que solo quieran satisfacer sus pasiones; esos doctores y algunos de capa y espada. He debido soportar que me miraran de reojo, como si estuviera bajo sospecha. Esto es una prueba más del estado de desquicio en que se halla todo. Ojalá el remedio esté en el Congreso. Todo es país enemigo para mí y los pocos en los que confío plenamente, mientras no se logre infundir el espíritu de provincia, y sacar a los hombres del estado de ignorancia en el que están, de las miras de los que se dicen sus libertadores, y de los que los mueven para satisfacer sus pasiones», mascullaba para sus adentros.

Hablaba poco y nada con sus hombres. Ellos tampoco interrumpían su silencio, lo conocían de memoria. Sabían que, si elegía la reserva, era mejor no alterarlo. Mantenía la mirada siempre hacia delante, como si buscara alguna respuesta en la línea del horizonte. El movimiento cadencioso en el que se veía envuelto gracias al

paso de su caballo ayudaba. Al alba por las mañanas y hasta entrado el atardecer, Belgrano evaluaba, mascullaba con sigilo y analizaba todas las variables políticas que surgían, sobre todo dentro de la realidad europea. ¿Qué les convendría en estos momentos? Y voló con la mente hacia Londres, cuando habían soñado con coronar al hijo de Carlos IV. Y caía en la cuenta de que era absurdo imaginar en América a uno de esos príncipes cobardes, rodeados de cortesanos corruptos y que cambiaban de bando a toda velocidad según Napoleón venciese o fuera derrotado en el campo de batalla. No entendía cómo habían caído en la trampa de pensar que todo eso hubiera podido ser factible en su continente. Por suerte habían desistido. Sin embargo, tenía nuevas ideas en mente que plantearía en su arribo a Tucumán. Una monarquía constitucional, pero con un descendiente de los incas en el trono. Era una idea brillante, sin dudas. Esperaba encontrar adeptos entre los demás diputados. Necesitaba de un poco de tiempo para convencerlos. Suponía que podría lograrlo.

El resto del viaje fue sin demasiados sobresaltos. Ya con el proyecto firme en su cabeza, la tranquilidad volvía a su cuerpo.

* * *

Los primeros días de julio, Manuel arribó a Tucumán. Habían pasado más de dos años desde la última vez que había pisado esa tierra, y esta vez lo hacía con exacerbación renovada. La ciudad que conocía casi de memoria, que miraba al río Salí y yacía custodiada por la montaña, le daba la bienvenida. Los cascos de su caballo ponían sobre aviso a los lugareños de que franqueaba las puertas de aquella localidad. Respiró aliviado, como si pudiera hacerlo por primera vez. La vegetación desmesurada volvía a traerle a la vista la cantidad de verdes que la pintaban.

El flamante director supremo Juan Martín de Pueyrredón lo recibió con enorme entusiasmo. Recién llegaba de Salta y el arribo de su amigo le cambió el humor. Quería mantener una conversación a puertas cerradas y a solas antes de advertirles a los demás de su llegada. De la única manera que eso podía ser posible era convidándolo a su lugar de hospedaje, en casa de una de las tantas familias que habían ofrecido albergue a los enviados de todas las provincias que se reunían en asamblea.

—Manuel, amigo del alma, qué feliz me haces con tu presencia —y se fundieron en un apretado abrazo—. ¿Cómo ha sido el viaje? Se te ve muy bien a pesar de todo.

Belgrano se quitó la capa y el sombrero y se los entregó a la mulata del servicio de la casa. Respiró con profundidad y tomó posesión de la silla que le ofrecían.

—Gracias, Juan Martín, estoy en perfectas condiciones, ya me ves. Los caminos no han presentado peligros, gracias a Dios. Hemos tenido fortuna, sé por lo que estamos pasando. A pesar de ser un recién llegado al país, me han puesto al tanto de todo.

—Pasado mañana te haré comparecer ante el cuerpo en sesión secreta, pero antes

necesito que conversemos. Ya te advertí antes por carta que era indispensable tu presencia. Es fundamental que salvemos a la Patria de los conflictos que padece. Tus conocimientos y virtudes son de necesidad y urgencia.

—Me honras con palabras que no merezco y vuelvo a decirte que no alcanzan mis luces al desempeño de objeto de tanto tamaño. Pero, como ves, he obedecido, a la orden recibida y haré todo lo que encuentre a disposición para promover la libertad de los nuestros sin lamentar el deceso de vidas.

Pueyrredón lo escuchaba con mucha atención. Confiaba plenamente en Belgrano, estaba seguro de que su presencia ayudaría a concretar una suerte de liberación — aunque fuera momentánea— para las provincias allí reunidas.

—Cuéntame todo lo sucedido en Europa. Creo que debemos independizarnos de una buena vez y en todo sentido de aquel continente. Solo tú puedes desasnarnos acerca de las comisiones enviadas.

Manuel le adelantó casi todo lo vivido en Río de Janeiro y Londres; sus dudas, por no decir convicciones, de la lejanía cada vez más profunda para con las coronas europeas y la decisión de ofrecer la propuesta de la monarquía constitucional con el descendiente inca en el trono.

—Interesante, mi amigo, muy interesante. No veo la hora de que lo hagas conocer a los demás.

La conversación continuó hasta altas horas de la noche. Como en los viejos buenos tiempos. Las discusiones políticas desvelaban a Manuel y siempre encontraba a algún interlocutor que le siguiera el paso.

Allí permaneció esa noche y pudo recuperar algo de sueño. Dormir en una cama era mucho más placentero que en las tiendas improvisadas que armaban en los caminos. Recibió casi tratamiento de príncipe al lado de lo que había vivido en el viaje. Al día siguiente, aprovechó y se reencontró con amigos que no veía desde hacía tiempo, entre ellos, el teniente coronel Jerónimo Helguera, que había servido a sus órdenes en la expedición del Paraguay y lo había acompañado como ayudante en las jornadas de Salta y Tucumán.

El sábado 6 de julio por la mañana, Manuel llegó acompañado por Pueyrredón. La sesión se llevaría a cabo en el mismo lugar donde funcionaba el Congreso, solo que esta vez era a puertas cerradas. Doña Francisca Bazán, viuda de Laguna, había cedido una amplia casa para que se realizara el cónclave. Belgrano la recordaba de su anterior visita a la provincia, con su gran portón flanqueado por gruesas columnas salomónicas, y a cada lado, una ventana de reja volada. Caminaron hasta el fondo del primer patio que estaba dominado en el centro por un precioso naranjo, que por la estación aún no desparramaba el olor de los azahares. En las dos salas, la de recibo y la contigua, habían armado el gran salón de sesiones, que tenía una capacidad como para doscientas personas. También estaba disponible la galería tejada. Allí lo aguardaban los hombres de las provincias, ansiosos por escuchar lo que tenía para decir.

Pueyrredón saludó con firmeza a los presentes y se acomodó al lado del presidente mensual, don Francisco Narciso Laprida, diputado por San Juan, quien estaba ubicado en el macizo sillón presidencial, ante la mesa-escritorio, cedidos ambos por don Bernabé Aráoz.

—Caballeros, damos por iniciada la sesión a puertas cerradas. Don Manuel Belgrano, recién llegado del continente de Europa, tiene varias cosas que decir —lo presentó el Director Supremo.

Y dio comienzo a su discurso, con decenas de pares de ojos que acechaban como flechas sobre su rostro. No se dejó amedrentar y explicó motivos y analizó la política que había observado a tantas leguas de distancia.

—Es por eso, señores, que vengo con la idea a favor de una monarquía temperada, con la entronización del descendiente de algún Huayna más o menos Capac.

Los murmullos interrumpieron el discurso del recién llegado. Habían dejado de mirarlo para mirarse entre ellos. La novedad despertaba inquietud.

—Déjenme continuar, caballeros, no se adelanten. Y si no se encontrase legítimo, el Huayna se inventaría —aguardó atento la respuesta de los presentes.

El cuchicheo se transformó en chiflidos, sobre todo de parte de los representantes de su provincia, Paso, Sáenz, Darregueira, Anchorena, Gascón, Medrano y fray Cayetano Rodríguez. Belgrano se vio obligado a hacer silencio. Solo escuchó lo que los demás decían. Unos y otros daban sus opiniones. Buenos Aires desechaba por completo la propuesta recién planteada. Los diputados del noroeste y algunos más, en cambio, estaban a favor. Las discusiones pasaron de ser ordenadas a subir el tono. Nadie llegaba a un acuerdo. El presidente intentaba llamar al orden pero era imposible. Los hombres se acalararon y olvidaron la educación por completo. Preocupados, Laprida y Pueyrredón intentaron una solución: propusieron que el tema se tratara en sesión pública extraordinaria esa misma noche. El presidente y el Director Supremo se acercaron y entre susurros acordaron que ese tiempo serviría para calmar las aguas. Uniones de algunos, conspiraciones de otros, todos buscaban lo que para ellos era «el bienestar de la Patria».

* * *

El sol radiante disfrazaba el frío del martes 9 de julio. Los diputados ocuparon sus sillas y a las dos de la tarde dieron comienzo a la sesión ordinaria. Los salones y las galerías adyacentes estaban repletos de gente de todos los estratos sociales. Desde familias del más encumbrado linaje hasta campesinos, todos se preparaban para ser testigos del importante Congreso.

Luego de largas alocuciones acerca de los diecisiete puntos que se debían tratar, el doctor Sánchez de Bustamante, diputado por Jujuy, reclamó que se le diera prioridad al tercer punto de la Nota de Materias, el proyecto de «deliberación sobre

libertad e independencia del país». La propuesta de Belgrano había quedado completamente fuera de discusión. Y entonces le tocó el turno a Juan José Paso, quien sin dudar ni un solo segundo preguntó:

—¿Queréis que las Provincias de la Unión sean una nación libre e independiente de los Reyes de España y su metrópoli? —y aguardó la respuesta.

El clamor generalizado inundó la casa. Los diputados y el público apiñado contra las paredes gritaron a coro como un trueno que anuncia la lluvia. Cuando se hizo silencio, se tomó el voto individual y resultó unánime, y luego se labró el acta, que fue leída en voz alta:

Nos los representantes de las Provincias Unidas en Sud América, reunidos en congreso general, invocando al Eterno que preside el universo, en el nombre y por autoridad de los pueblos que representamos, protestando al Cielo, a las naciones y hombres todos del globo, la justicia que regla nuestros votos, declaramos solemnemente a la faz de la tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias, romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojados, e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y Metrópoli. Quedan en consecuencia de hecho y derecho con amplio poder para darse las formas que exija la justicia, e impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta su voluntad bajo el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama. Comuníquese a quienes corresponda para su publicación. Y en obsequio del respeto que se debe a las naciones, detállense en un manifiesto los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración. Dada en la sala de sesiones, firmada de nuestra mano, sellada con el sello del Congreso y refrendada por nuestros diputados secretarios.

De nuevo, la respuesta de los diputados se hizo escuchar. Un aplauso cerrado coronó la toma de decisión. Pueyrredón aguardó hasta que la tranquilidad retornó a la sala.

—Señores, en mi lugar de Director Supremo vengo a hacer un nombramiento por demás importante en esta jornada gloriosa. Nombro a don Manuel Belgrano, hoy aquí presente, Comandante del Ejército del Perú, y además le otorgo las facultades de Capitán General de Provincias —y lo miró fijo—. Cargo del que tomará posesión el 7 de agosto en Las Trancas.

Manuel asintió, agradecido. Algunos de los diputados se acercaron y lo felicitaron; otros permanecieron congelados en sus lugares. Como siempre, las aguas estaban divididas. Lo único que recordaban eran sus derrotas o sus modos refinados, que tanto despreciaban. Tampoco olvidaban su rigor inconmensurable y su nulo perdón a los que él entendía que debía castigar. Belgrano era intransigente. Y algunos

no lo toleraban.

La inmensa cantidad de personas del común que también llenaban los recintos aclamaron a su héroe de aquella batalla que los había liberado del yugo realista. Con una paciencia infinita, Manuel agradeció de una a las felicitaciones que le ofrecían. El pueblo tucumano era efusivo y él se sentía como en casa entre ellos.

* * *

A la mañana siguiente los diputados y las autoridades volvieron a reunirse en la casa donde sesionaba el Congreso. A las nueve y encabezando el séquito, el director supremo Pueyrredón, el presidente Laprida y el gobernador Aráoz se dirigieron al templo de San Francisco, marchando entre la doble hilera de tropas de la guarnición que ocupaba esas tres cuerdas que había hasta la iglesia. En la plaza mayor no cabía ni un alfiler, estaba tomada por el pueblo, todos vestidos con sus galas especiales de domingo. Los artesanos con sus mejores chaquetas y sombreros, los paisanos con poncho al hombro y botas refulgentes de lustre, las cholos con sus trenzas al viento y vinchas encarnadas, que daban el marco a las sonrisas de felicidad de dentaduras blanquísimas. Las familias ricas, en cambio, ocupaban sus lugares en el cortejo oficial. Alguna que otra niña rezagada apuraba el paso hacia el convento —con su chinita de alfombra^[42]— dejando al descubierto, bajo la breve falda de seda, las cintas del zapato cruzadas sobre el tobillo. Y en las esquinas, varios grupos de gauchos a caballo montaban guardia sin abandonar sus cigarrillos de chala en una mano, y en la otra los rebenques que sacudían cada tanto.

La iglesia también se llenó de ávidos de curiosidad. La ciudadanía había dejado sus casas, tenía motivos para celebrar. Luego de escuchar con atención el sermón predicado por el doctor Castro Barros, en el mismo orden que había hecho su entrada, la comitiva salió entre salvas y músicas para dirigirse hacia la casa del gobernador Aráoz. Allí se celebró una breve sesión para otorgarle el grado de brigadier al Director Supremo y nombrar a Belgrano general en jefe del Ejército del Perú en reemplazo de Rondeau, que había quedado completamente desprestigiado luego de la derrota de Sipe Sipe. Se había optado por la casa de don Bernabé, ya que la de la viuda de Laguna había quedado bajo el mando de los organizadores del gran baile que se celebraría esa misma noche.

—Vuelvo a felicitarte, Manuel. No me cabe duda de que este es el lugar que te corresponde. Podrás demostrar tu capacidad —dijo Pueyrredón y se fundió en un abrazo con su amigo.

—Gracias, Juan Martín. Espero cumplir tus expectativas y ansío no tener demasiados enemigos.

—Lo mismo digo. Esta tarde parto hacia Córdoba para luego seguir camino hasta Buenos Aires.

—Que tengas buen viaje, entonces.

—Me detengo por unos días en esa ciudad para tener una entrevista con el general San Martín. Te pido discreción, no es un encuentro público. Veremos qué sucede luego. Don José tiene varios reclamos para hacerme, parece.

—Por supuesto, confía en mi silencio. Jamás te defraudaría. Pues entonces te pierdes la fiesta de esta noche —y rió con complicidad.

—No tengo tiempo para festejar, amigo. Celebra por mí —y le palmeó la espalda.

Capítulo II

La casa de los Helguero estaba completamente desorganizada. El orden al que estaban acostumbrados, parecía perdido para siempre. Pero había una razón más que imperiosa. Esa noche, don Victoriano, su esposa María Manuela Liendo y su segunda hija, Dolores, concurrirían al baile que ofrecía la gobernación tras la fecha patria. Una alegría renovada embargaba a la familia, al igual que a las otras que conformaban la ciudad, y era un motivo más que suficiente para celebrar.

Helguero había recibido la invitación y rápidamente confirmó que asistiría con su mujer y su hija. La joven iría sola, su marido había partido rumbo al Alto Perú. Eso era lo que había acusado el general Rivas, pero sus suegros sospechaban otra cosa. El matrimonio no funcionaba. Pero eso era más que evidente. No había resultado desde el primer día. Dolores había sido conminada por su padre a que se casara con el militar catamarqueño porque había empezado a ser señalada como la querida de Belgrano. Tres años atrás, el fogoso e intempestivo romance había llevado a la niña al desamparo más absoluto. Había confiado ciegamente que Manuel volvería a buscarla. Pero no. Antes de que los chismes terminaran de estigmatizarla, don Victoriano tomó el toro por las astas y la casó. Al poco tiempo quedó embarazada y dio a luz a un niño. Detestaba a su marido pero no podía decir palabra. Debía guardar las formas. Sin embargo, Rivas no las guardaba. Respetaba poco y nada a su esposa. Cada tanto, desaparecía del hogar y Dolores hacía silencio. Hasta que llegó el día en que la decisión fue tomada. Rivas armó un escueto equipaje y, sin más, partió rumbo al Alto Perú. Dejó una esquela corta donde solo anunciaba su partida y el destino. Su joven esposa gritó de felicidad, silenciosamente. Y sus padres los cobijaron, a ella y su bebé. Sin preguntas, sin cuestionamientos.

—Mamá, ¿te parece bien el vestido que elegí? —preguntó Dolores con preocupación mientras entraba a la sala.

—¿Podemos apurarnos, por el amor de Dios? No quiero llegar tarde, se los ruego —imploró don Victoriano, harto pero acostumbrado a las demoras femeninas.

—Por favor, querido. Ten un poco de paciencia. La chica debe estar bonita. Va a estar repleto de personas importantes, llegadas de todos lados. No querrás que tu hija te haga pasar vergüenza, ¿no es cierto? —María Manuela intentó calmarlo.

Helguero se sentó en uno de los sillones de la sala, entregado a la demora. Sabía que había perdido la disputa. Miró a su hija, que mostraba el vestuario posible como si estuviera en exposición. Estaba orgulloso de Dolores, le parecía preciosa. Y no era porque fuera su padre. La joven de dieciocho años era muy bonita. El traspié amoroso no había dejado secuelas en ella. Parecía como si hubiera vuelto a nacer. Sus rulos rubios recogidos contrastaban con la mirada de ojos grandes color café.

—Hijita querida, siempre estás bien. No entiendo demasiado de ropajes, pero estás especialmente linda —dijo, satisfecho.

Dolores dio un giro y la falda la acompañó con el vuelo. Se había puesto un

vestido gris con vivos celestes. Era el favorito de un guardarropa modesto. Los Helguero no eran una de las familias más encumbradas de Tucumán, pero sí muy respetada y querida.

—Estás divina, niña. Vamos a tu recámara así terminamos con los afeites y partimos de una buena vez. No quiero que a tu padre le dé un soponcio.

Y madre e hija se dirigieron al fondo, hacia el cuarto de Dolores. María Manuela se mantuvo a unos pasos y la miró de arriba abajo. La sentó frente al espejo y le acomodó algunos rizos rebeldes. La joven no le quitaba los ojos de encima a través del reflejo. Su cuello estaba limpio, sin ninguna alhaja.

—No necesitas nada, mi niña. Con tu belleza y juventud alcanza. Si te pusieras alguna joya, distraerías la mirada de los curiosos.

Dolores le sonrió al espejo y la sonrisa, sobre todo, iluminó sus ojos. Su madre le pellizcó las mejillas y tomaron color.

—¿El niño ya está acostado, no?

—Sí, hija. He mudado la cuna al fondo y está bien cuidado por Antonia. Pero vamos, apura, es una noche para festejar. Nuestra ciudad acaba de ser testigo de un acontecimiento muy importante. Casi todos los hombres de la política se han reunido aquí. Pues, ¿qué te parece? —dijo y se tomó las manos contra el mentón.

—Sí, ya sé. Mis amigas están todas revolucionadas. Además, veremos a lo mejor de la sociedad tucumana en el baile.

—Desde ya, niña. Por eso, más vale que te des prisa, termines de acicalarte y partamos de una buena vez.

Dolores se calzó la capa, volvió a dar un giro y lanzó unas risitas. Miró a su madre y la invitó a buscar a su padre a la sala, para salir hacia la fiesta.

* * *

El salón se había colmado de hombres y mujeres con ganas de festejar. Desde las ocho de la noche comenzaron a llegar los invitados y al poco tiempo la casa de la viuda de Laguna se encontraba a tope. Los Helguero lograron llegar a horario y repitieron una y otra vez el saludo de rigor.

Dolores disfrutó en silencio pero con gesto de asombro mientras atravesaba el salón. El patio estaba completamente decorado por un sinfín de guirnaldas de flores y emblemas patrióticos. Los colores reafirmaban las ansias de celebración de los presentes. Contra las paredes, sentados en las sillas dispuestas especialmente o en grupos desperdigados, caballeros de chaqueta militar o saco oscuro, dependiendo de cuál fuera su ocupación, y damas con sus galas encima, el patio parecía uno de los sectores más divertidos del baile.

Victoriano, María Manuela y su hija prefirieron detenerse allí por un rato. El hombre fue en busca de bebidas para sus mujeres y regresó con vino y una limonada para Dolores. Al segundo se acercaron dos soldados y la conversación se animó.

Entre las risotadas y las voces fuertes, el patio se transformó en una isla colmada por el bullicio. La conversación fue dominada, al instante, por los tres hombres. Las novedades políticas, los diputados llegados para la ocasión y algo más. María Manuela y Dolores brillaban por su silencio. La joven miraba de reojo hacia los costados. Cualquier grupo cercano le resultaba más atractivo que el que se llevaba a cabo entre su padre y los soldados. Quería guardar las formas pero le era bastante difícil. Estaba en la fiesta del año pero en el lugar equivocado. Su madre notó en el acto lo que le sucedía a su hija y la invitó a que continuaran el festejo en otro lado.

Las mujeres se dirigieron hacia el salón principal, que atraía hasta al más retraído, tan solo para ver la araña central de cinco brazos con caireles.

Más carcajadas y alegría multiplicada entre el siseo de las muselinas y las sedas del contoneo femenino, y el resplandor de los botones dorados de las casacas militares. Allí estaba la verdadera diversión. Desde el fondo del salón resonaban los compases de un pianoforte acompañado de un violín, cada tanto opacado por alguna respuesta fragmentada o un residuo de carcajada. Era tal la cantidad de encuentros cuerpo a cuerpo en la alfombra floreada que era complicado averiguar de quiénes se trataba. Los muebles de caoba y guindo estaban abarrotados por copas a medio llenar, jarras y bandejas, y los sillones de tapiz brillante, ocupados por invitados con ganas de descanso. Contra una de las ventanas se habían juntado las tres beldades Cornelia Muñecas, Teresa Gramajo y su prima Juana Rosa, rodeadas por un semicírculo de caballeros bien dispuestos para el galanteo. En la otra punta, el gobernador Aráoz escoltaba a su preciosa hija Lucía de once años, que era el foco de casi todas las miradas. La población entera le rendía culto a la bella «infanta tucumana» y su padre se sentía orgulloso, a pesar de guardar las apariencias. No era demasiado amigo de la ostentación desaforada y menos de que alabaran la belleza de su hija por sobre otros valores máspreciados.

Lucía saludó a Dolores con la mano en cuanto la vio aparecer. La muchacha tomó a su madre del brazo y se dirigieron hacia ellos.

—Buenas noches, don Bernabé. Qué gran baile, muchas gracias por el convite — saludó María Manuela.

—Faltaba más, señoras. El pueblo tucumano se merece este festejo, somos protagonistas de un hecho histórico —y besó las manos de las Helguero.

—Así es, gobernador. Es un orgullo para la provincia.

—¿Han venido solas? ¿Dónde están los hombres de la casa? —dijo con una sonrisa.

—A mi marido lo hemos perdido entre un grupo de soldados. Esperemos que vuelva de un tiempo a otro. Rivas partió, en cambio, a luchar contra el enemigo. Pasará mucho tiempo hasta que lo volvamos a ver —mintió y dibujó una sonrisa radiante.

A pesar de la diferencia de edad, Dolores sentía predilección por la niña, y Lucía, en cuanto podía, la rondaba. La pequeña le preguntaba por cada detalle de su vestido,

y la otra le respondía a todo sin vacilar.

Victoriano vio la escena desde la puerta y se acercó. Había terminado la discusión de caballeros y fue a la busca de su familia.

—Preguntaba por ti en este preciso momento. Mira si no es casualidad —dijo Aráoz y le estrechó la mano.

—Veo que mis mujeres están bien custodiadas.

Sonrieron amistosamente e intercambiaron palabras de protocolo. En otro rincón de la gran sala departían el general Manuel Belgrano junto a sus edecanes, el teniente coronel Jerónimo Helguera y Emilio Salvigny, los coroneles Álvarez y López, y los secretarios del Congreso Juan José Paso y José Mariano Serrano. En un segundo que abandonó la conversación y mudó la atención hacia el salón, Manuel vio a su amigo Helguero, que hacía tanto tiempo que no veía. Pidió disculpas al grupo y se dirigió hacia donde estaban.

—¡Victoriano, qué felicidad volverte a ver! ¿Cuánto ha pasado? —y abrazó a su amigo tucumano.

Y al instante volvieron a su mente aquellas tertulias en su casa, hacía tres años. Belgrano había hecho buenos amigos durante su estadía en Tucumán.

El matrimonio Helguero era uno de ellos. Y recordó a la joven Dolores.

—De más está decir que sabíamos que estabas en Tucumán. Sabía que te encontraría aquí, por eso no te hostigué antes —y largó una carcajada. El asunto del pasado lo había dejado atrás. Su mujer y su hija permanecían a su lado, en silencio.

—Pero, María Manuela, ven para aquí y saluda a este pobre hombre —y una sonrisa inmensa iluminó su cara.

—Don Manuel, qué alegría que haya vuelto a nuestra ciudad —saludó con decoro.

Y Manuel miró a Dolores, que estaba parada al lado de su madre. Sus ojos hicieron evidente el asombro que sintió al ver a la joven.

—No puedo creer lo cambiada que estás, niña. Parece que hubiera pasado una eternidad, has crecido. ¿Cómo estás, Dolores?

—Me encuentro muy bien, don Manuel —dijo, ruborizada. El corazón le dio un vuelco, como si el tiempo no hubiera pasado.

Evidentemente la jovencita había crecido. Las tertulias en lo de Helguero eran bastante concurridas y él había participado de varias. La noche tucumana era alegre y él la había pasado bien. De repente recordó a Pepa. Su bienamada, allá lejos y hacía tiempo, que lo había acompañado a sol y a sombra. ¡Cuánta vida vivida y cuán remoto le parecía todo! Y luego la niña Dolores, que tanto amor le había entregado.

—¿Sabe que nuestra hija se casó? —preguntó María Manuela para dejar las cosas en claro.

—Pero qué gran noticia —respondió con una clara ignorancia. Le parecía algo joven para casarse pero era evidente que sus padres la desposarían cuanto antes.

Los colores arrasaron la cara de la jovencita. La vergüenza la dominó. No quería

que Manuel se enterara de su compromiso. Sentía que lo había traicionado, a pesar de haber vivido juntos un romance fugaz.

La conversación giró sobre varios temas. Sus amigos lo acribillaban a preguntas, la distancia multiplicaba la curiosidad. Hablaron unos y otros, se rieron, se pusieron serios cuando lo ameritó. Pero, cada tanto, Manuel dirigió su atenta mirada a la guapa Dolores. Era inevitable no verla. La muchachita era joven y preciosa. De belleza serena, lo que había destacado años atrás. ¿Qué habría sido de su vida en esos tiempos en que él había abandonado Tucumán?

* * *

Don Victoriano tomaba unos mates en silencio. Aprovechaba la soledad del patio de su casa para recrear la fiesta de noches atrás. Lo que regresaba una y otra vez era la presencia de su amigo Manuel Belgrano. Volver a verlo había sido una experiencia arrebatada. Sabía que estaba en la ciudad y también sabía que acudiría al festejo, pero al tenerlo frente a frente todo lo que había imaginado se había derrumbado por completo. Haberlo conocido años atrás había sido un honor, que Belgrano hubiera acudido a su casa como un amigo más lo había llenado de alegría. La amistad se había afianzado en serio. Él y su mujer le habían ofrecido su casa con absoluta generosidad. Sin embargo, no habían contado con que el vínculo sumara a su hija. Habían intentado frenar los impulsos de Dolores mas no habían podido. La pasión había ganado a pesar de ellos.

Agradeció que Belgrano hubiera tenido que partir. Había dado por sentado que su niña lo olvidaría. Era un hombre ingenuo, eso estaba claro. Dolores no solo no lo hubo de olvidar sino que se había transformado en una sombra doliente. Lloraba e insistía con que Manuel era el amor de su vida. Victoriano no había querido averiguar más de lo que suponía. Obligaba a su mente a reafirmar la virginidad de su hija, no quería abusar de los malos pensamientos. Sin embargo, la sociedad tucumana cuchicheaba. Y su hija de tan solo quince años había sido señalada. El dolor, pero sobre todo la vergüenza de que miraran con gesto extraño a su familia, lo había obligado a casar a la niña cuanto antes. Debían detener la estigmatización de Dolores. A cualquier precio.

Había mantenido una larga conversación con Manuel antes de que partiera rumbo al norte. La amistad no se había roto a pesar del amorío. Habían sido honestos el uno con el otro y él había comprendido las razones de su amigo.

Sin embargo, el matrimonio de su hija con Rivas no fue lo que habían soñado. Se preguntaba si no había sido una señal del cielo, como si Dios le confirmara que no había servido de nada obligar a Dolores a casarse con alguien solo por las apariencias. Ahora la muchacha había quedado sola y con una criatura a su cargo. Era tarde para arrepentimientos. Un ruido lo sacó de su ensimismamiento. Miró al costado y vio la figura de la única persona que le daba sosiego a su alma, su mujer.

—Ven, Manuela, acércate y hazme un poco de compañía.

—Pásame un mate, querido —y se sentó a su lado—. ¿En qué andas?

—Dejando que vuele mi cabeza. Espero que vuelva a su lugar —y sonrió.

—Siempre vuelve, no te preocupes. Y si no, aquí estoy yo para ayudarte. Imagino por dónde andas, te conozco.

Victoriano detuvo la mirada en la cara de su mujer. A veces le asombraba que conociera sus pensamientos sin que él dijera nada.

—La presencia de Manuel, ¿no es cierto? —Él asintió—. Esperemos no tener que volver a sufrir por su arribo. Me gustaría que Dolores se despertara un día sin recordar nada de lo que vivió hace tres años. Ha sido duro para ella.

—Y para nosotros, querida. Recuerdo la cantidad de veces que llegabas a casa perturbada por los chismes que escuchabas por ahí.

—Ahora nuestra hija es una mujer casada. Nadie puede abrir la boca, que no se atrevan.

—Dios te oiga —dijo Victoriano en voz muy baja, repleto de dudas.

Un chillido interrumpió con vehemencia la charla. Desde adentro llegaba el llanto intempestivo de una criatura.

—Disculpa, mi querido, voy a ver qué le pasa al niño —Manuela se incorporó y se dirigió hacia la recámara de su hija.

Capítulo III

Manuel se instaló en la Ciudadela, a unas leguas de la ciudad, a partir del renovado nombramiento de comandante del Ejército del Norte. Rondeau había sido desplazado del cargo y volvía a tocarle a él. A pesar de haber recibido varias invitaciones de las familias más importantes de Tucumán para que se instalara en sus casas, prefirió acomodarse cerca de las tropas. Sus costumbres no se habían modificado, sus creencias tampoco. La fortaleza rústica le parecía más que suficiente como para cobijarlo.

La rutina seguía siendo la misma. Era el primero en despertarse y a pesar de tener subalternos encargados de recorrer las barracas para controlar a los soldados, casi siempre prefería hacerlo él. Le gustaba dar el ejemplo. Con el sol espiando por el horizonte y el uniforme limpio y en perfecto estado, caminaba el piso de tierra a paso lento. Daba indicaciones con voz firme a todo el que juzgara que lo necesitara. Las ganas de reconstruir la moral de sus hombres regresaban a su cuerpo como si nunca se hubieran ido. Una nueva expedición al Alto Perú colmaba sus expectativas. Sentía que volvía a tener veinte años a pesar de contar con cuarenta y seis sobre su cuerpo.

La escarcha no se había derretido todavía aunque el frío helado de esa mañana no auguraba una jornada templada. Faltaba un mes para la primavera y el invierno se hacía notar. El encargado del fuego había realimentado la gran fogata y hasta allí habían arrimado sus sillas Manuel y el joven Gregorio Aráoz de La Madrid, su oficial favorito y amigo a esta altura. El mate iba y venía. El crepitar de la hojarasca ayudaba para que las miradas se perdieran allí, como hipnotizadas. Estaban solos, la tropa ya se encontraba en plena práctica a campo abierto.

—¿Cómo están las cosas, mi General? —preguntó Gregorio y sorbió el último trago del mate.

—Qué te puedo contar, preparo a mis hombres para nuevas batallas. Es lo único que me preocupa últimamente.

—¿No extraña su ciudad? No me malinterprete, lo queremos bien, don Manuel. Pero a veces me pregunto cómo será estar tanto tiempo fuera de mi lugar.

—Tucumán es mi casa, Gregorio. Me siento muy bien tratado —y recordó a Juana, su hermana dilecta—. A veces la familia ronda mi mente, pero las obligaciones ganan la partida.

—De más está decir que cumpliré a rajatabla cuanta orden me sea impartida, mi General.

—No me cabe duda —y miró a La Madrid como si quisiera ver más allá de las formas. Admiraba su pasión y juventud. Le recordaba a él a los veintiún años—. Debo tener al ejército en buen pie de orden, disciplina e instrucción. En principio, lo importante es uniformar su táctica.

Manuel echó agua al mate y se lo pasó al joven con un gesto de aprobación. Sentía un poco de alivio al escuchar palabras de aceptación de un soldado. Los

vínculos entre pares y subalternos no habían sido fáciles, esperaba que en esta oportunidad fuera diferente. A veces se preguntaba si era él quien debía modificar el comportamiento. De cualquier manera, estaba convencido de su proceder. El rigor seguía siendo una de sus espadas, pero no la única. Aún pensaba que sin educación no llegarían a ningún lado, que no valía de nada cansarse en los hechos. *«Nunca seremos más de lo que desgraciadamente somos. Se meten los hombres a tratar de operaciones militares y otras cosas aún menos importantes, y aquel punto se olvida. Los males de la Patria que veo han de continuar mientras no se dé ese paso majestuoso y único para salvarnos y afianzar nuestra existencia. Ojalá que se disolviera el Ejército enemigo por sí mismo o que hubiera quien lo disolviera. Creo que el remedio de nuestros males ha de salir de entre ellos mismos; los hombres no entran en razón mientras no padecen y espero que no veamos el orden hasta que cada uno de nosotros por nuestra propia conservación, no entremos en nuestros límites»*, pensó en silencio.

—Bueno, Gregorio, manos a la obra. Vamos al campo, la tropa nos espera, o eso creo al menos —sonrió Manuel y encabezó la caminata hacia los troncos donde estaban anudadas las riendas de los caballos.

* * *

Dolores prefería quedarse en la casa. La sola idea de salir a la calle la incomodaba. Daba y se daba todo tipo de excusas, ella sabía bien la única razón que tenía para defender el encierro. No quería cruzarse con Manuel. La sola exposición por las calles de Tucumán la aterrorizaban. ¿Y si lo encontraba durante alguna caminata inocente? Sabía perfectamente que se había mudado a la Ciudadela con la tropa y que era casi imposible que se vieran por las calles que ella recorría, pero ¿y si por alguna casualidad sucedía? No estaba preparada. Había disimulado como una actriz sublime durante la noche del baile.

Prácticamente no había abierto la boca y lo poco que había conversado con Manuel había sido muy cortés.

Belgrano ya no sentía nada por ella. El amor que se habían prodigado era solo un recuerdo vago para él. Ella se había dado cuenta. Ya no la miraba como antes, ¿o sí? Las dudas la asaltaban a tiempo completo. Solo tenerlo enfrente otra vez había sido suficiente como para rememorar aquellas semanas intempestivas. Parecía que el tiempo no había transcurrido. Los años sin él habían calmado un poco su desasosiego. Pero con solo verlo se había derrumbado el muro que había construido. ¿Tal vez había vuelto a Tucumán para buscarla? Las preguntas se reiteraban y no obtenía respuestas. Eran una excusa para hacerse otra y otra más.

Sin embargo, no abandonaba sus quehaceres. Acomodaba su habitación, se ocupaba del niño, ayudaba a su madre en la cocina. Todo se cumplía con responsabilidad aunque la cabeza estaba a miles de leguas de allí. Era como si viviera

disociada: el cuerpo en su casa, la mente en el aire. Y nadie le hacía ni medio reclamo. Ella lo agradecía en silencio. No tenía voluntad de explicarle a ninguno de sus familiares por lo que pasaba. Había días en que el nudo en el pecho era demasiado apretado. En otras oportunidades se sentía mejor. Era todo junto y nada.

¿Sería bueno hablar con él? ¿Ayudaría para entender de una buena vez lo que le pasaba? A veces pensaba que si ella sentía algo por Belgrano a él le sucedería lo mismo. Alguien le había dicho alguna vez, o lo había escuchado por ahí, que el amor era lo que dos personas sentían una por la otra. El resultado de esa cuenta era evidente. Si ella percibía un latido en su corazón, quería decir que el de él latía con la misma intensidad. Se tomó la cabeza con las dos manos. Quería detener los pensamientos. Lo necesitaba. Si no, se volvería loca. Y no podía. Tenía un hijo a quien criar. El padre había desaparecido. Había quedado sola.

Del cuarto se fue a la cocina, tarareando por lo bajo alguna canción. Tal vez esas notas calmaran las ideas y la obligaran a detener la cabeza. Aunque fuera tan solo por algunos minutos.

En la mesa descansaban unas papas, zapallo, ajíes, cebolla y choclos. Su madre había comenzado a pelar y cortar. Se distrajo de la faena al ver a su hija cruzar la puerta. La invitó y Dolores se calzó un delantal blanco, arremangó las mangas de su vestido y acompañó a su madre. Era mucho mejor empezar a preparar el puchero. Lo otro no tenía solución. Por lo pronto, por ahora.

* * *

La casa de los Laguna y Bazán había quedado vacía de política para volver a ser lo que era: la residencia de doña Francisca, en la que vivía el viudo de su única hija mujer Gertrudis, don Pedro Antonio de Zavalía Andía, su nueva esposa María Josefa Lami López de Velasco y los hijos de ambos matrimonios. El caserón tenía espacio para todos ellos y muchos más. Solo bastaba recordar las jornadas de julio. Sin embargo, esa tarde solo acogía a Zavalía y su mujer, quienes habían convidado a dos de sus vecinos más importantes y acaudalados: el gobernador Aráoz y Salvador Alberdi, junto con su esposa Josefa.

La inmensa sala era asistida por un par de mulatas que entraban y salían con las bebidas, infusiones y delicias culinarias que se preparaban en la casa. La conversación era animada. Los caballeros dominaban con la palabra y las señoras acompañaban, como siempre.

—Anoche estuvo Manuel en casa. Fue una invitación improvisada, señores, no os ofendáis por no haber sido de la partida. Pasó a saludar caída la tarde, todo se prolongó más de lo previsto y Josefa lo convidó —dijo don Salvador.

—Lo que nos hemos reído de las morisquetas de Juan Bautista, no tiene nombre. El chiquito lo adora —agregó su mujer, orgullosa de su hijo de seis años.

—No te preocupes, Salvador, es bien entendible. La sociedad entera se disputa la

compañía de Belgrano, no debe dar abasto con los reclamos —don Pedro largó una risotada.

El gobernador se acercó a una fuente con buñuelos rellenos de dulce de membrillo y tomó uno. Volvió a acomodarse en su sillón y le dio un mordisco. Eran célebres por lo deliciosos. Limpió las miguitas que le quedaron con una servilleta y carraspeó para empezar a hablar.

—Gracias a Dios que no lo tenemos a Dorrego por las inmediaciones. No la pasaría tan a gusto nuestro General —don Bernabé tiró la primera piedra y levantó una de sus cejas renegridas.

—¿A qué te refieres con eso? Manuel siempre defendió a Dorrego, a pesar de su constante indisciplina. No veo por qué no podrían encontrarse si se cruzaran en la misma ciudad —objetó Alberdi con el ceño fruncido. Respetaba a Belgrano y además se consideraba su amigo.

—Sabes de qué hablo, del incidente que vivieron hace unos años frente a San Martín y que provocó el destierro de Dorrego a Santiago del Estero —interrumpió Aráoz con poca paciencia.

Tiempo atrás, en una de las ejercitaciones castrenses que presidía José de San Martín, Dorrego se había reído en la cara de Belgrano al escuchar su voz de mando. Arrogante, había sentido que la orden lanzada por el General y elegido de San Martín no era lo suficientemente ronca como para pertenecer a un jefe. A pesar del reto de don José, Dorrego había reiterado la risotada. San Martín, furioso ante la impertinencia, tomó un candelabro de bronce que estaba sobre la mesa y golpeó con una furia inusitada.

—Hay que ser idiota para reírse de un hombre como Belgrano, mi Dios. Tratemos de no traer el recuerdo de ese desatino a esta casa, Bernabé —dijo Alberdi.

—De cualquier manera recibió su castigo por insubordinación. Tuvo lo que mereció —agregó Zavalía.

La dueña de casa volvió a llenar las tazas con el té que reposaba en la tetera y ofreció más buñuelos a sus invitados. La esposa de Alberdi alabó el relleno y le pidió la receta. Mientras, los caballeros repetían la ronda del dulce. Don Salvador prefirió cambiar de tema. No le gustaba que hicieran referencia a su amigo, sobre todo si percibía algún comentario insidioso. Rápidamente le siguieron el tren. Los negocios comerciales dominaron la charla. Cada uno hablaba de sus intereses y cada tanto se escuchaban.

Zavalía y Alberdi estaban felices con el acantonamiento del ejército en la Ciudadela. El Gobernador, en cambio, no terminaba de entusiasmarse con el poder creciente de las tropas y sus jefes dentro de su provincia. Hubiera preferido tenerlos lejos, donde no pesaran en la política local.

Los asuntos no andaban bien entre Tucumán y la provincia vecina de Santiago del Estero. Esto no era nuevo. La pésima relación venía de tiempo atrás, y sobre todo desde el momento en que la gobernación intendencia de Salta del Tucumán había

sido dividida en dos por orden del otrora director supremo Posadas, en 1814. Santiago había quedado bajo la jurisdicción tucumana, pese a su aspiración a gozar de la misma jerarquía que San Miguel de Tucumán, la capital.

El gobernador Aráoz había comenzado a ampliar su poderío y a principios del año siguiente decidió destituir de su cargo al demasiado autonomista teniente de gobernador santiaguense, Pedro Domingo Isnardi. Los miembros de la elite local resistieron. Con el apoyo de las milicias de la ciudad, realizaron un cabildo abierto y enviaron un petitorio a Buenos Aires para la restitución de su hombre de confianza, además de la autonomía. La respuesta no se hizo esperar: deberían aguardar al año siguiente, hasta la reunión del Congreso General en la ciudad tucumana. Furioso con la contestación, Isnardi renunció directamente, y los hombres de Aráoz lograron imponer a Tomás Juan de Taboada como teniente de gobernador.

El 4 de septiembre de 1815 estalló una sublevación encabezada por Juan Francisco Borges, que se dirigió a la casa de Taboada, intimándolo a renunciar. Logrado su cometido, Borges declaró a Santiago del Estero como Pueblo Libre.

Bernabé Aráoz era un hombre cerebral y frío pero de reacciones intempestivas. No iba a permitir que lo pasaran por arriba. La provincia vecina estaba bajo su mando y así lo haría saber. Con velocidad, organizó a las milicias tucumanas al mando del comandante Francisco Lobo. Sin titubear, fueron al choque contra los autonomistas y regaron de sangre la plaza principal. Borges fue herido de muerte, pero logró sobrevivir. Fue arrestado y enviado a Tucumán. En un desenlace que a Aráoz nunca le quedó claro; logró escapar de la prisión domiciliaria y llegar a Salta como protegido del gobernador Martín Miguel de Güemes. Al año siguiente, Borges regresaba a su provincia.

Las idas y vueltas continuaron. Cuando todo parecía nadar en aguas calmas, el remolino mortal cobraba protagonismo otra vez. A fines de agosto del '16, Belgrano impulsó, a través del Congreso, el nombramiento del sargento Gabino Ibáñez como gobernador de Santiago del Estero. Pero agazapado, Borges avivaba a sus partidarios para que lo repudiaran.

Los meses continuaron con una calma aparente hasta que llegó diciembre. El reincidente Borges emboscó al Gobernador santiaguense y lo envió a Loreto. Le quedaba el terreno libre para asumir en el cargo. Envalentonado, recorrió la provincia para reclutar hombres.

Belgrano tomó el toro por las astas y le ordenó a La Madrid sofocar la sublevación, al mando de cien húsares, doscientos infantes y cincuenta dragones, y dos piezas de artillería dirigidas por Juan Bautista Bustos. Los últimos días de ese año independentista, Borges era derrotado en el combate de Pitambalá. Logró escapar de sus perseguidores, pero cometió el error de buscar refugio en la casa de los Taboada, que eran sus parientes. Al final, sin respetar los lazos de sangre, lo entregaron a La Madrid.

Enterado Manuel del apresamiento del cabecilla enemigo, ordenó que fuera

ejecutado sin juicio ni defensa. Así lo había decretado el Congreso, meses atrás. El primer día de 1817, Juan Francisco Borges, vendado y contra una pared del cementerio del convento de Santo Domingo, adonde había sido llevado para recibir la última confesión, fue puesto ante el pelotón de fusilamiento.

Belgrano se arrepintió luego de dar la orden. Al tanto de que sus decisiones aún tenían poder, ordenó un indulto para el rebelde. La disposición llegó tarde, el hombre ya estaba muerto. Suspiró con fastidio. A veces sentía que no terminaba de entender las leyes propias de las guerras.

Capítulo IV

Victoriano Helguero cumplía años y su mujer había decidido celebrarlo en su casa con varios de sus amigos más cercanos. El buen tiempo ayudaba para que la sala y el primer patio reunieran a todos los invitados. A la caída de la tarde, María Manuela comenzó a recibir a las amistades. El amplio salón estaba bien iluminado por un sinfín de lámparas, además de la luz que entraba desde los faroles de la calle a través de las ventanas. El dueño de casa había conminado a sus amigos a que no le trajeran presentes. Con sus presencias bastaba, así los había convidado. Y cumplieron. Llegaron con los brazos vacíos pero repletos de agradecimiento.

Entre la decena de parejas que ocupaban el hogar de los Helguero, la presencia más inquietante —por lo menos para una de las personas que vivía allí— fue la de Belgrano. Fue el último en llegar y lo hizo secundado por sus dos edecanes y amigos, Jerónimo Helguera y Emilio Salvigny.

En uno de los sillones de la sala se había acomodado Dolores, junto a sus amigas, las hermanas Crisanta y Cruz Garmendia Alurralde. Con gesto de asombro, la joven Helguero escuchaba la perorata intercalada de las muchachas. Era imposible meter una palabra. Attendía y era más que suficiente. De repente, la charla se detuvo. Las Garmendia dirigieron sus miradas hacia la otra punta de la sala, donde estaban Belgrano y sus hombres. Dolores las copió y lo vio. Su corazón dio un vuelco. Hacía varios meses que no lo veía. Había logrado su cometido de evitarlo. No le había preguntado a su padre quiénes serían los invitados al ágape, pero lo suponía. Una cosa era imaginar que vería a Belgrano de nuevo, otra cosa era tenerlo enfrente.

Crisanta y Cruz llamaron con la mano a Helguera y Salvigny, sus respectivos novios, y los guapos y jóvenes oficiales cumplieron. Se dirigieron hacia donde estaban sus chicas, acompañados, por supuesto, del general Belgrano. Las mujeres extendieron sus manos y ellos, caballeros, las besaron.

—Tanto tiempo, mi querida Crisanta, ya te extrañaba —bromeó el apuesto Jerónimo y ella largó una carcajada.

—Yo no tanto —y le guiñó un ojo.

—Pensé que no llegaban. Habían dicho que estarían más temprano. ¿Pasó algo? —preguntó Cruz.

—Nos atrasamos en la Ciudadela, nada importante. Pero ya estamos aquí, ¿no es cierto? —respondió Emilio.

Las palabras y las seducciones entre unas y otros iban y venían. Sin embargo, había dos personas que permanecían en silencio. Manuel y Dolores, y sus miradas anudadas, sin nada que las distrajera. Al rato, las dos parejas repararon en lo que sucedía ahí mismo. Parecía que el tiempo se hubiera detenido y que estaban de más. Sus voces eran como un ruido incómodo en el medio de ese silencio.

—Señoritas, ¿vamos a buscar algo para beber? —invitó Helguera, y Salvigny se sumó al operativo. Crisanta y Cruz se levantaron, acomodaron sus faldas y pidieron

permiso para retirarse junto a sus galanes.

El silencio ganó la escena. Manuel permaneció estático mirando a Dolores. Solo pestañeó alguna que otra vez. Ella no pudo aguantar, bajó la mirada y sus ojos quedaron escondidos detrás de las tupidas pestañas oscuras.

—Estás preciosa, Dolores —el caballero dio el primer paso—. Me hubiera gustado poder decírtelo en el baile pero no pude. Había mucha gente, hacía tiempo que no veía a toda esa gente, me fue imposible abandonar las charlas.

—Muchas gracias, Manuel —levantó la vista y dejó ver su cara ruborizada.

—Espero que me perdones por haberme ido así —y acercó su cuerpo hacia el de ella.

Dolores era una muchacha de pocas palabras. Prefería escuchar antes que hablar. Una rara sensación empezó a dominar su cuerpo. No quería llorar pero la emoción comenzaba a ganarla.

—No soy quién para juzgarte, Manuel. Solo Dios puede hacerlo. Ahora que el tiempo pasó pude entender qué es lo que sucedió.

—¿Y qué has entendido?

—Que eres y eras un hombre dominado por los acontecimientos. La realidad de los tiempos en que vivimos te carcome el alma. Y te entiendo —bajó la mirada y con suavidad se acomodó el pelo con la mano.

—Lola, eres única —y refrenó las ganas de tomarle la mano. No quería apurarse, nada más alejado de él que osar importunarla.

Lo miró fijo y le sonrió. La tranquilidad que sentía a su lado regresaba como por arte de magia. Con ese hombre se sentía protegida como con ninguno.

—Cuéntame qué ha sido de ti en estos años. Me han dicho que te has casado.

Una sensación oscura veló la cara de Dolores. En un instante todo se derrumbó. La realidad atravesó su alma.

—Mis padres organizaron una boda repentina con un hombre catamarqueño. Me señalaban, Manuel, fue muy feo vivir lo que vivimos —y se le llenaron los ojos de lágrimas.

No pudo soportar verla en ese estado. La tomó de las manos e intentó calmarla.

—Por favor, mi niña, no puedo verte así. Y todo por mi culpa.

—No, Manuel. Yo soy responsable de mis actos, nadie me obligó. Estaba muy enamorada de ti.

—¿Estabas?

Los colores volvieron a pintar la cara de Dolores. Le costaba explicar con palabras lo que era evidente en sus gestos.

—No me hagas hablar, Manuel. Por favor —susurró.

—Pues, ha sido verte, que todo ha vuelto a suceder. Nada ni nadie me dan la tranquilidad que me das tú, Dolores. Soy otro, ya no tengo los inconvenientes que tenía. He vuelto para quedarme.

Tucumán es mi casa, tú eres mi abrigo.

Una lágrima entera le cayó de un ojo y así dejó su mejilla, húmeda. No quería quitar sus manos de entre las de él. Tomó aire con lentitud, no podía creer lo que escuchaba.

—Soy una mujer casada, Manuel.

—Pero tu marido ya no está junto a ti.

Dolores asintió, él tenía razón. El padre de su hijo se había ido para no volver, eso era evidente. Pero los votos los había entregado. Le debía respeto a Rivas a pesar de que él no la había respetado.

—Nunca dejé de amarte. Cada día de mi vida, en el lecho conyugal, cuando di a luz, todo el tiempo pensé en ti. No hubo minuto que no te tuviera adentro mío.

—Pues entonces vivamos nuestro amor como se merece —dijo Manuel con firmeza a pesar de los obstáculos feroces que tenían y que él conocía de memoria.

Dolores quitó una de sus manos y le acarició la mejilla. Imploraba que ese instante durara para siempre. Sabía mejor que nadie que la realidad era otra. La vida lastimaba con fiereza y a ella la había tomado de punto. Mañana sería otro día y, si lo que vivía era un sueño, prefería dormir para siempre.

* * *

A miles de leguas de distancia, los sucesos eran otros. A cada rato, la pluma era recargada de tinta negra para volver al papel. Mademoiselle Pichegru se había sentado al lado de la ventana, para que la luz del sol intermitente diera de lleno en la carta que hacía un buen rato se había dispuesto a escribir. Nada la distraía, ni siquiera la intentona, bastante desafinada, de una mujer que ensayaba una canción en alguna calle cercana.

«*Mon cher* Manuel», así daba comienzo la interminable misiva de Isabelle. Y el destino, evidentemente, era Buenos Aires. Hacía unas semanas que su amigo americano había vuelto a sus pensamientos. En un santiamén, aquellos días londinenses le dieron la calma que necesitaba. Había encontrado la solución al sinfín de problemas que atravesaba en París. La indignación había colmado su paciencia ante la catarata de malos entendidos por los que había pasado.

Tomó un trago de su copita de *cognac* y continuó con el desenfreno de la escritura. Adoraba beber dos medidas de su bebida favorita a esa hora. Limpiaba su cabeza de malos pensamientos.

Mademoiselle Pichegru había vivido unos meses enloquecedores. Su castillo de cristal comenzaba a desmoronarse y las astillas la lastimaban. Todos aquellos que habían acompañado su historia de vida, la abandonaban. Y no solo eso. La acusaban y señalaban como una advenediza, trepadora y casi delincuente. Si no apuraba un cambio de timón, temía ir a la cárcel. De la nada, había aparecido un hermano de su supuesto padre, reclamando un encuentro con ella, ya que desconocía que tuviera una hija. Isabelle había evitado por todos los medios cruzarse con el abate Pichegru. Hábil

como ninguna, había logrado el desencuentro. Lo que no había podido evitar era que la policía la ubicara luego de una redada. Una mañana bien temprano, un golpeteo persistente la despertó. Cubierta por su bata de seda china, dejó sus bucles sueltos y abrió la puerta. Tres policías la aguardaban del otro lado. Se vio obligada a dejarlos pasar, uno de ellos era el jefe de la policía de París. Era imposible escapar. Los tres hombres se sentaron frente a Isabelle y la interrogaron con ferocidad. Por primera vez, la seguridad que había mostrado siempre se derrumbó. No había podido mantener la firmeza de sus dichos, sus armas de seducción habían sido ignoradas por completo.

Lo peor llegó unos días después. Destacada y en la página central, apareció la noticia en el periódico Le Moniteur. El cronista describía todo lo sucedido y denunciaba a Isabelle como una impostora. La sociedad parisina quedó de una pieza. Aquella dama a la que habían adorado, era una farsante. Al instante llegó a oídos de Luis XVIII, que tomó la decisión de revocar la pensión que le había otorgado por ser familiar de un héroe nacional.

Estaba devastada. Sus amigos comenzaron a darle la espalda, las invitaciones habían desaparecido, y el pequeño cofre donde guardaba el dinero que recibía de diversas maneras, estaba casi vacío. Y no veía modo de volverlo a llenar.

Pasaron unos días hasta que encontró la salvación. Su querido Manuel Belgrano la recibiría con gusto, de eso estaba segura. Debía anunciarle su pronto viaje, lo tenía decidido. Parte de las monedas que atesoraba irían destinadas al pasaje. Le daría una grata sorpresa.

Miró por la ventana y las gotas de una llovizna persistente empezaban a golpear. Ese tiempo otra vez. Decretó que se había hartado de esos vaivenes climáticos. Estaba segura de que en Buenos Aires no padecería más. Las lluvias insistentes de su ciudad pasarían a ser solo un vago recuerdo. Vacío su copita y continuó con la pluma contra el papel. Quería terminar la carta para enviarla en el acto. Tomó aire y sonrió. La alegría volvía a inundar su cuerpo.

* * *

Dolores se aferró de la mano de Manuel para subir a su carruaje. Apoyó su zapato de tacón en el estribo y de un solo envión él la sentó a su lado y cerró la portezuela. Largó el aire con alivio.

Se sentía cobijada allí adentro, nadie la vería. Aunque eso era un poco difícil. Cada vez que Manuel recorría la ciudad en su volanta inglesa de dos ruedas, la población entera quedaba encandilada por el carro. Era el único en Tucumán y más que evidente, su propietario. Así que no solo iba guarecida por las delgadas paredes del coche, sino que también envolvía su cabeza con una pañoleta de encaje negro.

Eran amantes otra vez. Debían ocultar su amor de nuevo. En el pasado había sido una relación fogosa e inconsciente. Ella hubiera gritado su amor a los cuatro vientos,

pero su brevedad y el abandono de Manuel la habían obligado a callar. Ahora parecía diferente. Él le había prometido que sus sentimientos eran verdaderos y eternos. Sin embargo, debían mantenerse en la clandestinidad. Era una mujer casada.

Con una mano Manuel tenía las riendas, con la otra tomaba una de las de Dolores. Y cada tanto se la llevaba a su boca para besarla. Así recorrieron las calles hasta llegar a las afueras de la ciudad, donde lograban liberarse un poco de las miradas curiosas. Dolores descubrió su cabellera y se sintió liberada. Sus padres no preguntaban adónde iba, ella tampoco explicaba demasiado, a pesar de que percibía que ellos sabían todo a la perfección.

Eran pocas cuadras hasta la Ciudadela. No era el mejor lugar para tener encuentros privados, pero la ciudad estaba repleta de ojos ávidos de ver a la pareja prohibida.

Bajaron del coche, Manuel ató las riendas al tronco e invitó a Dolores a que entrara a la casa que se había hecho construir en la Ciudadela. Le hizo caso y franqueó la puerta a paso veloz. Tenía la sensación de ocultamiento en el cuerpo. A pesar de que era difícil encontrarse con alguien en las cercanías de la casa —él daba la orden de que desaparecieran todos a cierta hora— ella apuraba y bajaba la cabeza para evitar que la reconocieran.

Dolores quitó la servilleta que cubría la canasta y acomodó las cosas que traía sobre la mesa. Aunque él no se lo pedía, sabía que Manuel tenía serios problemas de dinero. Si ella no traía alguna que otra cosa para comer, él tal vez pasara de largo. Le gustaba preparar unos panes, queso, unos buñuelos y alguna cosa más, para alimentar a su hombre. Jugaba al matrimonio hecho y derecho, y eso la alegraba por unas horas.

—Eres tan buena, mi niña —dijo Manuel mientras observaba con atención el ir y venir de la muchacha a través de la habitación. Nada le gustaba más que ver un cuerpo de mujer caminando por su casa. Tenía la sensación de que con esos modales finos y sensibles cerca era una mejor persona.

Dolores lo miró y sonrió. Amaba inmensamente a Belgrano y su felicidad era completa al verlo contento con su presencia. A pesar de ser un hombre grande, había momentos en que lo sentía desvalido. Lo único que quería era que se dejara cuidar. A veces lo lograba.

Terminó de acomodar los trastos y caminó hasta la silla donde estaba sentado. Así, parada, lo abrazó y él pegó su cara contra su pecho. Le acarició la espalda de su vestido. Desde arriba y hasta abajo. Y la sentó sobre sus faldas. Y fundieron sus cuerpos en un abrazo indestructible. A los pocos minutos se incorporó sin despegarse de ella, y de la mano, la condujo sin recibir ninguna resistencia, hasta el catre de campaña.

Capítulo V

Era pasada la medianoche y Helguera y Salvigny acompañaban a Belgrano en su casa. El General debía dormir, o al menos descansar, pero un torbellino de ideas avivaba el insomnio del que era víctima a menudo. La salud no lo acompañaba, le dolían las piernas y una febrícula lo tenía tumbado. Pero sus fieles edecanes habían desestimado por completo la despachada de su jefe y se habían instalado para ayudarlo en lo que necesitara.

Las preocupaciones le ganaban al cuerpo. Jerónimo y Emilio lo habían obligado a acostarse. Insólito, Manuel había aceptado pero los tenía de acá para allá con pedidos y atención permanente.

—¿Se siente mejor, mi General? —preguntó Helguera mientras le acercaba una taza de té.

—A veces es más fácil curar el cuerpo que el alma, Jerónimo. Me gustaría callar la cabeza pero no puedo.

El joven sargento mayor regresó a su silla y aguardó en silencio que empezara a hablar, al igual que Salvigny.

Percibían que sería una noche larga y no precisamente para el descanso.

—Ustedes son mis hombres de confianza, me acompañan en este difícil momento. La Madrid ha tenido que volver a Salta, a pesar de todo el esfuerzo que puso en tomar nuevamente Potosí. Solo falta que otra vez se vengan los maturrangos sobre nosotros...

—No podrán, mi General. Y si así fuera, acá estamos nosotros a su lado —interrumpió Emilio.

Manuel lo miró y ensayó una leve sonrisa. Sabía que los dos jóvenes eran de una lealtad de hierro.

—A veces siento que debo emprender la marcha hacia el campo de batalla, pero son tantos los obstáculos y las dificultades que me desmorono en el mismo tiempo.

—Es imprescindible aquí, mi General.

No lo necesitamos lejos, está muy bien entre nosotros.

—Agradezco tus palabras, Jerónimo. No soy solo yo el enfermo. El egoísmo de rancho, de casa, de ciudad, de jurisdicción a lo más está en su vigor, y para curar esta enfermedad se necesitan los auxilios pecuniarios de que carezco —y se incorporó un poco, como si la energía lo desbordara nuevamente.

Los edecanes dieron un respingo ante el movimiento de su jefe pero él extendió su mano para calmarlos. Estaba todo bien.

—Tenemos serios problemas, no hace falta que se los repita. Y el Gobernador es el primer obstáculo, señores. El auxilio que necesitan nuestras tropas está siendo obstruido permanentemente por Aráoz. Sé que puedo contar con vuestra prudencia, por eso lo digo. Y no solo eso, los sueldos han desaparecido como por arte de magia. En fin, él también es responsable de eso. Lo único que yo sé es que los funcionarios

no reciben lo que les corresponde.

—Estamos al tanto, mi General —asintió Salvigny y miró a su compañero, que tenía el ceño fruncido. Helguera había pedido la mano al padre de su novia y estaba muy preocupado por la falta de dinero.

—De cualquier manera, no creo que don Bernabé desconozca mi enojo. Le he hecho el reclamo una y otra vez, y no ha hecho otra cosa que darme excusas. Por otro lado, el ejército está desbandado. Reclutas no aparecen, ni sé de dónde sacarlos. Pero ni conociendo todo esto decaigo en mi empeño, y algo haré para llamar la atención de los que están al frente.

Belgrano había enviado mensajes a Buenos Aires en reiteradas oportunidades, para que el Director Supremo tomara cartas en el asunto y removiera del cargo al Gobernador. Sabía que las resoluciones eran difíciles de tomar pero, si no daba el primer paso, eran imposibles. Pueyrredón era víctima del tironeo constante de sus generales. San Martín reclamaba dinero, alimentos y abrigo; él también insistía con lo mismo, pero además pedía la cabeza de un hombre. Y para colmo, tucumano en Tucumán.

Jerónimo fue hasta el brasero y volvió a calentar el agua. Hizo un té de tilo y llenó la taza. Se la mostró a Manuel y este asintió. Rogaba que esto lo calmara y pudiera dormir unas horas al menos. Si el malestar continuaba deberían llamar al doctor Redhead, su amigo y médico de confianza.

* * *

Don Bernabé Aráoz y don Pedro Antonio de Zavalía mantenían una conversación a puertas cerradas en el despacho de la Gobernación. Sus ropas negras eran igual de oscuras que el clima que se vivía en la reunión.

—No me gusta nada lo que pasa en la provincia, Pedro. Contigo puedo ser honesto, además supongo que observarás lo mismo que yo. No creo ser el único que perciba cierta incomodidad, y aquí estoy siendo generoso con la descripción —el gesto adusto del Gobernador era más que elocuente.

—Estoy completamente de acuerdo, Bernabé. No entiendo por qué Tucumán se ha empobrecido tanto, no debemos permitir que nuestros negocios se enfríen. ¿Qué ha pasado con nuestras contribuciones? —haciendo referencia a los aportes que los comerciantes se habían visto obligados a hacer a la Gobernación.

—Qué quieres que te diga, desde que nos han instalado acá al Ejército he tenido que desembolsarles partidas desmesuradas. Te podrás imaginar que era lo último que quería hacer. Pero me he visto entre la espada y la pared. Nunca mejor dicho —y esbozó una mueca.

—Tú manejas esta provincia, deberías seguir tus instintos y abandonar el intento de algunos forasteros por borrar tu voz de mando.

Bernabé escrutó a Zavalía. Era fácil hablar desde el lugar del simple comerciante.

Otra cosa muy distinta era ocupar el cargo más alto de la provincia. A veces sentía una soledad inmensa.

—Pero no solo he descubierto traiciones y actos conspirativos entre los nuestros, Pedro. Deslealtades hay en otros ámbitos.

—¿De qué hablas? No te entiendo.

—Hablo de un hecho vergonzoso. Algo que nos sume en la más profunda humillación. Belgrano tiene amante tucumana. Y es una mujer casada.

Zavalía cambió de posición en el sillón. A pesar de que no le gustaba prestar atención a las habladurías, la curiosidad lo ganó. Miró fijo a Aráoz, a la espera de la identidad de esa mujer.

—La muchacha en cuestión es la hija de Helguero. Están haciendo un espectáculo bochornoso. Tengo mis informantes y me han contado que la lleva a su casa de la Ciudadela.

—¿La esposa del catamarqueño, no es cierto?

—Por supuesto. No permitiremos que sucedan esas cosas en nuestra provincia.

—Bueno, Bernabé. Son gente grande, ellos sabrán. No eres el padre de la señora para meterte en su vida. Me parece que te precipitas un poco.

—¿No te das cuenta de que todo tiene que ver con todo? Si pudiéramos volver el tiempo atrás —y se quedó con la mirada perdida, como si su mente desapareciera muy lejos.

Don Pedro aguardó a que su interlocutor volviera en sí. Tampoco le parecía para tanto lo que sucedía entre las sábanas de Manuel Belgrano. En todo caso, sentía alivio de que la mujer en cuestión no fuera la esposa de alguno de sus amigos. Sabía que el porteño estaba considerado como un hombre guapo entre las señoras de la sociedad tucumana. En cuanta tertulia aparecía, Belgrano siempre estaba rodeado de decenas de mujeres. Sabía seducirlas, era galante, hablaba de cosas que ellas querían escuchar. Era un experto.

—La muchachita anda sola, el marido desapareció —agregó Zavalía—. En todo caso, es mejor. Mira si debiéramos ser testigos de un duelo.

—El hombre está vivo. No vaya a ser que se entere y tengamos un reguero de sangre en nuestra tierra —Bernabé miró hacia el techo como si reclamara a los cielos el asalto que anunciaba.

Volvieron a mirarse. Aráoz estaba incómodo. Sentía que todo atentaba contra él, como si el mundo hubiera decidido conspirar y el elegido hubiera sido él. Le parecía injusto.

* * *

Desde la cubierta del bergantín observó con curiosidad la ciudad de Buenos Aires. El horizonte chato que veía, a poca distancia, le pareció desolador. El corazón de Isabelle comenzó a apurar el ritmo. ¿Esta era la ciudad que tanto había querido

conocer?

Trató de sacar los malos pensamientos de su cabeza y aguardó a llegar con el poco entusiasmo que le quedaba. Estaba harta del bamboleo del agua y el viaje se le había hecho interminable.

Con otros viajeros, subió a la pequeña embarcación que la llevó hasta la orilla. La ayudaron a bajar su coqueto baúl y un caballero muy solícito, con quien había mantenido largas conversaciones en altamar, se ofreció a acompañarla hasta la fonda que le había recomendado y en la que él mismo se hospedaría.

Una lluvia de invierno recibía a Isabelle. El sombrero que traía puesto le cubría solo una parte de la cabeza. No podía creer lo que le sucedía. El peinado se le desarreglaba y el fastidio ya era generalizado. Tanto que había soñado con un clima benévolo, la bienvenida a la nueva ciudad no era tal.

Llegaron a la fonda de los Tres Reyes y se sintió como en casa. Aunque el propietario de la fonda era español, varios de los sirvientes y camareros eran franceses. Rápidamente hizo buenas migas con sus coterráneos. Y no solo con ellos. Gracias a sus modos especiales, logró relacionarse con los demás comerciantes de la cuadra.

Luego de unos días, se sintió acomodada y en condiciones de encontrarse con el caballero que venía a buscar. Nunca había recibido una respuesta de Manuel en París pero eso no la había detenido. Sabía que su americano estaría encantado de volver a verla.

Movió cielo y tierra hasta que se enteró de la pésima noticia de que Belgrano no estaba en Buenos Aires. Una tarde, mientras tomaba un chocolate con un caballero, ante su cuestionario, el hombre le respondió dándole el paradero del hombre que solicitaba. Evidentemente, estaba sentada con alguien influyente. No iba a perder ese contacto, así que cambió de tema para no incomodarlo más.

En un momento fantaseó con tomar un carruaje rumbo a Tucumán, el territorio donde se encontraba su galán. Pero después desistió. Le habían comunicado que estaba al frente de un ejército y no le pareció adecuado instalarse en el medio del campo de batalla. Prefirió quedarse en Buenos Aires. Además, estaba segura de que de un momento para otro Belgrano estaría de regreso en la ciudad y podría recibirlo como merecía.

Isabelle no se arrepintió de haber cruzado el mundo para ver a un caballero invisible hasta ese instante. Le resultó muy fácil hacerse de nuevos amigos. Se sentía muy bienvenida en esa ciudad americana.

* * *

El silencio de Dolores decía mucho. Miraba por la ventana de la volanta de Manuel, para evitar que le descubriera los ojos. Pero era imposible no percibir que algo le sucedía. El viaje que hacían hasta la Ciudadela se hacía más largo que de costumbre.

Manuel estiró su mano para acariciarle la pierna pero ella siguió con la mirada perdida en el camino.

—¿Te pasa algo, Lola? Te noto extraña.

—Nada, mi amor, no me pasa nada —dijo en voz baja y continuó mostrándole la nuca, no quería dar vuelta la cara.

—Me mientes. Por lo menos acepta que me engañas.

Dolores cerró los ojos, esperó unos segundos y giró con lentitud. Intentó una sonrisa pero el gesto quedó a medio camino. Manuel la tomó de la mano y la instó a que fuera sincera.

—¿Por qué no confías en mí? Puedo escuchar cualquier cosa, sobre todo si viene de ti, mujer.

Suspiró, entregada. El malestar la estaba matando desde hacía días. No había hablado con nadie, se lo había guardado para ella. Pero la falta de aire y el dolor en el pecho la acuciaban aunque intentara negar lo que pasaba.

—Hablan de nosotros, Manuel. Otra vez —y sus ojos, que lo miraron fijo, brillaron aún más.

Tiró de las riendas y detuvo la volanta a la vera del camino. Se acomodó y esperó a que continuara. Dolores fijó la vista en sus manos entrelazadas, como si buscara argumentos escondidos allí.

—Me señalan nuevamente, camino por las calles de la ciudad y si me cruzo con algún conocido, me mira con ojos diferentes.

—¿Te han dicho algo? ¿Alguien se atrevió a maltratarte?

—No, Manuel. Nadie dice nada pero no hace falta. Sus ojos dicen todo —y sin quererlo, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

La atrajo hacia sí y la tuvo entre sus brazos. No podía verla sufrir, prefería matarse. La furia le subió por el cuerpo y trató de detenerla. No quería que el impulso lo ganara, era mejor tranquilizarse para pensar.

—¿Qué puedo hacer para calmarte? ¿Cómo puedo hacerte feliz otra vez? No me gusta verte así, quiero matar a todo el que te lastime.

Dolores se separó de los brazos de su hombre, lo miró con la cara arbolada y lo acarició.

—No podemos hacer nada. La gente tiene razón, soy una mala mujer, soy una inmoral.

—Ni te atrevas a decir cosa semejante —y la tomó de los brazos—. No existe persona más amorosa, más repleta de bondad que tú, Dolores. Que te hayan casado con alguien no significa nada para mí.

Sabía que su respuesta era absurda. La realidad era que Dolores era una mujer comprometida y que mantuviera una relación con otro hombre la señalaba como adúltera.

—Si hay algo que siempre quise hacer, es mostrarle al mundo lo honrada y buena mujer que eres. No hay derecho —el pecho se le hizo un nudo, se sentía responsable

por el desasosiego de su mujer.

—No sé qué hacer, Manuel. Yo te quiero, eres el amor de mi vida, pero estamos en falta. La sociedad me lo hace notar, mis padres no me han dicho nada pero sé que no les gusta que hablen mal de su hija.

—Voy a hablar con ellos. Si no estuvieras casada, me casaría contigo.

Nunca lo hice, nunca sentí la necesidad pero ahora lo haría. Sin embargo, no puedo.

La congoja la volvió a arrebatár. Era increíble que el destino le jugara tal mala pasada. El amor era correspondido pero no podían concretarlo con todas las de la ley. Dios la castigaba y no entendía por qué.

—Algo haremos, te lo prometo. Mandaré a alguno de mis hombres de confianza al Alto Perú, a ver si encontramos noticias de Rivas. Tal vez haya muerto y podamos casarnos, al fin.

La cara angelical de Dolores, desarmada por el llanto, intentó una sonrisa. Manuel la miró con ternura y la besó. Amaba a esa muchacha frágil.

Capítulo VI

Corría el año 1818. Los meses pasaban y las mejoras esperadas con ansias por el pueblo tucumano, pero sobre todo por Manuel, no llegaban. Es más, parecían detenidas a miles de leguas de allí.

Tras el sinfín de reclamos que Belgrano había enviado el año anterior a Buenos Aires por la falta de ayuda del Gobernador, al fin en septiembre se tomaba una determinación. Pueyrredón removía a Bernabé Aráoz de su cargo y nombraba, en cambio, a Feliciano de la Mota Botello. Manuel había respirado con alivio. Lo conocía de los tiempos del Consulado, cuando don Feliciano era diputado de ese cuerpo en Catamarca, y confiaba en su buena voluntad y patriotismo. La relación con Aráoz se había llenado de malos entendidos y el arribo de su viejo conocido desanudaba, por lo menos, un conflicto.

No era el único problema que asolaba a Belgrano. Mientras que él y algunos pocos más intentaban defender el territorio de posibles ataques realistas, el Directorio solo parecía interesado en las disensiones internas con los partidarios y aliados de Artigas, y en especial con los santafesinos. Todo el dinero disponible estaba puesto en esas luchas. Era así que su intento por llevar a cabo la cuarta expedición al Alto Perú se transformaba en una lucha olvidada. Pueyrredón destinaba los fondos a la guerra fratricida y el resto —paupérrimo— iba al Ejército de José de San Martín y su campaña en Chile. Para él, poco y nada.

Peor aún, el mismo Ejército del Norte fue destinado a los enfrentamientos internos. Estanislao López, que había participado de la expedición al Paraguay bajo el mando de Belgrano, se había hecho cargo de la Gobernación de Santa Fe, sumada a los Pueblos Libres que acaudillaba Artigas. En septiembre, el Director Supremo ordenó un ataque a Santa Fe por dos flancos: desde Córdoba, debían operar los hombres de Belgrano, bajo el mando de su subordinado Juan Bautista Bustos, mientras que desde Buenos Aires avanzaba un poderoso ejército liderado por el general Juan Ramón Balcarce.

En Tucumán, Manuel también cuidaba la retaguardia del salteño Martín Miguel de Güemes. Cansado de la falta de orden y las insubordinaciones constantes, impuso una disciplina feroz en la tropa. Prohibió terminantemente los bailes, las mujeres y la baraja. Y para dar el ejemplo, por las noches, él mismo recorría las calles con un ordenanza. Escondido detrás de un disfraz, irrumpía en los cuarteles para sorprender a los desobedientes. Los soldados murmuraban por lo bajo y despreciaban su actitud.

Con sus principales fuerzas en Santa Fe, armó un equipaje insignificante y partió de Tucumán hacia el litoral. Dejó solo quinientos soldados en la Ciudadela al mando del coronel Domingo Arévalo. Debía apoyar a su ejército en la orden irrefutable de Juan Martín de Pueyrredón. San Martín había hecho oídos sordos; él había preferido cumplir la orden de su amigo, a pesar de no acordar definitivamente.

Abandonó su casa, la serenidad —aunque más no fuera de unas horas— que le

entregaba su amada Dolores y la amistad de algunos tucumanos que lo querían bien. Armó el gran mandil de paño azul sin ningún galón que cubría la silla de su caballo, las cinchas y algunos víveres. Escoltado por algunos hombres partió al alba. Prefería ver la rayita de fuego incipiente en el horizonte. Y el silencio de campo abierto.

* * *

Las náuseas la despertaban desde hacía unas semanas. El asco constante que le anunciaba que ya era hora de levantarse empezó a inquietar a Dolores. Sentada en el borde de la cama, intentó pararse pero no pudo. Tocaron a la puerta de su recámara y, al abrirse, allí estaba su madre.

—Buen día, hija. Discúlpame que entre así pero estaba extrañada de que no aparecieras por la cocina a estas horas.

Dolores la miró con toda la pelambre suelta, y ni siquiera intentó decir palabra. Temía que, si abría la boca, vomitara.

—Estás muy pálida, ¿te sientes mal? —dijo María Manuela y se acercó. Se sentó a su lado y le apoyó la mano en la frente.

Suspiró y volvió a recostarse. El cuarto le daba vueltas. Tuvo que cerrar los ojos, no quería ver el torbellino que presentía. Levantó los brazos pesados con cuidado y posó el dorso de las manos sobre sus párpados. Su madre se incorporó y se paró para ver lo que sucedía.

—No me asustes, Dolores. Te lo pido por favor.

—Mamita, no te preocupes. Estoy bien, más viva que nunca.

—¿Entonces, qué es todo esto?

—No sé si celebrar o tirarme al río.

—¿Y me pides que esté tranquila? ¿Te has vuelto loca?

—Madre, creo que estoy embarazada. No sé por qué lo pongo en duda, es evidente que estoy esperando un hijo de Manuel.

María Manuela tuvo un vahído y volvió a sentarse. Dolores empezó a sentirse mejor, las náuseas desaparecían de a poco.

—Ay, m'hija, tengo sensaciones encontradas. La felicidad de un nieto, pero en estas circunstancias, mi querida.

—Por eso te decía. ¿Qué hacemos, madre? Manuel no se encuentra en la ciudad, ya lo sabes. No es muy difícil saber qué dirán por aquí —y se largó a llorar. Su madre le tomó la mano y la acarició.

—No le hagas mal al crío, no te pongas triste. Es un hijo del amor, es una bendición, Dolores. Debemos hablar con tu padre, él sabrá qué hacer.

—Otra vez la porquería de la gente, mamá. Nos van a señalar, no quiero volver a hacerles daño.

—Pues te callas, ningún daño, hija. La maldad está en otro lado, no en el cuerpo de mi hija. Este nacimiento es vida. Quien se atreva a decir algo esta vez se las verá

conmigo.

Dolores se levantó, le dio un beso y pasó su mano por su vientre cubierto por el camisón, con una sonrisa leve. La puerta volvió a sonar y las mujeres gritaron «adelante», al unísono.

—Escuché que andaban por aquí y quise entrar —dijo Victoriano ya en la recámara. Madre e hija lo miraron con cara de guardar un secreto—. ¿Qué pasa aquí?

María Manuela estiró su brazo y lo llamó. Le tomó la mano y miró a su hija, y volvió a mirarlo. Al instante, el hombre entendió lo que pasaba.

—¿Cómo estás, Dolores? Antes que nada, quiero que sepas que tu madre y yo siempre estaremos contigo. Nunca te abandonaremos, hagas lo que hagas.

Así, descalza, se paró en puntas de pies y abrazó a su padre. Lo quería más que a nadie en el mundo.

—Gracias, Tatita. Siempre supe los padres que tengo. Pero no podemos soslayar el problema. Voy a tener un hijo de un hombre que no es mi marido.

—Lo mejor que podemos hacer es que te mudes de Tucumán en cuanto la panza esté crecida. No debemos mandarte demasiado lejos. Tengo amigos en el pueblo de Londres, en Catamarca. Allí podrás estar tranquila, mi querida. Mejor que pases el embarazo allá, sin dificultades —dijo Helguero.

Dolores miró a su padre. Sus palabras la tranquilizaron, como siempre. Victoriano tenía esa virtud, sabía componer, ayudar a su gente querida.

—Bueno, a comenzar el día entonces —dijo la joven y empezó a moverse—. Tengo miedo de lo que pueda decir Manuel, ¿y si se enoja?

—¿Pero cómo se va a enojar, niña? Ya mismo le escribes una carta anunciándole esta gran noticia. Será padre por primera vez y de una criatura engendrada por mi hija, ¿qué más puede pedir? —refutó su madre.

Dolores echó con una sonrisa a sus padres de su cuarto. Quería cambiarse.

Se quitó el camisón y permaneció desnuda unos segundos. Acarició la piel suave de su panza y se emocionó. Se alegró al pensar que Manuel sería, por fin, padre a los cuarenta y nueve años.

* * *

Luego del armisticio que firmaron el Directorio y Estanislao López en abril de 1819 en San Lorenzo, el Ejército del Norte contramarchó hasta Capilla del Pilar en Córdoba. Pero antes, Manuel hizo una parada durante algunos días en la posta de Candelaria, donde hubo de encargarse de escoltar a Remedios de Escalada por pedido de su marido don José de San Martín. Cumplió con su amigo, a pesar de no encontrarse del todo bien de salud. Tenía una dolencia en el pulmón y en el pecho. También le molestaba el muslo derecho, y a veces sus soldados debían ayudarlo a montar y desmontar. Él hablaba de «achaques», pero sus hombres percibían que los males eran más importantes de lo que señalaba su jefe. No le gustaba quejarse y

hablaba de los dolores quitándoles importancia, aunque por lo general eran difíciles de soportar.

Siguió camino y en mayo se instaló en Cruz Alta, al sur de la provincia de Córdoba. Vivió en un rancho miserable, sin comodidades, donde debió soportar el frío y la humedad. Cerca de la primavera, llegó a Capilla del Pilar, sobre el río Segundo. Pero su salud no había mejorado. La gravedad de sus males lo obligó a que lo atendiera un médico, el doctor Francisco de Paula Rivero, que le diagnosticó hidropesía avanzada. El gobernador Manuel Antonio de Castro lo instó a que lo acompañara a la ciudad de Córdoba para que fuera atendido como merecía, pero Belgrano lo rechazó. Debía quedarse junto a sus hombres, esa era su razón primera.

Una tarde, un soldado se acercó a su tienda de campaña para avisarle que le traían correspondencia. Con paso cansino salió y frente a él lo esperaba un jovencito con el sombrero en la mano y las mejillas arrojadas por el clima.

—Buenas, ¿de dónde vienes y qué me traes?

—Le traigo una carta de casa de don Helguero, General —y se la entregó en mano.

Manuel se inquietó. Hacía unos meses había recibido la información del embarazo y exilio de Dolores. Se había preocupado por su estado pero había entendido que era mejor así. En ese instante tomó conciencia del paso del tiempo y la probabilidad de la culminación del embarazo. Abrió la esquila y leyó en silencio bajo la atenta mirada del chasqui y Jerónimo Helguera, que también se encontraba junto a él.

La emoción cambió su gesto adusto. Dolores le anunciaba que el 4 de mayo había nacido Manuela Mónica, su hija, en la ciudad de Tucumán, adonde había regresado para dar a luz. Le expresaba que nadie había preguntado demasiado, aunque ella reconocía que a buen entendedor, pocas palabras. La niñita era una monada, y había elegido a su madre y a un hermano de esta, Celestino, como padrinos.

—Gracias, muchacho. Puedes pedir algo de comer y un poco de agua, y si quieres, hacer noche aquí para retomar los caminos por la mañana —y ordenó que lo acomodaran en algún lugar.

Manuel hizo silencio durante un largo rato. Jerónimo Helguera, que permanecía allí, no hizo ni una pregunta. Solo registró el cambio de semblante del General. Después de la pausa, Belgrano reparó en la presencia del joven oficial.

—Soy padre, Jerónimo. Es extraño, a esta edad y en mi estado, pero es así.

Tal vez sea un premio que me da Dios. Entre tanta desgracia, una alegría.

—Felicitaciones, mi General —y le palmeó la espalda, repleto de asombro y felicidad.

Belgrano le sonrió. Y pensó cómo estaría la madre, sola, en el medio de tanto secreto tucumano.

* * *

Con su flamante pasaporte, Isabelle subió los pocos escalones y, gracias a la caballerosidad del capitán que la tomó de la mano, entró con envión al bergantín que la llevaría a Montevideo. Mademoiselle Pichegru agradeció con la mirada viva y buscó el sitio adecuado para el cruce de orillas.

Se acomodó en una gran poltrona y respiró el aire del río. Al fin se sintió a salvo. Libre de los prejuicios de los otros. Su vida en Buenos Aires había resultado espléndida sin Manuel, mientras duró. En definitiva, no le había sido indispensable. Había encontrado amigos nuevos, sobre todo franceses. Muchos emigrados habían desembarcado en el puerto, veteranos de las guerras napoleónicas, desocupados y aquellos atentos a la más mínima oportunidad. Como siempre, Isabelle había estado cerca. El idioma los había unido al instante, pero no solo eso. El estilo de vida, la bohemia, la aventura perpetua.

Los amigos que eligió como compañías de las noches fueron Charles Robert, Jean Lagresse, el capitán Auguste Drugumette, Narcis Parchappe y Antonio Mercier, que habían tenido la intempestiva idea de fundar el primer diario francés en la ciudad, *L'Indépendant*. Sin embargo, los devenidos en periodistas no tuvieron mejor idea que revivir en sus páginas el sueño de la anexión del territorio americano a Francia. Pueyrredón, aún al mando del Directorio, había ordenado clausurar el pasquín y acusado a Robert y Lagresse de sedición. Sin titubear, los mandó fusilar.

Isabelle aguantó unos meses más. Pero el ambiente se había tornado algo incómodo para la francesa. No entendía por qué los exóticos americanos que habían sabido seducirla, ahora la miraban de reojo. Sobre todo las damas que los acompañaban. Antes la adoraban, y ahora habían enloquecido; así volvía sobre sus pensamientos mientras el bergantín navegaba con lentitud. Sin embargo, lo que Mademoiselle ocultaba o no registraba eran las actitudes algo sorprendentes, por decir, a las que sometía a los vecinos de la Recova y la Plaza.

Isabelle, que había tomado prestado un fusil de algún soldado galante o distraído, gustaba de salir vestida con su falda corta y su escote cinchado, para bajar a tiros a las palomas de los canónigos de la Catedral. Una vez vaya y pase, la segunda, pensaron que se habían equivocado; pero al verla más veces escopeta en mano, maquillada por demás y con demasiada piel al desnudo, entendieron que la señora no estaba nada bien.

El vacío fue feroz. Los amigos comenzaron a esquivarla y la soledad fue mucha. En junio, Pueyrredón renunció a su cargo y en su lugar asumió José Rondeau. A la velocidad del rayo y urgido por la presión de un sinfín de damas agotadas por la presencia de la *cocotte*, el 7 de julio le entregó un pasaporte para que se retirase. Y cuanto antes.

Al poco tiempo y prácticamente sin equipaje, decidió cambiar de aire. Montevideo era una excelente alternativa. Sabía que algunos coetáneos habían elegido esa tierra para instalarse.

En la cubierta recordó al caballero que la había traído hasta aquí. ¿Qué sería de la vida de Manuel Belgrano? ¿Tal vez podría pasar a visitarla en Montevideo?

Primero, necesitaba saber en qué condiciones encontraría a la ciudad que la albergaría. Después podría enviarle una misiva a su galán americano.

Isabelle desconocía la infinidad de novedades que arreciaban sobre el cuerpo y el espíritu del que había sido su amado en otro continente.

* * *

A fines de agosto Manuel se vio obligado a tomar una determinación. Hubiera preferido permanecer en su puesto pero la salud le jugó una nueva mala pasada. Dolorido, tomó la pluma y el papel, y redactó el oficio dirigido a Rondeau:

Señor,

No habiendo podido conseguir en medio del sufrimiento de cuatro meses de enfermedad un alivio conocido, y aconsejándome los facultativos la variación de temperamento, debiendo ir a Tucumán, me veo en la necesidad, aunque dolorosa, de ocurrir a V.A. para que me permita dejar el cargo por algún tiempo, hasta que logre mi restablecimiento...

Continuó unas líneas más y lo firmó. La fatiga permanente no cesaba, debía regresar. Necesitaba hacerse ver con urgencia por su médico. A la hinchazón del abdomen se había agregado la de las piernas y los pies, y por momentos se le dificultaba caminar. De cualquier manera, la esperanza de mejorar no la perdía. Pensaba que, si reposaba en su casa, el mal se retiraría. Delegó el mando en su segundo, Francisco Fernández de la Cruz, y partió a los caminos custodiado por varios de sus hombres. No podían dejarlo solo.

Los primeros días de noviembre y tras un viaje devastador, Manuel arribó a la Ciudadela. Bastó que se instalara en su casa para que Helguera y Salvigny, que no lo habían abandonado en ningún momento, fueran a buscar a su médico Joseph Redhead. El escocés no se hizo esperar y le recetó varios calmantes para paliar los dolores. Cumplieron su cometido pero un nuevo infierno azotó a Belgrano. El 11 de noviembre estalló un motín en la ciudad, que derrocó al gobernador Mota Botello. Los capitanes Felipe Heredia, Abraham González y Manuel Cainzo metieron miedo en las calles y el terror se instaló a puro estruendo. Los primeros en ser encarcelados fueron el gobernador depuesto y el coronel Domingo Arévalo, que lideraba el remanente del desmantelado Ejército del Norte. El desprecio por el centralismo de Buenos Aires era bestial. Los amotinados insistían con que sus partidarios pagaran con la vida si fuera necesario. Faltaba solo uno de sus miembros. El capitán González montó su caballo y, hecho una furia, se dirigió a la Ciudadela. De una patada abrió la

puerta de la casa de Belgrano. Allí, en la cama y enfermo, reposaba bajo la atenta mirada de su médico.

—¡Levántese, General! Vengo a apresarlo, todas las autoridades anteriores están en la cárcel. Solo falta usted —bramó el capitán.

—¿Adónde quiere llevarlo, no ve cómo se encuentra? —Redhead intentó calmarlo.

—¡Usted cállese, mierda! Lo llevo preso.

—Arréstelo aquí, si no se puede mover.

Manuel transpiraba, tendido debajo de las cobijas. González caminó con paso seguro hasta la cama, con una barra de grillos en la mano. De un tirón arrancó la manta y se abalanzó contra el cuerpo del enfermo. Redhead se interpuso en el acto y detuvo al enajenado que intentaba encadenarlo.

—¡De ninguna manera! No se le ocurra colocarle eso. ¿No se da cuenta del estado de este hombre? Mire los edemas, por favor —y le señaló las piernas deformadas por el mal.

El captor detuvo la mirada en lo que le señalaba el médico y quedó impresionado. Las sienes le latían por la adrenalina, pero eso no le impidió tener un raptó de cordura. Accedió y se dirigió hacia la puerta.

—Tienen suerte de que tengo un día gentil. Se salva del grillete pero esta será su cárcel. Dejaremos un centinela en la puerta, y usted, doctor, se viene conmigo. Belgrano, esta será su cárcel. Solo y sin asistencia, qué joder.

Acarició el arma que descansaba al costado de su cuerpo y miró con ojos amenazantes. Redhead sacó un frasquito de su bolsillo y se lo entregó en mano a Manuel. Este asintió y lo dejó ir. Le quiso dar coraje para que se retirara e intentó mostrarle tranquilidad. Fue solo eso, un intento fallido.

Capítulo VII

Tres días después de la revuelta, un cabildo abierto nombró gobernador a Bernabé Aráoz. Volvía al poder, pero esta vez desconocía la autoridad del Directorio de Buenos Aires. Lo primero que hizo fue dejar en libertad a Belgrano. Un cierto orden —antes de la tempestad— serenó el ánimo de los pobladores de San Miguel de Tucumán, y la calma volvió a las calles.

Manuel recuperó los permisos que le habían sido denegados. De cualquier manera, su disponibilidad se había acortado notablemente. Antes que nadie, el doctor Redhead acudió para controlarlo de cerca. No mostraba ninguna evolución. Era de esperar, a pesar del optimismo del enfermo. Otra de las visitas era la del comerciante y buen amigo, don José Celedonio Balbín, que pasaba casi todas las tardes a conversar.

A las semanas, cuando sintió que había recuperado algo de sus fuerzas, le pidió a Joseph que intentara avisarle a Dolores de su regreso. Estaba dispuesto a verla. Además, quería conocer a su hija. El médico cumplió sus deseos, y una mañana, acompañada por su madre, la muchacha se acercó a la modesta casa que albergaba a Manuel. Redhead las recibió y las llevó hasta la pequeña habitación, que en tiempos más felices había guardado el secreto de ese amor. Dolores llevaba a la bebida en brazos, envuelta en su manta. Manuel estaba sentado en su modesto sillón, delante de la ventana. Al verlo, su corazón dio un vuelco.

—Mi querido, no entro en mi cuerpo —le entregó Manuela Mónica a su madre, con cuidado—. Doctor, ¿puedo abrazarlo?

Redhead asintió y ella se hincó a su lado y lo rodeó con sus brazos. Manuel le acarició la cabeza. No le gustaba que lo viera en ese estado, pero no podía prohibirle la entrada. Además quería conocer a la pequeña.

—Lola, mi niña, mi querida —le susurró y ella se apretó más fuerte al cuerpo dañado del hombre de su vida.

Luego de unos segundos en los que intentó recomponerse, Dolores se incorporó y se sentó en la silla que le acercó el médico, frente a Manuel.

—Estoy tan feliz de que hayas vuelto. Ya verás cómo aquí te compones del todo. Tu doctor es una eminencia y estoy segura de que sabrá curarte —y lo miró a Redhead con ojos de súplica.

—Estás preciosa, como siempre y más aún. La maternidad te ha sentado.

Perdón, María Manuela, buenos días.

No estoy en las mejores condiciones para recibirlas pero les agradezco la compañía.

—Pues qué va, sigues siendo el hombre más espléndido de Tucumán. Y alrededores —bromeó la señora y se acercó despacio al sillón—. ¿Quieres ver a tu hija?

Manuel estiró los brazos y acomodó en su regazo a María Manuela con cuidado.

Así, apoyadita, le clavó su mirada alerta. Le acarició la mejilla rosada y suave, y Manuela Mónica sonrió con un gritito de contento. La madre y la abuela rieron también.

—Está gordita la niña, parece más grande, ¿no es cierto? —dijo Manuel con sorpresa.

—Pero tiene siete meses, mi querido. Es una criatura de lo más normal. Y muy despierta. Me parece que ya te quiere, debe haber reconocido el parentesco —señaló Dolores, desbordada de ternura.

—¿A quién se parece? —continuó y la bebita se tomó fuerte del dedo de su padre.

—Pero es evidente, Manuel. Si es igualita a ti —agregó la abuela.

La miró como si la estudiara y la cambió de posición. Pero la pequeña largó en llanto. Dolores se acercó y la alzó. Manuela Mónica se calmó como por arte de magia pero siguió sacudiendo los bracitos.

—Es que puede que tenga hambre, mamá. Podemos calentarle un biberón y darle de comer.

Manuel parecía cansado. De repente, el agotamiento le marcaba el cuerpo. Las mujeres miraron al doctor y este les dijo todo con la cara. Debían partir para que el enfermo descansara. María Manuela le quitó la beba de los brazos a su hija para que se despidiera.

—Mi vida, pasaré mañana si te parece. O cuando tú lo dispongas —volvió a abrazar a Manuel y él le retribuyó sin decir palabra.

Las mujeres salieron, con Redhead detrás. No querían retirarse sin antes saber cómo se encontraba el enfermo.

No les bastaba con haberlo visto, aunque el golpe había sido fuerte.

—Quisiera regresar, pero su cara no fue muy benigna, doctor.

—Para qué le voy a mentir, doña Dolores. Lo ha visto, don Manuel no está bien. Y no creo que sea bueno que sufra demasiadas emociones. La comprendo, pero le pido que me entienda.

Los ojos de Dolores se llenaron de llanto. Estaba desolada, ni siquiera triste, mucho peor. Percibía que esa había sido la última vez que vería a Manuel.

—Si todo sigue como hasta ahora, deberemos mudarlo. Acá ya no podemos hacer más.

Su madre la tomó de la mano e intentó darle fuerzas. Dolores se dejó llevar por el desamparo que la envolvía y lloró. El doctor le apoyó la mano sobre la espalda y la dejó llorar. No quería interrumpir la pena. Al rato, se excusó y regresó al lecho del enfermo. María Manuela rodeó los hombros de su hija y la llevó hacia el carruaje que las aguardaba. Dolores se detuvo y miró la fachada. Como si quisiera grabársela para siempre. Sabía que no volvería, presentía que Manuel se había despedido de ella. Giró con lentitud y se acomodó al lado de su madre, que tenía a la pequeña bien envuelta sobre sus faldas. El cochero azuzó a los caballos para partir. En el mismo instante en que las ruedas comenzaron a girar, Dolores sintió que dejaba su vida

detrás de esa puerta. Estaba como muerta.

* * *

Balbín se había ofrecido a acompañarlo en un paseo a caballo.

Casi nadie lo visitaba ya, pero él era un fiel amigo. Y como sabía del gusto de Manuel por las cabalgatas, lo ayudaba cuando su salud le daba una tregua —junto a Helguera y Salvigny— a montar su yegua para recorrer los caminos por las tardes, cuando el sol amainaba.

El ruido de los cascos contra la tierra era interrumpido, de vez en cuando, por las conversaciones de los hombres. Pero esa tarde, Manuel intentaba acallar una preocupación que lo azotaba desde hacía varios días. Hasta que no aguantó y se sinceró con su amigo.

—Me encuentro sumamente pobre, José. Se han agregado a mi causa varios jefes fieles y honrados, y no tengo cómo mantenerlos. Ayer he escrito al gobernador Aráoz pidiéndole algún auxilio de dinero y me lo ha negado.

Los dos caballos caminaban como si se hubieran puesto de acuerdo. Uno al lado del otro y al mismo ritmo.

—Ha hecho mal en dirigirse al gobernador, Manuel. Estando yo, puedo darle lo que necesite.

Y miró a su amigo con firmeza. Quería darle tranquilidad, no le gustaba verlo atribulado por cosas que, para él, tenían solución. Pero Manuel continuó con la mirada perdida en el horizonte.

—¿Le preocupa algo más? ¿Qué le ha dicho el médico?

—Yo quería a Tucumán como a mi propio país^[43], pero han sido tan ingratos conmigo que he determinado irme a Buenos Aires pues mi enfermedad se agrava cada día más.

Balbín tragó con dificultad. No quería que su cara expusiera la ansiedad que empezaba a dominarlo. Había intercambiado algunas pocas palabras con Redhead y este no le había dado demasiadas esperanzas. El abatimiento ganaba más y más a Manuel. Ni siquiera la cabalgata lograba disipar su gesto decaído.

—Si esa decisión está avalada por el médico, bienvenida sea. No debe perder tiempo, entonces.

—Ni siquiera puedo irme a morir a mi país. No tengo recurso alguno para moverme de aquí. En el reclamo que le hice a Aráoz, le solicité algún dinero para la partida y caballos para mi carruaje y también me los ha negado. Le contesté «habiendo caballos y plata y cuanto se necesite», y él solo me preguntó, «¿de dónde lo saco?».

—Pues, qué, ¿se ha olvidado usted que me tiene de amigo? —lo apuró don José.

—Sí, lo sé. Pero lo he molestado tantas veces, que no quiero serle más gravoso.

—Señor General, a mí no me molesta nunca y en prueba de ello, dentro de dos

días le mandaré dos mil quinientos pesos. Haga ya los preparativos por su viaje.

Belgrano le clavó los ojos azules y en voz muy bajita le agradeció y le prometió devolverle la suma cuando le pagaran lo que le adeudaban como jefe del ejército. Sintió una alegría inconmensurable por los amigos que tenía y siempre estaban a su lado. Pero una tristeza infinita por la desidia y falta de ayuda de parte de la política, a la que le había entregado casi la vida. Y apareció en su mente la pequeña. Días atrás había firmado un documento por el cual la cuadra de terreno contenida en la donación que le había hecho el Cabildo, con todo lo edificado en ella, pertenecía por derecho de heredad a su hija Manuela Mónica del Corazón de Jesús.

Pegaron la vuelta y en el camino de regreso casi no intercambiaron palabra. Manuel quiso guardar el silencio del paisaje bien adentro. Comenzaba a despedirse del lugar que lo había recibido como un héroe.

* * *

En una semana organizaron la partida, y sin estridencias ni despedidas Manuel emprendió el regreso a Buenos Aires.

Le ofreció a su querido amigo José Celedonio Balbín si quería acompañarlo, pero el comerciante tenía asuntos que atender en Tucumán. Los que sí formaron parte de la comitiva fueron su médico fiel Joseph Redhead, su capellán el padre Villegas, y los sargentos mayores Jerónimo Helguera y Emilio Salvigny.

Partieron al alba pero los caminos, tan transitados por Belgrano, se le presentaban como nuevos. Los dolores eran constantes, y la hinchazón le dificultaba el traslado. Cada tanto debían detenerse solo para que el roce de su cuerpo contra la silla dejara de hostigarlo. El sufrimiento era atroz. Las lastimaduras aumentaban en tamaño y se multiplicaban. Pero estoico, se quejaba poco y nada. Solo pensaba en llegar a destino, esa era su única esperanza. Llegar a su casa.

A mitad de camino y ya en Córdoba, arribaron a una posta. Con cuidado, Helguera y Salvigny ayudaron a que Manuel desensillara. No podía hacerlo solo, el cuerpo no se lo permitía. Se instalaron en el precario albergue y, al anochecer, Belgrano pidió que alguno de sus compañeros de viaje convocara al maestro de postas para informarle las necesidades que tendrían al partir a la mañana siguiente. Jerónimo salió a la busca del hombre y volvió al poco tiempo con una respuesta negativa. En realidad, había escondido la verdad. El sujeto, lleno de altanería, le había reclamado que el general Belgrano fuera a su cuarto si quería hablar con él. Helguera hubiera golpeado a ese hombre pero se contuvo. En cambio, guardó el secreto. Lo último que hubiera querido era humillar a su venerado General.

Un mes y medio duró el viaje hasta su casa. Pero a Manuel le resultó interminable. El tormento de sentir un dolor constante y agudo, y con la seguridad de que no calmaría nunca, fue desolador. No quería ni mirarse la piel en carne viva de las piernas. Sin embargo, la imagen se le había petrificado en la mente.

A fines de marzo llegó a su casa, la misma que lo había visto nacer. Su querida hermana Juana lo recibió con todo el amor que siempre le había prodigado. Ocupó su cama, que lo aguardaba para cobijarlo solo como una madre puede hacerlo. También su hermano Domingo, el canónigo, cuidó de él durante su convalecencia. Juana lo ayudaba a alimentarse, le ofrecía su cuerpo para que se apoyara en él cuando prefería cambiar de postura y acomodarse en el sillón. Siempre con una sonrisa, con una entrega absoluta. Pero cuando estaba sola, lloraba desconsoladamente. Su hermano se moría, su adorado Manuel se iba para siempre.

Los primeros días de abril pidió que lo llevaran a la quinta de San Isidro. Sus hermanos lo consultaron con su doctor. El reclamo fue aprobado y hacia allí se dirigieron. Quería ver el río, dijo. Le dictó unas cartas a su hermana donde reclamaba que se le devolvieran algún equipaje que había abandonado en el norte; y otra, la última que dictó, a Celestino Liendo, tío de Dolores, a quien le pedía que le mandara noticias de su «ahijadita».

Los males que lo azotaban comenzaron a arrancarle la vida del cuerpo. Su semblante perdía color y la carne iba desapareciendo de a poco. Hubo que trasladarlo de inmediato. Ya en su casa, sintió alivio. Sin embargo duró poco.

No solo el cuerpo enfermo lo devastaba, la indigencia en la que se encontraba lo derrumbaba más. Nadie atendía las necesidades del General postrado. Miraban para el otro lado. El gobernador interino, Ramos Mejía, lo ayudó con unos pocos pesos, pero alcanzaron para poco y nada.

Una tarde lo visitó Balbín, recién llegado de Tucumán. Manuel lo recibió sentado, Juana lo había acicalado para la ocasión. Pero la ansiedad lo conminó a pedirle disculpas por no estar en condiciones de devolverle el préstamo que le había ofrecido al retirarse del norte. José Celedonio lo instó a que olvidara todo eso, que no venía a hablar de dinero. Manuel insistió y le prometió que todo el dinero que el gobierno le adeudaba seguramente lo recibiría su albacea al llegar la tranquilidad al país. Obligó a su amigo a que le jurara que le haría el reclamo a su hombre de confianza. Con una tristeza infinita, Balbín lo despidió. Sabía que era la última vez que lo vería.

El 25 de mayo mandó a llamar a un escribano y le dictó su testamento. Nada dijo de su hija oculta. Y menos del pequeño Pedro, al que desconocía por completo. Nombró, sin embargo, a su hermano Domingo como albacea y a él le confió que, luego de pagar todas sus deudas, aplicase todo el remanente de sus bienes a favor de su hija natural que había dejado en Tucumán, de poco más de un año de edad. También quiso tener una reunión con su médico. Angustiado por no poder pagarle tras los servicios que le había otorgado, le entregó su reloj de oro. Redhead lo rechazó de inmediato pero Manuel no aceptó sus excusas.

El 19 de junio, con mirada firme, agradeció a su hermano por todo; llamó a su querida Juana y la besó por última vez. Necesitaba retribuirle todo lo que había hecho por él.

Fue a las siete de la mañana del día siguiente. Fue nada más que un suspiro.

Dicen que dijo «ay, Patria mía».

Epílogo

Manuela y Pedro caminaron en silencio y llegaron al atrio del Rosario^[44]. Era muy temprano, no querían compartir ese momento con nadie. Querían estar frente a la tumba de su padre, en completa soledad. Se cumplían treinta años de su muerte. De ese hombre a quien no habían conocido. Del héroe en las buenas y despreciado en las malas.

Sobre todo eso.

La iglesia parecía un páramo, helada y envuelta en sigilo. Los sentimientos encontrados arrasaban a los medio hermanos. Allí, parados frente a la lápida discreta realizada con una losa de mármol blanco, parte de una cómoda de su madre, volvieron a leer el epitafio que decía «Aquí yace el General Belgrano».

Sin saber por qué, Manuela sintió una pena inmensa. No había conocido a ese hombre pero su tía había dedicado una vida a hablarle de él. A los cinco años su madre la había dejado ir rumbo a Buenos Aires para que sus tíos Juana y Domingo se hicieran cargo de su crianza. No recordaba la cara de Dolores, así la llamaba. Y menos la de Manuel, con quien había tenido un solo encuentro con pocos meses de vida. A pesar de todo eso, había aprendido a querer a su padre. Nada ni nadie habían logrado derrumbar la imagen que ella se había armado de él. Sabía que la había querido, se había preocupado por ella. Hubiera dado lo que no tenía por volver el tiempo atrás, por cambiar la historia, por jugar en el regazo de su padre, abrazarse y pegar su mejilla a la de él. Pero era imposible.

Pedro aguardaba a su lado, con los brazos cruzados. Su vida había sido compleja, con unos padres que no eran tales pero que habían jugado a serlo. Junto a un hombre que había adorado a su verdadera hija, Manuelita, en vez de repartir el cariño con los demás. Pero él no lo había sabido. Después entendió por qué su venerada tía Pepa lo había cuidado tanto. Todo se derrumbaba y caía como una ola implacable sobre su alma. Recién a los veinticuatro años se había enterado de la verdad. Manuel Belgrano era su padre. Al principio detestó al universo por haberle mentido. Después pudo entender y se agregó el apellido que le correspondía al de Rosas. Ahora volvía a componer su relación con el Restaurador.

Corría el año 1850 y vivían en un país completamente diferente al que había vivido su padre. No era este, seguramente, el que había soñado Belgrano.

Manuela sintió un escalofrío. Podía ser el frío del atrio. O la desolación de la tristeza ante lo inevitable. Pedro le rodeó los hombros con su brazo fuerte y ella se dejó cuidar. Tan cercanos y tan distantes. Tanto en común, pero no. Así permanecieron durante un largo rato. Cada uno mantenía el diálogo silencioso con su padre, como podía. Ella lo sentía cerca, como si la rondara en cada acto que llevara a cabo; él llevaba con orgullo el apellido de ese hombre que había dado todo por su Patria. Hasta la vida.

Agradecimientos

Agradezco a Diego Arguindeguy por su sabiduría infinita y generosidad, y a Mariano Valerio y Nacho Iraola por confiar.



FLORENCIA CANALE. Nació en Mar del Plata. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Es periodista y trabajó en varias publicaciones: *Noticias*, *Living*, *Gente*, *Siete Días*, entre otras. Actualmente es editora en la revista *Veintitrés*.

Pasión y traición, su primera novela, lleva vendidos desde su publicación en 2011 más de cincuenta mil ejemplares; seguida por *Amores prohibidos*, publicada en 2013 y también un éxito editorial.

Notas

[1] La bata hizo su aparición luego de 1780 en España, un «vestido a la francesa». Era largo, abierto por delante, y permitía ver la falda. En la espalda, partiendo de la cintura, los pliegues planos se abrían hasta abajo, a modo de cola. <<

[2] Prenda típica de la época, antecedente del chaleco, casi siempre sin mangas y algo estrecha. <<

[3] Torso o parte superior del vestido femenino, típico de la época, también conocido como *pirrot* en Francia. Muy escotado y entallado en la cintura, para dar lugar a la gran falda. <<

[4] Fue el primer edificio dedicado a la actividad teatral y derrumbado en 1859. Situado en el cruce de las calles Espoz y Mina y Cruz. <<

[5] Situada en la calle del mismo nombre, hoy llamada de Soler y González, en el barrio de Lavapiés. <<

[6] En la actualidad, la avenida Belgrano. Así se llamó hasta 1808. <<

[7] Hasta 1808, así se llamaba la calle Defensa. <<

[8] Así se llamaba la calle Rivadavia, desde 1769 hasta 1808. <<

[9] Así se llamó la calle Tacuarí-Suipacha, hasta 1808. <<

[10] Hasta 1808, así se llamó la calle San Martín. <<

[11] Así se llamaba usualmente a la calle de la Santísima Trinidad, hoy Bolívar. <<

[12] Así se denominaba en esos tiempos a la unción de los enfermos. <<

[13] El convento y la iglesia de Santo Domingo. <<

[14] Así se llamaba a la sífilis. <<

[15] Defensor oficial de indios. <<

[16] La esquina de las actuales San Martín y Perón. <<

[17] La Plaza del Fuerte (rebautizada 25 de Mayo en 1811) era el sector de la actual Plaza de Mayo entre la Recova y el Fuerte. <<

[18] Hoy, las calles San Martín y Perón, en el edificio del Banco Provincia. <<

[19] En la actualidad, Bartolomé Mitre. <<

[20] Construida en 1803, fue sede del mercado hasta su demolición en 1884. En la actualidad, sobre el sitio de su arco principal está la Pirámide de Mayo. <<

[21] Fundado en 1801, en la esquina de las actuales calles Alsina y Bolívar. Luego fue centro de reunión de los independentistas. <<

[22] Era la calle San Carlos pero se la conocía como «del Presidio». En la actualidad, Alsina. <<

[23] Bolívar en la actualidad. <<

[24] Ponche a base de huevo, leche, canela y aguardiente. Se consideraba un reconstituyente. <<

[25] Teatro inaugurado en 1804 y ubicado en Reconquista entre Perón y Bartolomé Mitre. <<

[26] Situada en la actual calle 25 de Mayo, entre Rivadavia y Mitre, en la manzana que ocupa el Banco Nación. <<

[27] Era el sector de la actual Plaza de Mayo, entre la Recova y el Cabildo. Así se llamó desde 1580 hasta 1808, y luego, Plaza de la Victoria. <<

[28] La casa de Mariquita Sánchez de Thompson estaba situada en la calle Florida 273. A partir de 1808 se le cambia el nombre por el de Unquero, pero hasta ese año es San José, aunque todos le decían del Correo o del Empedrado. <<

[29] Hoy, el barrio porteño de Núñez. <<

[30] Situada en Villa Ballester, a doscientos metros del Km 18 de la Ruta 8. <<

[31] Las actuales Perón y San Martín; se las seguía llamando así, aunque oficialmente sus nombres, desde 1808, eran Sáenz Valiente y Victoria, respectivamente. <<

[32] Hasta 1808 se llamó San Bartolomé, aunque todos le decían del Hospital. En la actualidad, México. <<

[33] Dependencia de la Aduana encargada de verificar la carga de los buques entrados a puerto. <<

[34] Desde 1808 hasta 1822, la calle Moreno se llamó Villanueva, y la avenida Belgrano se llamó Pirán. <<

[35] Actualmente, Bernardo de Irigoyen. <<

[36] La ciudad de Paraná en la actualidad. <<

[37] Hasta 1808, la calle Santo Domingo. En la actualidad, avenida Belgrano. <<

[38] Juego de cartas de la época, en el que se deben sumar bazas para ganarles a los contrarios. <<

[39] Juego de dados de origen inglés, con más de ochocientos años de antigüedad y que podría ser el antecesor del actual «pase inglés». <<

[40] Importada a Inglaterra desde los salones parisinos, fue una de las danzas más populares del siglo XIX. <<

[41] En la actualidad, Regent Street. <<

[42] Las mujeres de las clases pudientes iban a misa con su esclava o sirvienta, que llevaba una alfombra para que sus amas se arrodillaran sobre ella. <<

[43] Así llamaban a sus provincias. Aún no existía el concepto de nación como lo conocemos en la actualidad. <<

[44] La Iglesia de Santo Domingo en la actualidad. <<